



ENAMORADA DEL PASADO

Ruth Leticia Sanabria Sanabria

EL REENCUENTRO

1.

Isabelle Robillard estiró de forma perezosa uno de los rizos de su cabello negro, mientras escuchaba uno de los consabidos sermones de su padre. Le había pedido que viniera a sus habitaciones, porque después de reflexionarlo varias veces por fin había tomado una decisión respecto a su futuro o sería mejor decir que había confirmado su decisión inicial.

Primero esperaría a que él terminara de hablar. Pero, el sermón se prolongaba y la mente de Isabelle comenzó a volar lejos de allí. Bruscamente, retornó a la tierra al escuchar las palabras que pronunció su padre con evidente alegría.

- Chèriè, es mi deseo que te cases con el Conde de Aumont. Ha pedido tu mano en matrimonio y se la he concedido- Pierre Robillard parecía muy complacido. Ella, por el contrario, sentía muy abatida e inconsolable. En ese momento lamentó haber nacido mujer y por lo tanto no ser dueña de su destino. Isabelle levantó su cabeza en un innegable gesto de desafío.

-Papá, no puedes hacerme esto. !No voy a casarme con nadie y mucho menos con un desconocido!- Al ver que su padre permanecía impávido, ella comprendió que la manifestación de su desespero no había conmovido a su padre. Nuevamente intentó expresarle sus sentimientos a Pierre.

Nerviosa, retorció el fino pañuelito de encaje mientras lo miraba con infinita e indescriptible tristeza en los ojos.

-¿No podrías decirle que he decidido entrar a un convento y hacer que el Conde desista de esa absurda idea?

Su padre replicó, levantándose para originar en Isabelle una mayor impresión: - No voy a hacerle un desaire de semejantes proporciones. El conde se ha mostrado muy generoso y noble conmigo. Hizo una proposición de matrimonio y he aceptado. Pierre Robillard tiene una sola palabra y no comprometerá su honor por los caprichos de una niña mimada.

-¡No me casaré!- gritó presa de la histeria.

- Lo harás- ordenó Pierre serenamente- Está decidido y obedecerás.

Isabelle estaba desconsolada y desconcertada. Era la primera vez en toda su vida que veía a Pierre actuando así. Ella era hija única, huérfana de madre y por lo tanto objeto de la devoción y objetos desmedidos de su padre. De hecho no podía recordar una ocasión en la que su padre se hubiera opuesto a sus deseos, por más caprichosos que estos fueran. Esto no significaba que ella hubiera sido una niña tirana, al contrario, siempre se había caracterizado por ser dócil y obediente, es decir su conducta se definía en tres palabras: una buena hija, una verdad que todo el

mundo reconocía como tal. Incluso Dorothy le había dicho una vez que era un angelito de cabello oscuro. Pero, siempre había una vez para todo, en especial si se trataba de una decisión tan trascendental en su vida la que se le quería imponer por la fuerza. Ella sabía que esa situación era usual en la mayoría de las familias acomodadas, en donde las hijas debían acatar la decisión tomada por los padres, o si estos no estaban entonces la del tutor o la del hermano mayor. Sí, reconocía que esa era la costumbre pero no pensó jamás que le sería impuesta.

Pierre hubiera podido decírselo cuando alcanzó la edad para casarse, hacía tres años. Entonces, ella no hubiera opuesto ni la más mínima resistencia. Mas su situación era en ese momento totalmente diferente, admitía que ella no podía ser una buena esposa y por eso nunca podría casarse.

- No hay nada que me haga cambiar de opinión. No voy hacer parte esto. No voy a casarme- las lágrimas corrían por las mejillas de la muchacha.

El llanto tanto como los "no" hicieron dibujar en la fisonomía de Pierre la furia en toda su expresión. Isabelle veía en su rostro el deseo de desahogar su rabia golpeándola. Eso no la amedrentó y alzando su cabeza de forma altiva se enfrentó nuevamente a él.

- Prefiero un convento al yugo de un marido.

Pierre enarcó una ceja. ¡Esa niña estaba poniendo a prueba su paciencia!

-Me estás obligando a tomar medidas desesperadas. ¡Mon Dieu! ¿Qué pecados habré cometido para que Dios me castigue así? Muy bien si así lo quieres entonces...

- ¿Entonces qué? ¿Vas a encerrarme en una habitación hasta que acepte? - se burló ella en un ímpetu de desafío- No lo lograrás. ¿Me declararás indigna de ser tu hija y me echarás de esta casa para que en la pobreza conozca el frío y el hambre? Prefiero eso mil veces que el casarme con un hombre desleal que te ha comprado y ahora quiere comprarme a mí. - añadió con ligereza, indignada y decepcionada al mismo tiempo.

- Así que esta es tu postura. Entonces tu adorada Dorothy se irá de esta casa en el acto. Tú decides.

Isabelle miró a su padre con la boca abierta. Lo desconocía. Ella creía saberlo todo sobre su padre y terminó reconociendo ante sí misma que en realidad no sabía nada sobre él. Nunca ni en sus peores pesadillas se había imaginado esta faceta de la personalidad de Pierre. Lamentablemente, no estaba en condiciones de sorprenderse, Dorothy no debía verse afectada por esa situación. Ella le debía mucho como para permitir que Dorothy sufriera. Había sido el ángel custodio de su infancia. La había cuidado y amado con el mismo afecto y dedicación infinitos que sólo una madre puede dar. ¡Sería la mayor ingratitud que podría cometer permitir que su padre expulsara a

Dorothy, que había consagrado su vida, primero a su difunta madre Adrienne y luego a ella!. Isabelle pensó en lo que sería de ella y tembló ante esa posibilidad. Sin hijos ni otros familiares quedaría completamente desprotegida. A su edad nadie le ofrecería un trabajo. Se la imaginó cubierta de harapos y mendigando comida. El corazón se le comprimió dolorosamente. La amaba tanto que daría la mitad de su vida por ella.

- Eso es chantaje- musitó entristecida.

- Su destino está en tus manos. La elección es tuya.

El ultimátum de su padre no podía ser obra suya.- Seguramente el conde le había sugerido esa infame idea- pensó Isabelle desesperada y llena de un profundo odio ante su desconocido prometido.

Al verla silenciosa, su padre tomó la campanita de plata con la que se llamaba al servicio y la agitó varias veces. Una mujer de unos sesenta años acudió a su llamado. Poseía una esbeltez y un porte soberbio que cualquier mujer menor que ella habría envidiado. Sus luminosos ojos negros sonreían cálidamente.

-¿Desea algo el señor?- preguntó cortésmente.

- Dorothy, serás testigo de la decisión de mi hija. Anda chère, comunícale tu decisión a tu nana- ordenó Pierre, muy complacido consigo mismo, lo que disgustó aún más a la muchacha.

Una expresión interrogante hizo su aparición en el rostro de Dorothy. Isabelle la vio y una sensación de culpabilidad atenazó su conciencia. No podía pagarle a Dorothy con un despido a causa suya. Isabelle tragó saliva y buscó fuerzas para pronunciar las palabras que sellarían su destino.

- Acepto casarme con el Conde- dijo de forma inexpresiva.

Tenía que concederle ese triunfo a su padre, pero no por mucho tiempo. Planearía una fuga y los planes de Pierre se irían al traste. Casi inmediatamente se arrepintió de ese pensamiento. Las consecuencias que podrían sobrevenir serían desastrosas porque no la afectarían a ella directamente sino a Dorothy. Y eso no debía pasar.

Su padre pareció leer la primera parte de sus pensamientos porque no dudó en agregar:

- Asumo que no te importará que te deje encerrada en tu habitación los días que faltan para que se efectúe la boda. Dorothy dame las llaves y sal por favor- Haciendo una reverencia la dama de compañía salió. Pierre cerró la puerta ante la impotencia de Isabelle que lloró toda esa noche.

2.

Diez días después Isabelle fue vestida con el traje de novia que había pertenecido a su madre, una magnífica creación de raso y seda blanca bordada con brillantes y perlas, lo que le confería un aspecto regio al traje. Eso era lo único bueno que podía

verle a la situación porque le reconfortaba pensar que su madre tal vez estaría apoyándola en ese trance.

Su padre la llevó hacia el Castillo de Aumont, que estaba muy cerca de Verleine, la residencia de los Robillard, la cual era considerada como una mansión digna de la nobleza, a pesar de que Pierre Robillard no pertenecía a ella. Era uno de los hombres más ricos y poderosos de la región, pero para la aristocrática gente de Saint John no era más que un burgués.

Isabelle pensó que su boda sería la posibilidad para su padre de subir en la escala social. Yerno de un aristócrata, poseedor de grandes títulos nobiliarios y con una riqueza paralela a su alcurnia, todo eso implicaba el aumento del estatus social de Pierre. Definitivamente tenía motivos para sentirse muy satisfecho. Había vendido a su hija en función de su ambición de estrechar lazos con la nobleza pensaba ella.

No obstante, le parecía extraño que el conde no se hubiera presentado a cortejarla y también la velocidad con que se efectuaba la boda. Era costumbre que el compromiso se anunciara con bombos y platillos y que el período de noviazgo durara como mínimo un año. Sintió un nudo en la garganta al suponer que su futuro esposo era un hombre decrepito y de ahí la rapidez con la que se efectuaba el enlace. Al menos esperaba que fuera un hombre de buen corazón que la tratara con cortesía.

- Dios mío, por favor que no tenga que vivir la situación en la que se encontró Raquel- rezó asustada.

La dulce Raquel Thompson, de dieciséis años, hija de uno de los amigos más cercanos de Pierre había contraído nupcias con Ernest Grant, un hombre treinta años mayor que Raquel y que tenía la fama de ser violento y pervertido. Isabelle sospechaba que Ernest Grant era el culpable de la desaparición prematura de Raquel, encontrada ahogada apenas dos meses antes.

Todos habían dicho que era un accidente, para Isabelle la muerte de Raquel era un homicidio o un suicidio. Seguramente no había soportado la vida con Grant. Revivió el día de la boda de Raquel, la novia se veía desdichada y aterrada como se sentía ella en esos momentos, próxima a casarse.

Esa mañana había comprendido que no tenía ninguna otra opción en su vida y la certeza de no poder evitar su destino volvía a lastimarla al divisar el castillo de Aumont. Allí terminaban su vida, su libertad y sus sueños. Lo único bueno que podía considerar de su situación era que al menos su padre y su prometido habían permitido que Dorothy viviera con ella, eso era un pequeño consuelo en medio de la incertidumbre en la cual se hallaba y que sabía sería su constante compañera.

Ella no apreció la belleza del hogar del conde, es más ni siquiera la notó, porque su mente se hallaba ocupada en tratar de disipar el miedo que la recorría. Dorothy y

Pierre, en cambio deleitaron sus ojos con la hermosa vista de las propiedades de Aumont.

- El Conde ha invertido mucho dinero en esto. En especial en el jardín. ¡Nunca había visto un laberinto de setos tan grande en mi vida!- exclamó Pierre entusiasmado. - Hija, serás feliz aquí- acarició la pálida mejilla de Isabelle con sus manos enguantadas. Ella permaneció en un obstinado silencio. De todas formas ¿qué podría decir?, ¿Alguna palabra hiriente o darle las gracias por ponerla en una situación que no sabía como sobrellevar? Dorothy le dirigió una mirada que delataba su inquietud y apretó la mano de la muchacha. Ese cálido contacto le brindó confianza a la atribulada novia.

Isabelle suspiró de alivio. No estaba sola y esa certeza le hizo nacer en ella una extraña serenidad que ella interpretó como resignación.

Los tres atravesaron varias salas de gran tamaño antes de encontrar el lugar en donde se iba a officiar la boda. Isabelle no pudo reprimir una exclamación de sorpresa, allí sólo estaban un anciano sacerdote y tres hombres desconocidos, trató de determinar cuál de los tres era el novio, pero no tuvo tiempo de adivinar porque el que evidentemente era de mayor edad le ofreció su brazo. Isabelle lo aceptó resignada, dando gracias por el espeso velo que no permitía que los demás vieran el tormento por el que estaba pasando.

El sacerdote le indicó que se acercaran y ambos se aproximaron lentamente hacia él. La ceremonia fue rápida y sencilla.

3.

Isabelle no pudo evitar su perplejidad al enterarse de que el Conde de Aumont era representado en la boda por su abogado. Era tan extraño que un hombre no acudiese a su propio matrimonio que inconscientemente su temor aumentó. Comenzó a hacer conjeturas en su mente y ninguna podría ser aceptable para ella.

El abogado, un hombre de apariencia respetable creyó necesario darle una explicación.

- Señora Condesa, soy Marc Dawson. El conde tuvo que salir de viaje hace algún tiempo y previó que no podría llegar oportunamente para desposarse con vuestra merced, razón por la cual me solicitó que lo representase. Todo es perfectamente legal y el Conde podrá ratificar el poder que me otorgó.

Ella había estado a punto de preguntarle al señor Dawson si podría haber alguna circunstancia que anulara su matrimonio, pero afortunadamente no llegó a formular la cuestión.

-¿Cuándo regresará el conde?- inquirió ella, sin atreverse a llamar al conde mi esposo porque a sus ojos él no lo era.

-Probablemente dentro de unos días- respondió cortésmente Marc.

Después de que todos se retiraron incluyendo a Pierre, Isabelle y Dorothy hablaron largo rato. La joven le abrió su corazón a su vieja nodriza y le confió el miedo que sentía ante la idea de enfrentarse a él, su inquietud por esa boda tan poco común y el pensar que podría llegar a parecerse a Ernest Grant.

- Todos esos temores son naturales, pequeña. Es un perfecto desconocido, pero ya verás que con el tiempo llegarás a estimarlo.- dijo con ternura Dorothy.

- No lo sé. ¿Sentir respeto por un hombre que me obligó a casarme que convenció a papá para que me extorsionara?

- Mi niña, la mujer tiene la misma capacidad, talento e inteligencia que el hombre, pero lamentablemente hay desigualdad entre nosotras y ellos, tenemos que seguir las reglas impuestas por los hombres en este mundo para lograr seguridad y tranquilidad. Por eso no debes rebelarte sino inclinar la cabeza. Además jamás digas nunca. Es un consejo- susurró al oído de Isabelle- Ahora quítate este vestido y descansa mañana será otro día. Que duermas bien. - se inclinó y besó la frente de Isabelle antes de retirarse.

Inquieta, paseó por toda la habitación hasta que cansada optó por quitarse cuidadosamente el vestido de novia al que colocó con suavidad en una silla cercana. Sacó de los cajones de la cómoda el camisón, quedando asombrada al ver la pequeña prenda.

- Me moriré de frío si me pongo esta cosa- pensó y buscó otra prenda. Todos sus camisones viejos y recatados habían desaparecido y sólo encontró prendas similares a la que tenía en las manos, así que resignada se lo colocó.

Estaba a punto de dormirse cuando se abrió la puerta del dormitorio se abrió y entró un hombre alto envuelto en una capa oscura. Isabelle se incorporó asustada, el fuego aún crepitaba en la chimenea y no tuvo problemas para observar al extraño.

-¿Quién es usted?- preguntó tratando de mantener la calma.

El hombre se despojó de la capa y de su sombrero. Isabelle aprovechó este instante para cubrirse con la bata. Trató de detallar el rostro del desconocido. Tenía unas facciones simétricas y unos hermosos ojos azules que la miraban con frialdad. La boca era carnosa y bien dibujada pero tenía una expresión feroz que le hacía parecer peligroso.

El suelo se derrumbó a sus pies y sintió sin aire los pulmones al reconocer la figura alta y musculosa que se aproximaba sigilosamente a ella. Todo se tornó confuso en aquel instante. Intentó buscar una explicación racional pero su cerebro conmocionado se negaba a colaborar con ella.

-¡Oh, por Dios! ¡Eres tú! Tú... no puedes... ser... - tartamudeó ella. Su cuerpo

temblaba al igual que su voz y se sintió incapaz de completar la frase. Jamás se había imaginado que esto le iba a suceder.

-¿El Conde?- completó él.- Así es querida. Yo soy el conde de Aumont, Alexander Fontenay Bernadotte, el que hoy se convirtió en tu esposo. Veo que no has cambiado mucho. Sigues siendo la misma niña mimada.

Isabelle estaba muy asustada. No obstante, no permitiría que él se diera cuenta del pánico que la dominaba. Se irguió muy orgullosa y repuso con indiferencia:

-Si le parezco una niña mimada, no entiendo su insistencia en casarse conmigo.

- Tal vez con el tiempo lo descubras- sus ojos recorrieron insolentemente el cuerpo de Isabelle.

Ella no pudo evitar estremecerse con su cercanía sólo los separaban algunos metros de distancia.

- No entiendo nada- susurró para si misma.

- Aún me recuerdas. Puedo verlo en tu rostro.- se veía muy complacido y darse cuenta de ello la enojó- Entiendo tu extrañeza ante esta situación- agregó con un tono neutral, acercándose a ella tan veloz y sigiloso como una pantera.

La joven se levantó de la cama, retrocedió sintiéndose acechada por un peligro inminente. Tratando de protegerse a sí misma, alcanzó un pesado candelabro que se encontraba cerca y lo blandió como si fuera un arma.

- ¡No de ni un paso más!- le advirtió mientras buscaba la manera de escapar.

Él hizo caso omiso de la amenaza y se aproximó aún más. Ella podía oír los violentos latidos de su corazón. Estaba completamente dominada por el terror.

- No puedo creer que no sepas las razones por las cuales te desposé- soltó una carcajada diabólica que heló la sangre en las venas de Isabelle.

Alexander extendió los brazos y con uno la sujetó fuertemente hacia él con el otro le presionó la muñeca, desarmándola fácilmente haciendo que arrojara al suelo el candelabro produciendo un ruido sordo amortiguado por la gruesa alfombra que cubría el piso de la habitación. Sin darle tiempo para reaccionar él aprisionó la boca de Isabelle con sus labios y su cuerpo con el suyo impidiéndole cualquier movimiento.

La primera reacción de Isabelle fue luchar, pero asaltada por un inesperado deleite permitió que Alexander mordisqueara sus labios haciéndola sucumbir a una pasión desconocida para ella. Con la mente en blanco ella entreabrió los labios dejando que Alexander explorara la dulce suavidad de su boca.

Un gemido escapó del pecho de la mujer. Nunca había imaginado sentir tantas cosas en un contacto humano y se horrorizó al descubrir que no quería que el beso terminara. Pero, la vergüenza de su propia debilidad la hizo desear separarse de él en forma inmediata. Alexander pareció darse cuenta de sus intenciones porque la soltó

antes de que ella pugnara por hacerlo.

- No sé como convenció a mi padre para que me entregara a usted. Usted es mi esposo pero yo jamás seré su mujer.- declaró airadamente.

Su ira aumentó el doble al darse cuenta de la complacencia en el rostro de Alexander, como si fuera un gato hambriento a la vista de un ratón.

- Hay muchas formas de persuadir a una mujer.- musitó él cerrando la puerta y dejándola sola.

Ella cerró los ojos, abrumada. Oleadas de odio hacia su padre, hacia el Conde y hacia sí misma la invadieron. Se sentía desconcertada, aunque sabía que no era propio de una dama bien nacida no podía negar que le había gustado el beso y que anhelaba esa boca en la suya. ¿A eso se refería con persuadir a una mujer? Isabelle experimentó una vaga turbación al darse cuenta que el beso había despertado el sentimiento que ella creía muerto y que sólo llevaba mucho tiempo latente en su interior.

4.

A la mañana siguiente, bajó a desayunar. Las profundas ojeras bajo su rostro denotaban la falta de sueño de la noche anterior tratando de entender su flaqueza y los motivos por los cuales Alexander se había casado con ella. Naturalmente, no había encontrado la respuesta a sus preguntas y sospechaba que no la encontraría pronto.

Le pareció extraño que él no estuviera en el comedor y le preguntó cortésmente a Walter, el mayordomo acerca del paradero de Alexander y éste le informó de la partida de su esposo antes del amanecer. Esto la alivió, pues no quería enfrentarse a él. De inmediato reaccionó, era consciente de que no podía evadirlo para siempre, pero desconocía como enfrentarse a la situación que se le presentaba.

Sin ninguna dificultad rememoró el pasado, el recuerdo del día en que el camino de Alexander se cruzó con el suyo para cambiar definitivamente el rumbo de su existencia. Los detalles afluyeron a su mente de forma natural, tan claramente como si todo hubiese sucedido el día anterior.

Era el día de su cumpleaños número diecisiete y su padre había invitado a algunas de sus amigas a una merienda. Cuando el sol irradiaba más calor, todas decidieron jugar a las escondidas para vencer el tedio que comenzaba a hacerse evidente en el ambiente.

- Niñas, estoy aburrida. Temo que el sol me queme- había dicho Marguerite Merimée.

Raquel Thompson sonriéndole con dulzura se dispuso a hablar:

-Propongo que juguemos a la gallina ciega o mejor aún a las escondidas.

Todas habían asentido entusiasmadas.

- Bien, como yo lo propuse yo os iré a buscar. Escondeos que voy a contar hasta diez y a la que pille, bien caro la ha de pagar.

Las muchachas presentes rieron excitadas y en un revuelo de faldas y pollerines todas se escabulleron tratando de encontrar un sitio propicio para ocultarse.

Isabelle encontró el lugar ideal, el bosque que colindaba con Verleine House. Se ocultó entre los frondosos olmos y pinos que había allí. Mientras estaba escondida descubrió a un hombre que no pudo menos que catalogar como perfecto, descansando sobre el verde césped. Observó como se despojaba de la parte superior de su traje de caza dejando al descubierto unos pronunciados pectorales, una espalda ancha y torneada que se sostenía en una esbelta cintura, todo ello cubierto de una hermosa piel dorada que brillaba bajo la luz de la mañana. Sabía que no debía estar allí pero era el hombre más hermoso que había visto en su vida. Semejaba al protagonista de las novelas románticas que había leído, por supuesto a escondidas, o a un dios griego escapado del Olimpo. No podía apartar sus ojos de aquel cuerpo masculino, lo miraba de forma inquisitiva como si no pudiera saciarse de su imagen. Le calculó como mínimo unos veintiún años.

Él sintió su mirada y se dirigió al lugar donde ella se encontraba lo que la asustó sobremanera. Su cercanía le permitió apreciar los rasgos llamativos y armónicos de su rostro, que poseían una belleza más impresionante que las estatuas romanas que había visto en los libros de su padre.

La joven no perdía detalle de él. Por sus vestiduras y por el arma que llevaba lo consideró un cazador. El hombre tomó su escopeta y apuntó en la dirección en la que ella se encontraba. Muerta de miedo gritó saliendo de su escondite:

- Por favor no dispare.

- Sería un crimen hacerlo, señorita. En especial a una dama tan llena de gracia como usted- le dirigió una cálida sonrisa que la hizo ruborizarse.

Y sin saber cómo, Isabelle se encontró conversando de una forma tan natural con él, comenzando una extraña relación que no podía calificarse de amistad ni de amor. Entre ellos había una rara sensación de confianza y de ternura. El tiempo podía transcurrir sin que ella se aburriera en su compañía.

El Cazador, como conoció a Alexander en ese tiempo le enseñó a cazar y a reconocer las plantas medicinales de las venenosas. Ella recordó sin ningún esfuerzo todas las conversaciones que habían sostenido a lo largo de esos seis meses en que se vieron a escondidas, rememorando sobre lo mucho a que a él le gustaba oírle contar mitos griegos y egipcios.

Nunca llegó a saber el nombre verdadero ni la vida del Cazador y no había

comprendido tanto misterio hasta ahora. Un suspiro nostálgico salió de su garganta cuando pensó en la última ocasión en que lo vio antes de que él desapareciera de su vida en la misma forma misteriosa e imprevisible en que se había hecho presente en ella.

Ella reconocía que siempre había procurado mantenerse alejada de él por temor de cometer un acto del que pudiera llegar a arrepentirse. Por esa razón, en esa ocasión, se encontraba sentada a una distancia prudente de él en el mismo bosque donde lo había conocido. Evocar los momentos posteriores le causó a Isabelle un amargo sentimiento de pena que el tiempo no había podido atenuar en lo más mínimo. Con bastante esfuerzo, se obligó a continuar reviviendo el recuerdo en busca de una pieza clave que le ayudara a solucionar el acertijo que se le presentaba. Tomó aire y se concentró en sus pensamientos.

El Cazador la había mirado con sus profundos ojos azules y esbozó una dulce sonrisa mientras se acercaba a ella. Podía representarse la fuerza de su mirada y su cercanía.

- ¿Sabes guardar un secreto?- le susurró al oído causándole a Isabelle un estremecimiento involuntario.

- Puedes confiar en mí- le aseguró ella ligeramente inquieta y ansiosamente esperó sus palabras. Lo había visto dudar y eso la llenó de un ligero pánico.

- Te amo con toda mi alma- reveló el joven y estaba a punto de inclinar su cabeza para besarla. Tal revelación la conmovió y la entristeció al mismo tiempo. El júbilo y la pena se mezclaron de tal forma que fue incapaz de separarlos. Temerosa, ella le impidió que se acercara levantándose rápidamente, girando el rostro para que no él no pudiera ver como estaba destrozándose su corazón. Bajó la cabeza y miró al suelo pidiendo fuerza, consciente de la gran mentira que iba a decir.

- No digas eso. Por favor olvídalo. Haré de cuenta que no dijiste nada- murmuró pesadosa.

-¡Es la verdad y sé que sientes lo mismo por mí!- su vehemencia la asustó. Sí, en efecto esa era su verdad, pero si la admitía sería una pesada carga que sobrellevar. No podía brindarle ninguna esperanza y eso le dolía tanto o más que a él. Nada podía herir más que tener la certeza de existen barreras insalvables entre el que ama y a quien se ama.

- Yo no puedo corresponderte... - intentó explicarle.

-¿Por qué nuestros mundos son distintos? Eres como las otras. Ricas y pobres todas son iguales. Pensé que eras diferente pero estaba equivocado. He cometido un inmenso error al haber depositado mis sentimientos más puros y nobles en ti, una chiquilla tonta que teme a sus propias emociones. - exclamó desilusionado. La miró

con tanta frialdad que se sintió golpeada con la misma o mayor fuerza con que habría podido hacerlo un puño. Esos eran los mismos ojos, la misma mirada desprovista de cualquier sentimiento que él le dirigió la noche anterior... antes de besarla.

Ese episodio, la última vez que habló con él la había marcado. La hizo cambiar. Ella era indigna para sentir e inspirar afecto. Había sido cobarde y el arrepentimiento siempre sería su castigo. ¡Pensar que en esos días tormentosos lo único que la sostuvo fue creer que había hecho lo mejor para él! Si su padre hubiera sabido que su hija albergaba afecto por un hombre que sin duda consideraría de baja condición, seguramente lo hubiera mandado golpear o algo peor. Ella temblaba de solo pensarlo.

A pesar de eso sabía que todos sus sueños se habían roto; cuando las otras muchachas hablaban de matrimonio, de los hijos que iban a tener, Isabelle no podía menos que creer que un matrimonio era cosa de dos y ella nunca podría entregarle su corazón y su cuerpo a ningún otro hombre que no fuera el Cazador. Esa razón y la certeza de que así sería la convencieron de convertirse en monja, segura de que podría enterrar ese amor desdichado por medio del amor a Dios. Otra sería su situación si hubiera ingresado inmediatamente al claustro. Ahora se encontraba perdida en el profundo abismo de desolación. Sabía que debía ser fuerte pero no encontraba una razón que pudiera infundirle la fortaleza que necesitaba para enfrentarse a las adversidades de su vida.

Un profundo rencor la invadió. Odiaba a Pierre y a Alexander. El primero por obligarla a aceptar unos lazos matrimoniales que ella no quería y al segundo por haberla engañado y por inspirar unos sentimientos que a su pesar todavía la atormentaban.

5.

Transcurrieron cuatro semanas, en las cuales ella estuvo sumida en la más profunda desesperación. Veía a Alexander en contadas ocasiones y él siempre se mostraba frío y distante. La trataba con tal indiferencia que Isabelle no podía menos que preguntarse si se había casado con ella para hacerle pagar el rechazo que ella le había inflingido a él en el pasado.

Isabelle se dedicó a diversos trabajos para no perder su tiempo pensando en Alexander. Leía algunos libros que había traído, cosía y bordaba en la intimidad de su cuarto. En las tardes se dirigía al hermoso jardín del castillo y se quedaba allí hasta el atardecer, saturando sus sentidos en la belleza esplendorosa de las flores que ese lugar ostentaba.

Una tarde, Isabelle se encontraba allí vestida con su viejo traje rosa y un chal así como una vieja cofia en su cabeza. Se había internado en el laberinto formado por los setos que se veían más verdes y florecientes que nunca. En el fondo esmeralda que la

rodeaba, pudo divisar una flor de singular hermosura e intrigada se aproximó a ella con el propósito de observarla mejor. Escuchó pasos y se volteó sobresaltada al sentir un intenso calor en su nuca y espalda. Alexander se encontraba detrás de ella.

- Veo que te gustó el tulipán.

-Es una flor muy llamativa- respondió ella luchando contra sus deseos de huir.- Lamento mi intromisión en su jardín. Con su permiso señor- se incorporó dispuesta a salir corriendo. La vulnerabilidad que la invadía no le permitía pensar racionalmente.

Alexander no pareció notar lo incómoda que se sentía.

-Es tu jardín también- respondió de forma seca- Por estar casada conmigo- continuó él.

-No creo que esto sea un matrimonio, señor. Por favor devuélvame a mi casa- suplicó ella que anhelaba que él le devolviera su libertad.

Había dulzura en los ojos del hombre. Isabelle recordó al cazador de otros tiempos y eso la conmovió profundamente. De nuevo reconoció en ella el ímpetu de abrazarlo y acariciarlo que siempre había intentado contener. Lo observó otra vez percibiendo que su mirada se tornaba dura.

-Se te olvida un pequeño detalle: me perteneces.

-Eso no es cierto. No hay nada que me retenga a su lado- manifestó Isabelle. -Aún tenemos la posibilidad de anular nuestro matrimonio ya que aún no ha sido consumado.

-No sabía que conocías este precepto del Derecho Canónico. Lo que significa que debo ejercer mis derechos de esposo- musitó él. Una maliciosa sonrisa se reflejaba en su rostro mientras sujetaba el brazo de Isabelle con mano de acero para acercarla a su cuerpo.

-Por favor, suélteme. Me está haciendo daño- rogó ella, alarmada ante las sensaciones que experimentaba su cuerpo al sentir la cercanía, la presión del torso, el cuerpo y las caderas de Alexander en las suyas. No la tranquilizó el hecho de que parecía estar concentrado en el escote de su vestido, notando como se le aceleraba la respiración.

-Nunca me atrevía profanar mi cuerpo con mis manos. Te amaba tanto que no vi como eras realmente- dijo él sujetándola más fuerte aún contra él mientras ella se debatía entre sus brazos. Cuando comprendió que él no la iba a soltar permaneció quieta, tratando de asimilar lo que él acababa de decir.

Él le acarició el rostro con sus dedos perfilados y depositó un cálido beso en su frente. Isabelle se sintió desconcertada por ese gesto de ternura. Cerró los ojos mientras él rozaba la piel de su cara con sus labios, aflojando la presión de sus brazos en ella. En ese instante deseó con todas sus fuerzas que el tiempo se

detuviera.

Alexander tomó sus labios al sentir la aceptación tácita de Isabelle. Saboreó la roja boca femenina conociendo su entrega absoluta. Ella, llevada por un impulso más fuerte que su voluntad entreabrió sus labios en una muda invitación. Él aprovechó la oportunidad para sumergir su lengua en ella y acariciar la suya. La joven pareció despertar de un largo ensueño y correspondió ardorosamente al beso, entrelazando su lengua con la de él y mordisqueando sus labios. Ambos eran incapaces de saciar su sed mutua. Una pasión recíproca había hecho presa en ellos.

6.

Alexander dejó los labios de Isabelle y se dirigió a su cuello creando círculos con su lengua y boca, succionando la delicada piel ávidamente. Ella suspiró suavemente y dejó que sus manos se sumergieran en el cabello castaño claro de Alexander. Él rasgó el vestido de Isabelle exponiendo su torso ante sus ojos. Ella no oyó el ruido que produjo la tela al romperse, absorta en el inesperado placer que la invadía. Había perdido la conciencia de que se hallaba en el jardín y alguien podría sorprenderlos, tan solo quería que ese momento no terminara jamás.

Alexander frotó los blancos senos hasta que los pezones se irguieron creando oleadas de deseo en Isabelle, humedeciéndola íntimamente. Alexander acercó su rostro a la piel cálida de la mujer que se rendía ante él y sorbió vorazmente las delicadas cúspides. Ella se arqueó permitiendo un mayor acceso de su cuerpo a él, permitiendo que sus manos traviesas la acariciaran tan delicadamente como la cálida brisa de verano.

Ante esto la ropa se tornó una barrera insufrible, por lo que temblando, ambos se despojaron de éstas. Alexander deslizó sus dedos por todo el cuerpo de Isabelle, dibujando un mapa de delectación en su cuerpo hasta alcanzar el lugar más recóndito de su anatomía, explorando cada uno de sus pliegues cerciorándose de que estaba preparada para él. Suavemente recorrió sus curvas de mujer, los rincones de su feminidad escondida, el dulce secreto que estaba a punto de serle revelado. Espasmos de éxtasis sacudieron a Isabelle al sentir las caricias de Alexander en ella.

Él volvió a sus labios y sin dejar de besarla con fervor se inclinó hacia ella, recostándola sobre el verde césped. El cuerpo de Isabelle había vencido a su mente, la razón era obnubilada por la más pura lascivia. Pero, esa sensación no fue tan fuerte como la que surgió cuando él cubrió su marfilina desnudez con su cuerpo dorado.

La conciencia de Isabelle despertó en ese instante. Él pudo sentir su vacilación, la besó con ternura mientras entreabría sus rodillas para recibirlo. Ella temblaba ante lo desconocido, mientras que él la atravesaba por completo, entrando y saliendo de ella. Isabelle fue invadida por un repentino dolor, sus ojos se inundaron de lágrimas y

deseó liberarse de esa tortura tan exquisita.

Alexander la tomó de la barbilla, obligándola a abrir los ojos, todavía en posesión de su cuerpo.

- Es normal sentir dolor la primera vez. Si te relajas dejarás de sentirlo- ella se sintió conmovida al ver en los ojos de Alexander comprensión y afecto.

El dolor fue reemplazado por un inexplicable placer a medida que Alexander continuaba moviéndose más y más aprisa sin dejar de acariciarla. Su vientre se contraía ante la dulce invasión de Alexander en ella.

Isabelle sucumbió al temblor que crecía en ella, una corriente infinita que la debilitó y la elevó al mismo tiempo, haciendo que sus músculos se contrajeran y ciñeran aún más el cuerpo de Alexander hasta que él se derramó en ella. Durante los minutos posteriores estrechó aún más a la mujer bajo la noche resplandeciente de estrellas.

Isabelle pensó que no cambiaría esa magia entre los dos por nada del mundo ni siquiera por su libertad. La luna llena en toda su plenitud le pareció su cómplice en el momento tan maravilloso que acababa de vivir.

Bruscamente, él se retiró. Un intenso frío la paralizó. Se incorporó asustada y lo vio vestirse. Un horrible presentimiento se apoderó de ella. La felicidad que había sentido apenas unos momentos antes se convirtió en una horrible angustia, sin saber que hacer tomó su vestido y se lo colocó, avergonzada de haber sucumbido a los apremios de su carne. Dirigió su vista hacia Alexander, distinguiendo a pesar de la oscuridad el enfado en su rostro.

-Esto acaba con el poco respeto que te tenía. Si quieres, puedes regresar a tu casa. Al fin y al cabo ya obtuve lo que quería de ti y por cierto sin mucha dificultad.

Aturdida, tardó un poco en comprender lo que le decía. Acto seguido, ella palideció y lo contempló primero como un animal herido a su cazador, después con el más visceral desprecio. No permitiría que él la humillara. No lo permitiría.

- Toma lo que pasó entre los nosotros como pago por lo que sucedió en el pasado. Tu orgullo ya se satisfizo con mi debilidad, me has denigrado así que ya no te debo nada- le dijo mirándolo directamente a la cara.- Para ti no significó nada y para mí tampoco- Tomó su chal y con él se cubrió la espalda descubierta. Antes de que Alexander pudiera responderle, se marchó con una altivez que estaba lejos de sentir y procurando no encontrarse con nadie se encerró en su habitación. Allí, sola rompió a llorar en silencio, maldiciéndose por su ingenuidad.

La humillación más grande para una mujer era ser abandonada. Su padre la odiaría por eso. Su apellido lo había arrastrado al fango. No era más que una mujerzuela. La idea la hizo sentirse indigna.

No obstante, le dolía más su corazón que su orgullo lastimado. Había tenido la

secreta esperanza, cuando había recuperado la cordura en los brazos de Alexander, de que él pudiera perdonarla. Ahora, sabía que la despreciaba más que nunca.

Desterró esos pensamientos de su mente. Lo hecho, hecho estaba. ¡Ojalá su alma pudiera convencerse de ello!

7.

Oyó unos golpes en la puerta. Era Dorothy pidiendo permiso para entrar. Isabelle abrió, aún con lágrimas surcando sus mejillas. La vieja doncella notó el cabello despeinado, el vestido roto y manchado, las briznas de pasto pegadas a él. El corazón de Dorothy dio un vuelco.

-Por el amor de Dios, ¿Qué te sucedió, mi niña?

- Dorothy, prepárame un baño por favor- pidió temblando. No se sentía capaz de admitir lo que había hecho y menos ante la persona a la que tanto quería.

La mujer asintió y se fue a hacer lo que le había pedido. Mientras tanto, ella se cepilló el cabello, tratando de quitarle todo lo que se le había adherido. Se quitó el maltrecho vestido asustada al examinarlo y comprobar que tenía gotas de sangre. Otro recuerdo, al igual que la molesta irritación entre sus piernas, de lo que había pasado entre Alexander y ella.

Se miró desnuda frente al inmenso espejo de la habitación. Isabelle examinó cuidadosamente su piel. Con estupor, estudió las marcas presentes en ella, en especial las del cuello. Amargamente, pensó que eran otras señales de la estupidez que había cometido.

Dorothy entró cuando ella tenía puesta una bata, indicándole que el baño estaba listo. Isabelle se encaminó con paso inseguro hacia el cuarto de baño que se encontraba en su habitación.

- Mi niña, ¿te hizo suya a la fuerza?- preguntó la doncella, observando el vestido manchado.

- No, yo lo permití. Me besó y perdí el control de mi cuerpo- confesó pesarosa.

-Pero, si fue voluntario no puedo entender el porqué de tu tristeza. ¿Estás arrepentida?- preguntó Dorothy auténticamente preocupada.

Isabelle bajó la cabeza.

- Me humilló. Insinuó que yo era una mujer fácil.

Dorothy la abrazó para confortarla.

-Eso no es cierto. Eres simplemente una mujer con las mismas necesidades de cualquier otra. No eres de hierro por eso te entregaste a él y eso es algo perfectamente natural, no un pecado- las palabras de alivio de Dorothy surtieron como un bálsamo reparador para el alma de la muchacha. Agradeció interiormente que su nana estuviera con ella, el único asilo al que podía acudir tanto en los momentos de

alegría como en los de pena.

Isabelle esbozó una sonrisa agri dulce. No deseaba transmitir a Dorothy su angustia.

-Me repudió. Él dijo que ya había obtenido lo que quería y me echó de aquí.

- Pequeña, no puedo entender eso. Un hombre no se casa con el propósito de vilipendiar a la que es su esposa y menos sin haberla conocido antes. -razonó Dorothy.

Se preguntó a sí misma porque nunca le había revelado a su nana, las citas clandestinas con Alexander y sus sentimientos por él.

-Por vergüenza, porque creí que no me comprenderías.- respondió a su dilema. Mirando apesadumbrada a Dorothy confesó:

-Alexander y yo ya nos conocíamos. Él me declaró su amor y yo lo rechacé a pesar de que yo sentía y siento aún lo mismo por él.

- Luego me contarás lo que sucedió. Ahora, báñate que el agua se va a enfriar- la regañó amorosamente.

Dorothy la dejó y ella se introdujo en la tina aún humeante. Isabelle cerró los ojos, estaba muy cansada. Un tiempo después, no supo exactamente cuanto, abruptamente la puerta se abrió. Alarmada, se incorporó. Era Alexander.

- Es de buena educación golpear la puerta antes de entrar- dijo ella tratando de no pensar que estaba cubierta por una leve capa de espuma.

- Me extraña que estés tomando un baño a estas horas.- comentó él sin responder a la alusión hecha.

-Me siento sucia- fue la simple respuesta. No podía decir más.

Alexander se mostró imperturbable.

-No parecías muy ofendida esta tarde en el jardín. Si lo hubieras querido me habría detenido, pero me motivaste a continuar.

Ella enrojeció violentamente. Trató de alcanzar la toalla pero Alexander fue más rápido y la tomó antes que ella.

-Pero no creo que usted venga a hablar de ese incidente. Salga, hablaremos cuando esté vestida.

-Eso no es necesario, ahora conozco hasta el último rincón de tu cuerpo- dijo extendiéndole la toalla. Ella la recibió con brusquedad, levantándose de la tina y anudándola alrededor de su torso. Acto seguido huyó en dirección hacia su alcoba. Él la siguió. Furiosa, intentó cerrar la puerta, pero era demasiado tarde no tuvo tiempo para ajustarla y él entró a la habitación. Con una sonrisa burlona cerró la puerta a sus espaldas. La joven retrocedió, observándole con una profunda desconfianza, parecía advertirle que se mantuviera lejos de ella.

Alexander no le hizo el más mínimo caso. De forma veloz y sigilosa se aproximó a

ella y le quitó la toalla sin que ella pudiera hacer algo para impedirlo, después paseó su mirada por la piel desnuda.

Isabelle sintió que se acaloraba, la piel le ardía y no podía coordinar las ideas pero en un ímpetu de timidez trató de cubrirse el cuerpo con ambas manos, asustada por el brillo lujurioso que despedían los ojos de Alexander. Temblorosa, espero a que él se posesionara nuevamente de ella, mas él sólo se limitó a secarla y a ponerle un camisón de dormir que se encontraba tendido sobre la cama.

Una leve decepción se apoderó de ella. Hubiera querido sentir su cuerpo sobre el de ella, ese pensamiento la escandalizó, no era posible que lo deseara todavía, aún después de que él le inflingiera la humillación más penosa de su vida.

-Mañana partimos temprano- él ordenó secamente- Estamos invitados al baile que hace anualmente el marqués de Riverdell. Lleva tu mejor traje de noche y acompáñalo con alguna de las joyas que hay en el cofre que dejé en el tocador. – concluyó marchándose de forma tan intempestiva como había aparecido, sin darle la oportunidad a Isabelle para preguntarle el porqué del cambio de sus planes.

En ese momento ella se vio obligada a admitir que existía otro motivo que llevó a Alexander a casarse con ella: poder exhibirla como un trofeo, como si quisiera decir: Mírenme, tengo a la mujer que me rechazó a mi completa disposición. Eso la hizo pensar que era reducida a ser una cosa más de su propiedad, algo que se podía tomar o cambiar de posición cuando se le diera la gana. Esa noche, tampoco pudo dormir, porque no podía dejar de pensar en el drástico cambio que había tenido Alexander en los dos años que había pasado sin verse y se preguntó que tanta participación había tenido su rechazo en la transformación de él. Al final de la noche pudo dormir, deseando con toda su alma que él volviera a ser el hombre que se había introducido en lo profundo de su ser.

8.

Isabelle recogió su cabello en un elegante moño, ayudada por Dorothy y suspirando tomó un valioso collar de perlas y rubíes que contrastaban con el alabastro de su piel y se lo colocó mirándose sin mucho interés en el inmenso espejo del tocador. Resignada se levantó para que la dama pudiera verla.

Dorothy la observó fascinada, el largo vestido confeccionado en satén le daba a Isabelle el aspecto de una princesa, resaltando el tono pálido de su piel y su boca encarnada y el brillo de sus ojos negros.

-¡Qué bella estás!- exclamó orgullosa Dorothy, reprimiendo unas lágrimas de añoranza- Tienes la misma postura de tu madre que en paz descansa- agregó con una leve tristeza.

La joven la miró conmovida.

-No tenía idea que me parecía tanto a mi mamá. Pero no estés triste, ella debe estar feliz porque me dejó en las mejores manos.

Las lágrimas de pena que Dorothy había reprimido con tanto esfuerzo hicieron su aparición en los ojos de la señora.

-No tenía ni la menor idea de que querías tanto a mi madre. En realidad no sé casi nada de ella.-agregó con cierto pesar.

-Mi niña eso no sucedió porque yo quisiera evitar deliberadamente hablar de ella. Tu padre estaba muy triste cuando ella murió, cuatro meses después de que cumpliste dos años. No podía soportar hablar de ella así que me pidió que no la mencionara. Ahora comprendo que fue un error y es un error que quiero enmendar. ¿Quieres conocerla?

-Nana, eso es imposible.

-No, mi niña. Nada es imposible- dijo Dorothy quitándose del cuello una cadenita de la pendía un camafeo. En realidad, el camafeo ocultaba un guardapelo que la señora abrió con sumo cuidado. Podía verse allí una miniatura representando una hermosísima mujer de cabellos oscuros y ojos azules casi de la misma edad que ella. Isabelle la contempló arrobada.

- ¿Es ella mi mamá?- preguntó sin despegar los ojos de la pequeña pintura.- Era tan hermosa. Verdaderamente hermosa. Pero, ¿cómo puedes decir que nos parecemos?, ella tenía los ojos azules y los míos son negros.

- Pequeña, fíjate bien. ¿No notas algunas semejanzas?

Las palabras de Dorothy indujeron a que ella observara detenidamente la imagen. Se le iluminó el rostro de alegría.

-¡Es verdad!- exclamó alborozada Isabelle.

-Sí, tienes las mismas facciones delicadas de Adrienne y es idéntica tu forma de mirar a la de ella. Además sois muy parecidas en cuanto al temperamento.

Dorothy estaba feliz de ver sonreír de nuevo a su angelito. Hacía varios meses que no veía ningún gesto de felicidad en ella y hablarle de su madre había sido el motivo de que eso hubiera podido suceder.

Nada podía haberle quitado a Isabelle la sensación de alcanzar el cielo con las manos. Nada, excepto mirar el reloj que estaba ubicado en la mesita de noche en la habitación que los Marqueses de Riverdell le había asignado a ella.

-¡Cielos, es tarde!- Dorothy emitió un gemido de preocupación. – Es mejor que terminemos de alistarte pequeña. – dijo, colocándole a la joven una capa de armiño blanco sobre sus hombros descubiertos, mientras Isabelle enfundaba sus manos en unos delicados guantes largos del mismo color y material del vestido.

-Ahora, si estas arreglada. Tu padre estaría muy orgulloso si pudiera verte.-

ronroneó Dorothy satisfecha.

Isabelle no escuchó esto último porque estaba ocupada preguntándose dónde estaría Alexander. No le quedaba otra opción que entrar sola al baile.

-Niña, ¿me estás oyendo?- la pregunta la sacó de sus cavilaciones.

-Discúlpame, temo que me distraje un poco.

-Ah, Isabelle. Me temo que nunca cambiarás- suspiró la señora.- De todas formas prometo que te contaré más de tu madre en cuanto tengamos oportunidad de hablar. Y ahora vete que tu marido te debe estar esperando.

Ella no pudo evitar cierto sentimiento de decepción al oír la frase final pronunciada por Dorothy, mas conteniéndose, le envió un beso antes de salir. Tuvo que recorrer varias salas antes de encontrar el salón indicado. Sintió un poco de aprehensión ante la idea de entrar sola y enfrentarse a sinnúmero de desconocidos, pero alentada por la idea de que Alexander se reiría de ella si la veía temerosa cobró valor y entró decidida al baile. El mayordomo le ayudó a despojarse de la capa. Isabelle le agradeció con un gesto de la cabeza y un poco cohibida al verse expuesta trató de mezclarse con los distinguidos invitados, los cuales se percataron de su presencia como pudo darse cuenta por las miradas de admiración que surcaban sus rostros. Ella, optó por simular no darse cuenta de lo que sucedía mientras miraba de forma disimulada a cada invitado, tratando de encontrar a Alexander.

Minutos después, pudo divisarlo hablando con una mujer rubia, vestida con un traje lila. Ella le sonreía coquetamente y él parecía muy complacido, demasiado complacido para el gusto de Isabelle. Era evidente que la desconocida estaba muy interesada en Alexander y que a él no le molestaba en lo más mínimo ser el objeto de las atenciones o sería mejor decir del deseo de la mujer. Eso molestó a Isabelle y más la molestó darse cuenta que eso la fastidiaba. Se hizo el firme propósito de echar al olvido su enojo y tomando aire con paso firme se acercó a ellos. Le iba a mostrar a la insípida rubia que ese hombre tenía dueña. Extendió delicadamente su brazo rozando el suyo y cuando él giró para identificar quien lo había tocado, ella le dirigió una dulce mirada a la que Alexander respondió con una sonrisa irónica. Sin poder evitarlo, Isabelle dio gracias porque tal y como estaban las cosas entre ellos, su “esposo” hubiera podido apartarse bruscamente de ella y haberla dejado en ridículo delante de la coqueta.

-Querida, me alegra que estés aquí- dijo él besando la mejilla aterciopelada de Isabelle. Ella no pudo evitar el estremecimiento que la invadió, sin embargo, siguió contemplando a la mujer notando un gesto de desagrado en ella.

-Mi esposa, Isabelle Robillard Fontenay- agregó Alexander dirigiéndose a la rubia. Isabelle la saludó con una sonrisa que esperaba se viera natural y pudiera irradiar

satisfacción.

-Encantada de conocerla, señorita...

-Lady Madeleine Rosenthal, sobrina de los Marqueses de Rivendell- respondió la rubia, disimulando a duras penas su ira bajo una falsa amabilidad- Es un placer contar con su presencia esta noche.

La actitud de Madeleine hizo nacer en Isabelle la impresión o sería mejor decir la sospecha de que Alexander y ella habían tenido algún tipo de relación. Intuición que se vio confirmada cuando escuchó las siguientes palabras de Madeleine:

-Señora, es usted afortunada por haber logrado capturar al conde. Debo decirle que es el hombre más escurridizo que he conocido.

Isabelle la examinó cuidadosamente. No podía imaginar alguien más diferente a ella que Madeleine. De cabello liso y rubio, los ojos verdes, no muy alta pero exuberante y bien proporcionada era una mujer atractiva y sería más bella aún si no hubiera tenido esa altivez y frialdad que le daban el aspecto de la Medusa de la mitología griega. Sabiendo que nada era una mejor defensa que un buen ataque, Isabelle sonrió.

-En realidad, Alexander fue quien me atrapó. Su poder de convencimiento fue tal que no tuve otra opción que casarme con él.- Naturalmente ella se refería al hecho de que su padre había sido convencido por Alexander para le diera su mano en matrimonio, pero Madeleine lo interpretó como si Alexander la hubiera cortejado apasionadamente, al juzgar por el rictus de desprecio que pudo visualizarse en su rostro. Deseosa de molestarla aún más, Isabelle agregó - Querido, ¿bailamos?

-Claro corazón. Disúlpanos Madeleine- Isabelle no podía negar que adoró oír el apelativo de corazón dicho por él. Madeleine asintió a lo que había dicho Alexander y antes de alejarse le dirigió una mirada claramente despectiva a la joven.

Alexander tomó en sus brazos a Isabelle y ella de inmediato se arrepintió de su pequeña jugarreta porque percibió de nuevo la debilidad que se había impuesto en ella en las tres ocasiones anteriores. La piel le ardía cuando entraba en contacto con la chaqueta de Alexander y aunque quería, no podía apartar sus ojos de los azules de él, estaba tan cerca de él que podía oler su loción. En ese momento, hubiera querido estar a solas con él, en la intimidad de su cuarto. Tratando de romper el hechizo que la poseía, rompió el silencio.

- Se nota a leguas, que ella está muy interesada en usted.

- No puedo creerlo, estás celosa- susurró Alexander muy cerca de su oído, rodeando la cintura de Isabelle con sus manos.

La respuesta de Isabelle fue enfática. ¡Por nada del mundo quería que él se imaginara que aquello era verdad!

-¡No!- y un poco más tranquila dijo- Simplemente no puedo evitar preguntarme la

razón por la cual usted no se casó con ella. Es una mujer muy hermosa.

-¿No crees que deberías tutearme? Al fin y al cabo estamos casados.

Ella interpretó su respuesta como una negativa y no hizo ninguna otra pregunta. Permaneció silenciosa mientras duró el vals que estaban bailando.

9.

Alexander e Isabelle se disponían a sentarse cuando un hombre joven, quizás un poco mayor que Isabelle se acercó a ellos.

-Querida Isabelle. ¡Cuánto tiempo sin verte! No hay duda que eres la más bella de la noche-dijo el joven dirigiéndole una mirada admirativa. Ella se sorprendió al oír su nombre. Trató de buscar en su mente la identidad del desconocido. Una auténtica sonrisa de felicidad surgió en su rostro al reconocerlo.

-Robert o debería llamarte Lord Thompson. ¡Qué agradable sorpresa!- lo saludó denotando un auténtico júbilo.

-Llámame Robert como en los viejos tiempos- manifestó besando la delicada mano enguantada de Isabelle.

- Está bien, así lo haré. Quiero que conozcas a mi esposo, el conde Alexander Fontenay Bernadotte.

- Es un honor conocerlo. Es usted toda una leyenda y estoy seguro que casarse con esta magnífica mujer aumentará el aire legendario que lo rodea, además, claro está, de convertirlo en la envidia de todos los hombres.

-Eso es cierto, lord Thompson, estoy seguro que hay muchos hombres que me envidian por haber tenido la buena fortuna de desposar a Isabelle- repuso Alexander solemnemente.

-Tiene usted toda la razón. Ya en este momento le envidio apasionadamente por tener semejante sol en su haber. ¿Me permitiría bailar con ella?

Alexander le concedió su permiso sin una queja aunque parecía ligeramente molesto. A Isabelle no le quedó otro remedio que asentir e ir con Robert a la pista de baile, aunque hubiera preferido mil veces (y mil veces lo hubiera negado) quedarse con Alexander.

-Creí que no ibas a casarte nunca- repuso Robert.

-¿Lo dices porque no accedí a casarme contigo?

-Esa es una de las razones, la otra es pensaba que te encerrarías en un convento por el resto de tu vida.

-Sí, eso era lo que quería hacer- suspiró Isabelle y no agregó más porque no quería que Robert, su mejor amigo, supiera la verdad de su matrimonio. Y previendo que podía llegar a preguntarle las razones por las cuales ella se había casado, ella comentó:

-En cuatro años has cambiado bastante. No te reconocí cuando te acercaste a nosotros.

Robert no cayó en la trampa. Isabelle comprendió que había subestimado su inteligencia debido a que él con suspicacia afirmó:

-No eres feliz en tu matrimonio. Por lo tanto tu padre te obligó a casarte con él.

-No quiero hablar de eso Robert.

El hombre la miró tiernamente. Ella vio comprensión y apoyo en sus ojos castaños. Eso la hizo sentirse reconfortada, demasiado reconfortada.

-Te ofrezco mi apoyo incondicional. Si me necesitas allí estaré- dijo Robert conduciéndola hacia su marido, ya que la música se había detenido.

Cuando Robert se marchó, Alexander se veía imperturbable y eso fastidió a Isabelle. Hubiera deseado una escena de celos, un reclamo o algo así. Pero luego casi rió de su estupidez. ¡Cómo podía esperar que él se mostrara celoso, si ella no le importaba en lo más mínimo! Él no la amaba y ella sí sentía eso por él y por eso había sido tan evidente con Madeleine. Bueno, si Alexander podía mostrar indiferencia, entonces ella también.

Alexander la tomó del brazo y estuvo mostrándose atento con ella el tiempo que duró la fiesta. Todos estaban convencidos de que eran una pareja profundamente enamorada y esto lastimaba a Isabelle. Cuando él decidió retirarse, ella experimentó un profundo alivio. Se despidieron de los anfitriones y de otros invitados importantes. Él la escoltó hasta la alcoba.

-Hasta mañana. Que tenga una buena noche.-fue la despedida seca de Isabelle, quien se sorprendió enormemente al escucharse. Definitivamente se estaba convirtiendo en una experta en ocultar sus emociones.

Alexander pareció muy extrañado y ella sintió que aumentaba su asombro.

-En realidad, el marqués nos asignó esta habitación a ambos.

-Ah... – fue todo lo que pudo decir ella.

-Como comprenderás no estoy dispuesto a enunciar nuestra particular situación ante los ojos del marqués y su esposa solicitando otra habitación.

-Yo tampoco hubiera sugerido lo contrario. No tengo ningún inconveniente en compartir una habitación con usted.- repuso ella haciendo un esfuerzo sobrehumano por reprimirse.

Ambos entraron a la habitación y encendieron las velas. Isabelle cansada comenzó a quitarse el collar. De repente imaginó las manos de él en su cuerpo y una inesperada excitación la invadió. Trató de apartar de su mente los malos pensamientos sin poder conseguirlo, le hormigueaba la piel y el delicado vestido de satén le pareció una barrera en ese momento.

- Señor, podría retirarse un momento mientras me desvisto.- No quería correr el riesgo de sucumbir ante los pedidos apremiantes de su carne y caer rendida en los brazos de Alexander.

-¿No es una treta para sacarme de la habitación? En todo caso no es necesario- dijo él desapuntando el vestido, dejándola cubierta con apenas una delicada camisa, el corsé y una delgada enagua.

Isabelle no sabía si podría soportar más el contacto de sus dedos sin lanzarse de forma desesperada a sus brazos. Se apartó un poco, pero lo único que consiguió fue que sus manos rozaran la piel desnuda de su espalda. Ese ligero toque reavivó la llama que la consumía.

Sin detenerse a pensar, se volteó y se acercó lentamente a él mirándolo a los ojos. Pasó sus brazos rodeando el cuello del hombre inclinando su rostro hacia ella y elevándose sobre las puntas de sus pies acercó su boca a la suya. Alexander quedó quieto, era evidente que se hallaba perplejo al ser atacado de esa manera mientras ella le acariciaba el rostro con sus manos. Isabelle introdujo su lengua en la deliciosa boca del hombre como si no pudiera saciarse de la sed que por él sentía. Por un instante dejó olvidadas las enseñanzas de las monjas, el recato y la decencia que se le habían inculcado toda su vida.

Repentinamente, fue consciente de la barbaridad que estaba cometiendo y por ello intentó detenerse, pero él no se lo permitió, porque la mantuvo cautiva de su cuerpo. Ya era tarde, todo ápice de timidez o temor que podría haber experimentado, quedó relegado a un segundo plano. Con un leve gemido, ella interrumpió el beso y lo miró directamente a los ojos, deseando poder leer en ellos lo que Alexander pensaba, pudiendo divisar un destello de pasión, lo que la decidió en el acto: daría el primer paso sin importarle las consecuencias.

La mente de Isabelle era una maraña de confusión, su razón no sabía si claudicar entre la razón y la locura, solo sabía que tal vez esa sería su única noche con él y se dispuso a vivirla como si en verdad lo fuera, como si temiera que el hado implacable habría de separarlos inexorablemente. En esa noche le demostraría todo el amor que su alma albergaba por él. Como si Alexander le hubiera leído el pensamiento, le recorrió el cuerpo posesivamente. Ella lo besó con la fuerza y las ansias que llevaba tanto tiempo reteniendo en su interior y el hombre respondió con el mismo deseo y pasión que ella manifestaba, uniendo sus labios en una danza sensual que elevó todos sus sentidos al máximo, después de un momento de desquiciante placer Isabelle separó su boca de la de él y besó su firme mentón hasta llegar al cuello, recorriendo el lóbulo de las orejas y dedicando una esmerada atención a esa zona del cuerpo masculino. Pudo oírlo gemir y ese sonido llenó de júbilo su ser haciendo que

se apretara de forma descarada contra él, originando otro gemido, esta vez de insatisfacción por parte de Alexander. Estaba tan cerca de su cuerpo que podía percibir el intenso calor en sus caderas y el endurecimiento de su cuerpo. Ella, estaba en éxtasis, nunca habría creído que la sensación de dominar fuese tan deliciosa, podía sentir sus propios pezones tan duros como si él los hubiese tocado, haciendo que manara en su intimidad la tibia humedad. En ese tiempo, ya no era dueña de su cuerpo, éste parecía actuar de forma autónoma deslizando las manos sobre el pecho de Alexander y desabotonando lentamente uno a uno los botones que sujetaban su camisa. Esa intencional lentitud estaba dirigida a enloquecerlo aún más, aunque ella no lo supiera a conciencia e Isabelle vio que daba resultado cuando él se separó un poco y bruscamente se despojó de la camisa arrojándola como si fuera intolerable tenerla puesta. Respirando agitadamente, ella volvió a aproximarse a él y puso la palma de su mano en la tetilla izquierda. La piel dorada de Alexander parecía pedirle a gritos que la acariciara, así que acercando su rostro rozó con la lengua y dibujó círculos en el pecho de Alexander; comportándose de forma más audaz aún tomó entre sus labios la sensible tetilla y la lamió suavemente. Recibió un ronco suspiro de satisfacción como respuesta y se apartó un poco, admirándolo en silencio, él era el prefecto espécimen masculino que estaba a su merced. ¡Dios! Él estaba tan necesitado de ella como ella lo estaba de él y animada por ese pensamiento regresó a la boca de él, quien la recibía en una muda muestra de lo que obtendría si ella permitiera que él retribuyera con caricias las que ella le había dado.

Isabelle levantó su cabeza y vio a Alexander con una sonrisa maliciosa, él extendió sus dedos y desanudó el cordel que ajustaba su corsé, mientras la expectación se apoderaba de la joven y acudió en su ayuda para poder despojarse de la ligera camisola que aún la cubría. Un quejido escapó de ella cuando quedó expuesta a la ardiente mirada de Alexander, quien parecía satisfecho de haber podido recobrar la supremacía sobre ella. Él tomó ambos senos en sus manos. Ese cálido contacto ocasionó pulsaciones de placer en ella y completamente desinhibida se acercó más a él, derrochando voluptuosidad, para despojarlo de la ropa que aún lo cubría.

-Despacio, despacio. Para todo hay tiempo- susurró Alexander antes de acercar su boca a los bellos senos que sus manos sostenían con delicadeza.

Isabelle sollozó de goce al sentir la boca varonil torturando las duras cúspides de sus senos. Su deseo se intensificó cuando él con maestría succionó y mordisqueó su ardiente carne. Estaba tan cegada por las urgentes sensaciones que la recorrían que no notó que era despojada completamente de la enagua y los pantaloncitos de encaje que aún la cubrían. Alexander bajó lentamente hasta llegar a sus caderas desnudas e introdujo sus manos en su entrepierna, recorriendo con sus dedos ansiosos cada

pétalo empapado del rocío que destilaba su cuerpo. Él la alzó y ceremoniosamente la llevó hacia la cama en donde la colocó con igual suavidad. La tomó de las rodillas y la abrió despacio. Ella no esperaba que él acercara su boca a su vientre y se estremeció ligeramente mientras Alexander lamía la flor que ante él se exponía. Ella deseaba gritar al sentir aproximarse una sensación que amenazaba con llevarla al límite, pero se mordió los labios en un intento desesperado de conservar el control pero sin poder evitar que se escaparan sonidos de satisfacción cuando la corriente que había crecido en ella se había apoderado de su cuerpo llevándolo al límite. Con sutileza, se alejó de Alexander y de igual forma lo acostó en el lecho, inclinándose sobre él, besándolo al principio con cautela pero después dejándose llevar por sus impulsos, a la vez que sus manos bajaban de forma sinuosa hacia el pantalón del hombre, dejando que se introdujeran en éste. Lo oyó maldecir cuando se apoderó de su dura virilidad y eso la motivó a seguir torturándolo.

-No puedo más- dijo él.- Tengo que tenerte ahora.

Isabelle por fin se atrevió a hablar.

-A mí me sucede igual. Poséeme.- lo besó tiernamente.

Alexander no esperó más. Completamente desnudo se tendió en la cama y la atrajo hacia su cuerpo haciendo que su mujer cabalgara sobre su miembro erecto. Ella podía sentir la incursión de su masculinidad cálida en ella, llevándola hacia un mundo desconocido que ella no habría creído posible, en donde no importaba nada más que ese momento. Isabelle estaba sorprendida, pero no a tal grado que eso le impidiera mover sus caderas rítmicamente, primero de forma pausada y después más rápidamente mientras lo acariciaba.

Finalmente Alexander sin soltarla giró, cambiando de posición, la alanceó vigorosamente hasta llegar a la culminación de ambos. Después de que el torrente de pasiones que se había desatado entre ellos se apaciguó, permanecieron abrazados compartiendo los instantes de satisfacción posteriores a la unión entre un hombre y una mujer.

Al recuperar la cordura, Isabelle pensó que ese encuentro había sido un duelo, un enfrentamiento de voluntades, una lucha entre cual de los dos dominaría al otro. Mas, no sabía en realidad quien había sido el vencedor en la contienda. Tal vez, Alexander, porque ella estaba realmente horrorizada de la impudicia que había mostrado al seducirlo, como si otra mujer se hubiera posesionado de su cuerpo, aunque sabía perfectamente que esa era otra de las muestras de la pasión que ella había luchado por contener desde el momento en que había conocido a Alexander y uno de los motivos por el cual nunca le había permitido que se le acercara en esos seis meses que lo frecuentó. Lo escuchó respirar un poco más fuerte y oró fervorosamente

pidiendo que él pudiera perdonar su cobardía, la que había maldecido tantas veces en el pasado.

10.

Al despertar, Isabelle se sorprendió al encontrarse sola en la cama a pesar de que era muy temprano aún.

-Será que lo que pasó anoche no fue más que un sueño.- pensó inquieta. No podía ser posible que haber hecho el amor con ella lo hubiera enojado ¿O sí?

Ese pensamiento no resultaba muy agradable y frunciendo el ceño se levantó de la cama. Observó su corsé y su ropa interior en el piso y sintió que el rostro se le volvía escarlata de la vergüenza que la invadía. No quería que Dorothy encontrara las prendas por lo cual se colocó una bata y las recogió dejándolas en una silla. Volvió a quitarse la bata cuando se percató que estaba completamente desnuda. En lo desesperado de sus pensamientos no había notado la falta del camisón y nuevamente volvió a sentirse avergonzada. Era la primera vez en su vida que dormía desnuda y tampoco estaba dispuesta que Dorothy se diera cuenta de eso y comenzara a sacar conclusiones. Así que rebuscó entre los cajones, sacó una ligera camisola y se la puso rápidamente al igual que la bata que había usado anteriormente; esperó a su nana. Sin poderlo evitar observó cuidadosamente la cama, estaba en desorden, se acercó levantando la almohada en la que Alexander había reposado y la olió. La fragancia que emanaba la hizo temblar placenteramente. Y en esa postura la sorprendió Dorothy.

-Discúlpame, pequeña creía que aún estabas durmiendo.

-No, hace bastante tiempo que me levanté.- Antes de que la aya pudiera decir algo agregó- ¿Podrías prepararme un baño y ropa?.

Dorothy le sonreía pícaramente.

-El baño ya está listo y ya te planché el traje de terciopelo azul. Así que deja la pereza y ve a arreglarte- la regañó amorosamente.

Media hora después, arreglada y más tranquila bajó al comedor no sin antes haberle preguntado a Dorothy si sabía dónde estaba Alexander. Tras haber recibido una respuesta negativa, supuso que estaría desayunando en compañía de los huéspedes del Marqués y se dirigió a buscarlo.

El comedor de la familia Riverdell era inmenso y estaba profusamente adornado con un esplendor que hubiera impactado a otra que no hubiera sido Isabelle. Ella, por su parte estaba más preocupada por hallar a Alexander que por detenerse a observar la decoración del lugar, escudriñó cuidadosamente a las personas presentes allí pero no obtuvo ningún resultado. Eso sí, notó que los únicos ausentes eran Alexander y... Madeleine. Se sintió furiosa y muy humillada, porque todos los invitados la miraban

con una despreciable compasión.

Hubiera querido marcharse bruscamente, pero los buenos modales se lo impedían, así que se contentó con comerse el desayuno por el que no sentía ningún apetito y trató con todas sus fuerzas de calmar la violenta tempestad que había estallado en su interior. Su primer impulso fue justificar a Alexander, tal vez era una mera casualidad que tanto él como Madeleine fueran los únicos ausentes en el desayuno. No podía ser posible que estuviera con otra después de haber tenido intimidad con ella. Su furia creció al darse cuenta que estaba celosa, completamente enferma de celos.

Irónicamente, pensó que no se conocía bien a sí misma, estaba actuando de forma tan irracional, que en realidad no debería sorprenderle que Alexander se hubiera marchado de esa manera. En realidad, estaba arrepentida de lo que había hecho, lo más probable era que él hubiera pensado lo peor de ella. Casi rió histéricamente cuando recordó que antes de casarse había pensado que su matrimonio sería un infierno y lo era aunque de un tipo diferente a como lo había imaginado.

Una vez terminado el desayuno, decidió marcharse, después de soportar las insinuaciones por parte de los otros huéspedes y las atenciones de Robert, aunque interiormente agradecía que él hubiera estado a su lado para apoyarla. Se alejó del comedor lo más rápidamente que pudo, no sin antes haberse despedido de Robert.

Corrió desesperada, necesitaba un sitio donde pudiera dar rienda suelta a sus lágrimas porque tenía la convicción de que su molestia y aflicción pudieran estallar de un momento a otro. Afortunadamente, encontró una habitación cuidadosamente camuflada en uno de los pasillos y convencida de que estaba sola rompió a llorar en silencio. Inesperadamente, oyó voces y su llanto se interrumpió en seco. Sin quererlo fue testigo de una conversación ajena. Trató de salir de manera tal que las dos mujeres que hablaban no advirtieran su presencia. Eso fue antes de que se diera cuenta, de que las mujeres estaban hablando de ella, pero al escuchar su nombre fue como si la impresión de saber que se estaban refiriendo a ella la hubiera convertido en piedra.

Aquietó su agitada respiración y pudo reconocer las voces de la Marquesa de Riverdell y de su amiga la Duquesa de Grosvenor.

-Querida Eve, no tenía ni idea de que el Conde de Aumont se había casado. Hubiese jurado que estaba detrás de tu sobrina Madeleine.

La marquesa parecía perpleja.

-En efecto, así era. Creía que estaba muy interesado en ella, por lo que no me explico porque se casó con esa burguesa.

-Debes admitir que es muy hermosa. Supongo que le hizo perder la cabeza al Conde.

-No lo creo. No se ve como un hombre enamorado.

-Pero, ella sí lo ama, bastaba verla a los ojos esta mañana para darse cuenta de ello. Sin duda, me inspira lástima. ¡Pobrecilla! Enamorada de un hombre que no la quiere a ella. Me imaginó que Madeleine sabe esto.

La Marquesa sonrió con malicia.

-Claro que lo sabe. Se ha propuesto convertirse en la nueva Condesa y no hay duda de que lo conseguirá. Tú sabes que Madeleine tiene voluntad de acero.

La de Grosvenor rió:

-¿No le importa que él esté casado?

-Lo está, tú y yo sabemos perfectamente que un matrimonio puede anularse fácilmente. Cualquier persona con influencias y dinero puede obtener la anulación sin ningún problema.

-¿Y tú piensas que se separará tan fácilmente de ella?

-No lo pienso, estoy segura. Me atrevo a pensar que se casó con ella por lujuria, seguramente no pudo obtenerla de otra forma.

Isabelle enrojeció de indignación, pero tuvo que aceptar que en efecto esa podía ser una de las razones por las que Alexander la había desposado. En realidad, esa podía ser la verdad.

Interrumpió a tiempo sus pensamientos, justo cuando la Marquesa agregaba:

-Estimada Penélope, a mí también me inspira compasión la burguesita, pero ambas sabemos que frente a Madeleine no tiene ni la más mínima oportunidad. Ella ya conquistó una vez al Conde y puede hacerlo nuevamente.

Isabelle no quiso escuchar más. Ni siquiera podía llorar, así que se marchó sin que las dos mujeres notaran su presencia.

Salió tan bruscamente que casi cayó en los brazos de Robert.

-Isabelle ¿Qué te sucede?- la preocupación genuina de su voz la hizo sollozar nuevamente.

-Aquí no...- no pudo decir más porque los sollozos ahogaban su voz.

Robert actuó rápidamente, hizo entrar en el viejo despacho del Marqués.

-Toma un poco de coñac. Te tranquilizará- dijo extendiendo hacia Isabelle un copa. Ella lo tomó y lo bebió de un solo golpe. Minutos después sintió que se apaciguaba.

-Dime lo que te sucedió.

-No puedo Robert, aunque quisiera no podría. Ni siquiera puedo decírmelo a mi misma.

Él suspiró.

-Esta bien, respetaré tu silencio, pero si descubro que el causante de tus penas es tu marido, ten la seguridad de que no le va a ir muy bien.

Isabelle levantó la cabeza asustada. Conocía muy bien el carácter de Robert y sabía que podía ser gentil y bondadoso así como sanguinario y violento si se enojaba.

-Prométeme que no le harás nada. Quiero tu palabra de honor de que así será.

-No te la doy, es evidente que él es el causante de tus lágrimas. Iré a cruzar algunas frases con él en este mismo instante.

-No vas a hacerlo. Pero aprecio vuestro apoyo, Robert. Si tuviera la necesidad de marcharme de lado de mi esposo, ¿me ayudarías?

-Ayer te lo dije, Isabelle y hoy reafirmo esa promesa. Estaré allí cuando me necesites y te ofreceré mi apoyo de forma desinteresada. Pero debes irte, no quiero que se comprometa tu buen nombre.

Isabelle sólo pudo decir gracias antes de marcharse. Trabajosamente llegó a su habitación. En ella estaba Dorothy cosiendo frente a la ventana.

-Mi niña, te esperaba más temprano. ¡No pensé que un desayuno pudiera demorarse tanto!

-Dorothy, no quiero hablar de eso en este momento. ¿Podrías contarme cosas acerca de mamá?

-Claro tesoro. Bien, por donde empezaré... yo trabajé desde que era muy joven para la familia del padre de Adrienne, Christopher, puesto que yo era hija del ama de llaves que a su vez había heredado ese puesto de mi abuela.

-¿Conociste muy bien al abuelo?

-Sí, lo vi convertirse de un niño caprichoso a un apuesto joven. Cuando cumplió 22 años, su padre Norman concertó su boda con la señora Elaine que en paz descanse. Ella pertenecía a una buena familia y tenía 18 años, la misma edad que tenía yo cuando la conocí. Pasaron diez años y al fin tuvieron a su única hija a la que llamaron Adrienne, tu madre. Ella era un encanto de bebé que creció para convertirse en una bellísima joven, mimada y adorada por sus padres y por mí puesto que fui también su nodriza. Ella era muy traviesa y no actuaba como si fuera una niña, sino que poseía gran madurez y era muy aventurera.

-¿Ella, aventurera?- sólo acertó a preguntar Isabelle.

-Le fascinaba salir de casa disfrazada de muchacho para ir a la ciudad. Sólo yo lo sabía y ella coordinaba sus salidas los días en que los señores Verleine me daban permiso para ir a la ciudad, porque a pesar de que le gustaba salir, era precavida y para ella el sentido de la aventura no era exponerse al peligro.

-¿Por qué hacía eso?

-Adrienne solía decirme que no quería que le pasara lo mismo que a otras muchachas, que crecían ignorando el mundo exterior y por ello eran víctimas de éste cuando debían casarse. Por eso estaba resuelta a conocer lo que más pudiera, antes

de contraer matrimonio con un hombre que fuera aceptado por su familia.

-Sígueme contando por favor.- imploró Isabelle mostrando su profundo interés.

-Adrienne continuó con sus salidas, naturalmente yo la acompañaba y en una de estas, conoció a tu padre. Ella estaba en la plaza de mercado inspeccionando las últimas mercancías traídas de la India, cuando accidentalmente tropezó con un muchacho algo mayor que ella. Era el señor Pierre Robillard, un acaudalado comerciante, dueño de diversas propiedades. En definitiva, era un buen partido si tenemos en cuenta que la familia de Adrienne estaba venida a menos. Entonces, ellos se enamoraron locamente, a tal grado que estuvieron dispuestos a fugarse. El día de la fuga, fueron descubiertos por la señora Elaine quien se apresuró a avisarle a su esposo, escandalizada de que Adrienne pudiera involucrarse con alguien que no pertenecía a la nobleza.

Al pronunciar éste último párrafo, Dorothy calló por unos instantes. La joven estaba maravillada, no podía creer que su padre hubiera sido un muchacho rebelde e impulsivo al grado de querer secuestrar a una mujer de buena familia. Advirtiéndole su confusión, la nodriza se apresuró a continuar, pero fue interrumpida por Isabelle.

-¿Cómo reaccionó el abuelo?

-De forma muy distinta a como había reaccionado la señora Elaine.-declaró Dorothy con admiración.- Se enojó un poco al principio cuando se enteró del intento de fuga, pero cuando supo que Adrienne en efecto estaba enamorada de Pierre y ella le explicó los motivos que la habían impulsado a actuar así, se serenó y dio su consentimiento para la boda. Eso sí, después de batallar con la señora Elaine que deseaba que su hija se casara con el Conde de Aumont, padre del actual conde. Entonces, el señor Christopher dijo que eso no iba a permitirlo porque no le parecía justo que a Adrienne se le impusiera una boda que no deseaba, estando enamorada como lo estaba de ese hombre y agregó que ese hombre no merecía que ser despreciado sólo porque no tenía un título nobiliario. Naturalmente impuso como condición que ellos debían mantener un noviazgo formal por tres años para que pudieran conocerse mejor y estar seguros del paso que iban a dar.

-Era un hombre admirable el abuelo.

-Sí que lo era. Muy pocos hombres hubieran actuado así. Al contrario, a la joven en cuestión la hubieran encerrado en un convento y después la hubieran casado con quien hubieran elegido. Creo que eso hubiera hecho tu abuelo si la señora Elaine lo tuviera subyugado para que aceptara. Afortunadamente eso no ocurrió.

Isabelle permaneció pensativa y luego esbozando un gesto de incredulidad, preguntó:

-Entonces no puedo entender algo. Si mi abuelo se portó con tanta generosidad con

mi padre, ¿por qué él no pudo haber actuado de igual manera conmigo? Eso jamás podré entenderlo, jamás.

Dorothy se preocupó notablemente al escuchar el resentimiento de su voz.

-Querida, no te apresures a juzgar tan duramente a tu padre. Pudo haber tenido una motivación lo suficientemente fuerte como para actuar como lo hizo. Estoy más que segura que algún día vas a saberlo.-manifestó Dorothy con suavidad.

Una expresión de cansancio recorrió el rostro de Isabelle.

-No estoy segura de que quiera saberlo. Puede que la razón me llegue a doler tanto como el hecho en sí.- replicó ella.

-Dios, niña tienes que ser más positiva. No hay un mal del que no nazca un bien.

La muchacha la miró con una sonrisa burlona.

-En este caso dime cuál sería el beneficio. Si lo encuentras, te encarezco que me lo digas, porque yo sinceramente estoy muy ciega como para poder verlo.- replicó con todo el sarcasmo de que fue capaz.

Dorothy la veía muy molesta pero sabía que lo que había hecho Pierre no era el origen del malhumor de la muchacha, ella conocía muy bien a Isabelle como si hubiese sido su propia hija, podía leer con suma facilidad en su interior y en verdad le había extrañado ver semejante furia en los comúnmente apacibles ojos oscuros. A casi 20 años de haberla visto nacer, para Dorothy no había secretos acerca de ella y también sabía como manejarla.

-Cariño, no estás enojada con tu padre. Algo te sucedió y ese es el motivo de tu indignación.

Isabelle suspiró de impaciencia.

-No tiene sentido tratar de engañarte. Tienes la vista más afilada que la de un águila y la percepción aguda de un investigador. Mas, no quiero hablar de lo que sucedió, aunque quisiera no puedo.

-Te entiendo cariño y por eso voy a respetar tu silencio.

El corazón de Isabelle se llenó de un profundo agradecimiento hacía la única persona que podía llegar a comprenderla y aunque se moría de ganas de confiarse a sus sabios consejos, sabía que no podía hablar con ella hasta no haber confrontado a Alexander.

-¿Seré capaz de hacerlo, de enfrentarlo cara a cara y exigirle la verdad?- pensó ella.
11.

En todo ese día no tuvo ninguna noticia de Alexander. Parecía que se lo hubiera tragado la tierra. Tampoco vio a Madeleine y eso le dio muy mala espina. Además, no podía evitar asombrarse de la conducta en la casa del Marqués de Riverdell. ¿Cómo era posible que a una muchacha soltera como Madeleine le permitieran estar a solas

con un hombre casado! La idea de por sí era escandalosa, pero se abstuvo de manifestarla, aunque la lengua le dolía de tanto mordérsela.

Pero, sin duda lo que más le fastidiaba era ser el objeto de las murmuraciones en la casa de los marqueses, porque no estaba en posición de desacreditarlas y ni siquiera de poder reírse de ellas.

Isabelle se sentía fuera de su entorno, como si fuera un pez al que la marea dejó en la orilla de la playa y al igual que el pez desconocía lo que debía hacer. Sabía que su matrimonio no era un lecho de rosas y que ella se había engañado a sí misma creyendo que podría demostrarle a Alexander que las cosas podrían ser diferentes si le diera una oportunidad, cuando la única certeza que tenía era que su boda con ella no era más que el instrumento para castigarla. Se daba perfectamente cuenta de que era inútil mantener semejante sueño. Pero, no podía renunciar todavía a esa esperanza.

Dormía cuando escuchó una voz que la hizo despabilarse asustada.

-Siento haber desaparecido todo el día.- la voz de Alexander sonaba avergonzada y eso la ablandó e hizo desaparecer su resentimiento, a pesar de que no pudo desaparecer las dudas que la atormentaban todavía.

Tuvo en la punta de la lengua preguntarle dónde había estado, pero sofocó el deseo; no era muy prudente hacerlo en ese mismo momento, debido a que se podría en una situación vulnerable que él podría aprovechar perfectamente para humillarla. Ella era perfectamente consciente de que debía salvaguardar su orgullo y se debía a sí misma un mínimo de autorrespeto. Pero, no pudo evitar que saliera algo de su enojo.

-Todos estaban muy pendientes de tu ausencia.- repuso tratando de mantener una fachada de absoluta tranquilidad.- He pensado que no tiene ningún sentido que permanezca aquí por ello quisiera regresar a tu castillo, sino te importa, claro.

Afortunadamente la habitación estaba a oscuras y él no podía ver si ella estaba mintiendo o no.

-Pensaba que este ambiente te gustaba.-manifestó Alexander sin mostrar ninguna emoción en la voz.

-No, en realidad no, primero porque nunca he sido una persona muy sociable y segundo porque como bien sabes soy una burguesa, no una aristócrata. Me sorprende lo poco que sabemos el uno del otro. Ahora, desearía dormir. Hasta mañana.-dijo ella arropándose aún más con las cobijas, dando a entender que no quería ninguna explicación ni decir ni una sola palabra más.

Isabelle cerró los ojos y aparentó estar profundamente dormida a pesar de que sus sentidos estaban más alerta que nunca. Podía escucharlo desvistiéndose, por el crujir

de la tela y sentir como la cama cedía a su peso así como su cercanía. Ella contuvo el aliento al sentir un poco de frío cuando Alexander levantó las cobijas. Él se introdujo en la cama y ella agradeció interiormente que ésta fuera lo suficientemente amplia para que pudieran dormir los dos sin tocarse.

Una mano le recorrió la espalda y subió luego a su cuello, causándole una corriente eléctrica que la recorrió por entero. Su cuerpo se rebeló contra ella ante la inesperada caricia, pero trató de mantenerlo bajo control. Después de todo si accedía sería una idiota y aunque le costó un enorme esfuerzo permaneció quieta y continuó simulando estar inmersa en un profundo sueño.

Las manos de Alexander se hicieron más atrevidas, asaltando la piel resguardada bajo el tenue camisón de Isabelle, mientras que la boca del hombre mordisqueaba el delicado cuello. A Isabelle le estaba resultando cada vez más difícil controlarse para no sucumbir a la tentación que era él, no quería que él supiera que ella estaba despierta por lo que haciendo un enorme esfuerzo trató de mantenerse quieta. No podía evitar pensar que era tan persuasivo, sus caricias tan atormentadoras y enloquecedoras que no podía soportarlas por mucho más tiempo.

No supo cómo se las había arreglado Alexander para despojarla de su pijama, pero el hecho era que pudo sentir su pecho en su espalda y ante ese infinitamente martirizante contacto toda su resistencia cayó. Haciendo un último esfuerzo por no caer, pudo escuchar su voz.

-No estás durmiendo. No finjas más- era casi una súplica, pero esa sencilla frase le impidió seguir impasible ante las caricias de Alexander. Admitiendo su derrota, Isabelle suspiró y se acercó más a él, acomodándose hasta quedar frente a él y en ese momento él se posesionó de su boca, llevándola al paraíso con solo la magia de sus labios.

Durante unos minutos pudo olvidar todo lo que había sucedido, pero la realidad reapareció en su mente y avivó la profunda desilusión que ella experimentaba y a su pesar, ella se apartó rechazándolo. Necesitaba que el frío le devolviese la razón y precipitadamente se levantó, semidesnuda, para asomarse a la ventana. Descorrió la cortina blanca de gasa y dejó que la luz de la luna la iluminara.

En la penumbra vio acercarse a Alexander, completamente desnudo y excitado como pudo darse cuenta. Él caminó hacia ella sin parecer en absoluto incómodo, ella por su parte no fue capaz de mover ni un solo músculo.

-No te acerques- susurró ella. No volverás a lastimarse- prometió más para ella que para él.

Alexander no dijo nada y se mantuvo quieto un momento, antes de apresarla contra su cuerpo. Isabelle no fue capaz de oponer resistencia.

-Sólo te hace falta tomarme a la fuerza.-declaró en tono incisivo sin atreverse a mirarlo y dándole la espalda para no hacerlo.

Ante su acento, él la soltó.

-Creía que ambas experiencias habían sido gratificantes para ambos- respondió él.

-Lo fueron- admitió ella ruborizada.-Pero fue doloroso lo que vino después- pensó ella sin atreverse a hacer público su pensamiento.

-Entonces, no me rechaces más- musitó él volviendo a abrazarla. Su cálido aliento le rozó el cuello y sus manos exploraron lentamente el cuerpo de Isabelle. Ella dejó escapar un gemido al sentir su virilidad erecta tocando sus caderas. Inevitablemente, giró y le ofreció su boca que Alexander besó ávidamente y liberó su cuerpo de la tensión y ella se dejó liberar.

Juntaron plenamente sus cuerpos en una ardiente conjunción. Isabelle sembró en el cuello y torso masculinos un sendero de besos que arrancaron a Alexander un profundo suspiro. Animada por esta respuesta, ella deslizó su lengua por la tetilla, mordiéndolo con exquisita suavidad, mientras que una corriente primitiva la instaba a ofrecer caricias en todo el cuerpo de Alexander, sin atreverse a tocar el punto más candente de la anatomía del hombre.

Alexander tomó su mano afectuosamente y besó la punta de sus dedos, acercándola a su sexo erecto por el acuciante deseo que lo invadía. Ella estaba maravillada, verlo tan urgente, tan ansioso de ella la excitó y sin poderlo evitar fue al encuentro con la boca de Alexander.

En un descuido el hombre se apoderó de sus senos, besándolos y lamiéndolos con placentera dedicación.

-Dios mío- balbuceó Isabelle. No podía creer la intensidad de las sensaciones que la experimentaban en ese momento.

Él siguió bajando por su cuerpo, acariciando con su boca y cuerpo cada rincón de su anatomía. Mas, no era suficiente, ella quería acabar de una vez por todas con aquella agonía indescriptible que hervía en sus venas.

-Anhelo tu cercanía- fue todo lo que pudo decir, antes de expresar una callada súplica que sus labios no pudieron atreverse a pronunciar.

Alexander la atrajo hacia su pecho y la condujo al lecho. Ella le permitió la plena incursión de su cuerpo en el suyo.

-Por favor, no detengas- imploró Isabelle.

Él movió sus caderas sinuosamente enterrándose más profundamente en ella, sin dejar de acariciarla.

Isabelle fue recorrida por entero por una emoción indescriptible, lánguida y exultante a la vez, pero tan profunda como alcanzar el cielo con las manos. Era un instante de

dulce agonía.

-Estoy sin fuerzas- le indicó Alexander mientras la inundaba de un infinito gozo.

Cuando ambos ya se hallaban saciados de sus caricias, Isabelle sintió sus manos en la espalda y se movió imperceptiblemente para dejar que la abrazara. Ella se apoyó en el amplio pecho, deseando con todas sus fuerzas postergar aquel momento tan maravilloso. Esa hermosa noche, al fin, ella podría dormir en paz sin ser atormentada por la incertidumbre y sin ser acosada por el temor de estar cometiendo una equivocación.

12.

Isabelle no podía apartar sus ojos de Alexander, no obstante procurando mirarlo a hurtadillas. No podía decir que se sentía arrepentida, pero tampoco satisfecha al haberse mostrado tan desinhibida y ardiente. Ese hecho la obligaba a pensar si no era más que una vulgar lascivia lo que ella experimentaba por Alexander y ella por él. Le preocupaba pensar que si no podía acceder al corazón del que era su esposo, ella sería quien perdería más. Además, su sentido común le decía que la pasión una vez satisfecha tendía a extinguirse tan rápidamente que al final no quedaba más que la indiferencia y eso era algo que la aterrorizaba.

Ella reconocía que Alexander se había mostrado exquisitamente cortés con ella, pero desconocía si ese era su verdadero deseo comportarse así con ella o era otra forma de cubrir las apariencias.

Para esos momentos, ella ya no pensaba en sus dudas y celos con respecto a Madeleine, como tampoco en los rumores que existían entre ella y Alexander; sólo podía centrar su atención en el hecho de que a poco más un mes de la boda impuesta, ella consideraba a Alexander como lo que era: su esposo y en la necesidad apremiante de poder ganarse su admiración y cariño.

-No aspiro a más- se dijo ella.-Tuve la oportunidad de ganarme su corazón y su voluntad y la desprecié, así que sólo puedo aspirar a que no sienta más rencor por mí y que me trate como su mujer aunque no sea su amada.

La paz que reinaba entre ellos la confortaba, le daba nuevos ímpetus para seguir luchando, quizás algún día Alexander volviera a amarla como en el pasado.

Dorothy, que iba con ellos en el carruaje notó muy pensativa a Isabelle y a Alexander rebotando satisfacción y eso la hizo sentirse muy contenta, porque pensó que un matrimonio que había tenido tan duros comienzos podía germinar para transformarse en un genuino amor que a su debido tiempo podría fructificar en una familia.

Los tres hicieron el trayecto desde la residencia del marqués en silencio, cada uno de ellos absorto en sus pensamientos.

A veces Isabelle notaba que Dorothy la miraba complacida. Era evidente que podía sentir el clima de sosiego y tranquilidad que existía entre ambos, el mudo armisticio que habían pactado después de la pasión de la noche anterior.

Lamentablemente esa paz duró solo tres meses, en los cuales a pesar de que Isabelle y Alexander mantuvieron habitaciones separadas él la visitó todas las noches hasta que se vio obligado a partir a una de sus propiedades, la cual estaba ubicada a varias millas de distancia de Aumont.

Isabelle y Dorothy lo despidieron a la entrada del castillo.

Alexander besó antes de marcharse la nívea mano de su esposa, mientras ella le deseaba un buen viaje.

Cuando el carruaje partió, Isabelle quedó con un intenso vacío en su interior al no haber sido capaz de poder decirle las palabras que su boca y su corazón habrían querido expresar con vehemencia:

-Te extrañaré.

Dorothy notó la desolación en el rostro de Isabelle y lo atribuyó exactamente a lo que era: a la ausencia de Alexander.

-No te preocupes mi vida. Ya verás que pronto regresará.

Isabelle, deseosa de mostrarle a Alexander que era útil, se encargó con total dedicación de la administración del castillo y sus alrededores, así como de cómo de la supervisión de la gente que trabajaba en él.

Una de sus funciones era la distribución de la despensa y a esa tarea dedicó gran parte de sus días, quedando admirada del descuido y la negligencia con la que era tratado un asunto que era vital para el correcto manejo de una propiedad tan grande como lo era Aumont.

Con ayuda de Dorothy, realizó otras labores comunes a las mujeres casadas como cuidar del correcto manejo de las plantaciones, la verificación del presupuesto y su correcta inversión, además de vigilar a la servidumbre y los connaturales oficios domésticos.

En las noches, completamente agotada Isabelle se dejaba caer en la cama y se dormía enseguida, sin poder pensar en la ausencia de Alexander porque su cansancio no se lo permitía.

Sin embargo, poco a poco se adaptó a su nueva rutina y cada día se mostraba más activa y diligente hasta que comprobó con satisfacción que había logrado mantener todo bajo control, además de haberse ganado la buena voluntad de todos los habitantes del castillo, como pudo comprobar cuando el mayordomo Walter, le dijo que en los treinta años que llevaba trabajando allí nunca había podido apreciar tanto orden como en ese momento.

Casi veinticinco días después de la partida de Alexander, Isabelle se encontraba revisando los libros de cuentas, cuando sin tocar siquiera llegó André, uno de los sirvientes del castillo.

-Señora Condesa- dijo el muchacho jadeante.

A Isabelle le pareció bastante cómico que la llamara así, mas la expresión asustada del adolescente, le quitó cualquier deseo que hubiera tenido de reírse.

-¡Se están quemando los viñedos de Aumont!- continuó en tono de auténtica angustia.

Dorothy e Isabelle tardaron un momento en asimilar la noticia que acababan de recibir. La joven se levantó de la silla que ocupaba y lanzó al suelo su labor. Con pasmosa calma ordenó:

-André, reúne a todos los trabajadores y diles que necesitamos la mayor cantidad de agua que sea posible. Dorothy reúne a todos los servidores del castillo y manda que todas las muchachas tomen las frazadas más gruesas que haya en el castillo. Cuando estén todos mándalos a los viñedos.

Dorothy estaba escandalizada de semejante idea.

-Tesoro, eso es muy peligroso.

En el rostro pálido de Isabelle se vislumbró una luz de lucha.

-Es mucho más peligroso dejar crecer el fuego. ¿O es que acaso no vas a acatar mis órdenes?

Dorothy comprendió en ese momento que nada de lo que dijera o hiciera tendría el poder de hacerla cambiar de opinión, por lo que suspirando se marchó a cumplir con las indicaciones dadas por Isabelle.

En seguida que se marchó la nana, entonces Isabelle tomó la cobija más gruesa que encontró y se cambió de ropa, precipitándose después hacia las escaleras. No le tomó más de diez minutos atravesar todo el castillo y llegar al lugar del incendio.

Una plegaria de agradecimiento salió de sus labios al darse cuenta que el fuego no se estaba extendiendo con rapidez a pesar de que era intenso. Miró a su alrededor y vio que Dorothy había podido reunirlos a todos.

-Vamos, comencemos a arrojar agua al fuego.- imprecó duramente a todos lo que la rodeaban.

Tras un minuto de estupefacción, las personas allí presentes se dispusieron a obedecer. Isabelle tomó la frazada y comenzó a sacudirla sobre las llamas, estaba tan cerca del fuego que parte del dobladillo de su vestido se quemó. La gente estaba admirada del valor de la Condesa y jamás se habrían imaginado que una mujer noble tuviera el temple de querer defender las posesiones de su marido, ya que la mayoría de ellos, campesinos y servicio del castillo creían que las damas de alcurnia eran por

lo general unas débiles cerebrales que no les importaba nada más que aparecer en la corte o estar escogiendo vestidos. Seguramente ellas hubieran optado por ordenar que apagaran el fuego y no se habrían preocupado en lo más mínimo.

Sin saberlo, Isabelle les estaba dando una gran lección y sus damas de compañía frenéticas comenzaron a imitar su ejemplo a la vez que los hombres lanzaban cubetadas de agua a las llamaradas, que poco a poco comenzaron a ceder. Finalmente cuatro horas después, el fuego había sido apagado.

La gente presente rodeó a Isabelle y la observaron con admiración, la cual se traslucía en sus rostros tiznados. Uno de los campesinos que trabajaban en las tierras del conde, alborozado exclamó.

-Señora es usted la mujer más valiente que he conocido.

Esa frase hizo asomar al rostro de Isabelle una sonrisa genuina. Tal vez ese era el mayor elogio que una persona podría recibir.

-Gracias por sus palabras, pero el trabajo aún no termina. Tenemos que rescatar las plantas que sobrevivieron al fuego-dijo de forma condescendiente.

Al escucharla los presentes se apresuraron a ponerse a su disposición. Isabelle agradeció la buena voluntad que manifestaban, estaba contenta de hubieran podido salvar una buena parte de los viñedos, pero le preocupaba pensar si la calidad de las uvas sería la misma. Inconscientemente se frotó los brazos, le dolían de haber estado sacudiendo las frazadas.

Uno de los sirvientes notó su gesto y le dijo.

-No se preocupe señora, nosotros nos encargaremos de lo demás. ¿No es así muchachos?

-Te lo agradezco mucho, Michael, pero también yo debo colaborar.

13.

Isabelle tomó un descanso, sus pies la estaban matando. Se sentó en una roca y se quitó una de las zapatillas que tanto la estaban torturando con la intención de poder masajear la planta de sus pies. Sin previo aviso escuchó un aterrador grito y asustada corrió hacia el lugar de donde provenía.

Una mujer vieja y fea golpeaba despiadadamente a una jovencita, de tal forma que parecía que iba a romperle los huesos.

-¡Por favor, no me pegue más!- suplicaba la muchacha.

-¿Cómo te atreviste a rechazar a mi hijo? Toma, toma, mala pécora. Todos sabemos que tu madre no era más que una puta.

Isabelle no pudo seguir impasible y precipitándose ante la vieja la sujetó del brazo y la obligó a soltar el garrote con el que zurraba a la pobre muchacha, la cual estaba encogida tratando de protegerse.

-¿Por qué golpea a esta niña?- le preguntó ella furiosa.

-Usted no se meta.- la amenazó la mujer altanera.

-Me involucro en esto con el derecho que me da ser la señora y dueña de estas tierras.

Cuando la péfida mujer asimiló lo dicho por Isabelle se arrodilló temerosa.

-Señora condesa, no era mi intención...- comenzó a tartamudear.

-Cállese y escúcheme. ¿Con qué derecho maltrata a esta niña?

- Esta ramera estaba tentando a mi muchacho y se negó a acostarse con él y cogió un cuchillo y se lo clavó en el brazo.

Isabelle miró a la muchacha. Estaba vestida con andrajos y cubierta de suciedad, pero tenía los ojos claros y brillantes similares como amatistas.

-Señora, eso no es cierto. El malvado Bryce, hijo de esa mujer ha intentado abusar de mí varias veces. Hoy me atacó y entonces yo tomé un cuchillo que estaba cerca de él y corté su brazo.- aseguró la muchacha aterrorizada.

Isabelle reflexionó unos instantes.

-Deje en paz a esta criatura, yo la tomo bajo mi protección.

La vieja quedó atónita.

-Señora, ¡Esta bribona es una criminal!

Isabelle le dirigió una mirada de desprecio que hizo callar a la otra.

-No lo es. Debe admirársele haber tratado de salvaguardar su integridad. Así que si me entero de que su hijo vuelve acercársele a esta muchacha o usted vuelve a golpearla tenga por seguro que la mazmorra los estará esperando a ambos. Márchese y no olvide mis palabras.

La otra enmudeció y se fue lo más rápidamente que pudo.

La pobre muchacha se levantó y besó los zapatos de Isabelle.

-Niña, levántate. Ve al castillo y solicita a Walter que te dé un lugar en la cocina. Allí estarás más segura.

-Gracias, señora. Nunca olvidaré lo que hizo hoy por mí. Espero pagarle la deuda que he contraído con usted.

Isabelle se impresionó con la firmeza que manifestaba la muchacha.

-No es necesario. Entonces, vamos juntas al castillo. Te ayudaré a caminar.

Una vivísima curiosidad se apoderó de Isabelle, quiso saber algo más de esta muchacha pero verla tan maltratada apagó las llamas de su deseo por interrogarla.

Dorothy miró con desaprobación los rizos quemados de Isabelle y su vestido manchado de hollín cuando entró en la habitación para llevarle algo de comida. La muchacha por otro lado no notó la presencia de la señora, absorta recordando lo que había pasado ese día.

No podía evitar pensar que no hubiera quedado de ella ni el recuerdo pensó cuando rememoró el momento en el que había quedado cercada por el fuego.

-He tenido protección divina más que suerte- susurró complacida y agradecida a la vez.

Dorothy escuchó su comentario y no le gustó.

-Tienes toda la razón. ¡Eres muy osada! ¿Dónde está tu sentido común?- replicó la nana con acidez. Isabelle sabía que su reacción se debía lo asustada que estaba por lo que no le molestó el comentario.-Vas a causar mi desaparición prematura. Una cosa es que veles por los bienes de tu esposo y otra muy distinta es dejes tu vida en el intento.

Isabelle le sonrió de forma inocente.

-Deberías estar complacida. Nunca había tenido la oportunidad de valerme por mí misma. No te enojés, sé que fui un poco imprudente al exponerme así, pero es que no tenía ninguna otra opción.

-Al menos reconoces que fuiste imprudente. Eso me alegra mientras no te quede gustando mucho el peligro. Sin embargo estoy muy orgullosa de ti y te prepararé un baño caliente porque creo en verdad que lo necesitas- declaró Dorothy arqueando una ceja. Isabelle no se molestó en pedirle disculpas ya que ella estaría de mejor humor mañana.

Estaba tan cansada que ni siquiera el baño logró reanimarla, por lo que se secó lo más vigorosamente que pudo y se metió de prisa en la cama.

Despertó sobresaltada cuando percibió que alguien le tocaba el rostro. Experimentó un intenso alivio cuando divisó en la oscuridad de quien se trataba.

-No era mi intención asustarte- repuso la voz ronca y acariciadora de Alexander. Ella quedó muda a causa de la sorpresa.

-¿No esperabas verme, querida esposa?- preguntó irónicamente, de tal forma que alertó los sentidos adormilados de Isabelle.

-Pensé que te demorarías más – respondió sinceramente.

-Pues no, arreglé lo que debía arreglar. Y a propósito, me contaron de tu esfuerzo por salvar los viñedos. Gracias.

Ante semejante palabra, ella quedó atónita. Jamás había esperado de él gratitud.

-Era mi deber- sólo pudo decir eso aunque reconocía que lo que la había impulsado a actuar así eran sus sentimientos, el deseo de no tener que ver pena o preocupación en sus ojos. A pesar de ello, era demasiado pronto para confesárselo y eso la motivó a cambiar de tema. – Espero que tu esfuerzo también haya sido provechoso.

-Así lo creo- dijo encendiendo una vela. Isabelle pudo verlo sonreír y eso la relajó; no pudo resistirse a devolverle la sonrisa.

-Siento haberte despertado.- dijo Alexander- Descansa- agregó ante el desconcierto de Isabelle, que tampoco habría esperado esa otra reacción por parte de él. Lo vio marcharse e imposibilitada para detenerlo, deseó haberle dicho que se quedara.

Dorothy entró sin llamar y vio a Isabelle escribiendo una carta.

-Pequeña, ya deberías estar almorzando.

-No tengo hambre, terminaré esta carta para mi padre.

La noticia le agradó a Dorothy más de lo que ella quería reconocer.

-Eso es excelente.- la voz de la nana rezumaba satisfacción.

Isabelle levantó la cabeza y la miró fijamente.

-No le escribo porque le haya perdonado- espetó- Si no porque por ser mi padre tiene derecho a saber que me encuentro bien después de tres meses de habernos separado.

-Isabelle ¿Qué es lo que te tiene con semejante humor?

-Nada, Dorothy, nada.

-Me preocupas, tesoro, desde que llegó tu marido hace seis días, estás muy rara. Antes me confiabas tus preocupaciones y ahora no lo haces, siento como si hubieses levantado una muralla para mantener alejados a todos, incluyéndome a mí.

Los remordimientos comprimieron el corazón de ella. Nunca había querido ocasionarle pena a Dorothy.

-Sé que estado un poco distanciada de ti en los últimos días, pero no es porque haya dejado de quererte ni nada parecido, sino simplemente deseo poder dejar de depender tanto de las personas que me rodean.- soltó la primera mentira que se le ocurrió.

Dorothy no se dejó engañar.

-Creía que te agradaba la tranquilidad que se respira entre tu marido y tú.

Isabelle se mordió los labios. ¿Cómo podría explicar el comportamiento de Alexander, decir que eran perfectos extraños, que entre ellos no existía intimidad ni emocional ni física, sino una cortés indiferencia?

Dorothy se dio cuenta de lo que sucedía, pero estaba incapacitada para intervenir.

-Bien, te traeré el almuerzo aquí. No tendrás excusa de que estás muy ocupada.

La dama salió de la habitación con aire digno y ella pasó el guardasellos por la hoja de papel, doblándola posteriormente y sellándola con lacre. Depositó la carta sobre la mesa. Las mejillas de Isabelle se encarnaron al pensar que en seis días, él no había ido a buscarla en las noches como solía hacerlo antes de su partida. La sospecha reapareció en su mente y turbada, llena de incertidumbre, se dirigió al despacho de Alexander.

Golpeó suavemente la puerta.

-Siga – fue la orden categórica y ella entró.

-¿Podría hablar contigo?- preguntó con voz insegura.

Alexander estaba rodeado de papeles y no levantó la vista al oír su voz.

-Estoy ocupado en estos momentos.- fue su respuesta.

-Entiendo- manifestó ella decepcionada. Nada había cambiado, nada en absoluto. – En todo caso no era nada importante lo que tenía que decirte.- declaró saliendo tan rápido como pudo.

Los ojos de Isabelle se llenaron de lágrimas de pena. Su frialdad la había herido más que todo lo que le había dicho. No pudo evitar preguntarse la razón por las cuales la trataba así. ¡Claro! Su fingida amabilidad y su cortesía estaban encaminadas a ablandarla para que le doliera muchísimo más su nuevo comportamiento para con ella. Furiosa, por ese pensamiento reprimió las lágrimas. Él no las merecía.

La tensión era cada vez más evidente, Isabelle notaba que Alexander la esquivaba y procuraba verla lo menos posible, ella también hacía lo mismo pero ya se estaba cansando de esa actitud. Para tratar de olvidar se sumergió en el trabajo, en el cuidado de la despensa, ya que Alexander había retomado las demás funciones.

Unos dos días después, ambos estaban reunidos en el salón principal del castillo ordenando y discutiendo los asuntos concernientes a la administración del castillo. Había tanta tensión en el ambiente que se podía palpar, pero esta se incrementó cuando entró Walter y anunció:

-Lady Madeleine Rosenthal.

Isabelle palideció. ¡Eso era lo único que le faltaba! Tener a su rival bajo el mismo techo.

Minutos después entró la rubia, viéndose más radiante que nunca, vestida con un traje azul que resaltaba su esbelta figura y la hacía parecer más delicada de lo que era. Isabelle se vio sometida a una intensa inseguridad al comparar su aspecto con el de la etérea Madeleine. Pero, ese sentimiento no fue nada comparado con la rabia impotente que sintió cuando la rubia le dedicó una provocativa sonrisa a Alexander, que él correspondía. La rabia se convirtió en una profunda desolación cuando comprendió que ella no había podido verlo sonreír ni una sola vez desde que había llegado.

-Oh, Alexander te extrañado muchísimo.- dijo Madeleine precipitándose a los brazos de Alexander como si ella no estuviera presente.

-Y yo también, Madeleine.

Entonces la mujer se dirigió a Isabelle.

-Espero que no te moleste tanta familiaridad entre tu esposo y yo.

-En realidad, no. Bienvenida- le saludó Isabelle con naturalidad, pensando que estar

en ese castillo de intrigas la había convertido en una magnífica embustera.-Os dejo para que podáis disfrutar de vuestra mutua compañía.- dijo sonriendo. No le daría el gusto a Alexander de mostrarle los furiosos celos que la estaban atormentando.

-Querida mía, no es necesario que te retires.- dijo él haciendo que Madeleine se sentara en uno de los cómodos sillones del salón, el que estaba más cercano al fuego. La mujer le sonrió nuevamente y le agradeció sus atenciones. Eso originó en Isabelle una leve punzada de ira, la familiaridad entre su esposo y esa dama la torturaba, pero primero muerta que mostrarle como se sentía, a pesar de que el dolor que la atenazaba era infinito y no estaba en capacidad de poder controlarlo.

Con tristeza pensó que Alexander le brindaba las cosas a esa mujer que a ella le negaba y le bastaba mirar a Madeleine para saber que lo estaba pasando en grande. Podía incluso ver una expresión de triunfo en sus ojos verdes que la contemplaban con tanto desdén. Isabelle respondió a su insultante mirada con otra de advertencia.

Alexander no parecía notar el callado duelo que se establecía entre ambas mujeres y parecía muy feliz de encontrarse en compañía de Madeleine. Como no tenía otra opción que presenciar la escena, tuvo que seguirlos al comedor siendo testigo visual de la alegre plática que sostenían los otros dos.

A duras penas pudo soportar la cena que se sirvió a continuación. Después, en un estado de letargo como si hubiera bebido las aguas de leteo o tomado láudano permaneció indiferente a la cruel escena que presenciaba. Ya no era la protagonista sino un espectador más que observa una obra de teatro de mala calidad.

Cuando la odiada cena terminó, ella pudo retirarse temprano, era incapaz de preguntar cuantos días pensaba quedarse Madeleine. Lo único que podía pensar era en que necesitaba hablar con Alexander y lo haría así tuviera que esperar hasta el amanecer.

Dorothy la ayudó como acostumbraba a hacerlo todas las noches y luego la dejó sola sin decir nada. Se acostó y perdió la noción del tiempo hasta que unos sonidos extraños la despertaron. Pudo escuchar claramente la voz de una mujer que se expresaba en susurros.

Tratando de pensar racionalmente supo dónde estaba y el corazón le dio un vuelco. ¡La desconocida estaba en la habitación de Alexander! Pero, sin embargo el desconcierto que experimentaba no era nada comparado a lo que sucedió unos segundos después cuando, horrorizada, Isabelle reconoció la voz de Madeleine. Sus gemidos provenían de la habitación de Alexander. En medio de su conmoción atravesó su habitación en tres pasos y abrió la puerta del cuarto, quedando impactada al sorprender a Alexander con Madeleine. Ella estaba desnuda encima de él en la misma postura que ella había adoptado las veces que él había estado con ella.

-Más, más. Oh sí, sí- la mujer gemía.

Isabelle permaneció en el umbral de la puerta, rígida, la horrenda escena la había dejado fuera de sí. No pudo gritar y apenas fue dueña de sus sentidos para cerrar la puerta y desplomarse sobre su lecho sollozando y pugnando que su llanto no trascendiera las paredes de su habitación. La humillación que había sufrido no podía compararse a la sensación de que sentir romperse su alma en pedacitos tan finos como los de sus sueños rotos. Lloró a tal grado que sus lágrimas se agotaron antes de pudiera purgar su ánimo herido.

Llegó el alba, pero el desahogo que anhelaba no lo hizo. Se preguntó angustiada dónde podría hallar fuerzas para continuar, para no mostrar el martirio por el que había pasado la noche anterior. Ahora sabía a que se debía la indiferencia de Alexander para con ella y se recriminó su falta de visión. Era consciente de que ese era un golpe bajo por parte de él.

-¿Por qué tenía que solazarse con su amante estando yo presente? ¿Sí eso era lo que quería no podía hacerlo en otro sitio que no fuera aquí?- se preguntó torturada.

De repente, una idea atravesó su cabeza. Venganza, no existía otra razón, pensó antes de sumergirse en un sueño intranquilo.

Despertó con la cabeza pesada y el ánimo por los suelos. Sin embargo su orgullo la sostenía y la certeza de que preferiría estar muerta antes que reclamarle a Alexander su vil comportamiento le permitieron aparentar serenidad. Una serenidad que le hubiese gustado sentir. Se vistió sin ayuda de Dorothy notando que los vestidos le quedaban ligeramente ajustados. No era posible que estuviera engordándose, ella descartó esa idea de inmediato, seguía comiendo lo mismo que antes y en las mismas cantidades. Algo no estaba bien. ¿Estaría relacionado con la inexplicable fatiga que sentía y la palidez de su rostro?

Se le ocurrió revisar el calendario, comenzó a inquietarse al ver la cantidad de días que habían transcurrido desde su matrimonio. Luego su intranquilidad se transformó en verdadero espanto, cuando ella ante sus ojos vio la prueba de que su período se había retrasado más de un mes y ella ni siquiera fue consciente de ello.

-No, no, esto no me puede estar pasando a mí- pensó cuando comparó sus síntomas con los que Marguerite le reveló que eran propios de una mujer embarazada, por la época en que la misma Marguerite había quedado encinta.-No he tenido náuseas, no me desmayado ni he vomitado. Necesitaba alguien que pudiera sacarla de la duda. Aterrada llamó a Dorothy y cuando ella llegó la encontró temblando como una hoja al compás de un fuerte viento.

-¿Cómo se puede saber si una mujer está embarazada?- preguntó visiblemente angustiada. ¿Si eso era verdad que iba a hacer?

-Cariño, en cada mujer los síntomas son diferentes pero la común denominación es la ausencia de la menstruación y que las caderas y los senos comienzan a ensancharse al igual que la cintura.

Isabelle se desplomó en una silla.

-Llevo dos meses sin tener la menstruación y me estoy engordando- soltó a bocajarro.

Dorothy estaba muy feliz. Casi lloró de alegría.

-Estoy casi segura que estás encinta. Tesoro, te felicito- dijo la señora con candor.

Isabelle estaba a punto de llorar, a diferencia de la nana su llanto era de desesperación.

-No me des la enhorabuena. Esta ha sido la mayor desgracia de mi vida.- No era eso lo que quería decir, pero se encontraba tan pasmada que no podía hallar las palabras adecuadas para poder expresar lo que estaba sintiendo: confusión y un gran pánico.

Dorothy intentó calmarla con dulces palabras. No podía concebir a que se debía el gran miedo que veía en Isabelle.

-Mi niña, ser madre es la madre es la mayor bendición que una mujer puede recibir. Traer otra vida a este mundo debe ser motivo de alegría no de tristeza. Es una parte de ti la que crece en tu cuerpo y cuando lo tengas en tus brazos, al verlo tan pequeñito e indefenso creerás que has alcanzado el cielo.

Isabelle estaba desconsolada pero no sabía como mostrarlo y no era capaz de revelarle a su nana el siniestro episodio de la noche anterior, aquello que le había confirmado todos los rumores que escuchó en el baile del Marqués de Riverdell y las palabras de su esposa.

-Pero, es que... -tragó saliva y se obligó a continuar.- No quiero tener un bebé...

Dorothy estaba escandalizada al escuchar semejantes palabras, la interrumpió antes de que Isabelle terminara de hablar.

-¡Mi Dios! ¿Cómo que no quieres tenerlo? ¡Es tu hijo!- exclamó Dorothy- Te desconozco Isabelle.- declaró con tanto dolor que Isabelle tuvo que bajar la cabeza en un gesto de vergüenza. Sin poder contenerse, ella lloró desesperadamente. ¡Ahora, solo le faltaba que su nana pensara que sería capaz de quitarle la vida a su bebé! La otra la vio tan afectada que se apresuró a consolarla.

Ambas estaban tan apenadas, que no notaron como alguien se alejaba.

-Yo no quise dar a entender algo tan horrible como deshacerme de mi bebé. Sólo quería decir que no quería que naciera aquí, en medio de tanta frialdad y maldad. Tengo mucho miedo, no sé que es lo que pueda pasar cuando tenga que decírselo a Alexander- pronunció el nombre con rabia.

Dorothy respiró aliviada. Su niña no cometería una barbaridad.

- Y tienes que hacerlo cuanto antes pronto comenzará a notarse tu estado. Puedo apostar a que el señor se va poner muy contento. Todos los hombres anhelan tener descendencia.-agregó Dorothy apenada.- Pero, vamos a esperar un tiempo para cerciorarnos que no es un desarreglo. Descansa que ya te traeré el desayuno.

Isabelle no pudo evitar preguntarse a que se debía la sombra de tristeza que había cubierto a la siempre animosa Dorothy.

14.

Isabelle descansó su cabeza en una almohada, se incorporó impelida por el pánico cuando la puerta que comunicaba su cuarto con el de Alexander se abrió violentamente, seguida por un fuerte golpe que resonó con fuerza en toda la habitación. Se sobrecogió al ver a Alexander, estaba furioso según pudo deducirlo por la rabia que se apreciaba en esas bellas facciones que encubrían tantas mentiras como pensaba la muchacha.

-¿Qué pasa?- preguntó ella, temblorosa. Casi inmediatamente se arrepintió de su reacción. Había dado la impresión de que ella tuviera algo que temer, siendo que él era quien llevaba un pecado público a cuestas.

-Eres una maldita zorra.- declaró Alexander con ira.

Ella levantó el mentón. No iba a permitir que ese hombre vil y malvado se atreviera a tratarla así.

-¿Puede saberse a que debemos tu malhumor? Porque parece que pasaste una noche bastante agitada.- preguntó con doble sentido.

Él no pareció notar la alusión a su conducta.

-¿Te atreves a preguntarlo? Malhaya el día en que me casé contigo, vil ramera. El hombre clavó sus brillantes ojos en ella, fulgurantes de odio, dejándola perpleja y muy horrorizada, no podía saber de cual locura sería capaz Alexander.

Isabelle tenía mucho miedo pero aún más ira y buscó algo con que defenderse. Entonces él la sujetó de la muñeca con tanta fuerza que la hizo gritar.

-¡Bruto! Me estás lastimando. ¿Qué te hice para que me trates así?- aulló ella.

Alexander la agarró del cuello. Estaba aterrorizada, iba a matarla, fue el único pensamiento que inundó su mente. Estaba tan cerca de él que podía percibir su aliento alcohólico. Ese descubrimiento la atemorizó aún más. Dios sabía de que podía ser capaz un hombre borracho.

- ¿Qué clase de mujer eres? ¿Cómo puedes ensañarte con un ser inocente?- el tono de su voz era de desesperación.

-No entiendo nada- musitó temerosa. No podía entender a que se debía semejante comportamiento, esa era una faceta de Alexander que desconocía totalmente.

-No te hagas la idiota. Sabes bien de lo que estoy hablando.- Alexander estaba agresivo. Isabelle creyó que haría cualquier cosa en ese momento. Un miedo primitivo se apoderó de ella.

-¡No lo sé! Te juro que no lo sé.- exclamó desesperada, tratando de protegerse. Finalmente logró desasirse de las manos de Alexander, pero no fue lo suficientemente rápida para poder escapar.

No pudo decir más. Un intenso dolor en su mejilla la calló y el impulso de la fuerza que le había pegado la hizo caer de bruces sobre la cama. Alexander la había golpeado.

Se levantó con la mano en la cara, cubriendo la mejilla que se amorataba. Una lágrima se deslizó por el pómulo que había quedado indemne. El golpe la llenó de rabia y temblando se enfrentó a él.

-Maldito seas. Te odio con toda mi alma.- le gritó con toda la rabia y el dolor que podía albergar. La respuesta de Alexander contenía la misma cantidad de odio que la de ella.

-No más que yo. Y aunque te pese vas a tener al niño, aunque sea un bastardo.- dijo con todo el desprecio del que fue capaz, retirándose después de decirle esas palabras.

Isabelle no las analizó en ese momento, porque estaba demasiado impactada para poder razonar, además estaba sintiendo como su cara se estaba inflamando. Afortunadamente, la fiel Dorothy estaba cerca y le aplicó un ungüento para aminorar el dolor de la herida.

Desde ese día, Alexander ordenó que la encerraran en su habitación. Hizo que un médico, conocido suyo, el doctor Carmichael examinara a Isabelle, quien no se atrevió a oponer resistencia, éste confirmó el embarazo y se lo comunicó al Conde informándole además la fecha aproximada del alumbramiento. Una vez que él supo que en verdad estaba encinta destinó a Dorothy a otros quehaceres y asignó a una criada para que vigilara constantemente a su esposa.

La criada era una muchacha de cálida mirada, bastante bonita pero con una profunda tristeza en su mirada. Cualquiera hubiese pensado que no era apta para desempeñar el papel de carcelero.

-¿Quién sois vos?- preguntó Isabelle a la mujer joven que a ella se aproximaba. La muchacha la miró atentamente, quedando absolutamente desconcertada, la situación de lady Isabelle le inspiró mucha pena. Estaba irreconocible, pálida, enflaquecida y con unas ojeras debajo de los desdichados. Ella sólo la había visto una vez, pero nunca habría imaginado que volvería a verla nuevamente y menos en semejante estado. Nunca.

-Soy Prudence, vuestra nueva criada señora.- repuso la mujer con amabilidad, tratando de no asustarla.

-¿Cómo está Dorothy?- preguntó débilmente.

La muchacha se sintió cautivada. Lady Isabelle era en verdad una mujer muy bondadosa al poner su interés primero en otras personas que en ella misma. Fue incapaz de entender las razones que tenía el Conde para mantenerla encerrada.

-¡Dios mío! La trata como si fuera un animal o como si estuviera demente.- pensó Prudence apenada, pero procuró no exteriorizar sus sentimientos. Únicamente se limitó a decir.

-Se encuentra bien, señora. No os preocupéis por ella. Debéis ocuparos solamente por vuestra salud para que el bebé pueda nacer sano y fuerte.

Isabelle pareció animarse antes estas palabras.

-Tienes razón. Por favor mándame hacer un baño. Gracias.

Prudence se alejó para cumplir con el encargo, mientras Isabelle se sorprendía al darse cuenta que ya no se sentía tan miserable en su encierro forzoso.

15.

Pasaron los días muy lentamente para Isabelle, quien se desesperaba cada día más en su cárcel de cristal. Había soportado el encierro pacientemente a pesar de que era inocente de lo que la habían acusado; pero su pena más grande era que la hubieran separado de Dorothy, aunque daba las gracias a Dios por la presencia de Prudence, quien se dedicó a consolarla y a cuidarla con el mismo afecto con que lo hubiera hecho Dorothy.

La joven recordó aquel episodio de su infancia, en el uno de los criados trajo un ruiseñor. Un ser despiadado le había cortado las alas y por eso vivía en una jaula. El pobre animal no comía e Isabelle lo observaba mirar hacia el cielo con desesperación como si fuera consciente de que no podría regresar jamás hacia él.

Ahora, sabía por experiencia propia que el ruiseñor sufría por haber perdido su libertad como ella y reconocía que las alas de su corazón también habían sido cortadas.

Golpeó con furia la puerta hasta lastimarse las manos y caer sobre sus rodillas sollozando desgarradoramente. Ya no podía más y se asomó a la ventana, su único enlace hacia la libertad. En ese momento cualquier sentimiento racional desapareció, dejando solo el anhelo de poder liberarse de sus sufrimientos. Corrió la cortina y abrió la ventana. Isabelle dio unos pasos tímidos y se empinó. Con ojos extraviados miró hacia abajo. Podía ver el jardín como una intrincada figura verde compuesta por miles de formas. Con cierto esfuerzo ubicó sus pies en el marco y aspiró el aire de la noche. Tomó impulso y ...

Un ruido evitó que saltara y le devolvió su cordura. Asustada se bajó de la ventana y se reacomodó el vestido.

-Señora, deberíais estar acostada ya. No es bueno para el bebé que durmáis poco.- escuchó la voz de Prudence como si viniera de muy lejos. No pudo formular ninguna palabra pero fue consciente de que en la desesperada resolución que estaba dispuesta a tomar no había pensando en la criatura que crecía en ella. Profundamente arrepentida, rompió a llorar.

Prudence se acercó a Isabelle y la consoló sin atreverse a preguntar la razón de sus lágrimas.

Durante su encierro de cuatro meses, varias veces acudió nuevamente a la mente de Isabelle el deseo de matarse, anhelando la liberación de sus sufrimientos. Sin embargo, recordar que ella ya no estaba sola, que un ser indefenso dependía enteramente de ella acabó con todo pensamiento de autodestrucción que pudiese llegar a albergar. El bebé se convirtió en su motivo principal para seguir luchando, en su única razón para continuar. Se prometió a sí misma que por su niña o niño, seguiría adelante sin importar lo que el destino le tuviera preparado. No volvería a permitir bajo ninguna circunstancia que la cobardía y el miedo volvieran a apoderarse de ella.

Cuando ya había cumplido los seis meses de gestación, Alexander fue a verla por primera vez desde que la había enclaustrado. Ella estaba frente a la ventana sentada en una mecedora, acariciándose su abultado vientre, tatarcando canciones de cuna. Él la observó durante un rato y luego se aproximó a ella.

Un destello de profundo resentimiento se hizo presente en los oscuros ojos y ordenó imperativa.

-Márchese, no quiero verle. Usted no tiene nada que hacer aquí. ¿O viene de nuevo a golpearme?

Alexander no se inmutó ante el tono claramente cruel y despectivo que la muchacha había empleado.

-No te preocupes, solo vine a decirte que una vez que el niño nazca voy a llevármelo lejos y tú volverás a casa de tu padre.- replicó con indiferencia.

Alexander la vio ponerse lívida y creyó por un instante que iba a desmayarse. Pero se recuperó y se limitó a dirigirle una mirada de odio, que lo obligó a desviar la mirada y marcharse, no sin antes llamar a Prudence.

Cuando él se marchó, pudo llorar. Desconsolada y furiosa la encontró Prudence.

-Señora, ¿Qué os sucedió?- la muchacha se veía muy preocupada al verla tan alterada.

-Me quiere quitar al bebé.- Isabelle sollozó con fuerza.

Ante semejante declaración Prudence quedó turbada. Ella le había tomado mucho cariño a Isabelle y no estaba dispuesta a dejarla sufrir impunemente. Además le debía muchísimo, había contraído una deuda y era cuestión de honor pagarla y ella ante todo era una persona honorable como lo habían sido sus padres y los padres de los suyos. Tomó aliento y dejando caer ambas manos a los costados, reunió el valor para decir:

-Señora, si el Conde desea hacer semejante cosa debéis marcharos de inmediato. Estoy a vuestras órdenes.

Isabelle se sintió reconfortada por semejante muestra de lealtad. La opinión que tenía de Prudence aumentó considerablemente, dejó de considerarla una conocida para creerla la mejor de sus amigas.

-Gracias por vuestro afecto hacia mí. Tienes razón, debo irme cuanto antes. Sé que es mucho pedirte esto ¿Pero, podrías hablar con Dorothy?

-Haré más que eso señora. Voy a traerla a escondidas para que podáis hablar con ella.- Prudence agarró las manos de Isabelle, brindándole una intensa tranquilidad.

Una profunda gratitud hizo mella en el corazón de Isabelle. Ambas mujeres estaban unidas por un fuerte lazo de complicidad y admiración recíprocas.

-Desde que nos conocimos me has tratado con muchísima bondad. Dime las razones que te han motivado a actuar así.- la apremió Isabelle mientras pensaba que nunca podría pagarle a Prudence lo buena que había sido con ella.

-Algún día podré recompensarte por todo lo que me has dado- pensó Isabelle mientras esbozaba un elocuente gesto de agradecimiento.

La muchacha le dedicó una radiante sonrisa y se frotó nerviosamente las manos en su delantal de percal. Isabelle reconocía que era una muchacha muy bonita y no pudo preguntarse si provenía de una buena familia.

-Señora Isabelle, ¿puede asegurar con toda franqueza que no nos hemos visto antes?

Ella observó el rostro de facciones finas de la muchacha. Miró con atención los hermosos ojos claros y halló que le eran increíblemente familiares.

-Tú eres la niña que esta siendo maltratada por esa mujer.- manifestó al reconocerla.- Te ves muy diferente, por eso demoré tanto para identificarte.

-Así es, señora. Vos me salvasteis de una muerte segura y por eso yo estoy dispuesta a hacer lo que sea por ayudarlos. Una deuda de honor debe pagarse.

Isabelle no pudo evitar sorprenderse. Era evidente que la muchacha había tenido una buena crianza.

-Y yo haré lo posible por poder saldarla, señora.- agregó Prudence mientras se alejaba.

Unos minutos después Dorothy hizo su aparición, los ojos se llenaron de lágrimas ante su emoción de verla otra vez.

-Mi niña, mi niña- susurró Dorothy alegre. Casi no podía creer que estaba viendo a Isabelle- ¿Puedo tocar al bebé?- preguntó visiblemente emocionada. Parecía que habían estado separadas por muchísimo tiempo.

Fue el turno de Isabelle de sentir húmedos los ojos.

-Claro, nana.

-¿Cómo has estado, tesoro?- dijo Dorothy poniendo su mano sobre el vientre de Isabelle y sintiendo los movimientos de la criatura.

-Más tarde hablaremos de eso nana. Ahora mi prioridad es marcharme de aquí. Debo hacerlo lo más pronto posible.

-Hijita eso es muy peligroso, demasiado para tu estado.

-Tengo que correr ese riesgo, no tengo ninguna otra opción si pretendo que mi bebé permanezca conmigo.

Dorothy estaba atribulada, pero se juró interiormente que ella cuidaría a su niña de todos los peligros que pudieran acecharla así tuviera que dejar su vida en el intento.

-Si estás decidida, entonces se hará. ¿Estás segura que podemos confiar en esta muchacha?- preguntó mirando a Prudence con desconfianza.

Isabelle miró a Prudence con afecto.

-Si no hubiera sido por ella no habríamos podido vernos.

Ella sonrió. Era una muchacha de increíbles ojos violetas, que muchas mujeres habrían envidiado. Desde que había llegado Dorothy, ella no se había atrevido a hablar, pero tímidamente solicitó.

-Señora Isabelle, deseo acompañarla.

Isabelle se sorprendió mucho.

-A mí también me gustaría, mas no creo que sea una muy buena idea. Aquí tienes un salario y comida, así como un techo sobre tu cabeza. Si te vas conmigo es posible que pases hambre y frío. ¿Estaríais dispuesta a ello?

Prudence inclinó la cabeza respetuosamente y asintió.

-Sí, señora lo estaría. Vuestra merced ha sido tan buena conmigo que yo estaría dispuesta a poner a vuestra disposición mi vida y por eso estoy dispuesta a ayudarle para que no la separen de su hijo.- Se oyeron unos pasos y Prudence asustada, hizo salir a Dorothy.

-No podemos dejar que el Conde la vea, señora Dorothy. Estoy segura que caería un tremendo castigo sobre nosotras. Entre en la habitación del frente y espérame allí.- la voz de la muchacha era apremiante y en ese momento Dorothy olvidó todos sus resquemores. Entonces, antes de marcharse, dijo:

-Tesoro, haré todo lo posible para que podamos salir mañana. Cuídate mucho y acuéstate temprano.

Prudence ayudó a Isabelle a acostarse en silencio, demasiado cansadas y preocupadas para conversar.

16.

Isabelle se levantó muy temprano y con la complicidad de Prudence, corrió hacia la habitación de Dorothy. Golpeó suavemente la puerta y se precipitó en sus brazos llorando cuando la nana le abrió. Cansada de tanto sufrimiento sobrellevado en silencio se sinceró con Dorothy.

Ella la dejó desahogarse y cuando Isabelle estuvo más calmada, le reveló que el conde había querido llevarla a una de sus propiedades, pero ella se había negado aduciendo que no se iría a menos que Isabelle se lo pidiera.

-Yo también sufrí mucho mi niña. Estar tan cerca de ti pero a la vez tan lejos fue demasiado para mí. No volveré a dejarte sola y no permitiré que ningún hombre vuelva a ponerte la mano encima.

-Necesito que me ayudes, no puedo permitir que mi hijo o hija permanezca con Alexander. Si él fue capaz de golpearme no quiero pensar en lo que podría hacerle al bebé. Además, cuando yo me vaya es casi seguro que esa malvada Madeleine ocupará mi lugar y no quiero que ella sea la madrastra de mi hijo. Me odia y volcaría todo su odio en una personita inocente. A propósito ¿Dónde está?

-Esa mala mujer se fue poco después de que el conde te encerrara. Será mejor que vuelvas a tu habitación, no quiero ni pensar en lo que hará el conde si nota tu ausencia. No te preocupes, a más tardar en dos días nos estaremos yendo de aquí. Ahora vete- la apremió Dorothy.

Isabelle cruzó la habitación silenciosamente. Dio gracias a Dios, no había nadie en los pasillos que pudiera delatarla. Entró a su habitación y divisó a Prudence tejiendo.

-Menos mal que ya estáis aquí. Mirad, señora. Ya voy a terminar la cobijita que hice para el nené.

- Es hermosa, Prudence. Pero, será mejor que alistemos todo. En unos pocos días nos iremos de aquí.

-Señora, ¿Puedo preguntaros a dónde iremos?

-Creo que tendremos que ir a casa de mi padre. No tenemos ninguna otra opción, porque debemos buscar el mejor lugar para el bebé.

Ambas pusieron manos a la obra.

Despertó completamente relajada por primera vez en muchos meses. El pensar que podría huir de aquel infierno le daba una sensación de profunda paz. Contradictoriamente sentía mucha tristeza, una vez que se fuera del castillo, nunca

regresaría y nunca volvería a ver a Alexander.

Se recriminó a si misma aquel ridículo pensamiento. ¿Cómo podría añorar al hombre que era causante de todas sus desgracias? Aquel hombre que la había obligado a casarse con él, aquel que la había tratado con tanto desdén e indiferencia, aquel que había pisoteado su amor involucrándose con una mujer en las narices de ella y que por último la había golpeado, encerrado y ahora amenazaba con quitarle a su hijo. Recordar le causó un inmenso dolor y todo vestigio de cariño que podría haber resurgido en esos instantes había quedado sepultado bajo una gruesa capa de amargura.

Llegó el día señalado, todo estaba listo para la huida. Isabelle había hecho un pequeño paquete con sus joyas y se las había entregado a Dorothy. Iban a necesitar todo el dinero que pudieran conseguir. Sin embargo, sentía cierta aprensión a utilizar las alhajas con esos fines, puesto que éstas habían pertenecido a su madre e Isabelle sabía que ella las preservó con el fin de que se transmitieran como herencia de generación en generación. Además, había recibido joyas de Alexander, pero esas ni hablar, las devolvería. No pensaba llevarse nada que le hubiera dado él. A pesar de todo, ella aún poseía su orgullo y no quería nada que pudiera hacerla recordar lo que ella consideraba su infame pasado.

Repentinamente recordó que su padre le había entregado una elevada suma de dinero, en caso de cualquier urgencia. Agradeció interiormente que Dios hubiera inspirado esa idea a su padre, si sus cuentas estaban bien hechas ese dinero impediría que tuviera que empeñar las preseas, de las que no quería desprenderse.

-Mi niña, ¿terminaste?

-Aún no, pero por favor lleva esto hasta el carruaje. A escondidas.

-Naturalmente. Me alegra verte tan descansada.

-Anoche dormí como hacía mucho que no lo hacía.

-Eso es evidente. Ahora préstame ese baúl, no es muy pesado y yo podré llevarlo sin despertar sospechas.

Había sido muy acertado preparar las cosas en las dos semanas anteriores. Dorothy y Prudence las habían llevado de poco a poco hacia el carruaje que las esperaba y lo hicieron con tanto disimulo que no había despertado ninguna sospecha en los criados del castillo. Dorothy había sobornado al cochero de Aumont para que les consiguiera un carruaje de alquiler, el cual esperaba escondido entre los espesos matorrales que circundaban al castillo. Incluso, habían adquirido una pistola, con la finalidad de amenazar a quien osara detenerlas.

Isabelle se sentía aliviada, unas horas más recuperaría su vida. Satisfecha miró su vientre abultado.

-Ya verás, mi amor. Una nueva vida nos espera.- susurró con dulzura como lo habría hecho si su bebé ya estuviera entre sus brazos.

Ahora sólo faltaba ella para poder irse. Fervorosamente rogó que nada ni nadie se interpusiera entre sus planes tan cuidadosamente trazados. Ella tan sólo aspiraba a que su ausencia no fuera detectada, sino cuando ya fuera demasiado tarde para detenerla. Lo peor que podría llegar a sucederle era que Alexander la sorprendiera en pleno plan de fuga, semejante idea la estremeció. Tomó el delicado chal y se lo puso alrededor de su cuerpo, tratando en lo más posible de disimular su estado, ya avanzado.

Contempló su reflejo en el espejo, ya no se notaba tanto su vientre prominente. Estaba lista para salir en busca de su libertad. Tomó aire, tratando de encontrar el valor que le faltaba y sin pensarlo dos veces salió de la habitación con la firme intención de no regresar jamás. Se asomó al umbral de la puerta, con cautela, deseando que no hubiese ningún criado que pudiera desbaratar sus planes. La suerte parecía sonreírle ya que el amplio pasillo lujosamente decorado se encontraba desierto.

Volvió a tomar aire y dio el primer paso, tratando de no hacer ruido. Levantó sus voluminosas faldas y las sostuvo para que la tela no produjera ningún crujido que pudiera alertar a quienes a esa intempestiva hora dormían de forma pacífica.

Bajó las escaleras hasta el piso inferior y sintió una extraña opresión en el pecho cuando pasó al frente del despacho de Alexander. Con estupor, notó que había luz en la habitación. ¡Dios mío! Estaba despierto. Ella se acercó un poco más, la puerta estaba entreabierta y no tuvo mayor problema para atisbar al interior. Sus mejillas se ruborizaron de ira cuando divisó a Alexander abrazando a una mujer. Sólo debió dar otro vistazo para saber de quien se trataba, indudablemente era Madeleine. Una primitiva corriente le despertó el deseo de agarrar a la rubia deshonesto y golpearla. Se enojó consigo misma por ese brote de celos, a ella que podría importarle lo que hubiera hecho con esa si muy pronto estaría lejos de allí, pensó mordiéndose con furor creciente los labios hasta casi hacerlos sangrar. Su sentido común la impulsó a alejarse de allí lo más rápidamente que pudo, si ambos se daban cuenta de que estaba allí le impedirían marcharse.

Avanzó lentamente hacia la habitación de Dorothy, pero al encontrarla vacía comprendió que estaría esperándola en la parte trasera del castillo. Estaba a punto de bajar las escaleras que la conducirían al primer piso del castillo, cuando sintió un frío estremecimiento en su nuca. Los pasos que oyó a continuación le confirmaron lo que ya sabía, alguien estaba detrás de ella.

Rígida de miedo giró sobre sus talones y observó a la silueta siniestra que dibujaba

en la oscuridad. Tardó unos momentos en adivinar que era Madeleine.

No pudo evitar una sensación de alivio, esa mujer no haría absolutamente nada para impedirle la huida debido a que ella sería la más beneficiada con su desaparición de la vida de Alexander. Estaba dispuesta a ignorarla pero el brillo de maldad en los ojos de la otra la detuvo, su intuición le decía que debía ser muy precavida. Desconocía de lo que Madeleine era capaz.

Permaneció expectante, en silencio, mirándola frente a frente, sabía que las mujeres como Madeleine no se les debía dar la espalda. La enfrentaría como lo que era: una serpiente venenosa.

-Tu esposo está desconsolado arrepentido de haberse casado contigo.- declaró Madeleine en tono mordaz, deseosa sin duda de herirla. Pero, Isabelle no se lo permitiría.- Me dijo que si pudiera volver a atrás me hubiera elegido a mí. Debe ser terrible haber fracasado como mujer. No tienes el amor ni siquiera el respeto de tu marido- agregó rebosante de malicia.

Isabelle no estaba dispuesta a dejar que esa mujer la humillara.

-Me respeto demasiado a mi misma como para molestarme por tus palabras. Soy una mujer respetable a diferencia de otras que se arrastran ante un hombre ajeno suplicando por un espacio en la cama de éste. – repuso tranquilamente.

Al oírla Madeleine se ruborizó violentamente, era evidente para Isabelle que había perdido la compostura.

-¡Maldita, mil veces maldita! Una vez que me deshaga de ti, Alexander será mío.

Isabelle sintió un poco de temor ante la violencia implícita en el tono de Madeleine, pero había llegado demasiado lejos como para dejarse intimidar.

-No me importa, es tuyo. Te lo dejo en bandeja de plata.- replicó burlonamente.

Madeleine estaba encolerizada y comenzaba a hacerlo evidente. Extrañamente, logró controlar su furia. El cambio de actitud le pareció sospechoso a Isabelle e hizo que se encendiera una luz de alarma en su mente. Prudentemente se apartó del alcance de la otra.

-Las escaleras son muy peligrosas para una mujer en estado. ¿De verdad pensaste que endilgándole un bastardo lograrías atar a Alexander? Que mujer tan tonta-susurró amargamente Madeleine.

Isabelle no reparó en el insulto que Madeleine había proferido, ya que las primeras palabras aumentaron la inquietud que la invadía. En una fracción de segundos, comprendió la finalidad de la otra. ¡Quería matarla! Horrorizada trató de apartarse del inicio de la escalera mas Madeleine fue mucho más rápida y arremetió hacia ella con todas sus fuerzas haciéndola perder el equilibrio. Isabelle pudo sentir como su cuerpo se suspendió un momento en el aire para después ser atraído hacia el piso con

violencia, frenética intentó asirse del pasamanos para no seguir cayendo. En medio del dolor que la embargaba hasta los huesos fue incapaz de darse cuenta que rodaba por los escalones.

Madeleine esperó unos momentos antes de empezar a gritar.

-¡Ayúdenme! Por favor, ayúdenme.- su tono no podía ser más desgarrador mientras bajaba las escaleras hacía el lugar en donde yacía inconsciente Isabelle.

17.

Dorothy y las otras mujeres del servicio acudieron alarmadas a las voces de auxilio. La angustia invadió a la dama cuando divisó a Isabelle al pie de la escalera haciendo que corriera a tomarle el pulso.

-¡Mi niñita, Belle!- sollozó desesperadamente, haciendo un esfuerzo desesperado por mantener la calma.- ¡Vivian, ve por Christian, que mande traer al doctor! ¡Mary comunícale a su excelencia lo sucedido! ¡Vamos dense prisa, muévanse por amor de Dios!!

Ambas mujeres tan asustadas como Dorothy obedecieron tan rápido como sus piernas y sus nervios les permitieron moverse. Dorothy trató de aflojarle el corsé mientras que Madeleine sin que la niñera se diera cuenta la observaba con una perversa satisfacción.

-Nana...- fue el débil gemido de Isabelle.

-Mi amor, no te muevas. Ya viene el doctor.- balbució Dorothy tratando de aquietar su ánimo, su atención se vio atraída por el ruido de pasos presurosos, ella levantó su cabeza y vio a Alexander quien terminó de bajar las escaleras. La mujer pudo captar la estupefacción y el más puro sufrimiento en sus ojos. Sin saber como apartó a Dorothy del cuerpo de su esposa y la levantó en brazos hasta llegar a su dormitorio.

-Por favor, excelencia permítame permanecer con mi niñita. Por favor.- la voz de la nana era apremiante, demostrando el intenso amor que ella profesaba a Isabelle.

Alexander hizo un gesto afirmativo para manifestarle su aceptación. Sin perder tiempo la nana cruzó el castillo a gran velocidad para verificar la llegada del médico. El sol comenzaba a iluminar la mañana y frente a la puerta principal Dorothy secó sus manos sudorosas en el delantal y al considerarlo húmedo bajó la mirada. Lo que vio la dejó aterrada: grandes manchas de sangre.

-Virgen María intercede por mi niñita, por favor te suplico que la salves de muerte.- rezó. Si ella se va no sé lo que será de mi vida.

Una sombra siniestra se cernía sobre el Castillo de Aumont en los momentos en que Isabelle pendía entre la vida y la muerte, mientras la causante de tal suceso se limitaba a lamentarse y a derramar lágrimas falsas.

Afortunadamente el doctor no demoró mucho en llegar, Dorothy lo guió hacia las

habitaciones de Isabelle al mismo tiempo que le comentaba sucintamente lo sucedido.

-Doctor Carmichael, haga lo posible por salvarla.- imploró desesperada.

El médico, un hombre maduro viendo la aflicción de la pobre señora, trató de confortarla.

-Haré lo que esté mi alcance para salvarla. Rece con fe por favor.- expresó el doctor Carmichael, mientras se inclinaba para examinarla.

-Sí doctor, rezaré, pero quiero ayudarle. ¿Qué debo preparar?

-Agua hirviendo y muchas vendas, algodón y paños esterilizados. Rápido por favor.- la instó el galeno.

Dos horas después, exhausto y cubierta de sangre su camisa, el doctor Carmichael salió de la habitación junto a unas tristes y cansadas Dorothy y Prudence. Alexander parecía preocupado, presa de la más profunda congoja.

-¿Cómo están mi esposa y mi hijo?- preguntó angustiado.

Una expresión de compasión se marcó en la cara carnosa y bondadosa del facultativo.

- Lamentablemente el niño murió, nada pude hacer por él. Su esposa tiene posibilidades de vivir, pero está muy delicada, padeció un sangrado abundante. No puedo garantizarle que se salve. Sólo nos queda esperar.

Dorothy experimentó insondable conmiseración por él, era la primera vez que lo veía sin su fría coraza, vio el ser humano que se ocultaba en esas facciones apuestas.

-Mi Isabelle, hubiera dado todo lo que tenía por conocer esta faceta tuya.- pensó sintiendo aflicción por él y por su niña.

-¿Puedo verla?

-Excelencia, esto no sería prudente en este momento. Tenga paciencia.

Madeleine que hasta ese momento había permanecido callada aprovechó para intervenir.

-Tenemos que esperar, Alexander. Ya verás que ella va recuperarse.- dijo mostrando piedad mientras apoyaba su mano en el brazo de él.

Dorothy a quien no le pasó el gesto desapercibido, se enojó. Algo le decía que la mujer había tenido participación en el accidente de Isabelle, pero no podía decir nada porque no tenía la certeza y las pruebas de que eso hubiera sucedido. Reparó también, en que Alexander se apoyaba en ella y sintió el íntimo deseo de decirle que se apoyaba en una víbora, sin embargo calló porque aunque tenía el derecho moral de reprocharle esa actitud no lo tenía ante la sociedad. Furiosa se dirigió a la habitación, decidida a que nada ni nadie iba a separarla del lado de Isabelle. Era mejor no darle oportunidad a la víbora para que se deshiciera de ella, lo que la obligó a hacer guardia junto a Prudence de día y de noche.

Por su parte Prudence estaba terriblemente acongojada, estaba totalmente convencida de que si no hubiera dejado sola a Isabelle eso jamás habría pasado. Su conciencia le reprochaba el incumplimiento de su deber para con la mujer que la había protegido y querido como una hermana. Los ojos violetas de Prudence rebosaban sentimientos de culpa, Dorothy podía advertir sin ninguna dificultad el suplicio por el que estaba atravesando la joven. A pesar de su propio calvario, Dorothy se esforzó para animar a la joven.

-Prudence no eres responsable de lo que sucedió. No atormentes tu alma con amonestaciones, en este momento sólo debe interesarnos que Isabelle salga con bien de esta situación. Si ella se da cuenta de que estamos desanimadas y tristes sólo lograremos sumirla en la desolación, a fin y cuentas que nosotras somos las únicas en quien mi niña puede apoyarse.-afirmó contundentemente la nana. Hizo una breve pausa y luego continuó con voz entrecortada por la emoción.- Prudence, eres una mujer muy sensata más equilibrada que cualquier mujer de tu edad, este es el momento propicio para que muestres la entereza que posee tu espíritu. Isabelle necesita de nuestra entereza ahora que está demasiado frágil por lo sucedido y es incapaz de encontrar la suya propia. Por eso te pido que dejes de compadecerte a ti misma y tomes las riendas de esta situación.

Prudence enmudeció, el sermón emitido por Dorothy la hizo reflexionar tal y como la nana esperaba. Tras unos minutos de respetuoso silencio, Prudence manifestó su opinión.

-Gracias, señora Hamilton. Lo tendré en cuenta y seré fuerte por la señora Isabelle. Hubiera deseado tener una madre como usted.

-Me alegra que pienses así.- dijo Dorothy con cariño fijando sus ojos negros en la joven. -Soy demasiado vieja para considerarme tu madre, así que mejor piensa que soy tu abuela.

La dulce joven sintió un profundo alborozo.

-Si usted me lo permite así lo haré.

-Sin embargo, lo primero es que me llames Dorothy y que me tutees.

-Gracias, Dorothy, mil gracias.

Dorothy no entendió el significado del agradecimiento, pero con inagotable cariño abrazó a la muchacha.

Ambas regresaron a la alcoba en donde Isabelle se debatía entre la vida y la muerte. En ese instante de profundo dolor sólo algo podía confortar sus ánimos caídos y ambas comenzaron a rezar con fervor.

18.

Dorothy se relajaba cuando veía subir y bajar el pecho de Isabelle en un ritmo lento

acompañado. Habían sido ocho días difíciles en especial para ella, porque había temido que su niña, la hija de Adrienne, la luz de sus ojos pudiera morir. Dorothy estiró los brazos y se levantó de la mecedora, la espalda la estaba matando. Puso su mano en su cintura y comenzó a masajearse con la esperanza de disipar un poco las molestias que estaba experimentando.

Un pequeño gemido la hizo olvidarse completamente de su lumbago.

-Nana, nana.

Dorothy se precipitó entusiasmada. Una infinita alegría brotó en su interior: su niñita regresaba a la vida. Miró atentamente los rasgos faciales de Isabelle, estaba pálida pero sus ojos negros la detallaban con cuidado como si temiera estar en un sueño y no poder despertar.

Dorothy depositó un beso cariñoso en su frente.

-Nana, nana.- el suspiro de Isabelle le dio aún más alegría.

-Shh, no hables todavía cariño. Estás muy débil aún.- reconvino cariñosamente Dorothy.

Isabelle inspiró profundamente tratando de llenar sus pulmones con aire, se movió un poco y su cuerpo castigado por la caída se rebeló ante el movimiento causándole un intenso dolor, la obligó a permanecer quieta.

-¿Qué me pasó? ¿Por qué no recuerdo nada?- se vislumbraba inquietud y angustia en su rostro.

Dorothy consideró que aún estaba muy débil para saber la verdad y le preocupó que no recordara lo sucedido momentos antes de la caída, lo cual le imposibilitaba saber si Madeleine había sido la causante de esta.

-Cálmate pequeña. No te angusties que eso no te hará ningún bien. ¿Quieres algo de comer?

Isabelle supo que Dorothy algo le estaba ocultando y la sensación no le gustó en absoluto, pero aún estaba muy enferma como para pretender conocer la verdad.

-Tengo sed.- fue lo único que pudo decir.

-Le diré a Prudence que te traiga un zumo de frutas para que recuperes las energías corazón.

Dorothy tomó la campanilla de plata bruñida de encima de la mesa de noche y la agitó varias veces. Prudence no se hizo de rogar al llamado. Parecía haber adivinado lo que quería Isabelle porque llevaba una bandeja con una jarra de jugo de durazno y un vaso.

-Eres muy eficiente, Prudence.- dijo Dorothy.

Prudence no le prestó atención, sus ojos violetas recorrían a Isabelle como si no pudiese creer que estaba despierta.

-Gracias Dios mío.- exclamó en un arrebató de gratitud.

A Isabelle le enterneció la actitud de Prudence, pero estaba muy fatigada para hablar por lo que se conformó con beber lentamente el jugo.

-Prudence, quédate con mi niñita. Ya vengo.

-Me pregunto como le diremos lo del bebé.- pensó Dorothy invadida de incertidumbre. No podía predecir como reaccionaría Isabelle cuando se enterara de la muerte de su hijo. El pensamiento fue intolerable y no podía soportar el tener que decírselo viendo como su niña iba a sufrir. Dorothy sabía que la perspectiva de tener a su hijo entre sus brazos, era lo único que le había proporcionado a Isabelle consuelo y felicidad cuando más lo necesitaba y saber que ese pequeño ser ya no estaría con ella sería un golpe terrible. No sabía que era peor que se diera cuenta de que su vientre ya no albergaba a su hijo o que un tercero se lo dijera. Perdida en esta disyuntiva, decidió buscar a Alexander.

Le tomó un poco de tiempo dar con él pero finalmente lo encontró en las caballerizas. Entró sin hacer ruido y lo miró unos momentos. Estaba cepillando el pelo de su caballo favorito, un brioso alazán de color castaño con una mancha blanca en la frente llamado Titán por su tamaño. Alexander estaba pensativo, así que ella golpeó la puerta del establo.

-¿Se te ofrece algo Dorothy?- preguntó Alexander sin emoción alguna, lo que hizo preguntarse a Dorothy si estaría haciendo lo correcto.

-Su excelencia, Isabelle ya recuperó el conocimiento.

-¿De verdad?- interrogó sin mucho interés.

Dorothy le dirigió una mirada de vaga inquietud, sorprendida por semejante respuesta, debido a que el Conde había parecido auténticamente preocupado por Isabelle el día que había tenido el accidente. Quedó muda por unos segundos y se preguntó si el antiguo canalla había regresado. No era posible que un día mostrara preocupación por su mujer y otro día la ignorara deliberadamente. Sintió un inmenso pesar por su niña enamorada de este hombre, tan carente de calor humano.

Dorothy apartó sus pensamientos. Ese tema ahora no era importante así que se enfocó en lo que venía a decirle.

-Señor, ¿cómo le diremos lo del bebé?

Ante la mención del niño los ojos de Alexander se endurecieron y se perdió la límpida calma que había en su rostro, su expresión se tornó rencorosa. A juicio de Dorothy el color del cielo despejado de las pupilas del hombre se había transformado en un mar gris y turbulento.

-¿Crees que a ella le importe?- su voz sonó ronca a oídos de Dorothy.

-¡Por Dios! No sea tan cruel. Isabelle amaba a su hijo, no puede pretender lo

contrario- rebatió la dama enojada. Sin pensar continuó.- Al principio de su gestación estaba asustada, ella temía su reacción. Pero, después se aferró a la idea de tenerlo y cuando usted la encerró eso fue lo único que le impidió volverse loca. ¡Por esa razón usted no tiene derecho a decir ni siquiera a insinuar que ella es una mujer desnaturalizada!

Alexander entrecerró los ojos y Dorothy cayó en cuenta de que había hablado demasiado. Se mordió los labios antes de mascullar:

-Perdone mi exabrupto, excelencia. No fue mi intención mostrarme tan vehemente.

-Es natural, usted tiene una relación muy estrecha con Isabelle.- comentó Alexander con ironía.

A ella no le gustó el tono de su voz.

-Así es, excelencia. Yo crié a la madre de Isabelle, Adrienne, que en paz descansa y luego a Isabelle. La quiero como si fuera mi hija y la conozco muy bien, más de lo que cualquier persona podría llegar a conocerla.- dijo esto último como una alusión de que Alexander no conocía a su esposa.

-De todas maneras perdóneme.- dijo finalmente Alexander.- Creo que lo mejor es que esperemos a que esté recuperada.

Dorothy percibió que no estaba muy convencido. Solicitó su permiso para retirarse y se marchó cuando este le fue concedido no sin antes solicitarle a Alexander que no se apareciera ante Isabelle debido a que estaba convencida de que su aparición podría reportarle más mal que bien a su niña.

Mientras tanto, Isabelle haciendo un esfuerzo enorme llevó su mano a su vientre, sorprendiéndose al encontrarlo plano. Eso sólo podía significar una cosa. Había perdido a su hijo. La horrible certeza cayó sobre ella con tal fuerza que la dejó impactada por unos instantes, incapaz de comprender su tragedia.

Lágrimas de dolor rodaron por sus mejillas. No podía entender porque aquel que no había tenido culpa alguna, el ser que había anhelado con toda su alma tener en sus brazos ya no existía. Se sentó en la cama como pudo, su pérdida era tan grande tan grande y profunda como había sido la ilusión de tenerlo.

Trató en vano de recordar lo sucedido, su mente era una maraña de recuerdos, pero no ninguno tenía relación con la muerte de su bebé. Solo había oscuridad en su memoria. Entonces quiso gritar su dolor, gritar hasta que su voz se extinguiera, en un clamor de sufrimiento por el niño en el que había cifrado su vida, sus sueños y esperanzas. Sollozante, llevó sus manos a su vientre, el lugar en el que había morado la pequeña vida que hubiera dado un nuevo sentido a la suya, deseó morir en aquel instante.

Dorothy entró y comprendió que se había dado cuenta. Ya no tenía ningún sentido

ocultarle la verdad.

-Cariño, no llores.

-¿Por qué me sucedió esto a mí?- dijo con sus manos cubriendo su cara.

La señora se sentó en la cama al lado derecho de Isabelle y le brindó un abrazo de consuelo.

-Llora, llora mi niña, llora hasta que no tengas ninguna lágrima que derramar.

Isabelle apoyó su rostro en el regazo y siguió llorando en silencio. Dorothy le acarició la cabeza con ternura.

Aunque emocionalmente débil, su cuerpo se recuperó rápidamente y casi tres semanas después de lo sucedido, Isabelle recobró la fuerza y la salud como si nunca hubiera estado herida. Dorothy sabía que si bien estaba repuesta físicamente su corazón seguía lesionado y tardaría mucho tiempo en curar. Las dos se encontraban en los jardines, en donde Dorothy llevaba todos los días a Isabelle para que pudiera recuperarse.

-Dime donde está.

Al principio la anciana señora no pareció comprender.

-¿Qué dices querida?- le preguntó con tacto.

Un nudo invadió la garganta de Isabelle, pero tragó saliva y se obligó a continuar.

-¿Dónde enterraron a mi bebé?

-Estás segura de que quieres ir.

-Sí.

-Podrás soportar la caminata.

-Creo que puedo. Quiero llevarle unas flores a mi hijo, fue niño ¿verdad?-sus pensamientos se colmaron de una profunda tristeza que se hizo evidente en su voz.

-Sí mi niña.

Dorothy hizo que la muchacha se apoyara en ella y caminaron lentamente hacia el panteón familiar de Aumont. Isabelle llevaba consigo rosas y jazmines y se dirigió a la tumba más reciente, la cual estaba coronada por un ángel de mármol blanco que sostenía una inscripción. Ella la leyó.

Louis Alexander Pierre Fontenay Bernadotte Robillard. Hijo, nunca te olvidaremos permanecerás eternamente en nuestra memoria hasta que llegue el día en que podamos reunirnos contigo. Tus padres.

Isabelle lloró al leer la inscripción. Tomó su misal y profirió algunas oraciones por el descanso del alma de su hijo, a las que Dorothy también respondió cuando terminó dejó las rosas encima de la pequeña lápida.

-Mi amor cuida a tu mamita desde el cielo. Dale fuerzas para hacer lo que debe hacer.-musitó Isabelle antes de marcharse, no sin antes besar la nívea mejilla del

espíritu celeste que custodiaba la tumba.

19.

Prudence estaba ayudándole a ordenar su armario. Isabelle sacó una prenda y la examinó cuidadosamente, el vestido azul estaba completamente destrozado y cubierto de sangre. Era el traje que llevaba el día en que se había caído. Ella lo apretó contra su cuerpo y lloró con fuerza. El sonido de sus sollozos atrajo a Alexander, quien se hizo presente en la alcoba.

-¿Cómo te sientes?- preguntó suavemente.

Isabelle lo había olvidado, sumergida en su pena. Ante el timbre de su voz levantó la cabeza. Pero no lo miró. Su silencio era hostil.

-¿Acaso importa lo que yo sienta?

Él no se dignó a responder a la alusión de Isabelle.

-Prudence, retírate.

La muchacha miró con impotencia a Isabelle y luego se retiró.

-¿A qué has venido? – preguntó ella cansada.

-Quiero hablar contigo.

-No tenemos ningún tema en común. Pero ya que te has tomado la molestia de venir quiero agradecerte por haber sepultado a mi hijo en tierra consagrada.

Alexander se aproximó, ella lo esperó sin moverse.

-Era también mi hijo.

-Creía que para ti era un bastardo.- le recordó ella. –Ya eso no tiene ninguna importancia, ninguna.- dijo en tono desapasionado.

Isabelle se sentía desprovista de toda emoción. Parecía que con la muerte de su hijo, su capacidad de sentir hubiera desaparecido.

-Dime a que viniste.

-Quería saber cómo estabas.

-Acaso temías que fuera a recuperarme. Lamento frustrar tus deseos. Me tienes ante ti, sana, sólo tengo el alma rota.

Alexander se enfureció pero a ella no le importó.

-No me adjudiques pensamientos que no he tenido. ¿Es reprochable que me preocupe por mi esposa?

Ante semejantes palabras un torrente de emociones la invadió.

- ¿Cuándo te has preocupado por mí? Yo a ti no te importo en absoluto y eso es algo que a mí no me interesa en lo más mínimo.

El hombre la observó atónito.

-Eso no es verdad.

-No tiene ningún sentido mentirnos a estas alturas. Debo reconocer, por mi parte,

que he sido una estúpida, he tropezado no una ni dos veces con la misma piedra y sigo colisionando con ella. Primero cuando me enamoré de ti, después cuando fui tan cobarde para luchar por Dorothy y por mi libertad, luego cuando me entregué al hombre que amaba en el jardín, creyendo que aún teníamos una oportunidad de ser felices y manteniendo esa misma esperanza incluso cuando entró en escena Madeleine. Que idiota he sido.- repuso con amargura. Su dolor, su rencor, sus sentimientos ocultos fluyeron con la misma fuerza e ímpetu como escapa la sangre de una herida abierta.

Alexander la escuchó imperturbable. Su actitud la motivó a continuar.

-Aguanté tus humillaciones, tus insultos y tu frialdad porque te adoraba con toda mi alma y sabía que querías castigarme por lo ocurrido en el pasado. Pero nunca podré perdonarte la pérdida de mi hijo, tus viles acusaciones, el golpe y el encierro al que me sometiste. No te importó que me consumiera, que deseara la muerte para liberarme de esa prisión dorada en la que me confinaste. Vete, ya dije todo lo que tenía que decir y me alegro de haber podido hacerlo porque la impotencia y la desilusión me estaban royendo el corazón. Márchate.

Sin decir ninguna palabra, él se retiró.

Isabelle experimentó un intenso alivio, había expulsado el último rastro de veneno que la corroía, pero no podía apartar de su mente ese sentimiento contradictorio hacia Alexander. Con cierta resignación pensó que era cuestión de tiempo para que pudiera relegarlo al olvido. Sólo le quedaba esperar.

Aferrada a esa idea, contó más de treinta crepúsculos. Parecía que el tiempo era incapaz de curar su alma aterida, aún seguía añorando a su hijo y a veces se quedaba absorta pensando en lo que sería su vida si hubiera podido crecer, tal vez ella estaría viéndolo sonreír, arrullándolo hasta que se durmiera, compartiendo con él la alegría de sus primeros pasos, aquellas cosas ya no podrían ser y que jamás sucederían.

En un momento de desesperación, pensó que la mejor forma de colmar ese vacío era volver a quedar embarazada, aunque sabía que ella ya no le inspiraba ningún deseo a Alexander. De hecho, él no había vuelto a mantener relaciones íntimas con ella, la última había sido la noche anterior a la partida de Alexander, veinticinco días antes del incendio en los viñedos de Aumont, ya hacía más de diez meses. Esto hizo que Isabelle se replanteara la idea de tener otro hijo, lo cual sumado a la infidelidad de Alexander le hicieron comprender que su alma jamás sanaría si seguía viviendo en el Castillo de Aumont cuyas paredes de piedra siempre le recordarían lo que ella más que nada en el mundo deseaba relegar al rincón más escondido de su memoria. Sabía que si seguía allí esas remembranzas acabarían por volverla loca. Además, la

presencia de Alexander no haría otra cosa que exacerbar sus heridas.

No tenía otra opción que alejarse para siempre de allí.

Dorothy supo de los deseos de Isabelle de recomenzar una nueva vida cuando la oía llorar en las noches. Era tan desdichada y ella no podía hacer nada para remediarlo porque estaba impedida para intervenir, mas sabía que su niña se sobrepondría a las penas que la embargaban con la misma fuerza con que Adrienne había luchado para defender su amor con Pierre. La nana supo instintivamente que tarde o temprano su niña tendría el coraje suficiente para enfrentarse al Conde y tomar las riendas de su destino.

Dorothy tenía razón porque no pasó mucho tiempo para que Isabelle tomara esa decisión, aunque sabía que iba dolerle hacerlo.

Una noche cuando Isabelle y Alexander acababan de cenar en silencio tal y como se había vuelto costumbre, ella sintió que no podía postergar por más tiempo el tema que le había llevado meses reflexionar.

Con un brío desusado en ella, detuvo sus oscuras pupilas en el extraño con el que compartía su cena. No sentía nada, ni pena, dolor o cólera, sólo un deseo de terminar con todo. Parecía que toda emoción humana se hubiera secado en ella hasta convertirse en polvo, salvo su instinto de autoprotección que clamaba a gritos que huyeran de allí al precio que fuera.

-Tengo que hablar contigo.- cada vocablo salió con firmeza de su boca. Ella no lo sabía pero tal demostración de serena dignidad le brindaba color a su rostro, tantos meses pálido y hacía brillar sus ojos con un fuego oscuro que los hizo resplandecer como centellas. Fue una momentánea transformación de su fisonomía, notada por todos los que estaban presentes en la mesa y presagió el regreso de la muchacha que Isabelle había sido alguna vez, lo cual era nada más lejos de la realidad y nadie lo sabía más que ella porque sentía que estaba muerta por dentro.

Alexander no se dignó a mirarla.

-¿Cuál es el motivo?

Isabelle miró detenidamente a su alrededor, percatándose de que no estaban solos. Una ráfaga de lucidez la invadió, el asunto que le plantearía era demasiado delicado y debía ser tratado con la máxima discreción.

-Vamos a tu despacho.

-Hablaemos en la alcoba.- Alexander se levantó y ambos se dirigieron allí aprovechando que habían quedado solos en el comedor.

Isabelle cerró cuidadosamente la puerta después de que él entró. No deseaba testigos, porque sabía por experiencia propia que los sirvientes acostumbraban a curiosear acerca de la vida privada de sus patronos, aunque esperaba que ese no

fuera el caso actual. Reconocía que no se sentía inquieta por la orden de él de conversar en sus habitaciones, debido a que estaba más que segura que él no intentaría nada con ella.

-Te escucho.- Alexander la contemplaba con insolencia.

Isabelle experimentó vergüenza y ganas de reír al mismo tiempo. Seguramente él creía que ella lo buscaba porque deseaba tenerlo en su lecho.

-He estado pensando mucho estos últimos días y he tomado una decisión. Voy a marcharme de tu casa.- soltó con cierta brusquedad.

Por primera vez desde que lo conocía Isabelle pudo advertir sorpresa en los ojos celestes del hombre. Era evidente que lo había tomado completamente desprevenido.

-No lo harás.-la voz de Alexander era amenazante a tal grado que Isabelle pensaba que antes hubiera podido amedrentarla. Mas esa no era ya no era la situación, ya no estaba dispuesta a seguir siendo una víctima.

-Deberías estarme agradecido. Te estoy haciendo un favor.- replicó con toda naturalidad.

-Sé más clara.- la urgió él

- Como quieras. Somos un par de extraños en este matrimonio si es que a esto puede llamársele así. No ha sido más que una farsa para ti y el peor de los castigos para mí.

La expresión de la cara de Alexander se oscureció.

-Sabes que es cierto. Has tomado tu venganza, me has destruido, no tiene ningún sentido que estemos juntos.- argumentó ella.- Admítelo de una vez por todas y libérame.

-Tú eres mía y no voy a dejarte marchar, estás completamente loca si piensas que voy a permitírtelo. Ante los ojos de los demás eres mi esposa y actuarás como tal.- la declaración de Alexander fue vehemente. Isabelle no sintió absolutamente nada y pensó que eso le convenía.

-Su excelencia, ¿así qué se trata solo de mantener las apariencias? Si lo que le importa es su reputación díles a los miembros de la clase tan encumbrada a la que perteneces que me voy una temporada a recuperarme de mi enfermedad, pero te advierto que no pienso colaborar para convencerlos, sin embargo vendré cada tanto para sostener la mentira.- Esto último Isabelle no tenía ni la menor intención de cumplirlo. No quería regresar a Aumont después de todo de lo que le había acontecido allí.

Ver tormento en las bellas facciones de Alexander fue semejante a una patada en el estómago. Casi sintió el deseo de retractarse, pero este se desvaneció cuando pudo percibir la furia en él, haciendo que la presión de continuar con su resolución se

pusiera encima de cualquier otro sentimiento. “Es demasiado tarde para echarse hacia atrás debes continuar”- una vocecita se hizo escuchar en su cabeza.

Entre Alexander y ella mediaba cierta distancia pero él la acortó en dos zancadas, quedando tan solo unos centímetros separado de ella. Fue incapaz de determinar lo que él iba a hacer, absorta como estaba no dejar que su ánimo flaqueara.

-No vas a irte, no lo vas a hacer.- susurró él atrapándola entre sus brazos sin que ella tuviera oportunidad de defenderse. Hambriento juntó su boca apremiante a la de ella.

La joven se sintió desfallecer ante su contacto. Hacía tanto tiempo que no la tocaba así y comprendió en un segundo que estaba a punto de sucumbir ante las tentaciones de la carne. Pidió fervorosamente a Dios que Alexander la soltara porque su voluntad flaqueaba y sabía que cada instante que pasara se debilitaría aún más, pero reunió fuerzas de dónde no sabía y permaneció quieta.

-¿Aún no lo comprendes? Me perteneces como esposa y como mujer.

Eso era cierto, siempre había sido así. Era consciente de que ella era sola y exclusivamente suya. Lo aceptaba como verdad para sí misma, claro que jamás lo admitiría ante él, aunque se reprochaba interiormente la traicionera reacción de su cuerpo al beso, así que furiosa contraatacó:

-Sólo dos cosas me unían a ti: mi bebé y mi amor por ti y ninguno de los dos existe.

-Sabes perfectamente bien que eso no es cierto. Siempre ha existido entre los dos una corriente primaria, una atracción más fuerte que nuestros resquemores. Recuerdo perfectamente las veces que te hice mía y como te retorcías de placer entre mis brazos. Aunque intentaste resistirte cuando te besé, sé que aún existe esa pasión salvaje entre tú y yo.- afirmó con completa seguridad.

Isabelle se sintió humillada y confundida porque Alexander se había dado cuenta y la enojó más aún la expresión victoriosa que se vislumbraba en Alexander. Sintió un deseo irresistible de plantarle un bofetón en el rostro, pero se contuvo porque sabía que esa actitud le daría la razón y ella no pensaba dársela por una cuestión de elemental orgullo.

-Que exista esa pasión salvaje entre tú y yo no significa nada. Cualquier hombre lo suficientemente atractivo y persuasivo puede despertar eso en una mujer, lo cual no es suficiente para retenerme. Creo que ya no tenemos nada más que decirnos.

Alexander no se mostró afectado por esas palabras.

-No podrás irte si vuelvo a encerrarte.

La rabia de Isabelle se disparó ante esa idea. Se irguió en una postura intimidatoria y se ubicó hasta quedar al frente de él.

-Hazlo otra vez y te juro que te mataré. Y cumpliré mi promesa.- dijo con la ferocidad

de una leona que desea proteger a su cachorro.

-No serías capaz.

-Hay muchos modos de deshacerse de un estorbo: veneno, un puñal, tal vez una pistola. Es mejor que no tentes tu suerte. Además, si intentas detenerme, ten la certeza que me voy a escapar, así tenga que arrojarme por la ventana.

El hombre se aproximó aún más a ella y le rozó el rostro con su dedo índice. Isabelle se crispó de ira y lo apartó violentamente.

-No me toques. Ya no podrás obtener nada de mí, nunca más. Búscate otra que ocupe mi lugar, estoy segura que hay muchas que están aguardando con impaciencia un lugar en tu cama. Un lugar que a mí no me interesa y no me interesará jamás -dijo con veneno pero guardándose de mencionar a Madeleine.

Él sonreía.

-No estés tan segura. Muchas luchas se han perdido por exceso de confianza. Si estás tan decidida a partir no seré yo quien te detenga. Hazlo cuando mejor te convenga.

Isabelle inquirió en su rostro el motivo de su cambio de actitud, lo escrutó cuidadosamente, sólo halló en su minucioso examen la expresión de completo desinterés que conocía tan bien, así que abrió la puerta y le indicó que se marchara.

20.

Isabelle respiró con tranquilidad ya todo estaba listo. Sería la última vez que pisaría este suelo en la que había padecido tantas tristezas. Sin embargo, no se sentía completamente feliz como debería estarlo, le causaba una infinita pena dejar el cuerpo de su hijo en el Castillo de Aumont, por lo que decidió antes de partir hacer una visita al lugar en donde él reposaba. Se inclinó y puso lirios y azucenas blancos.

-Me temo mi amor, que estas serán las últimas flores que pueda colocar sobre tu tumba, pero no te olvidaré nunca. Siempre estaré orando porque seas feliz en el cielo. Mi vida reza mucho por mí, porque sé que necesitaré mucho tus oraciones.-pensó mientras arreglaba con cuidado la lápida.

Ella permaneció en el cementerio unos momentos más, luego salió. Iba tan sumergida en sus recuerdos que tropezó y hubiera caído si unos robustos brazos no la hubieran sostenido con fuerza.

-Gracias.- casi se paralizó al ver a Alexander.

-No hay nada que debas agradecerme.- su voz fue tan suave que invadió lentamente los sentidos de la joven, su cálido aliento la rozó como lo hubieran hecho sus caricias y ella sintió que todo se detenía mientras su pulso latía rápidamente. Él aún sujetaba sus brazos unidos su torso con el suyo, sus cuerpos pegados y sus rostros mirándose fijamente como si fueran incapaces de dejar de hacerlo. Ella sabía

que tanta proximidad podría con ella y lanzaría al traste todo por lo que había peleado con tanto ahínco, pero extrañamente en ese momento no le importaba, porque sabía que quizás esa sería la última vez que se verían cara a cara. Una parte de ella recuperó el dominio de su cuerpo, ella sacudió furiosamente la cabeza para tratar de librarse de esa oscura magia que amenazaba con apoderarse por completo de ella.

-Adiós, Alexander.-se despidió ella liberándose de sus brazos. Su voz sonó temblorosa casi como sentía sus huesos que parecían no poder sostenerla.

Él no contestó y ella no esperó que lo hiciera. Se miraron nuevamente en silencio antes de que ella girara sobre sus pasos y se alejara de allí con la velocidad que sus piernas se lo permitieron. Apenas sintió que se había alejado lo suficiente, recorrió con la vista todo lo que estaba dispuesta a dejar y recitó en voz alta segura de que nadie podría escucharla.

-Adiós Aumont, adiós para siempre. -El cielo brillaba, ella lo tomó como una señal de que todo saldría mejor y ese deseo la reconfortó más de lo que esperaba.

-Bella, ven. El carruaje nos espera.- se escuchó a lo lejos la voz de Dorothy. Isabelle se dirigió hacia donde ella se encontraba.

-Nana, debo devolverme hay algo que olvidé.

La señora lanzó un suspiro de desesperación y se cruzó de brazos.

-Mi niña, por favor no te demores. Sabes que entre más pronto nos marchemos más temprano llegaremos al otro condado.

-Lo sé, nana. Pero no puedo marcharme sin hablar con Alexander.

-Tienes razón cariño, tienes toda la razón. Absolutamente toda.

Dorothy esperó durante algunos momentos que se le hicieron interminables. Isabelle subió al carruaje con la cara demudada de pena.

-¿Pasó algo cariño?

-No, nana. Solo pensaba que espero poder olvidar todo hasta este sentimiento que ha sido el causante de todo mi sufrimiento.

-Cariño, el tiempo tiene el poder de curarlo todo, no hay herida grande ni pequeña que no pueda cicatrizar. Ten paciencia, que tarde o temprano llegará el olvido y podrás continuar.

Los ojos oscuros de Isabelle mostraron una profunda compasión y preocupación.

-Nana, ¿lo dices por experiencia?

Dorothy suspiró. Sabía que hay secretos que no pueden guardarse por mucho tiempo y ella llevaba guardando uno cuarenta años de su vida.

-Sí, cada persona tiene una historia y eso puede aplicarse a mi caso.

La melancolía en la voz de Dorothy hizo que la joven pensara que la vida de la nana no había sido nada fácil.

-Puedes compartir tu secreto conmigo.-declaró con suavidad.

La fisonomía de Dorothy expresaba una clara duda. Se estremeció de temor.

-Cariño, pensé que me llevaría la carga hasta la tumba. No sé si sea correcto liberarme de ella en estos momentos.

Prudence que hasta ese momento había pasado desapercibida intervino:

-¿Me retiro para que puedan hablar con toda confianza?

Dorothy sonrió para tranquilizarla.

-No, muchacha no es necesario. Eres digna de mi confianza. No necesitas dejarnos a solas, puesto que te considero como otra nieta mía.

Isabelle quedó intrigada.

-¿Tienes una nieta? Creí que vivías sola en el mundo.

-Tu padre también lo creyó así. Pero, no. Tuve una hija y ella me dio una nieta.

Una sospecha asaltó a Isabelle.

- Mi madre, Adrienne, ¿ella era tu hija?- preguntó con voz trémula.

Dorothy acarició con su suave mano la cabellera rizada de Isabelle.

-Así es cariño. Tú eres mi nieta, el único de recuerdo de mi Adrienne.

Isabelle sintió un estallido de alegría en lo profundo del corazón.

-¿Por qué no lo dijiste antes?

-Mi niña, el miedo a veces nos convierte en cobardes. Además, no podía adivinar como reaccionarías si te enterabas de la verdad.

-Gracias mi dulce Dorothy, no debería llamarte abuela sino mamá.

-No mi amor, no soñaría jamás con usurpar el lugar que le corresponde a tu madre.

Prudence las oía y a sus hermosos ojos violetas se asomaban lágrimas de felicidad. Isabelle también lloraba sobre los brazos de Dorothy.

-Ahora comprendo tu amor por mí-

-No, te hubiera amado así no hubiéramos compartido una misma sangre.

El horizonte se vislumbraba más claro y lleno de promesas. En ese momento no existía ninguna duda de que así sería. Isabelle elevó una oración de agradecimiento y se prometió a sí misma que cuidaría de Dorothy y de Prudence para siempre.

UN MISMO CAMINO

1.

Dos años después.

El sol parecía sonreír, era una hermosa mañana, no existía ningún otro calificativo para catalogarla, el canto de los pájaros que se apreciaba en el ambiente complementaba a la perfección con la calidez que se derramaba sobre todas las criaturas. Una mujer vestida de negro que llevaba de la mano a dos niñas

complementaba a la perfección esa imagen de paz. Las tres mujeres se sentaron sobre el verde césped. El lugar que habían escogido era singularmente hermoso.

-Señora Miller.- la voz cantarina de una de las niñas se elevó sobre los alegres trinos de las aves. La niña vestía un traje color rosa mientras que el traje de la otra era azul a pesar de que era el mismo modelo. Bastaba mirar a ambas niñas para saber el porque de eso: eran gemelas idénticas. Pero la mujer que las cuidaba no parecía tener problemas para diferenciarlas.

-Dime Anne.

-Increíble, me reconoció. ¿Oíste eso hermana? ¿Cómo lo logra señora Morrison?

-Que preguntona eres.- declaró la otra niña.

Los labios generosos de la dama se curvaron en una ancha sonrisa. Era evidente que le causaba diversión el desconcierto manifestado por Anne.

-¿En verdad quieres saberlo Anne? ¿Tú también quieres saberlo Aileen?

-Sí, sí.- exclamaron ambas niñas.

-Es que nos resulta sorprendente que usted pueda diferenciarnos. Mamá y papá no pueden.- dijo Aileen.

-Bueno, eso significa que no pueden hacer ningún tipo de travesura porque yo sabría de inmediato quien fue la causante.- rió la mujer y comenzó a hacerles cosquillas. Ambas niñas reían a carcajada batiente. El corazón de la mujer se enterneció al oírlas.

-Ya no más- fue la súplica de ambas niñas al unísono.

-Esta bien, ya no os torturaré más. Sin embargo debéis reconocer que os he vencido.

-Sí lo admitimos. Pero díganos ¿Cómo logra reconocernos?

Las niñas estaban muy intrigadas y la mujer sintió deseos de reír al ver sus caritas expectantes.

-¿De verdad quieren saberlo?- las niñas asintieron.-Ante esa respuesta me es imposible negarme, bueno, ya voy al grano. Anne tiene un lunar que no tiene Aileen. Es muy pequeño pero es suficiente para saber cuál es cuál. Y no voy a decir en donde se encuentra ese lunar.

Anne y Aileen mostraron su frustración con ruidosas protestas.

-Silencio. – impuso orden la dama.-Queda como tarea que descubráis el origen del lunar. Ahora vamos a dedicarnos a algo más serio pero igualmente interesante.

-Disculpe que la interrumpa, señora Miller.

-Te escucho, Aileen.

-¿Esta noche se va quedar en nuestra casa?

La dama sonrió.

-No, pequeña. Hoy debo regresar a mi casa. Mi abuela y mi hermana me están esperando.

-Por favor, quédese solamente esta noche.- insistió Anne.

La mujer miró con infinito afecto a ambas niñas y les acarició los suaves cabellos rubios y pensó con orgullo que ambas niñas serían una belleza cuando crecieran. Los ojos azules de las niñas mostraban que se sentían apenadas por la negativa de su preceptora.

-Nada me gustaría más, pero estaría muy mal preocuparlas. ¿Cómo te sentirías si estuvieras viviendo en una casita en medio del bosque?

Anne reflexionó unos instantes.

-¿Y por qué no las trae, aquí, señora Miller?

-Corazón, no puedo abusar de la confianza que vuestra familia me ha brindado. Vendré mañana como todos los días.

Aileen parecía muy ansiosa.

-No hallo la hora de poder ir a mi primer baile. Un lindo vestido y un montón de jóvenes luchando para poder bailar conmigo.-suspiró con alegría.

La dama dejó de sonreír.

-Señora Miller, ¿Dije algo que la molestara?

-No, no estés tan ansiosa Aileen. Todavía te quedan ocho años para prepararte.

La niña refunfuñó.

-Me gustaría que el tiempo pasará más rápido.

-No hay que desesperarse por ello. Disfruta tu niñez porque sólo hay una en la vida.

A la dama el tono solemne que había empleado la hizo recordar a Dorothy. Ya estaba comportándose como ella.

-Esperaré.- fue lo único que dijo Aileen, claro que sin estar muy conforme.

-¿Qué opina del amor? Señora Miller.- fue el súbito interrogante de Anne.

-Querida Anne, eres muy joven para pensar en eso y lo mismo tú Aileen. Crezcan y les prometo que les daré mi opinión- susurró la mujer. -El sol se está haciendo muy fuerte, es mejor que entremos a la casa.

-Pero, no nos hemos quitado los sombreros. Quedémonos, un momentito, sólo un poquito más.

Isabelle sonrió ampliamente. Quería mucho a esas niñas y sus salidas le recordaban mucho como había sido ella a los diez años. No obstante su situación había sido muy diferente a la de las gemelas, ella era hija única y huérfana de madre mientras que ellas tenían la felicidad de tener a ambos padres vivos. Una gran gratitud la invadió al pensar en los padres de Aileen y Anne.

No podía quejarse de su vida, era tranquila, sosegada como siempre la soñó.

Ambas niñas le devolvieron la alegría. Pero, no podían desterrar la sombra de su pasado, la que permanentemente se cernía en ella.

Alexander y su resentimiento por él. Ella estaba segura de que no lo amaba, mas su aversión hacia él aún vivía y en especial ese día, víspera de su tercer aniversario de bodas lo sentía removerse.

Sí, todo sería más fácil si hubiera conseguido olvidar. En ese tiempo todo había cambiado, Dorothy le había revelado que era su abuela, ella vivía como una mujer de clase media y trabajaba como institutriz para la familia más reconocida de la provincia en la que habitaba, gozaba de estabilidad y eso era muy satisfactorio, mas aún subsistía ese vacío, esa rara y profunda sensación de ser una extraña, de ser una nómada sin un lugar al cual pertenecer.

Pero, ella reconocía que no era a Aumont ni siquiera a Verleine a quienes extrañaba, era a él, al hombre al que había jurado desterrar de sus pensamientos y que seguía allí como un persistente fantasma de su pasado que se negaba a desaparecer.

Tenía todo lo que había querido, su independencia, su libertad, cosas suyas que había conseguido con su propio esfuerzo, la satisfacción de sentirse útil y no un objeto decorativo, pero no estaba conforme. Sólo le faltaba el amor.

Muchos habrían dicho que tenía el de Dorothy y el de Prudence, pero a ella le faltaba el amor que anhela sentir toda mujer, no el amor de un hombre, porque desde su desafortunada experiencia creía que ese tipo de amor no existía, sino el amor de una madre hacia su hijo. Ella lo había experimentado al quedar embarazada y fue demoledor el sentimiento de impotencia y dolor que sufrió con la muerte de su bebé a tal grado que temía volver a sentir lo mismo. Además, no podría ser madre de nuevo sin exponerse a cometer adulterio. Era triste comprender que su fidelidad hacia Alexander era producto de la honda desconfianza que todos los hombres le producían.

-Señora Miller, ¿se siente bien?

La voz de Anne irrumpió en sus pensamientos.

-Siento haberme distraído, es algo que algunas veces me sucede. Ya es hora de volver a la casa.

Esta vez las niñas no emitieron ninguna queja. Obedientes, se levantaron y recogieron algunas flores del jardín antes de regresar a la casa.

2.

Antes de montar en el coche que la llevaría a casa, Isabelle se ajustó la capa y se puso sus guantes. Miró con atención su ropa oscura y sonrió. Sin duda alguna, prefería la lana y el algodón a las sedas y los satenes, porque para ella nada podía

compararse a sentir tener puesto algo producto de su trabajo. Se envolvió bien en la capa y despidiéndose de la familia Savage, salió de la casa.

El lacayo la ayudó a subir al carruaje, Isabelle se sentó, apartando las cortinillas oscuras que cubrían las ventanas. Una de las cosas que más le gustaba era observar el atardecer, pero esa tarde en particular no puso atención al bello espectáculo de un crepúsculo naranja con matices rojos, lilas y rosas.

Iba abstraída en sus pensamientos, nada anhelaba en ese momento que un baño para disipar la fatiga que sentía. Cuidar niños era un trabajo muy pesado pero satisfactorio, realmente agradable. Bruscamente regresó a la realidad cuando el cochero hizo una violenta parada, rápidamente Isabelle abrió la ventana y divisó un espléndido corcel negro y de gran alzada corriendo por delante del coche. Lo primero que notó era que aún tenía la silla de montar.

-Detente Ryan.- ordenó- Tú y Joseph vayan por el caballo, Monique ven conmigo. Alguien necesita nuestra ayuda. Rápido.

Sus acompañantes se apresuraron a cumplir con lo que había solicitado. Ella y Monique, la vieja doncella de Virginia Savage la dueña de la casa donde Isabelle trabajaba, se dirigieron en dirección opuesta a la que había seguido el caballo, internándose en el bosque.

-Señora Miller, aquí hay algo.- indicó Monique. Isabelle se arrodilló para descubrir lo que estaban observando.

-Es un hombre. Está vivo pero esta herido. -dijo ella. -Llama a los demás por favor, Monique, es demasiado grande y pesado para que podamos alzarlo.

Cuando Monique se alejó. Isabelle haciendo acopio de toda su resistencia, logró girar al hombre para verle el rostro. Era un hombre bastante apuesto y a juzgar por sus ropas era un noble.

El corazón le dio un vuelco cuando vio de quien se trataba.

-Dios, esto no me puede estar pasando a mí.- se lamentó al reconocer al herido como Alexander. ¿A qué se debía su mala suerte?

Una disyuntiva se presentó ante sus ojos. ¿Debería ayudarlo o dejarlo allí a merced de los peligros del bosque? Era cierto que lo detestaba por todo lo que le había hecho pero no quería su muerte, no era una asesina y sabía que si cometía la crueldad de dejarlo allí abandonado su conciencia se lo reprocharía eternamente. Eso la decidió en el acto.

-Ayúdenme a llevarlo al carro.- dijo a Monique, Ryan y Joseph.

Ryan la miró preocupado.

-El caballo tenía la silla floja y los frenos sueltos.- le informó a Isabelle. Ella apenas lo escuchó, preocupada por la salud de Alexander.

Ella regresó al interior del carruaje y se sentó. Monique intervino.

-Señora, no podemos llevarlo sentado, está inconsciente, así que lo mejor es que usted le permita apoyar la cabeza en su regazo. Yo viajaré en el pescante junto a Ryan y a Joseph.

Antes de que Isabelle pudiera decir algo, la señora ordenó a los dos hombres que le dieran espacio para sentarse. A Isabelle no le quedó otra opción que hacer lo que Monique había sugerido. Haciendo un esfuerzo acomodó a Alexander sobre sus piernas.

-Vamos hombre despierta.- lo apremió desesperada.- No me digas que quieres irte de este mundo. Despierta, por favor.

Él pareció oír su plegaria porque gimió. Isabelle suspiró aliviada, aún vivía.

-¿Me escucha?- preguntó ella.

No pudo ver las facciones masculinas porque ya había oscurecido, pero instintivamente supo que la podía oír.

-Sí. Me duele todo el cuerpo.- la voz ronca la estremeció.

-No es de extrañar, porque suponemos que se cayó de su caballo y tiene una gran herida en la cabeza. ¿Se siente incómodo?- interrogó recordando que estaba semi sentado, porque el torso estaba reclinado en sus piernas. Por el reducido espacio del coche habría sido imposible que un hombre tan alto cupiera acostado en el asiento.

Isabelle se maldijo a si misma por esa inesperada compasión que había brotado en su pregunta. ¡Lo que le faltaba! ¡Mostrar amabilidad con el enemigo!

El coche se detuvo, Isabelle comprendió con alivio que acaban de llegar a su pequeña cabaña.

Isabelle llamó a los demás para que la ayudaran a bajarlo y ella golpeó en la puerta para que les abrieran.

Dorothy abrió, contenta y a la vez preocupada de verla.

-Niña ¿a que se debe tu demora?- dijo en tono jocoso.

-A él- dijo Isabelle lacónicamente, señalando a Alexander.

La sonrisa de Dorothy desapareció en el acto cuando vio a quien traía consigo.

-Cielos, ¿Qué le pasó?

-No lo sabemos a ciencia cierta.

-Pongámoslo en tu habitación. –sugirió su abuela.

-Síganme, les indicaré en donde dejarlo.- Isabelle se marchó rumbo a su cuarto, seguida por Ryan y Joseph, mientras Monique y Dorothy acarreaban cubos de agua y cortaban algunas telas para convertirlas en vendas.

Isabelle señaló la cama y ambos hombres depositaron a Alexander con cuidado y le ayudaron a despojarlo de la ropa y a meterlo dentro de las sábanas.

-Por favor, vayan y busquen al doctor.- dijo ella angustiada, mirando a Alexander quien había quedado nuevamente inconsciente.

Ambos hombres se marcharon y cuando ella quedó sola examinó a Alexander. Tenía algunas contusiones en el cuerpo, pero nada de gravedad, salvo la profunda herida en un costado de su cabeza. Además divisó una fina cicatriz en su hombro, que recordaba bastante bien así que cualquier duda que hubiera tenido sobre la identidad del herido se disipó de inmediato.

-Oh, perdona Isabelle. No quería interrumpirte.- fue la voz de Prudence. Isabelle giró y casi rió al ver la cara de la muchacha.

-¿Qué está haciendo aquí?.

Los ojos violetas se veían perplejos.

-Tuvo un accidente, si no fuera por ese detalle no estaría aquí.

-No estás muy contenta, ¿qué piensas hacer?

Isabelle iba a responderle, pero unos golpes en la puerta la interrumpieron. Era el doctor, un hombre joven que se la pasaba pretendiendo a Isabelle, pero al que ella no había prestado ni la más mínima atención. Dorothy hizo seguir a facultativo y lo llevó a la habitación.

-Doctor Graham, me alegra que esté aquí- fue el saludo de Isabelle.

-Y a mí me alegra poder verla. Pero más me hubiera gustado visitarla en otras circunstancias.- dijo con galantería.

Ella se limitó simplemente a hacer una inclinación con su cabeza.

El doctor examinó cuidadosamente a Alexander, tomó su pulso y determinó su ritmo cardíaco. Luego, revisó la herida de su cabeza y los cardenales que tenía en el cuerpo.

-Fue un golpe bastante fuerte en la cabeza, es posible que tenga algunas secuelas, pero en general tiene suerte de estar vivo, hubiera podido romperse el cuello. Señoras las felicito por haber desinfectado sus heridas fue algo muy acertado. Cuando despierte denle esto- sacó de su maletín un frasco y lo extendió a Dorothy- Cada doce horas y una sustanciosa alimentación la necesitará para que su cuerpo pueda reponerse.

El doctor observando el cansancio en las caras de las tres mujeres, se despidió y se fue.

Prudence fue la primera en retirarse, aduciendo que alguien debía hacer la cena. Dorothy le pidió a Isabelle que se quedara un momento mientras que ella le ayudaba a Prudence en la cocina.

Al quedar sola Isabelle se sentó en la mecedora y comenzó a tejer, mirando de vez en cuando a Alexander. Un par de horas después ella comenzó a sentir que era

observada. Levantó la vista de su labor y la clavó en Alexander. Los ojos celestes de él la recorrieron por entero, pero de una forma desconocida para la joven, que no vio en ellos lujuria, desprecio ni frialdad, emociones que siempre había asociado a Alexander.

Él trató de incorporarse e Isabelle se levantó para ayudarlo a pesar de que en esos momentos estaba desesperada por saber que decirle.

-¿Se encuentra bien?

-¿Quién es usted? ¿Quién soy yo?

Él no la recordaba. Isabelle estaba transida de alivio, todavía no peligraba. Se disponía a contestar cuando Dorothy se anticipó.

-Soy Dorothy Morrison y ella es una de mis nietas Adrienne Miller. Ella lo encontró herido y lo trajo aquí y ella es Prudence, mi nieta menor- dijo indicando a Prudence que traía el jarabe recetado por el médico.

Alexander se veía confundido.

-Les debo mi vida. Gracias.

-No necesita darlas, tome una cucharada de esta medicina.- dijo Dorothy.

Él asintió. Recibió la cuchara y deslizó su contenido en la boca. Isabelle supuso que el remedio era amargo porque divisó un rictus de desagrado en las facciones de Alexander. A pesar suyo, una oleada de ternura surgió en ella y sintió la casi irrefrenable necesidad de confortarlo, de enlazar sus brazos alrededor de su cuerpo, en suma de buscarse ella misma su perdición.

Después de hacerlo comer y beber bien, todas se retiraron en forma discreta.

-Los designios del Señor son incomprensibles para los mortales- manifestó solemnemente Dorothy.

-Es verdad, abuelita, yo creía que nunca volvería a ver a Alexander y forjé mi vida en torno a esa suposición. Ahora no sé que voy a hacer- suspiró Isabelle.

-¿Has considerado la idea de regresar con él?- preguntó incrédula la dama acariciando la cabeza de su nieta.

-No. Lo veo y no puedo evitar que a mi mente vengan esos amargos recuerdos, se llena de hiel la garganta. Cuando se recupere lo mandaré de regreso a su castillo.- dijo decidida ella.

Dorothy la miró con compasión.

-Querida son unas expectativas bastante elevadas, es imposible predecir que sucederá. Supongamos que recupera la memoria: tu paradero sería conocido y puedo garantizarte que te obligaría a regresar con él.

El planteamiento de Dorothy la hizo palidecer.

-No lo creo. A estas alturas debe tener alguna otra para sus caprichos. Yo no

volvería con él ni loca. Tal vez si hablara con él podría convencerlo de que viviéramos cada uno por su lado como hasta ahora.

La voz de Prudence fue un susurro.

-No lo creo, los hombres de la aristocracia siempre viven en virtud del que dirán. Si te llega a recordarte, ten por seguro que volverás a Aumont y naturalmente querrá que tengas un heredero, él tiene un título que debe transmitir a sus descendientes.

-Mi niña, Prue tiene toda la razón. Por eso no debes aferrarte a esa vana ilusión. Creo que es conveniente que le hagamos creer que eres viuda y no darle a saber tu verdadera identidad. Desde ahora para él serás Adrienne Morrison, viuda de Miller tal y como te conocen en esta región.

Isabelle aceptó.

-Debemos convencerlo de que es así. Apenas esté recuperado lo enviaremos a su castillo y nos mudaremos de aquí si ese es tu deseo- manifestó Prudence.- Tengo algo ahorrado de los bordados y tejidos que he vendido en el pueblo. No es mucho pero nos ayudará.

-Yo tengo una buena cantidad en efectivo. Además tengo algunos ahorros al igual que Prudence. Si tu quieres que nos vayamos de aquí estamos dispuestas a ayudarte. Además, podemos vender esta casita.

-Gracias.- fue todo lo que pudo decir Isabelle.

-Es hora de que se duerman.- interrumpió Dorothy.- Mañana hablaremos.

3.

Isabelle estaba ya vestida de negro como de costumbre con el grueso velo que le ocultaba el cabello, lista para ir a su trabajo, pero aprovechó esos momentos para llevarle el desayuno a Alexander. Golpeó delicadamente la puerta.

-Adelante- le indicó Alexander.

Ella entró en la habitación, dejó la bandeja en una mesa cercana y le ayudó a sentarse en la cama, luego le extendió el desayuno y se quedó en la mecedora que había ocupado la noche anterior hasta que él terminó de satisfacer su apetito.

-Gracias. No quisiera incomodarlas ni abusar de su hospitalidad.- dijo Alexander pensativo.

-No nos incomoda en absoluto, usted necesitaba ayuda y nosotras estamos dispuestas a brindársela hasta que usted lo desee. ¿Cómo se siente?

-Mejor, mucho mejor, salvo por ese vacío en mi cabeza. Mi mente es un gran pozo sin fondo.

-Perdone la pregunta ¿aún no ha recordado nada?

-No, nada en absoluto.

Él no perdía detalle de ella y se puso nerviosa. Muy nerviosa. La observaba con

tanto interés que despertaba sospechas. Aunque admitía que se sentía casi completa, una sensación de bienestar la embargaba aunque ella hizo lo posible por disiparla.

Alexander parecía leer en ella.

-Tiene unos ojos tan tristes.- musitó él para si mismo.- Quisiera saber la causa de sus penas.

Isabelle lo escuchó perfectamente y eso aumentó su nerviosismo. Su orgullo se interpuso y aplacó su perturbación.

-¿Desea algo más?- preguntó para desviar su atención.

-No, no hay necesidad. Es usted muy amable, señorita...

Ella lo interrumpió en seco.

-Señora... señora Adrienne Miller.- aclaró

-¿Es usted casada?

-No- dijo bruscamente.- Mas bien, lo era. Soy viuda.- agregó más calmada.- Ahora, si me disculpa debo marcharme.

-Quédese un momento más. Por favor.- la súplica de Alexander le llegó directo al alma. Sabía que nada, ni siquiera una catástrofe hubiera podido separarla de él en ese momento.

-Esta bien, le haré compañía un rato más.

Alexander le sonrió por primera vez desde que lo había encontrado y algo en Isabelle se conmovió.

-Una compañía como la suya es capaz de reanimar al más enfermo.- afirmó él contundentemente.

Ella a su vez no pudo evitar devolverle la sonrisa .

-Luego vendrán mi abuela y mi hermana a hacerle compañía mientras yo trabajo.- dijo apresuradamente para evitar que siguiera diciéndole cosas así. Era la primera vez que escuchaba un halago en boca de Alexander hacia ella. Le parecía increíble oírlo decir eso.

De repente algo despertó en su cabeza. Prudence era muy bonita y si él estaba tan galante en su amnesia podría tratar de conquistarla. Ella sabía que Prue no le prestaría ni la más mínima atención pero era mejor prevenir que curar.

-Necesito solicitarle un favor.- comenzó con voz firme.- Mi hermana es una muchacha muy hermosa, pero no quiero que se involucre con nadie porque es demasiado joven, así que le agradecería que no ponga sus dotes de conquistador a prueba con ella. ¿Puedo contar con su palabra?

-Pierda cuidado. Prefiero los ojos negros a los de color violetas.

Esas palabras la hicieron enrojecer. Para vencer el bochorno existente replicó.

-Quiero que la trate con absoluto respeto. Nada de frases de doble sentido, ni

piropos ni ninguna conducta que pueda ser censurable.

-Señora, por favor soy un caballero. Le prometo que me mantendré alejado de ella.

¿Usted la quiere mucho?

-Claro. Junto a mi abuela han sido el único sostén de mi vida, así que no voy a permitir que nada ni nadie la lastime.- contestó con vehemencia. –Y eso por supuesto lo incluye a usted.

-No necesita enojarse. Cálmese.

-No estoy enojada. Ahora si me disculpa me marcharé. Mis pupilas me esperan.

-¿Es usted maestra?

-Sí, tengo a mi cargo dos niñas, Anne y Aileen.- Sin pensar agregó lo siguiente.- Son unos ángeles.- dijo sonriendo de forma afectuosa.

-Usted debe quererlas mucho.

-En efecto, así es, son la luz de mis días.

Un destello de admiración fue evidente en el rostro de Alexander. Ella se sintió extrañamente conmovida pero sin saber exactamente porqué.

-Señora, usted será una excelente madre.- sentenció él con una sonrisa.

Ella se crispó. Imágenes dolorosas de su pasado la invadieron, el encierro durante su gestación, la pérdida de su bebé borraron su sonrisa sustituyendo su expresión de candor por una de profundo dolor y odio hacia Alexander.

Como sabía que si se quedaba allí un minuto más se abalanzaría sobre él para matarlo, decidió irse lo más rápidamente que pudo.

-Hasta luego- dijo de forma inexpresiva cerrando la puerta a sus espaldas antes de que el conmovido Alexander pudiera decir algo.

Dorothy iba a entrar a la habitación unos momentos después. Isabelle se despidió de ella con un beso, pero no pudo ocultar su furia que la anciana señora leyó perfectamente en el rostro de la joven y cuando ella se hubo marchado en el coche preguntó irritada:

-¿Qué le dijiste a mi niña?

Alexander mostraba un genuino remordimiento.

-Fui muy imprudente. Le dije que sería una buena madre.

Dorothy se encogió de hombros y ocupó la silla en donde había estado Isabelle momentos antes. Mostrando renuencia dijo.

-No se preocupe por eso. Le suplico que no vuelva a mencionar ese aspecto.

-¿Sería indiscreto preguntarle el por qué ella es tan susceptible frente a ese tema?

-Mientras usted nunca no le diga a Adrienne que yo se lo conté o le vuelva a mencionar ese tema no lo será. Prométamelo, señor.

-Lo prometo.- dijo él

Dorothy dudaba. No sabía si era lo correcto, tan solo tenía la certeza de que su niña no debía sufrir y ella haría lo que estuviera a su alcance para evitarlo.

-Verá... Mi niña se casó obligada por su padre, mi yerno. El matrimonio resultó un fracaso y lo único bueno de esa unión fue un bebé. Adrienne pensó que eso la salvaría de caer en el abismo de la desesperación. Pero no, perdió a su hijo y con él todas sus esperanzas. Es muy doloroso para ella recordar esos momentos, por lo que le suplico encarecidamente que tampoco aborde con ella el tema de su matrimonio.

Alexander tenía una expresión preocupada. Dorothy sonrió con disimulo.

-Era una mujer dulce y sonriente, después de eso cambió se volvió dura y seria. Muy rara vez sonrío. Estoy segura que le hubiera gustado en esas épocas.

-Así que es esa la razón.- murmuró.

-Descanse, necesita recuperar energías.

Dorothy lo arropó con ternura y luego cuando vio que dormía salió del dormitorio.

4.

Mientras tanto Isabelle se esforzaba en tratar de enseñarle literatura inglesa a sus estudiantes. Todas se encontraban en el jardín.

-William Shakespeare es uno de los dramaturgos ingleses más importantes. Sus obras son muy conocidas, en especial sus tragedias Romeo y Julieta, Hamlet y el Rey Lear. Pero no solo escribió tragedias sino comedias también como Poco ruido y muchas nueces y Sueño de una noche de Verano. ¿Les gustaría que leyéramos algunas de esas obras?

-Señora Miller, estoy muy cansada ¿no podríamos leerlo más tarde?- se quejó Aileen.

-Yo también estoy cansada, señora Miller- secundó Anne.

No le gustaba que la llamaran señora Miller, le hubiera gustado de todo corazón que la llamaran Isabelle.

-Niñas, me gustaría que me llamaran Adrienne, señora Miller es muy monótono.

-¿No es descortés si te llamamos por tu nombre de pila? Después de todo eres un adulto y papá nos dice siempre que a los adultos no se les debe llamar por su nombre porque es una falta de respeto- preguntaron a una misma voz ambas niñas.

-No lo es, porque yo lo he permitido. Pero si se sienten incómodas díganme Adrienne cuando estemos solas.

-Así lo haremos Adrienne.

-Niñas vayan y tomen algo. Les doy un receso de quince minutos. Descansen y vuelvan aquí.

Las dos niñas se alejaron. Isabelle se sentó en la hierba sin ser consciente de que era observada, abrió un libro de mitología que había llevado consigo y comenzó a

leerlo mientras decidía que mito iba relatarles a las niñas.

Creo que optaría por Pandora, la cual le dejaría una buena moraleja a Anne y Aileen.

Antes de que pudiera cerrar el libro, escuchó una desagradable voz.

-Es usted una mujer muy hermosa, Adrienne.

Ella levantó la mirada dejando el libro sobre el césped y levantándose.

-No le he dado permiso para que me llame por mi nombre. –declaró con firmeza.

El hombre no pareció inmutarse en lo más mínimo.

-¡Qué pesar que ese lindo cuerpo deba dormir en soledad por las noches!

Isabelle se enojó por ese comentario.

-¿Qué está insinuando, señor Savage?- preguntó ásperamente al joven que la observaba con lascivia.

Ella conocía a ese hombre. Peter Savage, el sobrino de los señores Savage, un libertino de notoria fama que se encontraba de vacaciones en la Casa del Ruiseñor.

-Yo no estoy insinuando nada sólo le propongo que sea mi amante. – dijo Peter, acercándose a ella.

-¿Y qué le hace pensar que voy a aceptarlo?- refutó con cinismo.

-Sé que usted es viuda y por lo tanto nada más natural que buscar un hombre que le caliente la cama. Yo la deseo Adrienne, la he deseado desde el primer día en que la vi y si usted consiente en ser mi querida podrá tener todo lo que desee, joyas, una casa, lindos vestidos. Como usted sabe provengo de una familia acaudalada. Podré darle todos los lujos que una mujer como usted merece.

-¿Usted cree que eso de verdad me importa? No señor. Yo no me vendo, señor Savage.

-Todas las mujeres como usted tienen un precio.

-Sí cree eso, lo compadezco. Tiene el alma podrida.- dijo ella con desprecio.

- ¡Deja esos escrúpulos, mujer! Te estoy ofreciendo el cielo y te atreves a rechazarlo.

-Le estoy diciendo que simplemente no me importa. Así que haga el favor de no interponerse en mi camino. Usted es de los que creen que una mujer por el hecho de ser viuda arde en deseos de estar con un hombre, es tan vanidoso que cree que por ese hecho me lanzaré a sus brazos. Pobre tonto.

-Por favor, usted de dama no tiene nada.

-Puede que no pertenezca a la nobleza, pero soy una mujer decente y estoy feliz de no pertenecer a ella sabiendo que existen seres tan viles y abyectos como usted.

Peter estaba furioso. ¡Esa mujer lo estaba insultando! La sujetó en sus brazos y la acercó a su cuerpo. Isabelle sintió una oleada de repulsión cuando notó la evidencia

de su excitación.

-¿No lo entiendes, estúpida? Quiero tenerte y lo voy a hacer. Vas a suplicarme que no pare. Deja de actuar como una virgen remilgada. Estoy seguro de que te mueres por tener sexo.

Ella se rió.

-Esto me confirma que usted es un redomado idiota. Mi esposo era un hombre atractivo, fue él único que despertó mi pasión. Me hizo muy feliz y vivo perfectamente de su recuerdo. Mírese, lo único que tiene que podría llamar la atención de una mujer es su dinero y ya le he dejado bien en claro que eso no me interesa.

-Vamos a ver que dices después de que te haga mía.

-Adelante, inténtelo. No le garantizo el resultado. ¿Me suelta o grito pidiendo ayuda?- dijo ella poseída por un control mortal.

Peter estaba perplejo era la primera vez que una mujer no le mostraba temor de ninguna índole. Deseaba pisotear ese frío control.

-Anda, grita nadie podrá oírte. Voy a obtener lo que quiero de ti.

-Veo que usted es duro de entenderas. Creo que no me ha comprendido y ya es hora de que lo haga.

Peter no la escuchó, estaba empeñado en arrojarla al piso, Isabelle no perdió tiempo, ágilmente liberó uno de sus brazos y le asestó un fuerte puñetazo en la nariz mientras le daba un rodillazo en la entrepierna. Peter gritó de dolor y la soltó mientras se retorció.

-Si vuelve a ponerme un solo dedo encima, es hombre muerto. Mejor téngalo en cuenta y dele gracias a Dios que hoy no traje mi daga porque le aseguro que hoy habría perdido más que el orgullo y recuerde que yo no soy ninguna jovencita a las que las amenazas hacen sucumbir.

Peter estaba estupefacto. Estaba seguro que ella cumpliría su advertencia, así que se marchó. Anne y Aileen se aproximaron a ella y rompieron a llorar. Isabelle las consoló.

-No volveremos a dejarte sola.- dijeron entre sollozos.

-Tranquilas niñas, no me sucedió nada.

Las niñas confesaron que lo habían visto todo y que se disponían a ayudarla cuando ella golpeó a Peter.

-Guau, jamás había visto un puñetazo lanzado con tanta fuerza.- declaró Anne admirada.

-“Guau” es una expresión que no debe usar una dama.- reprendió Isabelle con suavidad.- No quiero oírlo más en tu vocabulario.

Las niñas vieron a su institutriz tornarse repentinamente seria. Isabelle las abrazó

con fuerza y les dijo.

-Aileen y Anne. Quiero que me escuchen. Si algún día un hombre intenta obligarlas a hacer algo que ustedes no quieren, deben hacer lo posible por defenderse. Acudan a patadas, puños, lo que sea. Nunca estén solas con ninguno. Por eso espero que se separen de mí, su primo podría intentar atacarme de nuevo.

-¿Así el hombre en cuestión sea nuestro marido?.

- Las cosas cambian con ese detalle, no es necesario recurrir a la violencia.- dijo Isabelle porque no estaba en condiciones de decir nada más.

Aileen se veía muy angustiada.

-Debemos decirle a papá lo que ha pasado.

- Y así lo haremos Aileen. Pero, debo hacerlo yo sola. Ahora continuemos con los estudios.- ordenó Isabelle con el propósito de distraer la mente de las niñas.

5.

-Dios ¿Qué hace usted levantado? Váyase a la cama.- exclamó Dorothy escandalizada.

-Me siento bien y ardo en deseos de ayudar.

Dorothy hizo un gesto de reprobación.

-Esta bien- aceptó derrotada. Conocía de antemano que nada obligaría a su excelencia a permanecer acostado.- ¿Sabe cocinar?

-No, pero seguiré todas sus indicaciones.

Dorothy no se sintió capaz de rechazar su ayuda. Además se sentía sola porque Prudence había salido muy temprano para recoger moras silvestres.

-Entonces manos a la obra. Alcánceme la harina por favor.

Por el rabillo del ojo vio sonreír a Alexander y recordó que nunca le había visto hacer un gesto que no expresara indiferencia. El brillo de felicidad en sus ojos conmovió a la señora.

-Tal vez descubras tu lugar está con mi niña. Quizás este matrimonio aún tenga otra oportunidad.- pensó, mirándolo sin ningún disimulo.

Tras un ligero silencio, Dorothy se atrevió a preguntar.

-¿Ya recuerda quién es'

Alexander pareció momentáneamente desanimado.

-No... Sin embargo tuve un sueño anoche. Podría ser una imagen de mi pasado.

-Si desea contármelo soy toda oídos.

Él asintió. Dorothy supo que no había necesidad de insistir para persuadirlo.

-En mi sueño vi un jardín gigantesco con un enorme seto cortado en forma de laberinto. Había algo que me impulsaba a entrar y sin pensarlo lo hice. En lo profundo divisé a una dama vestida de rosa mirando una flor.

-¿Pudo ver quien era?- inquirió la señora vivamente interesada.

-Lamentablemente tenía la cabeza cubierta con un sombrero. Pero me sentí muy feliz al verla. Experimenté la sensación de sentirme completo.- repuso él.

¿Qué pensaría él si supiera que eso más que un sueño era un recuerdo? Dorothy reflexionó si Isabelle era su primer recuerdo entonces eso significaba que ella era una parte importante de la vida del Conde.

-Bueno eso confirma que en verdad es el conde de Aumont. ¿Pero eso significaría que él amaba a Isabelle? ¿Habría venido en busca de una nueva esperanza para él?

La nana permaneció pensativa. Si ella pudiera intervenir o mover algún resorte para conseguir unirlos. Desechó la idea de inmediato. Probablemente lo más acertado sería dejar todo en manos de la providencia. Si el destino de ambos era estar juntos así sería sin importar lo que pudiese acontecer.

Un suspiro se escapó de Dorothy. ¡Isabelle había cambiado mucho en tres años! Cerró los ojos y trató de recrear a la antigua Isabelle, tan cálida, sonriente y tímida. Una honda nostalgia se apoderó de la señora, amenazando con hacer fluir lágrimas en sus ojos. En ese momento, la señora se dio cuenta de cuanto extrañaba a la joven que había cuidado y amado con toda su alma.

-Mi niña ha sufrido mucho y en parte yo tengo la culpa.- pensó Dorothy. Si ella le hubiera revelado antes de casarse que era su abuela, muchos males hubieran podido evitarse.

-Señora Morrison, ¿qué debo hacer?- preguntó Alexander, sacándola de su ensimismamiento.

-No grites muchacho que ya te oí- replicó secamente aunque se reía en su interior. Nadie le creería que ella estaba llamando al poderoso conde de Aumont como un muchacho. Una risita se escapó de sus labios pero tuvo que apelar a toda su fuerza de voluntad para evitar prorrumpir en una explosión de carcajadas.

-Señora Morrison, ¿podría decirme el motivo de su risa?- preguntó seriamente.

-De nada muchacho.

-El que se ríe solo de sus picardías se acuerda.- sentenció él de forma tan solemne que hizo que Dorothy riera a carcajada batiente.

6.

El señor Alden Savage era un elegante caballero. Su esposa, Virginia había sido una reconocida belleza y a su apariencia física se sumaba la presencia de buenos sentimientos en su corazón, lo que la hacían una persona hermosa por dentro y por fuera. Para Isabelle eran la pareja perfecta y más unida que conocía. Además, la habían ayudado cuando más lo necesitaba.

Los conocía desde hacer mucho tiempo, porque Alden hizo negocios en común con

Pierre y habían sido unos asiduos visitantes de Verleine. Virginia, unos cuantos años mayor que Isabelle, representaba para ella la hermana mayor que nunca había tenido y por ello la quería y respetaba como si en verdad lo fuera.

Unos días después de su marcha de Aumont, había llegado aquí solicitando hablar con Alden y Virginia. Le pareció gracioso acordarse de que el mayordomo se había escandalizado pensando que era la amante de Alden, aunque reconocía que en ese momento no le había hallado la menor gracia a la situación. Ellos se habían asustado al verla pálida y delgada, por lo que inmediatamente la llevaron a la habitación de huéspedes. Cuando ya se encontraba mejor, ella había solicitado hablar con ellos.

Isabelle les había contado su historia, esperando que comprendieran las razones que la impulsaron a abandonar a Alexander y había solicitado humildemente que la recomendaran para un empleo. No había contado con el hecho de que ellos decidieran considerarla su huésped y que cuando ella negó su ofrecimiento, le propusieran que trabajara como institutriz de sus hijas.

-No hay necesidad de que hablemos con nuestros vecinos para conseguirte un puesto, ya que da la casualidad de que nosotros necesitamos una persona culta que eduque a Anne y Aileen que las enseñe a comportarse como señoritas de buena cuna.-había dicho Alden.

-Así es, Isabelle. Nuestras hijas necesitan una mujer que pueda brindarles una disciplina afectuosa. Creemos que serías una excelente maestra para nuestras hijas.-secundó Virginia.

Ante semejantes palabras, ella no consideró la posibilidad de rehusar la amable petición por lo que había aceptado de inmediato. Y no se arrepintió de haber tomado esa decisión, Anne y Aileen eran dos criaturas adorables a las que quiso profundamente desde el primer día. Isabelle se asombró del innegable parecido que ambas niñas compartían con su madre, el mismo color de ojos verdes y una bella melena ondulada de color miel, asimismo las facciones de las dos muchachitas eran una versión más infantil de las de la madre. A Isabelle no le cabían dudas de que al crecer serían tan hermosas o más que Virginia y se sentía investida de un enorme orgullo al verlas crecer día tras día. Sumado a la apostura que ostentaban sin ni siquiera ser conscientes de ello, Anne y Aileen eran poseedoras de una inteligencia inquisitiva y racional, lo que la había motivado a brindarles a escondidas otros conocimientos diferentes a los buenos modales y el modo de comportarse como historia y matemáticas así como conocimientos de interés general. Isabelle estaba más que convencida de que saber eso les brindaría infinitas posibilidades y no serían consideradas jamás como objetos ornamentales, destino de la mayoría de las mujeres pertenecientes a la clase alta, su propósito era que Anne y Aileen supieran que tenían

un cerebro y saber como usarlo, las mismas cosas que Dorothy le había inculcado a ella, sabía que debía enseñarles a ser independientes, capaces de enfrentarse a la vida y salir victoriosas en la lucha. En modo alguno deseaba que fueran mujeres cobardes, incapaces de pelear por lo que querían, tal como había sido ella. Había jurado que mientras estuviera con ellas, no permitiría que fueran tratadas como juguetes y haría lo que estuviera a su alcance para mantener su promesa.

Recordó lo mucho que le gustaba relatarles en los pocos momentos libres que tenía, mitos y leyendas porque quería ampliar la visión de las niñas lo más que pudiera y además porque ellas gozaban imaginando los dioses, duendes, hadas, ninfas, náyades, aves fénix y otros seres emblemáticos de las historias fantásticas.

Lamentablemente, ese no era el momento para pensar que historia les relataría porque ya estaba entrando al despacho de Alden Savage.

-Buenos días Alden.- saludó tratando que sus gestos no revelaran lo abrumada que se sentía por el asunto que debía exponer ante él.

-Buenos días, Adrienne. ¿En qué puedo ayudarle?- dijo con una sonrisa.

La sonrisa amistosa de Alden le otorgaba una apariencia juvenil que Isabelle no habría creído posible antes. Ella reconocía que era un hombre muy atractivo con sus cabellos oscuros y sus ojos ambarinos, con esas sienes ligeramente canosas que acentuaban su autoridad. Era tan diferente a Alexander y estaba más que convencida de que le hubiera convenido más un esposo con las características de Alden. Pero, eso no lo motivaba a acudir a su dependencia, así que haciendo un supremo esfuerzo para controlar sus creciente nerviosismo dijo.

-Alden, quisiera hablar contigo y con Virginia acerca de un suceso muy desagradable acontecido esta tarde.- Perfecto, la voz había sonado firme y directa. No se atrevió a decir quien era el causante porque deseaba que estuviera acompañado por su esposa.

A muchas personas les parecería extraño que ella se dirigiera a Alden por su nombre de pila, pero no les sorprendería de enterarse que toda la familia Savage la consideraba un miembro más de su hogar.

-Enseguida la mandaré llamar.- asintió Alden, quien evidentemente estaba muy inquieto y eso pesó en el ánimo de Isabelle. Sin embargo, sabía que debía continuar, si no lo hacía era posible que le sucediera algún percance del que tuviera que arrepentirse toda su vida.

Alden tomó una campanita y la agitó varias veces hasta que unos instantes después acudió Mary, el ama de llaves. Alden le ordenó cortésmente que trajera a su esposa. Los instantes que siguieron a la partida de la mujer fueron eternos para Isabelle.

Virginia Savage hizo su aparición de forma discreta aunque era tan imponente y

hermosa que su reservada entrada fue notada por ambos ocupantes. Isabelle notó como los ojos de Alden se iluminaban con un fulgor de admiración al verla entrar y deseó poder recordar alguna ocasión en la que Alexander la hubiera mirado así, con adoración y ternura infinitas. Llegó a la conclusión de que nunca había sentido sobre su piel la caricia de una mirada como la que observaba.

La noble fisonomía de la señora denotaban un alma bondadosa y caritativa. El cabello rubio cuidadosamente peinado caía en rizos, algunos de los cuales acariciaban las sonrosadas mejillas que rivalizaban en esplendor con los ojos esmeraldinos.

- ¿Me mandaste llamar, querido?- Virginia le sonrió coqueta a su marido y él se ruborizó para asombro de Isabelle que había creído que nada podría azorar a Alden. Era tan evidente que los dos se amaban, juzgó ella viendo que él le guiñaba un ojo a Virginia. La dama avanzó despacio por la estancia. Sus siete meses de embarazo no le permitían correr. En ese instante ella reparó en la presencia de Isabelle y acercándose a ella besó con suavidad sus mejillas.

-Sí, corazón. Adrienne tiene algo que decirnos.- la voz de Alden expresó preocupación. Virginia lo notó y un leve estremecimiento apareció en su rostro. Ante ese gesto Isabelle se sintió mal y pensó que no quería agobiar a Virginia con su problema. No obstante, ya era demasiado tarde para arrepentirse.

Tenía que continuar, pero lo haría de la forma más delicada posible.

-No es mi intención importunarlos ni causarles ningún tipo de preocupación teniendo en cuenta lo mucho que me han ayudado.

Tragó saliva y continuó.

-Virginia, por favor siéntate aquí. Debes estar fatigada.

-¿Por qué le das tantas vueltas a este asunto?- preguntó cariñosamente Virginia.

La situación se tornó muy incómoda.

-Por favor, Isabelle habla.- la apremió Alden observando prudentemente que estuvieran solos .

- Para mí esto es muy vergonzoso y más aún tratándose de vosotros.-Tomó aire y prosiguió, pensó en las niñas y en lo que habían visto y eso soltó sus palabras- Esta mañana en el jardín, vuestro sobrino Peter me hizo proposiciones indecorosas y como no acepté intentó forzarme, algo que podría haber logrado si no hubiera sido por la llegada de las niñas. Debido a esto y con el fin de evitar malos entendidos, he decidido que quiero renunciar. Trabajaré lo que queda del mes y me marcharé.

Virginia y Alden quedaron atónitos con la declaración de Isabelle. A Virginia le brotaron lágrimas que no hizo el menor intento por controlar y Alden palideció hasta casi semejar un busto de alabastro. La aflicción hizo presa en Isabelle al ver la

reacción de la pareja.

-Oh, Dios mío- exclamó Virginia.- Jamás hubiera creído capaz a Peter de hacer algo semejante. En todo caso, la culpa es mía.- manifestó acongojada.

-Virginia, mi amor no te culpes por eso.

-Lo que dice Alden, es cierto. Tú no tienes ninguna participación en la conducta de vuestro sobrino.- dijo Isabelle.- No es la primera vez que una cosa así me sucede, los hombres creen que el hecho de estar sola ansío desesperadamente compañía masculina, algo que en mi caso no es verdad.

Virginia tenía una expresión de profundo remordimiento. Alden estaba rígido e Isabelle era incapaz de articular palabra. En medio de la tensión, Virginia intervino.

-Querida Isabelle, yo le he hablado mucho de ti a Peter, encareciéndole lo maravillosa que eres con las niñas y con nosotros. Creo que sin quererlo alenté su interés hacia ti y por eso soy la causante de su infame comportamiento.- dijo Virginia sollozando.

Isabelle permaneció pensativa, Virginia era tan dulce y tan buena que dudaría en cargar con la responsabilidad de algo de lo que ella no tenía la menor injerencia.

-Virginia.- la voz de Isabelle sonó grave.- Tú no tienes nada que ver en ese asunto. Es evidente que él no necesitó tus palabras para que alentarán su proceder, sino que es un hombre libidinoso y sin moral incapaz de refrenar sus pasiones más bajas. Así que no quiero verte sufrir por algo que no causaste.

Virginia miró a su esposo y a Isabelle suplicante.

-Sin embargo si te marchas pensaré que en verdad soy la causante de todo esto. Por favor Isabelle no te vayas. Soportaría tu partida si en verdad supiera que es por tu felicidad, pero no esta situación tan desafortunada.

-Es verdad lo que dice mi esposa. Isabelle, nosotros te apreciamos como si fueras nuestra hermana y ten por seguro que te defenderemos de todo y de todos incluyendo a nuestro sobrino.

Isabelle sintió una abrumadora pena. A sus ojos ellos eran su familia y no podía permitir que sufrieran. En especial, Virginia.

-Virginia tienes que calmarte. Ese estado emocional no le hace bien al bebé. Te doy mi palabra que el día que me marche de aquí lo haré porque no tengo ninguna otra opción. Pero, este no es el caso.

-Es evidente que Peter no ha abandonado sus malas costumbres y hoy mismo le pediré que deje esta casa.

Isabelle estaba sorprendida. Sabía que ellos la querían pero no a tal grado, siendo capaces de colocarla por encima de un pariente de sangre.

Alden sonrió de forma tranquilizadora.

-Creo que nunca te hemos dicho lo mucho que valoramos tu amistad. Te agradecemos estos casi dos años que llevas con nosotros, dándonos lo mejor de ti misma.

Isabelle se ruborizó ante el inesperado elogio.

-No, soy yo quien debo agradecerles todo lo que han hecho por mí. Nunca olvidaré que en los momentos en que más angustiada estaba, me brindaron un hogar y me recibieron en él con los brazos abiertos. Además, aceptaron sostener la farsa de mi identidad para que yo pudiera ser libre y comenzar una nueva vida.

Alden y Virginia se abrazaron. Isabelle contuvo el aliento al ver esa tierna escena.

-Mi gratitud hacia los dos será eterna.- pensó Isabelle.

Faltaba poco para que pudiera irse a su casa, pensó Isabelle, estirando la tela que acababa de bordar. Miró inquisitivamente a Anne y Aileen, ocupadas ambas en enhebrar las agujas con los suaves hilos de seda que estaban empleando. Ambas se encontraban sosegadas y contentas. Era inevitable de que se enteraran de que no iba a marcharse, podía apostar que habían espiado la conversación sostenida con Alden y Virginia. Esos pequeños angelitos eran expertos en el difícil arte del espionaje reconoció divertida por la idea.

Media hora después dio la orden para que prepararan el carruaje. Pero, en esta ocasión se vio imposibilitada de viajar con su comitiva. Monique y Joseph debieron quedarse debido a la inesperada llegada de varios viajeros y el hecho de que el personal de la casa Savage no era suficiente para atenderlos. Ryan, cumpliendo con su deber conducía cuidadosamente.

Ya habían recorrido una gran parte del trayecto, cuando abruptamente se detuvo el coche. Isabelle, inquieta optó por abrir la ventanilla con el fin de saber lo que estaba sucediendo. Lo que vio la dejó helada de horror, un hombre encapuchado se había montado en el pescante y atacaba a Ryan sin compasión hasta dejarlo inconsciente. Sin pensarlo ella abrió la portezuela y salió del coche con la firme intención de enfrentarse al bandolero, mas no había alcanzado a poner los pies en el piso cuando se encontró cara a cara con aquel a quien ella pretendía atacar. No hizo ningún intento de moverse porque el desconocido extrajo una pistola y apuntó hacia ella.

-Yo de usted no me movería señora. A ver deme todas las joyas y el dinero que tenga en su poder.

Ella decidió no dar a conocer su miedo.

-Como puede ver no tengo ninguna joya, ni mucho menos dinero.- su voz sonó cortante.

El malhechor la analizó críticamente, tratando de dilucidar si mentía o no. Tras el sombrero que lo cubría, Isabelle pudo percibir la forma lujuriosa en que este la miraba.

-Me resulta difícil creerle señora. Como soy un caballero confiaré en lo que me ha dicho.

La lascivia en la mirada del sujeto aumentaba y cada vez era más evidente para Isabelle quien se preguntaba cómo habría de defenderse si a éste se le ocurría atacarla.

-Pero como no tiene joyas ni dinero, tendrá que pagarme con su bella persona.

-¿A qué se refiere?- preguntó Isabelle adquiriendo una postura imperturbable.

-Es muy simple, mi bella dama. Usted podrá irse después de haberme otorgado sus favores.

¡Él muy desgraciado iba a violarla! Y lo peor es que las tenía todas para cumplir su objetivo, estaba armado y ella no. Pero existía algo que ese infeliz no sabía y era que ella no estaba dispuesta a permitir que ese sucio saciara su lubricidad con ella, primero muerta. Disimuladamente, observó él lugar tratando de determinar dónde estaba. Aliviada, se dio cuenta que no estaba muy lejos de su casa. Si pudiera escaparse, lo haría de inmediato. Entretanto el asaltante se acercaba más y más a ella, hasta que la inmovilizó.

Isabelle supo que no tenía tiempo que perder, así que permaneció quieta, aunque en su interior estaba paralizada por el miedo. Maldijo interiormente su suerte, no era posible que en un mismo día dos veces intentaran forzarla. El asaltante comenzó a manosearla y a estrecharla más contra su cuerpo. Podía percibir la erección del sujeto sobre su vientre y ese contacto le ocasionó náuseas. La repulsión y la ira que la consumían la instaron a lanzar con todas sus fuerzas, una certera patada en la entrepierna del asaltante. Éste se encogió a causa del dolor y soltó la pistola. Ella aprovechó ese momento para huir, se inclinó y recogió el arma corriendo con todas sus fuerzas en dirección a su casa.

La gruesa y pesada falda le dificultaba correr, así que ella la levantó con una mano mientras que rezaba porque no hubiera ningún desnivel de terreno que la hiciera tropezar y caer. Lamentablemente para Isabelle, el asaltante ya se había recuperado porque sin necesidad de mirar atrás, perfectamente se dio cuenta de que la estaba persiguiendo. Sintió que algo la aferraba y cayó al suelo. ¡El mal nacido la había agarrado de la falda haciéndola perder su precario equilibrio! Con estupefacción recordó la pistola que sujetaba en su mano izquierda, por lo que tratando de librarse de su agresor, disparó. Para su sorpresa, no se produjo ningún estallido y comprendió que el arma estaba descargada.

-A ver maldita mujer, vas a tener tu castigo.- dijo el malhechor apretándole la muñeca obligándola a soltar la pistola. ¡Dios, ahora si estaba en verdaderos problemas! Ya no podría usar el arma como un garrote y descargarla en la cabeza del

desconocido. Desesperada se debatió pero no le fue posible liberar las piernas ni los brazos. En su incómoda posición boca abajo, no le era posible alcanzar la cara del sujeto y arañarlo hasta sacarle los ojos.

Un ruido de tela al romperse y sentir frío en sus piernas y muslos le hizo darse cuenta que el bruto no iba a renunciar a sus propósitos iniciales. Tenía que hacer algo para impedir que ese sucio salvaje los cumpliera.

-Es mejor que me suelte ya que tengo un excelente negocio que proponerle- se escuchó decir con un desenvolvimiento y frialdad que estaba lejos de sentir. Casi podía ver al asaltante conmocionado por el hecho de que ella no se rendía tan fácilmente.

-Mire, si lo que busca es dinero puedo darle una buena cantidad que tengo guardada en mi casa.

Ella calló para oír su respuesta y percibió que el infecto sujeto no había escuchado nada de lo que ella había dicho. Estaba más ocupado en tratar de despojarla de sus bragas y en jadear. En ese momento, utilizó la última opción: comenzó a gritar con la esperanza de que en su casa ubicada entre la espesura del bosque pudieran darse cuenta de que estaba en peligro.

-Grita todo lo que quieres. Nadie podrá oírte palomita.-dijo desdeñosamente el asaltante al oído de Isabelle, su asqueroso aliento la quemaba.

Ella volvió a gritar con más fuerza.

-¡Auxilioooo! ¡Alguien que me ayude!

¡Dios mío! Que alguien me socorra en esta situación!

7.

Un alarido espeluznante rompió la calma en la pequeña vivienda. Otro aullido aún más fuerte que el anterior asustó a Dorothy y Prudence y alarmó a Alexander. Los tres estaban en la sala, las mujeres haciendo labores manuales y Alexander encendiendo el fuego de la chimenea.

Los gritos de Isabelle habían tenido un mayor efecto del que esperaba

Dorothy se puso de pie y se llevó la mano a la frente al reconocer quien era el autor del escándalo.

-¡Santo Dios! Es la voz de mi niña.- alcanzó a decir antes de correr para ayudarla. Alexander la detuvo con una mirada.

-Usted no se mueve de aquí.- las palabras eran tan severas como su rostro.- Dígame ¿tienen algún arma aquí?

Prudence pálida asintió y sacó del armario un viejo fusil que se encontraba en perfecto estado.

-¿Dónde están las municiones?-vociferó Alexander.

Dorothy corrió hacia el cuarto de Isabelle y rebuscó en la cómoda hasta sacar una caja de madera.

- Estos son los cartuchos.-dijo mientras los tendía a Alexander. Él cargó el fusil con una velocidad que hubiera sorprendido al alguacil del pueblo, pero que las mujeres ansiosas no notaron.

- Señora Morrison, quédese aquí con su nieta y cierre con llave. No abra a nadie hasta que yo regrese.-ordenó antes de salir velozmente.

Isabelle volvió a gritar pero su voz fue sofocada cuando algo cayó sobre su espalda impidiéndole respirar. Se había movido frenéticamente tratando de evitar que la inmovilizara por completo pero su agresor pareció gustarle porque no cejó en su intención de deshacerse de sus bragas.

La angustia de Isabelle iba en aumento. ¿Sería que no la habrían escuchado? Si eso era así estaba perdida. Pero no permitiría que ese idiota la sometiera a su voluntad, así que haciendo un enorme esfuerzo logró propinarle un codazo en el estómago, pudiendo liberarse. Con tanta velocidad como pudo, se levantó, ya iba a echarse a correr cuando el asaltante la agarró del cuello.

El sonido de un disparo retumbó en el aire y en el descuido del asaltante ella se libró de sus manos y nuevamente huyó. Nuevamente el asaltante arremetió contra ella.

-Suéltela o muere.- dijo una voz ronca y acto seguido se escuchó otro disparo.

Isabelle levantó la mirada y vio a Alexander empuñando el arma. El forajido la soltó y comenzó a correr. Alexander disparó por tercera vez, en esta ocasión el tiro fue lanzado con una puntería tan certera que lo derribó haciéndolo caer de bruces. Todo fue tan rápido que Isabelle no pudo ver lo sucedido.

Alexander se aproximó a ella, quien temblaba de alivio.

-¿Le hicieron daño señorita?- preguntó muy preocupado.

El miedo que había experimentado se transformó en una sensación de seguridad.

-No, pero estuvo a punto.- Isabelle se imaginó lo que podría haber pasado sin la intervención de Alexander y la rabia y el miedo resurgieron. Un nudo se formó en su garganta y aturdida comenzó a llorar desconsoladamente.

Alexander la abrazó tiernamente e Isabelle se permitió sollozar sobre su hombro, descargando el cúmulo de emociones contenidas que amenazaba con estallar. Ella puso la cara sobre el pecho fuerte de su esposo hasta que sus lágrimas cesaron. Aún con los ojos húmedos, Isabelle levantó la cabeza, a pesar de todo lo acaecido, no pudo evitar conmovirse cuando sus ojos se cruzaron con los de él y pudo ver que su preocupación era genuina. Entonces, temerosa se libró de su abrazo.

-Gracias.- fue todo lo que dijo antes de que llegaran a la cabaña.

Isabelle sacó agua del pozo con ayuda de Prudence y la llevó hasta la cocina donde

la depositó en una olla y la colocó al fuego: quería liberarse de la asquerosa sensación de suciedad que la invadía al recordar los dedos del asaltante sobre su carne y sentía ansias de quemar el maltrecho vestido.

Jamás había experimentado una repulsión tan profunda. Veloz como un relámpago acudió a su mente el recuerdo de aquella tarde en el jardín cuando Alexander la había hecho mujer, en esa ocasión no había sentido ni el más mínimo temor, ese acto (no podía llamarlo hacer el amor) había sido tan hermoso, alcanzando la plenitud más sublime entre los brazos de Alexander. Esa ocasión fue para ella como conocer el paraíso, nada que pudiera compararse con lo que le había pasado tan sólo unas horas antes.

Resultaba irónico que el hombre que una vez había herido su corazón, era aquel que la había salvado de ser dañada físicamente por otro. A Isabelle no le gustó pensar que se había sentido tan protegida en sus brazos, porque tenía la conciencia de que Alexander podría causarle aún más dolor del que le hubiera inflingido el asaltante. Tenía la suficiente experiencia para saber que es más fácil curar las heridas corporales que las espirituales.

Sí, ella reconocía que él la había sido su salvación y le estaba agradecida, pero no a tal grado que pudiera olvidar el pasado y regresar con él. No, no volvería a su lado jamás. Estaba preocupada, sabía que el mundo era difícil para una mujer sola, pero hasta ese momento no había tenido la conciencia de que era tan peligroso, lo que inevitablemente la llevaba a preguntarse si se vería obligada a pedir la protección de Alexander o de su padre. Decidió que no, adquiriría una pistola y pobre del hombre que fuera tan osado como para pretender algo de ella.

Mientras vertía el agua en la tina, no podía apartar sus pensamientos del peligro que había corrido y en el que podía llegar a cernirse sobre Dorothy y Prudence, una vez que Alexander se marchara.

Era verdad, tanto Dorothy como Prudence permanecían solas todo el día en la cabaña. Ahora que lo reflexionaba era un milagro que no les hubiese sucedido nada a ninguna de las dos.

-¿Estás preocupada? Cariño, sé que pasaste momentos difíciles pero ya verás que todo va arreglarse. Vas a olvidar esta horrenda experiencia, ya lo verás.

-Tuve mucho miedo.. Jamás había tenido tanto miedo en mi vida.

-¿Ni siquiera la tarde del jardín?

Ante la alusión, Isabelle enrojeció intensamente.

-Eso no fue una violación.-declaró desviando la mirada.

Dorothy sonrió maliciosamente ante la respuesta dada. Ya sabía lo que deseaba conocer.

-Mi niña, me alegra que no te haya sucedido nada.

-Fue la bondad misericordiosa de Dios.- manifestó escuetamente, recordando lo sucedido con Peter en la mañana. Sintió la imperiosa necesidad de desahogarse, lo que la impelió a relatarle la otra horrenda experiencia.

Dorothy llevó ambas manos a la cara en un gesto de profunda congoja.

-Tesoro, si es necesario nos mudaremos al pueblo. Vivir aquí se está volviendo muy arriesgado para nosotras. Y eso me recuerda que no me has dicho que piensas hacer con el conde.

-No lo sé, no lo sé. No tengo cabeza para pensar en ello ahora.- suspiró ella.

Poco después de esta conversación, ya bañada y habiéndose deshecho del vestido, Isabelle se introdujo dentro de las sábanas y trató de dormir sin conseguirlo. Contó ovejas, se acordó del discurso más largo y aburrido que había escuchado, trató de rememorar el libro tedioso que había leído por orden de su padre, recordó a la señorita Stephens, y sus interminables manuales de etiqueta y cuando evidenció que esas mil formas de conciliar el sueño no surtían ningún efecto, encendió la vela y tratando de no despertar a Prudence con quien compartía la cama salió de la habitación y se dirigió a la cocina. Casi soltó el candelero de bronce que sostenía al ver a Alexander.

-¡Por Dios! Me asustó ¿No debería estar descansando?- inquirió Isabelle.

Alexander la observó largamente con cierta curiosidad.

-Sólo vine para tomar un vaso con agua.-repuso mostrando el sencillo vaso de arcilla. El candil alumbraba tenuemente el rostro de Alexander.

-Me sorprende que haya podido ver la jarra y el vaso en la oscuridad.- comentó ella.

-Tengo una muy buena vista.

-También una buena puntería- murmuró ella para sí de forma casi inaudible, recordando los dulces días del pasado cuando él le enseñaba a cazar.

-¿Buena puntería?- preguntó él, demostrando que además tenía un buen oído.

Tomada por sorpresa, tardó unos segundos en responder.

-Me refiero a lo bien que le atinó a ese asaltante.- el decir esto la confortó inexplicablemente. Fijó su mirada en el rostro de Alexander. La expresión que leyó en él, le indicó que no estaba muy convencido de lo que acababa de decir y eso acabó con todo alivio que ella pudiera albergar. No podía darse el lujo de que comenzara a sospechar, por lo que optó por cambiar de tema al temor de que él pudiera interrogarla. Isabelle sabía que si llegaba a hacerlo, ella no podría seguir sosteniendo la mentira.

-Le estoy muy agradecida. Salvó mi vida y mi honra, así como la de Ryan. Mi abuela me dijo que usted atendió su herida y lo ayudó a llegar al pueblo.

Alexander enarcó una ceja, lo que le dio a su rostro la expresión de frialdad tan bien conocida por Isabelle, quien experimentó una horrible angustia ante la posibilidad de que él hubiera recobrado la memoria.

-Ustedes hizo lo mismo por mí. Sólo pagué bondad por bondad.

Lo dicho por él hizo que ella comprendiera que su temor era infundado. Más tranquila, se las compuso para contestar.

-En ese caso estamos a mano.

Atraída por algo que no sabía que era, Isabelle lo miró abiertamente y se arrepintió casi inmediatamente de haberlo hecho, porque solamente lo cubría un pantalón, pudiendo divisar una generosa parte de la piel dorada. Eso le trajo la visión de todos los momentos íntimos que había compartido con él, de la suavidad de ese hermoso cuerpo invadiendo el suyo, de su boca sedienta devorando sus labios y su piel. Esos recuerdos hicieron que la boca de Isabelle se secara. Dejó el candelabro con cuidado en la mesa y se sirvió un vaso con agua, con la esperanza de apagar ese fuego que amenazaba con destruir su cordura, lo bebió de un sorbo.

-Hasta mañana.-dijo dejando el vaso vacío sobre la mesa del comedor y girando para volver a la alcoba.

-Espere- escuchó decir a Alexander. Trémula, se detuvo.

-¿Necesita algo?

Alexander le dirigió una cálida sonrisa, que disipó su sombrío ceño iluminando sus rasgos bien proporcionados y dejando a Isabelle sin aliento, pero ella colocó su mayor empeño en lograr que no se diera cuenta de ello.

-En realidad, quería preguntarle algo.

La implicación de sus palabras sumieron a Isabelle en una recóndita inquietud. Esperaba que no fuera a preguntarle algo que pudiera comprometerla porque no sabía cuánto podría resistir para no revelar la verdad, en realidad no estaba segura de que pudiera mentir sin comprometerse. Analizó mentalmente lo que perdería si Alexander llegaba a enterarse de que ella era su esposa y se estremeció ante el resultado, no tenía otra alternativa que mantener la falacia.

-¿Qué querría saber?- preguntó cautelosa.

Él escrutó sus ojos.

-Es usted una mujer de buena familia, eso se evidencia en sus modales y en sus gestos, lo cual inevitablemente me obliga a cuestionarme las razones que la obligan a vivir en esta cabaña y a trabajar.

Isabelle entornó los ojos en un gesto de molestia.

-Usted es bastante inquisitivo ¿no le parece? Sin embargo, no está errado en sus deducciones. Pertenezco a una buena familia. Me casé con un desconocido por

imposición de mi padre, cuando ambos desaparecieron de mi vida, llegué a la conclusión de que había dejado que los demás controlaran mi vida por mí. Primero mi padre, luego mi esposo y como hice lo que ellos querían que hiciera, decidí que tomaría de una vez por todas el rumbo de mi vida, pesara a quien le pesara. ¿Cómo va su memoria?

Isabelle estaba bastante satisfecha, no había tenido ninguna necesidad de mentir, solamente de usar los términos correctos para crear una idea que podía ser interpretada de muchas maneras. Dejó al olvido su contenido y se concentró en lo que él podía decirle.

-A veces sueño con lugares desconocidos, después despierto y no puedo recordar con claridad.-reveló él, su voz estaba cargada de una inmensa melancolía.

Parecía tan abatido que ella se sintió arrepentida de haber sacado a colación el tema y fue inundada por el irrefrenable deseo de consolarlo y se regañó mentalmente por ambas emociones.

-No se desespere. Estoy segura que tarde o temprano podrá recuperar los recuerdos de su pasado. Solo necesita tener un poco de paciencia.

Él suspiró.

-La paciencia es el don de los dioses y es muy difícil de conseguir. Le agradezco sus amables palabras, señora. Quisiera comentarle algo más, pero estoy seguro que me acusará de entrometerme en sus asuntos como hace un rato, claro que lo insinuó de una forma más elegante.

Quien le dijo que los hombres no entendían indirectas, estaba muy equivocado.

-Adelante, le escucho.

Le vio dudar unos instantes y supuso con intranquilidad que el tema era delicado.

-Cuando la traje aquí esta tarde, tuve la impresión de que le estaba ocultando algo más a su abuela y a su hermana.

Ella se sintió atada de pies y manos y lágrimas de impotencia asomaron a sus ojos.

-En efecto, le estaba ocultando algo a mi abuela, pero luego se lo revelé. Hoy intentaron hacerme daño no una sino dos veces.- susurró temblorosa.

-¿Significa eso que intentaron abusar dos veces de usted?

-Sí, los hombres creen que si una mujer está sola eso significa que esta disponible y por lo tanto pueden hacer lo que deseen con ella; a pesar de lo que usted pueda pensar ese no es mi caso.- repuso amargamente.

-Comprendo.-dijo él. Supongo que debe existir algún medio para evitar que eso siga sucediendo.

Isabelle se cruzó de brazos.

-Si lo hay, le aseguro que no he podido encontrarlo.-dijo sollozando

entrecortadamente.

Alexander atravesó la distancia que los separaba, quedando precisamente al frente de ella.

-Se me acaba de ocurrir una solución.

-Dígame. Estoy atenta a sus sugerencias.- manifestó vivamente interesada.

-Cásese conmigo.

-¡¿Qué?! ¿Qué fue lo que dijo?- preguntó ella sin atreverse a dar crédito a sus oídos.

-Lo que escuchó.

-Usted quiere que me case con usted. ¿Está loco? Es la idea más absurda que he escuchado en mi vida.

-Tranquílcese y déjeme explicarle.

Isabelle se encontraba en un estado de zozobra, estaba en medio de una encrucijada, sin ningún camino por el cual salir de esta situación.

-¿Qué tiene que decir en su defensa? En definitiva, está demente. Sólo a alguien que no está en sus cabales se le ocurre la idea de desposar a una mujer a la que conoce desde hace dos días.

Alexander rió burlonamente, aumentando la irritación de ella.

-Al contrario debería aplaudir mi inteligencia. Le estoy ofreciendo una salida a los problemas por los que está atravesando.

Ante eso, Isabelle quedó muda, no sabía que hacer ni que decir. Jamás se había imaginado estar en una situación semejante. Ahora debía discurrir sobre como debía actuar, se estaba viendo obligada a mentir y eso no le gustaba. En realidad, era tan desagradable como la idea de revelarles que ambos ya estaban casados y que ella no tenía ni la menor intención de regresar con él. Afortunadamente una pregunta evasiva surgió en su frenética búsqueda de una táctica que le permitiera salir bien librada de la disyuntiva.

-¿Qué ganaría usted con ello?- ese interrogante le daría tiempo.

Una expresión increíblemente cálida cruzó el rostro de Alexander.

-Terminar de pagar mi deuda con usted y su familia, naturalmente. Es mi deber protegerla y si casándome con usted logro hacerlo tenga la seguridad de que así lo haré.

-Y yo le agradezco la intención, pero le recuerdo que con lo que usted ha hecho por mí está más que pagada lo que usted llama su deuda.

Alexander permaneció impávido.

-Además existe otra razón por la que debemos casarnos.

Ella estaba al límite de su tranquilidad.

-¿A ver cuál es esa otra razón?

Él no se dejó avasallar por la insolencia que manifestaba la joven.

-Proteger su buen nombre.

-¿A qué se refiere con eso?

-Seamos realistas, la gente comenzará muy pronto a hablar del hecho que haya un hombre viviendo con ustedes.

Parecía que él había ganado la contienda, porque ella permaneció muda asimilando esa información.

-No me diga que no había pensado en eso. Me sorprende sobremanera que una mujer tan inteligente como usted no haya pensado en la impresión que se llevarán las personas del pueblo cuando se enteren que en efecto usted esta viviendo con un hombre sin estar casados.

-Mire, seré sincera.- Bueno eso era un decir.- Sufrí mucho en mi matrimonio y ciertamente no tengo la menor deseo de volver a pasar por eso nuevamente. Por eso, me considero obligada a declinar su oferta.

-¡Por amor de Dios, mujer! Yo no soy igual que su marido.

Si no hubiera estado tan nerviosa y el asunto no hubiera sido tan serio, Isabelle hubiera reído, eso sí siempre y cuando le hubiera sucedido a otra persona. Pero, ese no era ni el momento ni el lugar para hacerlo. ¡Era tan graciosa la idea de que volviera a casarse con su esposo! Reflexionar en la situación la hizo pasar de la risa a la angustia. ¿Cómo podría disuadirlo? ¿Cómo podría hacerlo sin que él sospechara?

-Aunque yo lo aceptara, existe otra consideración que no hemos tenido en cuenta y es su pasado. No sé absolutamente nada acerca de su vida, salvo que podría estar casado y tener hijos, lo cual significaría que si llego a aceptarlo como esposo estaríamos cometiendo bigamia o que usted sea sacerdote o que sé yo algún otra circunstancia que nos impida el matrimonio.

-No creo que exista ninguna de esas circunstancias de las que usted ha hablado. Entonces para su tranquilidad y para la mía, le propongo que montemos una farsa. Yo quiero casarme y usted no, para que ambos quedemos satisfechos le sugiero que simulemos que somos un matrimonio y después cuando usted esté a salvo me marcharé.

Su intención de dejarla le dolió en lo más profundo del alma a Isabelle.

-Tengo que pensarlo. Deme unos días para poder meditarlo y luego le daré a conocer mi decisión.- dijo sin poder aportar los ojos de la bien dibujada boca de Alexander, mientras pensaba que ese tiempo que había pedido le proporcionaría una solución para su dilema.

-Comprendo que se encuentre confundida y como soy un caballero le daré el tiempo

que me pide.- comentó razonablemente Alexander al mismo tiempo que acercaba su cara a pocos centímetros de la de Isabelle. Ella contuvo el aliento, estaba segura de que iba a besarla y no tenía ni idea de cómo responder.

-Hasta mañana.- se despidió él rozando la mejilla sonrosada de Isabelle, dejándola petrificada de la impresión. Después de esa leve caricia, le dio la espalda y se retiró. La joven lo vio marcharse, impotente para detenerlo. Y entonces maldijo en silencio la atracción que experimentaba hacia él.

Alexander giró en ese momento y sus miradas: burlona y seductora la de él y expectante y seria la de ella se cruzaron.

-Le doy esta noche para que lo piense. Ni un minuto más ni un minuto menos.- agregó antes de trasponer el umbral de la puerta.

Después de que él se alejó, Isabelle regresó a su habitación y se sorprendió al encontrar la habitación iluminada y a Prudence y Dorothy despiertas, la una sentada en la cama y la otra de pie paseándose por todo el cuarto en una clara evidencia de nerviosismo.

-Abuelita ¿Qué haces aquí?

Dorothy la miró ceñuda.

-Eso es lo que debería haberte preguntado yo. ¿No te parece?

Isabelle se pasó la mano por la mejilla besada por Alexander, todavía tenía la sensación de sus labios en su piel. La actitud de Dorothy no se modificó e Isabelle no fue capaz de decir nada. Tan solo Prudence permanecía en un respetuoso silencio.

-¿Qué pasó?

-Nada solamente fui a tomar un poco de agua y me encontré con Alexander.- dijo suspirando, no existía ningún tipo de privacidad en esa casa.

Prudence se frotó las manos y dejó escapar una sonrisita maliciosa, pero no dijo nada.

-A ver niña, cuéntanos lo que sucedió en la cocina.

Isabelle pensó que existían dos personas que superaban las habilidades investigativas de Anne y de Aileen. No le sorprendía que hubieran escuchado su conversación con Alexander.

-¿Para que les digo si sé que ustedes lo saben perfectamente? ¿O es acaso van a negar que no estuvieron oyendo lo que él y yo conversamos?- repuso tranquilamente.

Prudence pasó del rojo al violeta. Sólo Dorothy se mantuvo imperturbable.

-Confírmanos la proposición.

-Sí, es verdad. Me propuso matrimonio.

Ambas mujeres se miraron con visible incredulidad e Isabelle se dio cuenta.

-Eso sí, pudimos enterarnos de primera mano la facilidad que tienes para salir airosa

de las situaciones más comprometidas y descabelladas. –manifestó orgullosa Dorothy.

-No hablemos de eso.- gimió Isabelle.

-Cariño, sé que no estás acostumbrada a mentir, pero ten siempre presente que es tu decisión, el no decirle la verdad.

-Lo sé. Pero eso no significa que actuar de esa forma me guste.

-Te comprendemos perfectamente Isabelle y te apoyamos sea lo que quieras hacer. Tú lo sabes muy bien.- dijo la dulce voz de Prudence.- Por favor cuéntenos con lujo de detalles lo que pasó.

Isabelle continuó y en un santiamén les reveló los más ínfimos detalles de lo sucedido. Tanto Dorothy como Prudence escucharon con suma atención. Al terminar Dorothy, cruzándose de brazos y en actitud meditativa opinó.

-Mi niña, creo que deberías considerar la propuesta de Alexander. Una boda pública te brindaría cierta seguridad.

-Lo sé. Él aseguró que esa era su motivación.

-Analiza objetivamente los pro y los contra de la petición y luego toma la decisión más conveniente para tu bienestar.- adujo Prudence y dijo reprimiendo un bostezo.- En pocas palabras: consúltalo con la almohada.

-Prue tiene toda la razón. Es muy tarde y es hora de descansar. A dormir que mañana es un nuevo día.- dijo Dorothy besando a cada joven en la frente mientras las arropaba. Sopló la vela y cerró la puerta llevando otro candelero en su mano, cerciorándose que amabas mujeres pudieran dormir confortablemente.

8.

Isabelle estaba sumando un larga fila de números tratando de cuadrar las cuentas de tal forma que pudiera contar con lo suficiente para poder empezar en otro lugar. Pero, por más que corría que trataba de reducir los gastos, el presupuesto no alcanzaba. Con un suspiro de frustración dejó el tintero y la pluma sobre la mesa y apartó el papel.

Habían pasado tres semanas desde la propuesta matrimonial de Alexander y ella se las había ingeniado de maravilla para poder evadirlo y así no darle una respuesta. Lo hacía simplemente porque no tenía ninguna respuesta que darle.

Prudence y Dorothy elevaban los ojos al cielo, luego los dirigían hacia ella con incredulidad pero no decían nada y ella tampoco se atrevía a expresarles sus pensamientos, en parte porque no sabía como debía hacerlo. ¿Cuál era la forma más educada de decirles que no podía estar cinco minutos con Alexander porque de inmediato comenzaba a sentir una poderosa corriente que la arrastraba hacia él? Si ella hubiera revelado una cosa así, era evidente que no le habrían creído. Las damas

no mostraban ninguna inclinación sexual por ningún hombre, las bajas pasiones de una mujer, sencillamente no existían.

Ella sabía perfectamente que eso no era cierto. Le bastaba mirarlo para sentir el imparable deseo de abalanzársele y comérselo a besos; a veces despertaba en la noche con la recóndita pretensión de entrar a hurtadillas en el cuarto que él ocupaba y seducirlo. Pero lo peor de todo, era que se le dificultaba controlar su lujuria, a pesar de que se repetía mentalmente todo lo que él le había hecho en un intento desesperado por avivar el odio, que antes había resultado un excelente escudo para mantenerse bajo control.

La situación era desesperante, era la primera vez en dos años que se sentía tan confundida y preocupada.

Era tan tarde que se fue directamente a su cuarto a descansar y durmió sin ningún problema lo cual le habría alegrado de manera infinita si hubiera sido consciente de ello.

Con desgana, abrió primero un ojo y después el otro, desalentada al comprobar que por la claridad que veía que ya era de día, le hubiera gustado dormir un poco más. Se estiró en la cama y extendió sus brazos en un intento por desterrar su modorra. Más despierta, salió de la cama y abrió las ventanas, el día estaba soleado sin ser caluroso y sintió el inexplicable deseo de dar un paseo. De todas formas era domingo.

Era extraño, pero la casa estaba muy silenciosa, demasiado para su gusto. Se vistió y la recorrió por entero sólo para darse cuenta que en efecto estaba completamente vacía. No había rastro ni de su abuela ni de Dorothy. Desanimada, se dirigió al patio en donde encontró a Alexander cortando madera, aprovechando que él estaba concentrado en su labor recorrió con la vista los familiares músculos de su cuerpo. Casi de inmediato, se arrepintió de su reacción y se marchó de allí, rogando que él no se diera cuenta de que lo había estado observando con más que un poco de curiosidad. Ella meditó sobre su propia idiotez, ninguna mujer que hubiese sido tratada como lo había sido ella estaría en sus cabales si siguiera enamorada del hombre que había sido el causante de sus males.

-Estoy más que segura que lo que siento no es amor, éste se fue con mi hijo.-pensó intentando dar con la explicación más adecuada.

Era simplemente deseo, lujuria, pasión salvaje, lascivia, eran los únicos calificativos con los que podía denominar a esa extraña y fogosa química que se apoderó de ella desde el momento en que había conocido a Alexander.

La mandíbula de Isabelle se tensó. Eso, como quiera que se llamara tendría que desaparecer a las buenas o a las malas. Pero, primero debía saber dónde estaban Dorothy y Prue, por lo que se veía obligada a romper el muro que la aislaba de

Alexander y preguntarle.

Batió unos huevos vigorosamente y los vertió en la sartén que había colocado en la estufa de leña, vigilándolos para que no se quemasen. Cuando estuvieron hechos, llamó a Alexander.

Su valor sólo le bastó para saludarlo y ofrecerle el desayuno. Él le respondió de forma muy cortés.

-¿Podría decirme en dónde están mi abuela y Prue?- preguntó decidida a sobreponerse a sus instintos.

No le gustó ni un poquito escuchar la respuesta de Alexander.

-Esta mañana, vino un cochero y las recogió. La señora Morrison dijo que la señora Marianne Feriennes le había pedido que fuera a su casa para un encargo y que ella había aceptado por lo que se llevaba a su otra nieta con ella.

Isabelle se enojó.

-Por lo menos podría habérmelo dicho personalmente.- refunfuñó irritada por las implicaciones que la situación conllevaba.

A Alexander le parecía muy divertida su rabia como podía juzgar por los ojos que brillaban por la tensión de la risa contenida y la expresión de su cara.

-¿Qué es lo que le parece tan gracioso?- preguntó sulfurada

Él contestó sinceramente:

-Su enojo y el hecho de que se muestre como una niña mimada. Su abuela me aclaró que se había comprometido con la señora Feriennes con bastantes días de anticipación y que era demasiado tarde para retractarse, cancelando su acuerdo con ella.

Isabelle se sintió profundamente exasperada, sin embargo reconocía como ciertas las palabras de él.

-Tiene usted toda la razón. A veces me comporto con la misma sensatez de una niña malcriada. ¿Mi abuela le dejó algún mensaje para mí?

-Hizo sus galletas favoritas: de avena con pasas y le dijo que no esperaba encontrar ninguna cuando regresara.

A ella le gustó el tono de su voz, parecía tan cálido tan diferente al hombre que la había amado y que después la había desposado por venganza.

-Entonces, creo que serán un excelente complemento para el desayuno.

Isabelle se sintió agradecida, esa infame atracción parecía haber quedado momentáneamente suspendida, absorbida por una sensación más dulce y profunda, que invadía sus sentidos con celeridad y la hacía estar inmersa en un estado de tranquilidad, donde no tenía que preguntarse si estaba haciendo lo correcto. Sería inmensamente feliz si tuviera la capacidad para que ese sentimiento prevaleciera

sobre el otro, tan altamente dañino para su integridad y para su orgullo. Deseó fervientemente que así fuera.

-Te estás engañando a ti misma y lo sabes bien.-le gritó su conciencia.-Esa atracción fatal siempre ha sido tu perdición.

-Está bien la acompañaré.- manifestó Alexander mientras ella sacaba las galletas, aún calientes del horno. Una vez hubieron terminado el desayuno, él recogió los platos y los lavó diligentemente en medio de una atmósfera dicharachera. Ella se encargó de secarlos y en un momento dado por accidente sus cuerpos se rozaron y una inesperada chispa surgió en ellos.

Una intensa sofocación se apoderó de Isabelle mientras su cuerpo era invadido por un agradable calor nublando su razón y su voluntad y no tuvo la presencia de ánimo adecuada para negarse cuándo Alexander la tomó de la cintura y acercó su cuerpo al suyo.

En lo profundo de su ser, Isabelle fue consciente de que había esperado ese momento con intensidad. Pero, ese leve contacto no era suficiente, quería más, quería sentir sus labios sobre los suyos, anhelaba el contacto de esa boca que sabía capaz de extinguir esa hoguera que la quemaba poco a poco. Él inclinó el cuello y apresó su boca con un ardiente beso, que la indujo a entreabrir sus labios, permitiéndole que la devorara.

Él se detuvo y tanteó con suavidad sus labios antes de volver a zambullirse en ellos, haciendo el beso cada vez más profundo al que ella correspondía con igual o mayor ardor. Entretanto, las manos masculinas comenzaron a moverse sobre las duras prominencias del pecho de Isabelle, quien en un gemido interrumpió el beso y recargó su cabeza en el cuello de Alexander, y permitió que sus manos se mostraran tan traviesas como las de él.

Isabelle podía sentir el duro miembro en sus caderas a pesar de su voluminosa falda y en un gesto de innegable ansia se apretó más hacia Alexander. Él besaba su cuello apasionadamente. Abruptamente se detuvo dejándola confundida.

-¿Estás segura?

Ella pareció despertar de una ensoñación, y con ella también se reactivó su sentido común.

-No lo sé.- dijo temblando.

Él suspiró y acercándose al oído de Isabelle.

-Entonces déjame convencerte.-susurró volviendo a su cuello, apretando los senos de la joven con una mano y apresando su cintura con la otra. Ella le permitió que abriera el escote de su vestido dejando a sus pechos en libertad antes de chuparlos suavemente. El contacto fue tan inesperadamente dulce que provocó que a ella le

temblaran las piernas. Todo quedó en un momentáneo olvido: su resentimiento, el vacío de su corazón, los miedos, en Isabelle sólo había espacio para una cruda pasión. No fue consciente de que él se detenía y la llevaba en brazos hacia la habitación más cercana. Allí, ella temblorosa, dejó que el desapuntara su vestido y lentamente, se despojó del corsé, la camisola y los pantaloncitos de encaje que formaban su ropa interior. Él también se despojó del pantalón y de su camisa. Isabelle pudo darse cuenta de la evidencia de su excitación fieramente marcada en sus calzones.

-Ven acércate.- la voz enronquecida de él, la apremió a lanzarse a sus brazos. Él volvió a besarla con urgencia y ella le respondió con la misma intensidad. Alexander, recorrió todo su cuerpo con su boca y manos y ella también se permitió hacer lo mismo con él, sintiendo un gozo imparable al poder rozar la seda dorada que era la piel del hombre a quien ella había deseado y sospechaba seguiría deseando eternamente. Sin pensarlo, delicadamente tiró de la breve prenda que aún cubría las caderas de Alexander. Él no perdió tiempo, la llevó a la cama y la depositó con sumo cuidado encima de ella y se acomodó a su lado mientras la rozaba y descubría. La exploración era mutua, mas repentinamente, él apartó las manos femeninas de su cuerpo mientras se ladeaba para poder acceder la sórdida suavidad de un seno, al que succionó y besó, llevando a Isabelle a un gozo indescriptible.

-No puedo más. Te necesito.- susurró ella sin ser consciente de sus palabras.

Él sonrió e Isabelle no fue consciente de esa risa, atrapada en el embrujo con que él acariciaba su húmeda entrepierna ocasionándole crecientes y profusas oleadas de placer que remitieron en una única ola que aumentaba más y más de altura.

-Yo tampoco puedo más.- dijo él.- Si quieres que me aparte, dímelo ahora.

-No, no quiero- dijo ella y pegó sus caderas a las de él. Isabelle gimió al sentir que él le abría las rodillas para tenderse en ella. Estaban tan cerca, que le pareció natural entrelazar las piernas en la estrecha cintura del hombre que la estaba poseyendo al mismo tiempo que él entraba muy despacio en ella, en un impulso levantó las caderas indicándole que ansiaba su penetración profunda. Alexander entendió su necesidad y la embistió con fuerza y mayor rapidez. Con cada entrada y salida alcanzaba aún mayor delectación y sin poder contenerse ella gritó cuando su clímax alcanzaba su punto culminante. Él seguía acometiéndola con embates más duros y veloces hasta que Isabelle comenzó a contraerse al mismo ritmo que él le imponía hasta que al fin con un rugido de satisfacción el descargó sus ansias contenidas en ella y se precipitaba jadeante sobre la piel de Isabelle.

Horas más tarde cuando ambos yacían con sus cuerpos aún entrelazados, Isabelle comprendió que esa lujuria la había dominado por completo. No experimentó

arrepentimiento pero sí una acerada vergüenza de pensar que Alexander podría considerar que ella actuaba con todos los hombres así, estando privado de su memoria. Se liberó del torneado brazo y tomó su ropa vistiéndose apresuradamente, después depositando un suave beso en los labios del durmiente procedió a despertarlo.

-Por favor vístete. No podemos dejar que mi abuela y mi hermana nos sorprendan en esta situación.

La mirada celeste se clavó en ella con tanta frialdad que ella se sintió acometida por un espasmo de terror. Tragando saliva y procurando disimular su turbación, ella le lanzó sus ropas. Alexander las atrapó en el aire.

Un silencio incómodo se instaló entre ellos, silencio que fue roto por Alexander.

-No te sientas apenada. Hicimos el amor porque ambos nos deseábamos mutuamente.

-Sí, es verdad.-concordó ella.- Yo te deseaba, pero me preocupa lo que puedas pensar.

-En ese caso sería un hipócrita, puesto que fui yo quien comenzó.

-Y yo proseguí.-dijo ruborizada.

Él terminó de apuntarse la camisa.

-Quiero que sepas que mi deseo por ti aún no se ha extinguido. He querido tenerte para mí desde el momento en que me descubrí recostado en tu tibio regazo.

Ella pasó del color rosa a un tono púrpura.

-A mí me sucedió igual. Traté de controlarme, pero no pude.

-Entonces no te culpes por ello. Voltéate y permíteme que termine de abotonar tu vestido. Arreglemos este cuarto, porque sí mi intuición no me falla, tus familiares están próximos a llegar.

Isabelle asintió y en un descuido él la besó fugazmente.

Alexander había acertado. Porque casi media hora después de haber arreglado la habitación se presentaron Dorothy y Prudence, cansadas pero rebosando satisfacción por cada poro.

La casa estaba impecable, debido al apuro que la pareja sentía de que los descubrieran. Dorothy sonrió pícaramente a Prudence y esta le devolvió el gesto sin que Alexander e Isabelle se dieran cuenta. Le había bastado mirar el rostro de Isabelle para saber lo que había sucedido. El plan había funcionado.

-Mi niña siento no haberte dicho lo de Eleanor Feriennes, pero no tuve la oportunidad de comentártelo.

-Eso no tiene importancia. Cuéntenme ¿Cómo les fue?

-Maravillosamente cariño. Eleanor nos mostró el lugar al que están destinados las

creaciones de Prudence y las mías y nos solicitó que le ayudáramos a decorar la instancia. ¿Lo puedes creer? Nos pagará una buena cantidad por nuestro trabajo. A propósito ¿qué has decidido con respecto a tu trabajo?

-Siento tristeza por las niñas, porque no volveré a verlas, pero no tengo otra opción que renunciar.- dijo apenada.

Alexander que hasta ese momento había permanecido callado, declaró:

-No lo vas a hacer porque vas a casarte conmigo.

Isabelle al oírlo, casi se desmayó. Prudence reía al igual que Dorothy.

-Un momento caballero. ¿Está queriéndonos decir que quiere hacer parte de esta familia?

-Sí, Isabelle es la mujer que siempre he esperado.

¡Dios! ¿Qué había hecho? Ahora, no tenía ninguna posibilidad de salir del lío en el que voluntariamente se había envuelto.

-Eres muy impetuoso. Y yo aún no he decidido si voy a aceptar o no tu propuesta.

Prudence y Dorothy rieron. El sonido de sus carcajadas hicieron enmudecer a ambos contrincantes.

-No os pongáis así. Sencillamente nos parece curioso que peleen por insignificancias, cuando todo puede arreglarse de manera más favorable.

Isabelle, Prudence y Alexander intercambiaron miradas de incertidumbre.

Dorothy se limitó a observarlos seriamente.

-Explícate, por favor abuela.-repuso Prudence.

-El asunto es muy simple. Primero los hechos: el señor aquí presente desea casarse pero la mujer a quien hizo la proposición de matrimonio no lo acepta. Puesto que ambos buscan objetivos totalmente opuestos sólo hay una solución para satisfacerlos a ambos...- dijo Dorothy en un tono tan solemne que parecía investida de la misma majestad del Rey Salomón cuando el pueblo israelita acudía en busca de su sabiduría.

La pausa de la anciana señora resultó más que expectante para los espectadores, quienes se apresuraron a insistir que les revelara la alternativa.

-En verdad todo es muy simple. Tú, Isabelle no quieres casarte y él sí. Entonces para agradarlos a ambos, la solución ideal es que haya boda, pero una de mentira.

-No te comprendo, abuelita.

-Yo sí.- aseguró Prudence.-Ella nos está sugiriendo es que realicemos una matrimonio falso; que naturalmente esté por todo lo alto para que sirva como medio publicitario que les indique a los potenciales pretendientes de Isabelle y a otros malhechores que ella no está disponible y que de acercarse se tendrían que enfrentar a su esposo. Solo que nosotros sabremos que en realidad no lo es.

-¡Eso es una locura!

Alexander estaba muy atento escuchando la deducción realizada por Prudence.

-No es así, al contrario, la razones expuestas por la señorita Morrison son muy válidas y yo estaré muy complacido de poder colaborar con el engaño.

-Supongo que si sometemos la cuestión a votación, entonces yo saldré perdiendo.

-Me alegra que seas razonable.- dijo Dorothy muy complacida consigo misma.

Isabelle tenía la ligera impresión de que la idea no resultaba tan buena, pero daba gracias al cielo de que Alexander, en un intento de forzarla no hubiera gritado a los mil vientos que había tenido intimidad con ella.

El lunes por la mañana, en las habitaciones de Anne y de Aileen, Isabelle se encontraba enseñándoles las nociones básicas del alemán.

-*Oui, Mademoiselle.*- afirmó Isabelle tras escuchar la respuesta de Anne. —Ahora te corresponde a ti, Aileen.

Las tres se encontraban en el centro de una enorme sala, acondicionada especialmente para ser usada como un salón de clases. Habían altos ventanales que le daban una apariencia luminosa al lugar, las paredes estaban pintadas en un color champaña y cubiertas por bonitos estantes de caoba de las que pendían diversos libros empastados en cuero, el mobiliario era de líneas simples pero muy cómodo y para complementar la pulcritud y la sencillez que reinaban allí varios floreros de plata que ostentaban las más bonitas rosas de color salmón que combinaban perfectamente con los que la sala ostentaba.

Aileen tomó aire y marcó las palabras sin proferir ningún sonido. Isabelle sabía por experiencia que se le dificultaba un poco el aprendizaje de las lenguas extranjeras, tenía una mayor disposición para los trabajos manuales, en los cuales era insuperable. Bastaba mirar los cuadros que pendían de las paredes, hermosos grabados al carbón hechos por una niña de diez años, vírgenes, ninfas y diosas, contribución por supuesto de Isabelle.

-Vamos, Aileen. Sabes perfectamente la respuesta.- dijo para alentarla.

Antes de que la niña pudiera decir los pronombres, entró Monique, presurosa.

-Señora Miller, la señora Virginia la necesita.

Un leve gesto de preocupación asomó en el rostro de Isabelle. Presentía la razón de la urgencia de Virginia para verla. Se levantó con cuidado y estiró la voluminosa falda negra.

-Te has salvado.- susurró refiriéndose a Aileen.- Procura repasar mientras regreso porque no habrá otra conveniente interrupción.- dijo firmemente.

La niña asintió. Isabelle siguió a Monique hacia la instancia donde se encontraba la señora de la casa.

Virginia estaba ocupada doblando la ropita del bebé y recogiendo todo lo necesario para el parto, Isabelle sintió una punzada de ligera envidia al fijar su vista en el prominente vientre de Virginia. Tal vez, si las cosas hubieran tenido otro rumbo sería ella quien estuviera esperando un hijo o criando al que le había sido arrebatado. De inmediato su mente rechazó ese pensamiento, el pasado no podía cambiarse.

-¿Te sientes bien, Isabelle?- preguntó auténticamente preocupada Virginia, después de cerciorarse que no había nadie cerca.

-Sí, no te preocupes Virginia. ¿Crees que sea conveniente que me llames por mi verdadero nombre en esta casa?

-No te preocupes, no hay nadie cerca. Seguramente te estás preguntando porque te mandé llamar.

-En realidad, no. Supongo que quieres hablarme acerca de los rumores que te han llegado.

Virginia suspiró. Nunca había sido capaz de ocultar nada ante nadie y menos ante Isabelle.

-Sí querida. Confieso que estoy muy preocupada. Me han dicho que estás viviendo con un hombre y tú sabes que por más inocente que sea la relación eso está muy mal visto. Podrías verte enfrentada al ostracismo.- explicó Virginia con ternura maternal.

-Me temo que es verdad, Virginia. Pero no es lo que parece.

-Sé que tienes derecho a buscar la felicidad Isabelle, pero no es bueno que lo hagas sin haber zanjado tus asuntos con tu marido.

-No es lo que te estás imaginando, puesto que el hombre que está en mi casa es... Alexander.- concluyó turbada.

Virginia abrió desmesuradamente los ojos.

-¡Cielos! Jamás lo habría imaginado. No me digas que es el hombre al cual le salvaste la vida.

-Así es.- procedió a contarle todo lo sucedido. La sorpresa de Virginia aumentó más y cuando Isabelle le contó que Alexander quería casarse con ella y que habían accedido a simular que estaban casados, su perplejidad se elevó a grados inimaginables.

-¡No lo puedo creer! En ese caso si lo que deseas es que todo el mundo se entere de tu boda, estoy más que dispuesta a dejar que la celebremos aquí.

Fue el turno de Isabelle de sorprenderse.

-¿Alden lo permitiría?-preguntó escéptica.

-Por supuesto.- afirmó con total convicción Virginia.- Somos defensores de la moral y las buenas costumbres así él va a acceder de buena gana. Lo que si me gustaría- continuó acariciando su vientre.-es que el matrimonio se realice lo más antes posible.

Me temo que ya se está acercando el momento del alumbramiento y no quisiera que eso me impidiera actuar en la maravillosa farsa que habéis preparado.

-No sé. He abusado demasiado de tu bondad y la de tu marido como para pretender que la boda se celebre aquí.

-Oh, por favor deja tus escrúpulos. Permíteme que prepare la boda.

-Eso es algo que le comentaré a mi "prometido", si acepta, entonces yo también.- dijo con cierta indecisión.

-Como quieras. Cuéntame. ¿cómo van las lecciones de mis hijas?

9.

Pronto llegó el día de la boda. Isabelle estaba en uno de los cuartos de huéspedes de la casa de Alden, colocándose un traje de novia, precisamente aquel que había llevado en su matrimonio por poderes hace casi tres años y medio antes. La situación era muy diferente: sería una farsa, su esposo estaría presente y habría una gran fiesta, todo aquello que no fueron sus nupcias anteriores. Ella ni siquiera sentía terror como le había ocurrido antes, tampoco sentía alegría, sólo una leve turbación. Dorothy y Prudence vestidas con sus mejores trajes acudieron a ayudarla a arreglarse.

Prudence le alcanzó una botellita de un perfume. Con una esplendorosa sonrisa dijo:

-Algo nuevo para la novia.

Isabelle sonrió genuinamente.

-¿Es para mí?

Prudence la abrazó con suavidad.

-Claro. Es mi regalo de boda. – dijo destapando el frasquito y aplicando un ligero toque al cuello y las muñecas de Isabelle, quien esperó que el perfume se adaptara a su piel y lo olió.

-Es delicioso. Muchas gracias, no debiste haberte molestado. Debió costarte una fortuna.

-¡Por favor! Sea por los motivos que sea, esta es una ocasión muy especial y hay que disfrutarla.

Dorothy sonrió y tomó unos hermosos zarcillos de diamantes de la cómoda.

-Algo viejo. Mi niña, estos aretes pertenecieron a tu madre y ella los llevó el día de su boda con Pierre. No te los había entregado antes porque quería hacerlo en una fecha especial.- Unos instantes después, le extendió una cajita a Isabelle. Dentro de ella había un liguero azul.

-Algo azul- enunció orgullosa.

-Falta algo más.- dijo Prudence.- ¡Por supuesto!!!. Algo prestado.- entusiasta sacó

un viejo joyero de plata del que extrajo un hermoso collar de diamantes. Isabelle observó perpleja la suntuosa alhaja que combinada de forma maravillosa con el vestido de novia.

-Es muy bonito, Prudence. ¿De dónde lo sacaste?-preguntó ligeramente inquieta.

-Isabelle, no te preocupes por eso. Pertenece a una buena mujer- dijo con un ligero deje de tristeza. -Estoy segura que va a traerte suerte. Casualmente, ella también lo llevó el día de su boda y puedo asegurarte de que fue muy feliz.

Isabelle la observó, algo en el tono empleado por Prudence la había inquietado. Afortunadamente, Dorothy escogió aquel momento para comenzar a peinar a su nieta y solicitó que se le dieran algunas sugerencias.

-Creo que sería conveniente para este vestido un peinado fresco y seductor. Tal vez una trenza que dé la impresión de que es una tiara, dejando que los rizos de Isabelle caen espontáneamente sobre la espalda.

Tanto Dorothy como Isabelle se mostraron de acuerdo y así fue compuesta la novia. Para complementar el arreglo, decidieron darle unos toques de polvo nacarado que acentuaban el color de la piel de la joven y un poco de vaselina para acentuar los labios rojos. Luego, tomaron el espeso velo blanco de encaje y se lo colocaron sujetándolo con una tiara hecha también en diamantes, la misma que Isabelle había llevado el día de su boda.

La señora y la muchacha la examinaron atentamente y parecieron muy complacidas con su trabajo. Prudence la observó embelesada.

-Prudence, ¿te gustaría casarte?- preguntó impulsivamente Isabelle.

-Isabelle, dices unas cosas tan graciosas. ¿Quién querría casarse conmigo?

Isabelle casi rió al escuchar su respuesta.

-Aún desconoces tu propia belleza. Pero estoy segura que en el momento menos esperado llegará alguien y se robará tu corazón.- dijo Dorothy mirándola significativamente.

-Mi abuelita tiene toda la razón. ¿No hay un muchacho que te interese?

-Sí, pero es inalcanzable.- contestó Prudence suspirando.

- Uno nunca sabe, pequeña. La vida es muy incierta.- manifestó filosóficamente la anciana señora.

Se oyeron unos leves toques en la puerta.

-Adelante.- ordenó Dorothy.

Un segundo después entró Monique avisándoles que eran esperadas. Entonces las tres salieron rumbo a la capilla del pueblo que quedaba cerca de allí. Ocuparon un mismo coche cuidadosamente cerrado y adornado profusamente con lirios y rosas blancos en el cual las esperaba Alden, quien era el padrino de la ficticia boda y por

supuesto las niñas vestidas con idénticos trajes de seda y gasa rosada . Cinco minutos después, se apearon e Isabelle del brazo de Alden entró en la pequeña iglesia.

Ella dirigió sus ojos hacia el altar. Alexander la esperaba y se le cortó el aliento al verlo vestido con una levita de terciopelo y una camisa blanca que acentuaban su piel y hacían ver más lúcidos sus profundos ojos azules. Él por su parte la recorrió intensamente al grado de que sintió que la piel le ardía. Ahora, ya sentía el estremecimiento de sus nervios. Desvió los ojos y continuó caminado hacia el altar seguida, por Anne y Aileen que fungían como damas de honor. Virginia estaba con Alexander, llena de alegría y muy dispuesta a cumplir con su función de madrina.

- Queridos hermanos, estamos aquí reunidos...- la voz del falso cura retumbó en la capilla, llena ya de curiosos observadores.

-Para celebrar esta unión entre este hombre y esta mujer.

El actor que habían contratado para que realizara el papel de cura estaba muy bien adiestrado. Sabía perfectamente su papel y realizó un sermón conmovedor que arrancó lágrimas de los ojos de Isabelle y de los asistentes. Por fin, llegó el momento de las preguntas cruciales. Isabelle estaba tan absorta, que cuando el sacerdote preguntó si aceptaba a ese hombre por esposo, no escuchó que nombre decía. Tan solo oyó un trémula voz que decía: Sí, acepto. Por un momento no había tenido la conciencia de haberlo aceptado. Después, el canónigo hizo la misma pregunta a Alexander, que por supuesto ella no escuchó porque estaba absorta mirándolo.

Él tomó su mano y con delicadeza tomó una de las sortijas que le ofrecía Anne y la colocó en el dedo de Isabelle.

-Yo te tomé a ti como mi esposa, para amarte, adorarte, cuidarte, protegerte para siempre en cualquier situación adversa o desfavorable. Aquí en la Casa de Dios prometo que nunca te arrepentirás de haberte casado conmigo.- Isabelle escuchó sus palabras con el ferviente deseo de que se hicieran realidad.

Cuando la ceremonia terminó, Isabelle se vio sorprendida por la cantidad de besos y abrazos que Virginia, Dorothy, Alden, Prudence y las niñas le prodigaron y después se realizó una recepción en casa de los Savage, la cual duró hasta pasadas las dos de la mañana. Isabelle se encontraba muy ansiosa, no podía apartar de sus pensamientos la idea de que así había deseado que fuera su boda antes de conocer a Alexander y de que pensara en convertirse en religiosa. Era demasiada casualidad, pero por unos instantes había creído que todo era un matrimonio de verdad.

Exhausta, comenzó a quitarse los delicados zapatos en la comodidad de su habitación, ya había comenzado a despojarse del traje de novia cuando sintió que alguien entraba a su cuarto de forma sigilosa. Giró cuando comenzaron a desabotonar

pausadamente los botones de la espalda del vestido.

Era Alexander. Isabelle habría jurado que estaba tomando champaña.

-Buenas noches, amor mío.- la denominación hizo vibrar su corazón de alegría.

-Buenos, días querrás decir.- le corrigió ella.- Creía que estabas ebrio.

-Querida, no he tomado ni una gota de alcohol. No es bueno tomar cuando se tiene una noche de bodas por delante.

Isabelle supo que era verdad, no había el menor atisbo de alcohol en el aliento de Alexander.

-Entonces ¿Qué bebiste?

-Agua y sidra sin fermentar, lo mismo que Anne y Aileen.

Eso la hizo sonreír.

-¿Cómo se comportaron las niñas contigo?

-Muy bien se mostraron muy amables. Ahora, puedo entender porque las quieres tanto. ¿Podemos dejar la conversación para otro momento?

Isabelle estaba perpleja.

-¿Por qué?

Escuchó una ronca carcajada como respuesta.

-Sencillo. Tengo deseos de hacer otras actividades, digamos más estimulantes.

Isabelle tenía la opción de negarse pero no lo hizo. Suspiró al sentir la boca de Alexander en el punto en que la oreja se unía con el cuello.

-¿Muy estimulantes?- preguntó

-Demasiado.- susurró él mientras se afanaba en terminar de desapuntar el vestido. Ella se apartó de él y temblorosa se lo quitó dejándolo con cuidado sobre el tocador. Afortunadamente, ya se había quitado el collar y los aretes. Alexander también se estaba despojando de sus ropas, Isabelle estaba a punto de quitarse la breve camisola que la cubría.

-No lo hagas.- dijo él.- Lo haré yo.- Isabelle permitió que su vista lo explorara. Aunque había perdido la cuenta de cuantas veces lo había visto desnudo, siempre resultaba sobrecogedor la fuerte excitación que siempre la invadía cuando veía un poco de la piel dorada de Alexander. En aquellos instantes, ella era consciente sólo de su gloriosa desnudez.

Isabelle gimió cuando él marcó el contorno de uno de sus senos por encima de la ligera, haciendo que el pezón se endureciera. Pudo verlo sonreír al ver su reacción ante su leve caricia. No se atrevió a moverse cuando el acarició el otro seno de la misma forma.

-Hay deseo en tus ojos. No sabes cuánto me cuesta contenerme para no arrojarme encima de ti y poseerte.- replicó con fiereza.

Audaz por primera vez en su vida, ella dijo.

-Hazlo.

Él rió.

-No. Quiero que esta noche sea memorable, a tal grado que todas las noches del pasado queden atrás.- dijo tomándola de la mano y conduciéndola al lecho. Allí, tiró suavemente del camisón y expuso los abultados senos a su inspección. La luz tenue de las velas que iluminaban la habitación era lo bastante fuerte como para poder tener una visión clara del cuerpo de Isabelle.

-Siempre me das, te entregas a mi en cuerpo y alma y hoy seré yo quien te dé a ti.- dijo él besando con delicadeza las duras cúspides, marcando con su lengua senderos de placer en ella. Isabelle sintió como se humedecía su vientre y disfrutó de la sensación de dulzura en sus senos. Poco a poco los besos fueron tornandose apasionados y él succionó con avidez las duras cimas del pecho de la joven, para luego cambiar ese ritmo frenético por uno más pausado, llenándola de una acuciante necesidad.

Isabelle no sabía cuánto podría resistir, pero reconocía que estaba disfrutando. Estaba completamente absorta cuando él la despojó de las exiguas prendas que aún la cubrían. Un oleada de deseo la invadió al sentir que nuevamente besaba y chupaba sus senos, Alexander bajó lentamente dejando besos en el abdomen de Isabelle. Ella nunca había sabido que esa zona podía ser tan sensible y deseó que esa dulce tortura no cesara nunca. Casi gritó cuando él mordisqueó ligeramente uno de sus pezones, mientras rozaba delicadamente su pubis.

Isabelle sentía morir ante esa sensación exultante, que amenazaba con ponerla al borde del abismo. Quería tocarlo, explorarlo como él hacía con ella pero Alexander no se lo permitía. Un toque de su mano en el rincón más recondito de su cuerpo la hizo vibrar violentamente. Sus miembros se inundaron de una placidez a medida que él seguía bajando hasta explorar con su boca y dedos su entrepierna.

Isabelle jadeó y se movió convulsivamente mientras que él enterraba su cabeza en ella devorándola, llevándola por un camino que ella nunca había recorrido. Una breve pero poderosa emoción se precipitó sobre ella.

Alexander rozó sus labios y ella deseosa de más, agarró su cabeza y profundizó el beso. Sintió su sabor indescriptible en su boca cuando invadió la de él con su lengua. Ella se dispuso a inflingirle la misma tortura y dejando los labios mordisqueó el lóbulo de su oreja. Él respiró con fuerza y ella aprovechó su desconcierto para acariciar todo el cuerpo masculino, y lo tendió de espaldas.

-No me tortures.- suplicó.

La joven lo miró con inocencia.

-Tan solo quiero poder retribuirte el placer que me diste.- Maravillada clavó sus ojos en el prominente miembro que poco a poco se hinchaba. Lo tomó en sus manos y lo acarició con suavidad, tomó el tallo y lo frotó de forma un poco más vigorosa. Alexander dejó escapar un ligero alarido.

-No sigas, amor.

Ella entendió a que se refería y dejó de estimularlo. Regresó a sus labios y él le correspondió con el mismo entusiasmo y esta vez ambos se provocaron mutuamente hasta que Isabelle sintió que de nuevo llegaba a la cima. Alejó las manos de Alexander de su cuerpo y se apretó descaradamente contra él. Él la tendió y entreabrió sus piernas acomodándose en sus caderas, entrando en ella con fuerza. La sensación fue muy fuerte para Isabelle a medida que él la llenaba.

-No pares.- mientras él acometía su cuerpo y ella respondía contrayéndose y dilatándose con rapidez. Las embestidas se hicieron más suaves, pero Isabelle lo apremió para que continuara entrando con fuerza.

El cuerpo de Isabelle fue inundado de una sacudida más fuerte y profunda que la llevaba hacia un límite jamás vivido, entonces Alexander derramó su simiente en ella mientras sus cuerpos agotados aún permanecían entrelazados. Isabelle deseó en ese instante que nunca llegara el alba.

10.

Isabelle dejó escapar un suspiro de satisfacción al recordar su noche de bodas. Jamás había pensado que Alexander podía ser tan dulce. Había tenido tanta consideración con ella, anteponiendo primero su placer antes que el suyo, como podía atestiguar por la paciencia que había tenido con ella la noche anterior. Jamás en ninguno de sus encuentros se había sentido tan plena, tan mujer. La experiencia de la noche anterior sería inolvidable para ella, porque no estaba teñida de deseo inexplicable sino de algo más satisfactorio.

Dorothy que la ayudaba a vestirse, le guiñó un ojo y ella se ruborizó al comprender que su abuela sabía lo bien que la había pasado la noche anterior.

-Abuelita, anoche olvidé preguntarles a ti y a Prudence por el empeño que mostraron en la realización de la boda. Incluso se esmeraron en cumplir todas las supersticiones habidas y por haber.

-Cariño, todo fue muy simple. Estábamos hablando con la señora Virginia, quien nos contaba acerca de su casamiento y ella dijo que le pareció muy gracioso, el hecho en que en la familia Savage, la pareja comparte el primer trozo de la tarta nupcial. En ese momento, pensé en tu madre y luego en tu boda y me di cuenta de que fue algo carente por completo de alegría. Así que Prudence y yo decidimos darte lo que nunca habías tenido.

-Ajá, con que eso explica porque todo era exacto a como me lo imaginaba cuando niña.- dijo en tono acusador.

-No te enfades tesoro. Teníamos las mejores intenciones.

-Lo sé. Me han hecho muy feliz. Gracias abuelita.

Dorothy se sintió muy complacida.

-Dime ¿sabes de dónde Prudence sacó la gargantilla que llevé ayer?

-No, mi niña. No tengo ni la menor idea.

La respuesta de Dorothy la dejó inquieta. Pasó la mano por el collar y lo estudió cuidadosamente tenía un diseño muy antiguo. Sin lugar a dudas era una reliquia familiar. No era concebible que alguien aceptara desprenderse de una joya con tanto valor sentimental para prestarla. Volteó la gargantilla y vio una diminuta inscripción que llamó poderosamente su atención. Lamentablemente la inscripción era demasiado pequeña como para saber que indicaba. Isabelle se levantó del tocador y tomó una pequeña lupa que siempre llevaba consigo y la usó. Leyó claramente “Ducado de Abercombrie”. Quedó estupefacta. ¿Qué hacía una joya como esa en manos de Prudence? ¿Ella conocía a los duques de Abercombrie? Abercombrie. Ese nombre pulsó una cuerda en su cabeza. Claro, eran los dueños de una propiedad cercana al castillo de Aumont. No obstante, eso no explicaba la presencia de la joya tan lejos de sus dueños.

Resignada, resolvió que se ocuparía de ello más tarde. Primero debía alistarse porque debía regresar a su casa.

Iba saliendo del cuarto en compañía de su abuela cuando vieron que Monique corría a toda carrera. Isabelle quedó admirada porque no sabía que un corpachón como el que ostentaba la doncella fuera capaz de adquirir tanta velocidad. Ella la llamó pero Monique no dio señales de haber oído. Prudence se aproximó a ellas con su característica calma.

-¿Qué está sucediendo?- preguntaron al unísono ambas mujeres.

-La señora Virginia está de parto.- respondió Prudence. -Vine porque creo que es conveniente que la abuela esté presente. Es la persona con más experiencia en esta casa.

-Por supuesto. Debemos apresurarnos.- dijo Dorothy.- Niñas, pongan a calentar agua y busquen muchas vendas y sabanas.

Ambas mujeres obedecieron.

Varias horas después, el llanto del recién nacido inundó la casa. Isabelle se levantó de la silla que estaba ocupando y corrió a buscar a Alden para darle la enhorabuena.

-Alden , ya nació.- dijo jubilosa.

Alden se veía nervioso. Alexander trataba de darle ánimos. La evidente familiaridad

entre Alden y Alexander le pareció un mal presagio a la joven. Disipó ese pensamiento de su cabeza, ya que conociendo el carácter de Alexander si hubiera recuperado su memoria, habría reaccionado de forma muy violenta. Se estremeció de sólo pensarlo. Afortunadamente la reacción de Alden borró cualquier pensamiento de la mente de Isabelle.

-¿Cómo está ella?- preguntó tenso.

-Muy bien. Está descansando.

Alden se relajó.

-Voy a verla.-declaró yéndose antes de que Isabelle o Alexander pudieran decir algo. La mujer lo siguió hasta la habitación, Virginia dormía tranquilamente y Dorothy sostenía en sus brazos al recién nacido.

-Enhorabuena, señor Savage. Es un hermoso varoncito.- dijo colocando con suavidad al bebé en los brazos de Alden, quien lo sostuvo suavemente, era más que evidente que había arrullado varias veces a sus hijas mayores.

Esa imagen le enterneció a la vez que traía a la superficie dolorosos recuerdos y sintió que algo dentro de sí se rompía, lo que decidió inmediatamente a Isabelle a salir lo más antes posible antes de que sus emociones entrecortadas se le notaran en la cara. Ya iba a excusarse con Alden cuando se dio cuenta de que Virginia estaba despierta.

-¿Cómo te sientes amor mío?

-Bien. Estoy tan feliz.

-Sí, mi amor. Gracias.-musitó Alden besando la tersa piel de la frente de su esposa.

-Déjame alzarlo. Isabelle y Dorothy, no se cómo agradecerles que hayan traído a mi hijo al mundo.

-En realidad, no hice nada. Todo el mérito es de mi abuela.- repuso Isabelle, abrazando a Virginia.- Creo que querrás ver a tu bebé.

Virginia sonrió cuando Alden depositó el niño en sus brazos. Ella lo observó largamente y sonrió de manera más amplia.

Prudence golpeó la puerta.

-Disculpen la interrupción. Me preguntaba si podría traer a Anne y Aileen para que conozcan a su nuevo hermanito.- dijo con voz clara y perfectamente modulada.

Isabelle miró a Alden y a Virginia esperando a que ellos dieran la aprobación, lo que ambos hicieron de forma automática. Prudence no demoró en traer a las niñas, quienes miraron alélicas al bebé.

-Es tan pequeñito....-susurró Aileen.

-Mami, ¿todos los bebitos son así?-preguntó Anne sin despegar sus ojos del bebé.

-Así es cariño.

Dorothy, Alexander e Isabelle se retiraron en absoluto silencio comprendiendo que la familia Savage deseaba estar un tiempo a solas.

11.

Ya se había cumplido un mes del nacimiento de Ambrose Savage, el hijo menor de Alden y Virginia y de la farsa matrimonial entre Isabelle y Alexander. Los días más fríos del invierno remitían para darle espacio a un cálido y dorado verano. Aunque Isabelle pensaba que nunca había sentido tanto calor como en esos días, en especial en las horas de la noche. De sólo recordar como las había pasado una agradable vibración recorría su espalda.

Le resultaba difícil creer que esa excitación que la invadía con la mera presencia de Alexander no se hubiera extinguido en ese mes en el que había tenido acceso casi ilimitado a los placeres de la carne. Una sonrisa traviesa se extendió como la pólvora en su cara rememorando cómo había sido su despertar.

Estaba durmiendo cuando sintió que su pecho quedaba al descubierto y era vorazmente acariciado... Prefirió no pensar más en ello o se vería obligada a pedirle a Alexander que apagara su fuego. Entonces, eso la hizo recordar algo muy importante que había relegado al olvido.

Ansiosa, contó los días pasados desde su menstruación. Ese atraso sólo podía significar que estaba encinta. Un profundo júbilo se apoderó de ella ante tal idea para perder un poco de su intensidad ante la posibilidad de que sólo fuera una simple irregularidad. Sin duda, debería esperar unos días más.

Sabía que de no estar en estado interesante, se sumiría en una profunda desolación. En ese momento no pensaría en ello porque tenía la sospecha de que lloraría sin parar. Necesitaba pensar en otras cosas y un paseo por el bosque la ayudaría. Buscó una cofia en los cajones de la cómoda y un chal y se las puso, para salir de la forma más sigilosa. Se adentró poco a poco en el bosque. Cuando ya llevaba caminando un buen rato, notó que alguien la sujetaba. Iba a gritar pero una mano le impidió hacerlo y la hizo mirarlo. Era Alexander.

-No me parece justo que me asustes.

-¿Quién dijo que quería hacerlo?

-¿Me estabas siguiendo?

-Sí.- replicó con descaro.- Me pareció bastante sospechoso que salieras a escondidas y te seguí.

-Quería estar sola.- replicó Isabelle con cierta molestia.

-En todo caso tendrás que resignarte a mi compañía.

-Si lo pido de buena manera ¿te irás?

-Creo que la cortesía no funcionaría en este caso.

-¿Y puede saberse por qué?

Los ojos celestes se posaron en ella.

-La respuesta es simple: te deseo.

Las dos últimas palabras la hicieron temblar y él aprovechó para retenerla en sus brazos.

-Pensaba que esta mañana habías quedado satisfecho.- dijo ella con la voz también temblorosa.

-No es así.

-Entonces tócame.- sugirió descaradamente Isabelle. Alexander casi rió de satisfacción y procedió a obedecerle. Rozó una de las blancas copas por encima de su vestido.

-No es suficiente.- protestó ella.

-Eres la mujer más deseable que he conocido.

Ella no lo escuchó, absorta en las sensaciones que invadían sus senos endureciéndolos. Quiso llevarse las manos a la espalda, pero Alexander se lo impidió.

-No te desvistas.- dijo él, introduciendo dedos en el corpiño de Isabelle, bajando lentamente el vestido hasta dejar expuestos los delicados montículos.

-¿Qué quieres que haga?-preguntó con la voz apagada.

-Voltéate.-ordenó él.

Ella obedeció y Alexander la llevó hacia un árbol macizo que se enderezaba altivamente en medio del bosque. Allí la apoyó y parsimoniosamente pasó de su torso al punto en el que los muslos se unían, explorando la húmeda entrada.

La tocó suavemente hasta que ella clamó que no la torturara más y pegó sus caderas a los glúteos femeninos, despojados de las calzas. Él se abrió el pantalón, dejando en su libertad su virilidad fieramente erguida.

-Abre las piernas.-ordenó, su voz enroquecida por la pasión

Isabelle lo hizo sin ningún pudor. Lo sintió entrar con fuerza y se sintió completa. Ambos eran un solo ser. Él empujó hasta quedar totalmente atrapado en ella, aferrándose a la delgada espalda para obtener un mayor apoyo y pasó la mano para acariciarle el clítoris.

Un leve gemido escapó de ella y comenzó a moverse con la misma furia con que él pujaba hasta ser poseídos por el placer.

Breves instantes después, yacían ambos apoyados en el árbol. Alexander se apartó de ella y Isabelle se acomodó el vestido y se colocó las bragas. Una sonrisa comenzó a tomar forma en su cara cuando Alexander volvió a atraparla en sus brazos.

Momentos más tarde ambos regresaron a la pequeña cabaña, tomados de la mano como dos adolescentes. Isabelle pensó que jamás se había sentido tan dichosa. Pero,

dos sombras empañaban su felicidad, su doloroso pasado y la presión de saber que lo que estaba viviendo no era más que una mentira, todo sumado al hecho de que pronto debería marcharse si era verdad que se encontraba embarazada.

12.

Febrero dio paso a un glorioso marzo, increíblemente luminoso. Isabelle había tenido tiempo de sobra para confirmar sus sospechas. Lo primero que hizo fue aprovechar la ausencia de Alexander, quien se encontraba en el hogar de los Savage, ayudando a Alden con la administración de sus propiedades después de haber descubierto que el administrador había cometido un gran desfalco, para llamar a Dorothy y Prudence.

Alborozada, con los ojos brillando de ilusión, la joven fue muy directa.

-Abuelita, Prue. Estoy encinta.

La reacción ante semejantes palabras no se hizo esperar: Dorothy palideció al punto que pareció casi desfallecer de la sorpresa y Prudence gritó de alegría, algo completamente inusual en ella que siempre se había caracterizado por poder controlar eficazmente sus emociones. Dorothy se recuperó y feliz abrazó a su nieta.

-Gracias, Dios mío. Mi vida debes estar muy agradecida.

-Y lo estoy, abuelita. Pensé que ya no podría tener hijos después de lo que pasó- dijo rememorando el horrendo episodio de la pérdida de su hijo.- Dios, no saben cuán feliz estoy de que eso no haya sido así.

-Claro que te entendemos. Más de lo que te imaginas.- dijo Prudence. –Ahora la pregunta crucial es ¿Qué vamos a hacer? Porque esto cambia todo a menos que esté equivocada.-adujo con un bonito mohín.

Isabelle permaneció seria.

-Claro. No podré ocultarle a Alexander por mucho tiempo mi estado.

En ese momento se encontró con dos miradas acusadoras y perplejas.

-¿De verdad harías eso?

-Les recuerdo lo que sucedió con mi primer hijo. Mi deber es protegerlo y no quiero que Alexander se entere. Eso lanzaría al traste todo lo que hemos podido conseguir.

-Isabelle. Debes saber que ese argumento no me convence. ¿Vas a privar a tu hijo de conocer a su padre? Alexander tiene tanto derecho como tú a amar ese bebé.- fue la intempestiva declaración de Dorothy.

-Sé perfectamente que tiene ese derecho. Sin embargo ¿crees que yo volvería a exponerme a sufrir otra vez?

-Mi vida. Sólo puedo decirte que tienes que dejar atrás el pasado si no quieres que este te esclavice.- musitó Dorothy.

-Lo he intentado. Cada una de las horas, minutos y segundos de estos dos años, he

tratado de olvidar y no lo he conseguido. Además, el hecho de que él actúe como otra persona no da ninguna garantía de que no vuelva a ser el mismo de antes.

-Estoy muy lejos de defenderlo, pero creo que sería justo darle otra oportunidad. Al fin y al cabo todos tenemos derecho a una- fue la tímida sugerencia de Prudence.

-Por favor, entiéndanme. Todas sabemos que él sería capaz de obligarme a trasladarme a Aumont o en el peor de los casos podría llegar a quitarme al niño. Si quiero evitar que eso suceda, no tengo ninguna otra opción que mantener mi embarazo en secreto.

Dorothy y Prudence supieron por el tono de sus palabras que no lograrían disuadirla. La conocían a fondo como para saber perfectamente que daría su brazo a torcer de ninguna forma.

-Es tu decisión y la respetaremos.- sentenció Prudence. La anciana asintió a las palabras dichas por la muchacha.

-¿De cuánto estás?- inquirió Dorothy a Isabelle.

-Mes y medio.

-Eso significa que contamos con muy poco tiempo antes de comience a notarse tu preñez.- adujo Dorothy.- Lo cual innegablemente nos obliga a actuar lo más rápido posible.

Prudence comprendió lo que Dorothy quería decir, se levantó de la silla que ocupaba y comenzó a pasearse por la habitación, cavilando sobre lo que se debía hacer.

-Creo que primero debemos saber a dónde nos debemos dirigir.- repuso con cautela.

Isabelle permaneció pensativa.

-Naturalmente, ese lugar no puede ser una posada. Implica que debemos adquirir un lugar propio.

-Isabelle, sabemos que eso no es problema. Prudence y yo podríamos desplazarnos y conseguir un buen sitio. Lo que es una verdadera complicación va ser tu separación del Conde. Resulta impensable que vaya a renunciar a ti tan fácilmente. Hijita, es mejor que lo pienses. Lo que quieres hacer implica muchos riesgos no sólo para ti sino para tu hijo.

-Abuelita, lo sé perfectamente. No tengo otro camino que seguir.

Prudence parecía inquieta.

-¿Un hombre es lo suficientemente torpe como para no darse cuenta que su mujer está en estado interesante?

Resultaría sorprendente saber cómo una muchacha de dieciocho años podía hablar con tanta propiedad acerca de un embarazo, pero Isabelle no se asombró en

absoluto. No obstante de que una muchachita conociera el tema sería un verdadero escándalo para cualquier otro que se diera cuenta de ello.

-No se dará cuenta y si lo hace, justificaré de cualquier otro modo mis malestares.- afirmó ella muy segura de sí.

Las otras mujeres suspiraron de exasperación. ¿Cómo podía ser Isabelle tan ingenua?

-Díganme ¿Van a poner algún otro reparo? Porque si es así puedo viajar sola.- replicó bruscamente.

Dorothy la miró indignada mientras que Prudence desvió la vista.

-¿Cómo se te ocurre semejante idea?! Nunca hemos pensado en abandonarte y ahora menos que nunca.- asumió la señora.

-Siento haber perdido los estribos. Pero, es que me desespera el pensamiento de que Alexander pueda quitármelo. No podría soportarlo.- dijo apenada.

-Lo entendemos Isabelle y vamos a ayudarte.- Prudence la abrazó con cariño para consolarla.

13.

Prudence sonrió al ver a Isabelle tan contenta. En la cabaña se respiraba un aire de felicidad que a veces pensaba si el conde no se preguntaría la causa de ello.

Con los ojos violetas brillantes de emoción le mostró un pequeño baúl. Isabelle lo tomó intrigada. No recordaba haber visto antes esa caja.

-¿Qué es?- preguntó con una viva curiosidad.

La sonrisa de Prudence se ensanchó, lo cuál aumentó la curiosidad de Isabelle.

-Vamos ábrelo. – la apremió Prudence suavemente.

Ella tomó el baúl en sus manos temblorosas y levantó la tapa, quedando boquiabierta ante el contenido. Dentro del cofre estaban colocadas con sumo cuidado unas exquisitas ropas de bebé.

-¡Son hermosas!- declaró entusiasmada.- ¿Para qué me las das?

Prudence hizo un gesto como si la respuesta fuera obvia.

-Naturalmente para que sean usadas por tu nené.

-¿Las hiciste tú?

-Sí, tengo algunos conocimientos sobre ese tema, brindados por cortesía de la abuelita y de...- Prudence calló repentinamente seria. Demasiado seria para el gusto de Isabelle, quien no pudo evitar cuestionarse el porqué de la actitud de la muchacha.

-Cono no sabemos si será niño o niña las hice en color blanco.

-Espléndido detalle de tu parte, Prue. Es el primer regalo que recibe mi bebé. Siempre has sido muy generosa conmigo.

Los ojos de Prudence se iluminaron nuevamente.

-Tú lo has sido más.

-No digas eso. Te he quitado la oportunidad de estar casada y tener hijos.

-Eso no es cierto.- la contradijo Prudence.- No me he casado, primero porque prometí que la cuidaría y en segundo lugar no he encontrado alguien que sea compatible conmigo.

Isabelle analizó las palabras de Prudence. No recordaba que una muchacha tan joven no actuara movida por impulsos románticos.

-Además, con la abuelita y contigo tengo más de lo que habría soñado con tener. Soy afortunada por eso.

Isabelle podía comprenderla, ella también sentía lo mismo. Pensó que sólo una familia como la de ella podía aceptar la marcha de un lugar en el que gozaban de estabilidad sólo por ayudarla.

Alexander se aproximó a ambas mujeres. Isabelle al darse cuenta de su presencia, en un gesto inconsciente cerró violentamente la caja de madera. Sólo quería que él no se diera cuenta de su embarazo. Comprendió que su reacción no había sido la más acertada al divisar el fruncimiento de su ceño, clara señal de que estaba sospechando.

-¿Se puede saber que es lo que ocultas?- preguntó suspicazmente.

Isabelle se sintió acorralada. Afortunadamente, Prudence acudió en su auxilio.

-Son sólo unas camisas, mitones y patines para bebés que la señora Vixen me encargó y se las estaba mostrando a mi hermana para que me diera el visto bueno. ¿Quieres verlas? Isabelle no pensaba mostrártelas porque piensa que eso no son cosas que a los hombres les interesen.

Alexander permaneció completamente perplejo ante la explicación. No pareció notar la mentira y el corazón de Isabelle dio tres vivas porque la duda que ensombrecía las facciones masculinas se había disipado. Un profundo alivio se adueñó de ella.

Prudence le tendió las delicadas ropitas y Alexander las examinó cuidadosamente.

-Son muy bonitas.- declaró sinceramente.- Estoy seguro que la señora Vixen quedará muy complacida.

-Eso esperamos, porque si le gustan, es probable que sus amigas también las pidan.- Isabelle sonreía.

-¿También tienes habilidades con la aguja?- interrogó Alexander expectante.

-En realidad, no mucho. Mis labores manuales son pasables. No me creo capaz de crear algo tan delicado.

Alexander tomó su mano entre las suyas.

-Querida mía, eres capaz de crear otras cosas. Eres una gran mujer, una excelente maestra, una dama independiente, noble y generosa, soy afortunado.

Isabelle quedó en suspenso. Por un instante su corazón se detuvo, era tan extraño pero aún así tan maravilloso que Alexander le manifestara su admiración por ella y la labor que realizaba. Años antes jamás habría pensado que el orgulloso conde de Aumont le dirigiría palabras de encomio por un oficio que entre la nobleza se consideraba inferior.

-¿Algún día podrá verme como algo más que un cuerpo de un mujer para conocer mi alma, mis sentimientos?- se preguntó ella.

-Eso es verdad. Mi hermana es la mejor mujer de todas y yo quisiera llegar a ser la mitad de bondadosa y fuerte que ella. Y si ahora me disculpáis debo terminar los vestido.- dijo Prudence haciendo una leve inclinación de cabeza y alejándose de forma veloz.

Se hizo un agradable silencio. Ambos se miraron fijamente a los ojos, un leve contacto visual casi tan íntimo como un beso. Isabelle deseó saber los secretos que se ocultaban tras esa mirada azul que se apoderaba de la suya, conocer lo que albergaba ese corazón, quiso descubrir si podía depositar su confianza en él. Se dedicó a disfrutar de ese momento porque muy pronto no lo volvería a ver.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el dulce asalto de la boca de Alexander en la suya. Adoraba esa pausada incursión de la lengua de él en sus labios, las sensaciones que despertaba su abrazo en su cuerpo y la pasión que amenazaba con consumirla.

Alexander recorrió impaciente su cuerpo y ella hizo lo mismo con él. El hombre suspiró y separó su rostro del de ella para posarla en la delicada piel del cuello. Impulsada por un anhelo superior a sus fuerzas, Isabelle se movió permitiendo un mayor acceso, lo cual aprovechó él para sembrar un sendero de besos.

-Existe una extraña conexión entre los dos, una corriente impetuosa y volcánica que nos ata y nos eleva hacia confines inexplicables.- susurró él a su oído.

Isabelle era consciente de ello. Lo sabía, lo había sabido siempre, pero reconocía que esa atracción física no era suficiente para ella, que anhelaba algo más que el deseo y la pasión: tener el corazón de Alexander, la certeza de su amor. A pesar de todo siempre quiso poder abrir su interior y mostrarle la intensidad de sus sentimiento con la plena confianza de que él no habría de rechazarla, lo que por supuesto nunca tendría.

-Todo eso no es más que lujuria. – susurró ella.- Nada más que eso.

Dolía pensar que ella nunca sería suficiente para él porque de lo contrario él no la hubiera engañado con Madeleine y nunca le habría inflingido tantas heridas, reflexionó ella. Ese doloroso pensamiento despertó su voluntad debilitada por las caricias y gimiendo se apartó de él.

-¿Te sucede algo?- preguntó solícito.

Ella se limitó a mirarlo.

-Eres el causante de todas mis desgracias y no lo sabes. Tal vez nunca llegues a enterarte, pero ya no importa porque yo no estaré allí para verlo.- fueron las tristes conclusiones a las que había llegado Isabelle.

-No me pasa nada.- declaró en voz alta.

-Estás mintiendo, Adrienne.- afirmó Alexander suavemente aunque con rabia contenida.

-¿Y cómo puedes saberlo?- inquirió ella retándolo.

Una pelea tomaba forma entre ellos.

-Así.- Alexander se acercó y la aprisionó contra su cuerpo. Ella se debatió asustada porque por un breve instante tuvo la sensación de que había regresado el antiguo Alexander. El hombre silenció sus réplicas con un beso ardiente.

Isabelle se sintió dividida en dos. Una parte de ella quería permanecer en sus brazos, la otra tan sólo quería huir. Finalmente su mente tomó el control sobre su cuerpo.

-¿Satisfecho?- su tono fue mordaz.

-Umm, en realidad, no. Todavía quiero más de eso que puedes darme y que me has regalado ampliamente estos meses.

-No cuentes con ello.- replicó enfadada al darse cuenta de que se ruborizaba por la connotación sexual de las palabras de Alexander.

Un gesto seductor y malicioso hizo su aparición en los bellos rasgos.

-Es una pena que no pueda persuadirte, que no tenga tiempo para realizar una actividad tan divertida.

Ella elevó las cejas en un gesto de fastidio.

-Tienes razón, no hay tiempo para comprobar quien es el primero en ser persuadido. Así es mejor que me vaya.- dijo deseando que él se marchara primero. Todo volvería a la normalidad cuando él se apartara de su vida. Era cuestión de pocas semanas para que se diera ese suceso, pensó con absoluta seguridad.

14.

Cinco meses se habían cumplido desde el día en que Isabelle hallara a Alexander herido y cada momento que transcurría era para ella más difícil continuar manteniendo en pie la mentira. Vivía en constante incertidumbre, asustada de que él pudiera descubrir la existencia de su bebé pero más terror sentía ante la idea de que él recobrara de un momento a otro la memoria. Además, no podía olvidar que el hombre atento y apasionado era el mismo que la había hecho conocer el significado de las palabras desgracia y amargura, el mismo que había usado su amor en su

contra.

La situación era intolerable y decidida de una vez por todas a acabar de una vez y para siempre con la zozobra que la embargaba comenzó a realizar a escondidas los planes que habían fraguado su familia y ella, lo que la obligó a esperar una fecha oportuna.

Esta no tardó en presentarse. Como si el destino estuviera de parte de Isabelle, el abogado Marc Dawson se presentó en la cabaña preguntando por Alexander. Fue una verdadera casualidad de que Dorothy, Isabelle y Prudence estuvieran ausentes y el único ocupante de la cabaña fuera Alexander.

Esa noche, Isabelle llegó como siempre. Se sorprendió de manera notable cuando compartió su cena sólo con su abuela y Prudence.

-Es extraño, que él no esté aquí.- dijo a manera de comentario.

-No debe sorprenderte.-dijo sería Dorothy.- Puesto que el abogado que lo representó en vuestra boda estuvo aquí.

-¿Te vio?

-No, porque lo vi cuando salía de la casa. A estas alturas ya debe conocer su identidad.

-Lo que en verdad debe preocuparnos es que recupere sus recuerdos.-expresó Prudence.

-Es cierto. No quiero ni siquiera pensar en la posible reacción del conde cuando se entere de nuestro engaño. Por lo tanto debemos actuar inmediatamente. – manifestó Dorothy mientras servía un poco más de sopa en su plato.

Prudence cerró los ojos y meditó. Las dos mujeres notando su retraimiento la apremiaron a tomar parte en la discusión. Tras un minuto que se hizo eterno para Dorothy e Isabelle, la joven intervino.

-La situación es grave, pero tenemos una ventaja a nuestro favor, que nos ayudará notablemente. Como lo ha expuesto la abuelita, a estas alturas vuestro esposo- dijo mirando a Isabelle.- ya debe saber que es el conde de Aumont. Casi podríamos estar seguras que el abogado le informó sobre sus propiedades y el hecho de que esta casado. Si es un hombre cabal, te dirá que esa relación que sostienen no tiene ningún futuro. Tú le dirás que lo mejor es que cada uno siga su camino y nosotras aprovecharemos que él siga la sugerencia para poder escapar.

Isabelle inspiró profundamente y Dorothy dejó de comer. Las dos parecían considerar atentamente la propuesta de Prudence.

-Es exactamente la respuesta que esperaba de ti muchacha. Ahora tendremos que esperar a que regrese para saber cual es el siguiente paso.

Isabelle se levantó de su silla impulsada por una idea.

-Hay algo que no hemos tenido en cuenta. Si Alexander no nos revela su condición de noble haremos que yo me entere de forma conveniente.

Dorothy y Prudence escucharon con visible interés. Ella continuó hablando y no pudo contener las carcajadas al ser testigo del deleite patente en el rostro de las dos mujeres. A la risa cantarina de Isabelle se unieron la de Dorothy y Prudence.

Y en este estado las sorprendió Alexander.

Las risas se cortaron en seco cuando lo vieron entrar en la cocina.

-¿Interrumpo algo?- preguntó bruscamente.

Las dos mujeres se miraron con aire de impotencia excepto Dorothy que parecía muy tranquila. ¡Menudo lío se iba armar si Alexander las había escuchado! Fue lo primero que vino a la cabeza de Isabelle. Como ya se había vuelto una costumbre, fue Prudence quien salió al rescate y simulando con toda credibilidad una actitud recatada, repuso.

-Señor, no creo que sea correcta su intervención en una conversación sobre mi vida amorosa.

Pronunció las palabras con un aire tan vergonzoso que causó otra explosión de risa en Isabelle y en Dorothy, que ambas pudieron controlar satisfactoriamente. Isabelle no esperó ni un momento para levantarse.

-Es hora de ponernos a trabajar.-dijo de forma categórica.

Dorothy y Prudence asintieron sin decir ni una sola palabra, Alexander la miró con fuego en los ojos y ella se las arregló para dirigirle una mirada reprobadora haciéndole saber que no debían despertar sospechas. Era cierto, Isabelle se las había arreglado para convencer a Alexander de que su familia no debía sospechar el grado de intimidad al que habían llegado, por eso siempre pasaban la noche juntos y al alba él se marchaba. Otra medida para despistarlo.

Dorothy y Prudence comenzaron a recoger los platos y lavarlos mientras que Isabelle le servía la cena a Alexander. Ella detalló cuidadosamente el rostro de rasgos simétricos e implacables tratando de buscar pistas que le permitieran determinar si él experimentaba algún recelo.

-Parece que no reconocieras mi cara.- fue la mordaz réplica del hombre.

-Veo que estás de malhumor. Estás extraño, muy extraño para mi gusto.-respondió ella aparentando estar preocupada aunque una vaga inquietud hacía presa en ella.

La mirada de Alexander se posó en ella con inquietante ferocidad. Su expresión amedrentadora le recordó al conde y ella sintió una furiosa indignación. Su primer pensamiento fue que él la había descubierto y se apresuró a disimular el efecto de la sensación en su rostro, de tal forma que fue suficiente para que pudiera preguntar con toda calma.

-¿Has recordado algo?

-No.

Isabelle pensó que esa era su oportunidad de terminar con todo de una vez por todas. A ella le pareció que Alexander también tenía el mismo pensamiento, pero se apresuró a ser ella quien pusiera las cosas en su sitio. Calló un momento mientras esperaba que él terminara de cenar. Alexander simplemente se limitó a observarla y no probó ni un bocado más.

-¿Puedo hablar contigo a solas?- preguntó dándole a entender que alrededor de los dos habían demasiados espectadores.

-¿Es algo tan grave que no puedan saberlo la señora Dorothy y Prudence?- para Isabelle fue evidente que la actitud de Alexander era una mera estrategia pensada con el fin de desviar su atención.

-Por favor...- comenzó ella.

Entonces, Alexander se levantó de la mesa, recogió la vajilla y la depositó en el lugar indicado.

-Muchas gracias, señora. Delicioso como siempre.- dijo en tono formal.

-Permíteme jovencito, yo lo lavaré.- dijo Dorothy.

-Gracias.- hizo una reverencia y salió de la cocina. Isabelle lo siguió hasta la habitación que él ocupaba, la de ella. Ella cerró con suavidad la puerta.

-Soy todo oídos.- dijo él demasiado serio para el gusto de Isabelle.

-En realidad, soy yo quien desea escucharte.-repuso prudentemente la joven.

El hombre clavó sus ojos en ella. Isabelle se dio cuenta de la desesperación que los azules océanos albergaban y se sintió golpeada por el mismo sentimiento.

-Hubiera querido no saber nada. Dejar el pasado tal y como estaba en el olvido.-tras las palabras de Alexander se traslucía una profunda pena que abatió las defensas de Isabelle. -Tenías razón cuando dijiste que no podías casarte conmigo porque yo podría tener una vida que haría imposible eso.

Hizo una pausa que fue desgarradora para ella.

-Sin quererlo te mentí y mentí a mi mismo. Adrienne.- dijo sujetando su mano en un súplica que los labios masculinos no llegaron a materializar.- Perdóname, no sabía que yo ya estaba casado.

-No tienes porque pedirme perdón...-dijo ella arrepentida.

Él no la dejó continuar.- Hoy vino a verme un abogado, Marc Dawson. Me reveló que lleva muchos meses buscándome por órdenes de mi tía.

-¿Tu-tu tía...?

-Sí, mi tía mi único pariente vivo, la hermana de mi padre, la duquesa de Cristensen. Al encontrarme me reveló que soy el Conde de Aumont y que estoy casado con una

dama llamada Isabelle Robillard.- prosiguió él.

-Entiendo.-dijo Isabelle inexpresivamente aunque sentía una profunda opresión en el pecho.

-Me llamo Alexander, pero ese nombre sólo me trae amargura.-declaró el hombre con las facciones contraídas por el sufrimiento.

Isabelle intentó decirle que ella era su esposa. Quiso gritarlo pero su garganta se negaba a dejar salir algún sonido. Sólo podía limitarse a mirarlo horrorizada.

De antemano sabía que él se iría porque creía que no podían estar juntos, no era su inminente partida la que la afectaba tanto porque llevaba muchos meses preparándose mentalmente para ello, sino la expresión de dolor que podía sentir con tanta intensidad como si suya fuera, como si hiciera parte de ella también.

De repente, toda pena se desvaneció del rostro de Alexander. Ella observó el cambio atónita.

-Supongo que entiendes que tenemos que separarnos. ¿No?- preguntó cínicamente.

Isabelle pareció recuperarse, el cambio de Alexander la impelió a actuar como si nada le importara.

-Eso es más que innegable.- replicó serenamente aunque sus lágrimas pugnaban por brotar.-Bien, estás casado, no tenemos ningún futuro, me has ayudado y yo te estoy muy agradecida a tal grado a que no me opondré a que te vayas. Te deseo lo mejor. No tenemos nada más que decirnos.

-Escúchame, mujer.- gritó él sacudiéndola como si esperara que entrara en razón.

-Suéltame.- el tono de Isabelle podía haber congelado el corazón de una roca debido a lo fría que sonó su voz.

-Según Dawson tengo ciertos recursos, podría ayudarte.

-¿Qué?- Isabelle estaba horrorizada y dándole un fuerte empujón que le permitió librarse de la presión de los brazos de Alexander.- ¿Quieres pagarme los servicios que te he brindando? Pues guárdate tu valioso dinero porque yo no soy una ramera.

Isabelle estaba indignada: una cosa era que él estuviera afectado por tener que dejarla y otra que pretendiera mantenerla como amante o pagarle como si fuera una querida, aunque técnicamente fuera imposible.

-Yo no quise decir eso Adrienne.- dijo él pasándose una mano por su espesa cabellera rubia en un típico gesto de exasperación. -Simplemente deseo ayudarte, que no tengas que trabajar nunca más.

Evidentemente estaba ansioso por librarse de ella e Isabelle iba con mucho gusto a brindarle su colaboración.

-Bah, no tienes que preocuparte por mí. Con nuestro falso matrimonio estoy más

que protegida. Ningún hombre va acercárseme porque saben que soy “propiedad de otro” Ahora si me disculpas debo irme a dormir. Mañana me espera un día de trabajo. Solicito vuestro permiso para retirarme, milord.- dijo ella mordazmente.-Te lo reitero por si preocupado estás por ello que no tienes ninguna responsabilidad para conmigo.

No le importó que se endureciera el gesto de Alexander ante su sarcasmo. En ese momento nada le importaba, sólo que él la consideraba como un objeto que había perdido por completo su utilidad.

-¡¡Casi, me engañaste, Alexander Fontenay Bernadotte, pero hoy pongo al cielo de testigo de que no volverás a hacerlo!!.-juró furiosa, claro que sin dejar traslucir su ira.

-Si pudiera cambiar las cosas, lo haría. No puedo y tú lo sabes.

-Vamos a dejar las cosas claras, excelencia, mi gracia, vuestra merced o como quiera que se dirijan a usted. No me interesa en lo más mínimo su vida privada, tome lo que pasó entre nosotros como una breve aventura. Lo que realmente me enfada es que pretenda pagar la hospitalidad de mi familia con dinero, así que le encarezco que no lo haga. No perderé nada si usted desaparece de mi camino.- exclamó colérica.

En el calor de su decepción, Isabelle no advirtió como afectaban sus palabras a Alexander porque después de este breve discurso dio media vuelta y se marchó con toda la dignidad que se sintió capaz de reunir.

15.

La despedida al día siguiente fue indiferente y mecánica. Isabelle se esforzó con todas sus fuerzas en aparentar que no era relevante para ella la presencia de Alexander y él, por su parte secundó a la perfección la actuación de ella. Todos se encontraban en la entrada de la pequeña cabaña, esperando el momento en que el conde habría de marcharse.

Él se iba de la misma forma como había regresado a ella, vestido con las mismas ropas que llevaba cuando estaba herido, las cuales acentuaban ese aire distinguido e impenetrable, que siempre había caracterizado al conde de Aumont a pesar de que Alexander aún no tuviera la posesión de sus recuerdos. Era como si el aristócrata se impusiera al hombre. Isabelle podía percibirlo con claridad lo que le ocasionaba una enorme tensión de sólo pensar que pudiera reconocerla.

-Que sea muy feliz.- fueron los deseos de Prudence.

-Ve con Dios, muchacho.- Dorothy lo despidió con el mismo afecto de una madre hacia su hijo.

-¿No va a decirme nada, señora Miller?

Isabelle se sintió más molesta aún.

-Milord, le deseo lo mejor.- fue la prudente respuesta, lo suficientemente breve como para especificar que no quería volver a verle. Ella estaba destrozada, pero sabía que

si se atrevía a mostrar lo que en verdad experimentaba, el tranquilo porvenir que había forjado para su hijo y para ella se esfumaría por completo y eso era algo que por nada del mundo debía suceder.

-Queridas señoras, debo marcharme pero no lo haré sin agradecer sus atenciones. En especial a usted, señora Miller.-indicó Alexander con una sonrisa maliciosa y un guiño de complicidad que sólo fue apreciado por Isabelle.

Ella se tornó escarlata y su enfado creció más porque sabía perfectamente a que atenciones se refería y bajó la cabeza avergonzada, deseando que se la tragara la tierra. Luego, apenas un segundo después irguió la cabeza en un gesto de desafío. ¡Ella no había hecho nada que pudiera avergonzarla!

-El señor conde debe tener prisa por marcharse. No debemos retenerlo más. Le deseamos lo mejor.-dijo Isabelle con veneno.

-Gracias, por sus buenos deseos señora.- susurró él con un ligero desprecio que no pasó desapercibido a Isabelle, mientras aprisionaba su delicada mano y la acercaba a sus labios besándola con la misma sensualidad con la que le habría besado el cuello.

-Vamos Prudence. Ven conmigo. Estoy segura de que querrán hablar a solas.-susurró Dorothy al oído de la muchacha.

Isabelle observó impotente como se retiraban. Tontamente, habría creído que no volvería verse inmersa en una conversación personal con él.

-Vuestra abuela y vuestra hermana son damas muy sensatas. Sabían perfectamente que debíamos aclarar ciertos asuntos.

-Creo que no tenemos ninguno en común.- dijo suavemente para que Alexander no se sintiese ofendido, aunque se arrepintió de su consideración casi inmediatamente.- Ah, eso. ¿Debo expresarle mis mejores deseos?

-Podrías decirme que me extrañarás aunque sea un poco. Que añoraras mis besos, mis caricias, que tus noches serán frías sin mi presencia.

Ella casi rió.

-Excelencia, no conocía su lado romántico. Admitir eso sería admitir amarte y yo no voy a hacerlo.

-¿Ah, no?

-¡No!- enfatizó con furia.

Aprovechando que no había ningún testigo, Alexander ciñó la cintura de Isabelle y la acercó a él, inclinándose hasta que su cara estuvo a pocos centímetros de la delicada faz femenina.

-Atrévete a reconocerlo.

Su aliento rozó la mejilla de la dama. Ella se estremeció, pero se las arregló perfectamente para ocultarlo.

-Jamás afirmaré tal cosa ni en mi boca ni en mi corazón y mucho menos acerca de un hombre casado- afirmó triunfalmente.

-No me esforzaré en hacerte cambiar de opinión. Al menos permíteme que me lleve un último recuerdo tuyo: un beso.

Ella no pudo impedirle, aunque lo hubiera querido, que él aprisionara su boca. Fue un toque ligero, sutil y electrizante al mismo tiempo que la dejó deseando más.

-Adiós, mi hermosa dama. Sé que lucharás con todas tus fuerzas contra lo que sientes por mí, pero te aseguro que perderás la batalla.

Ante semejante frase, Isabelle quedó con la mente en blanco, no supo que decir ni que hacer, tan sólo permanecer rígida viendo como Alexander montaba en el purasangre negro con suma agilidad y lanzarse al galope. Esta vez no diría que sería la última vez que él se cruzaría en su camino.

El hombre hizo un finta, tan peligrosa que el corazón de la joven se detuvo un momento a causa del horror que experimentó ante la posibilidad de que se cayera del caballo. Aliviada, se dio cuenta que Titán estaba acostumbrado a tales exhibiciones.

-Ya lo sabes. No podrás olvidarme.

Ella estaba transida ante su seguridad, aunque esperaba que se tratara de una jactancia machista y no de una profecía.

Debería sentirse contenta o no reparar en ningún sentimiento, estar vacía de emociones en vez de encontrarse acongojada por separarse de él, por haberle permitido marcharse en vez de retenerlo diciéndole la verdad. El arrepentimiento se sumó a sus sentimientos. Ojalá ella no lo estuviera enviando a su muerte.

Ese pensamiento la hizo consciente de que el accidente de Alexander no era una casualidad fortuita. ¡Alguien deseaba matarlo!

Pero ya era demasiado tarde para advertírselo porque él se había alejado y ya no podía divisarlo en el horizonte.

Casi dos días después de la partida de Alexander, Isabelle se decidió a hablar con Virginia y con Alden. Ya no existía ningún motivo para aplazar el inminente viaje. De antemano, era consciente de que le dolería despedirse de los Savage, a quienes quería profundamente por considerarlos su familia, extrañaría a Anne y Aileen pero no podía permanecer más tiempo allí, aunque quisiera hacerlo.

Trató de actuar como de costumbre, mas no fue muy convincente en su papel porque las niñas percibieron su inquietud.

-¿Te pasa algo Adrienne?- preguntó Aileen.

Isabelle fue incapaz de mentirles.

-Niñas, tengo que decirles algo. Sé que son muy pequeñas pero espero de todo corazón que puedan comprenderme.

Anne y Aileen estaban intranquilas por el tono que había empleado Isabelle.

-No te preocupes por eso. – dijo Anne con sorprendente madurez.

-Mi hermana tiene razón. Haz lo que tengas que hacer, Isabelle.

Isabelle quedó conmovida al escuchar a Aileen empleando su verdadero nombre.

-¿Cómo... cómo lo saben?

Las gemelas casi reían.

-Lo hemos sabido siempre, desde el día en que te convertiste en nuestra maestra o deberíamos decir que antes.

-Claro, estaban espiándonos, por esa razón conocen los motivos. Niñas, está muy mal lo que hicieron.-dijo Isabelle severa.

Anne y Aileen sujetaron cada una de las manos de la mujer.

-No está mal, porque sabemos que vas a dejarnos y entendemos tus razones.- explicó Anne.

-Y por esa razón, te decimos que esperamos que nos visites y nos mandes cartas.- continuó Anne.

A Isabelle la enterneció profundamente la entereza que mostraban las dos niñas y les tendió los brazos.

-Te vamos a extrañar pero seremos felices de saber que tú lo eres.-susurró Aileen al oído de Isabelle.

-También yo voy a extrañarlas y les mandaré muchas cartas.-fue la promesa de Isabelle.

Ella se sintió muy aliviada por la forma en que las niñas encaraban su ausencia, no obstante, no podía evitar el pesar al saber que debía dejarlas. Se dijo que una vez que naciera su bebé, regresaría para que las niñas pudieran conocerlo.

Hablar con Virginia y Alden fue igual de triste para ella.

Después de dialogar con las niñas fue directamente a la habitación de Ambrose. Ardía en deseos de ver al bebé y despedirse. Allí alimentándolo estaba Virginia.

-Lo siento, volveré más tarde.

-No me incomodas en absoluto. ¿Quieres decirme algo, Isabelle?- inquirió Virginia cambiando al bebé de pecho.

Ella dudó por un instante, pero luego se decidió a decirle todo lo que había pasado. Virginia la escuchó sin mostrar ninguna sorpresa y no pudo evitar reírse cuando ella le contó que las niñas conocían su historia y aceptaban su partida con madurez.

-Mis hijas son niñas excepcionales.- declaró Virginia orgullosa.- Me va doler que te vayas puesto que te considero mi hermana, pero sé que lo haces por el bienestar de tu hijo y eso está por encima de cualquier otra circunstancia.

-Me sorprendes que te hayas enterado. Te agradezco todo lo que tú y Alden hicieron por mí. Ojalá pudiera pagárselos.

-No digas eso Isabelle. Sabes muy bien que te queremos mucho y no habríamos dudado en ayudarte. Si nos necesitas búscanos y no pierdas contacto con nosotros.

-Les prometí a Anne y Aileen que me mantendría en contacto y trataré de visitarlos tan pronto como pueda.

Virginia pareció complacida.

-Eso espero. Dime ¿ya sabes a dónde vas a ir?

-Sí, no te preocupes por ello.

Virginia dejó de amamantar a Ambrose y con cuidado lo depositó en la cuna.

-Dios te bendiga hermana mía.- dijo abrazando a Isabelle.

-Y a ti también. Deseo que tu vida sea próspera y llena de felicidad. En cuanto me sea posible regresaré.

La despedida con Alden fue igualmente conmovedora e Isabelle no pudo contener las lágrimas cuando él expresó su deseo de toda la familia se despidiera de ella. La joven aceptó y tanto Alden como su esposa e hijos estuvieron presentes cuando Isabelle en compañía de su abuela y Prudence partieron.

De mutuo acuerdo ellas decidieron regresar al lugar donde su historia había comenzado: Saint John. Las mujeres sabían por experiencia que entre más distancia que existiera entre ellas y su hogar la añoranza por su lugar natal inevitablemente la haría volver. Además, Isabelle tenía un motivo más para regresar aunque nunca lo aceptaría ante Prudence y Dorothy: quería conocer la situación de Pierre.

Llevaba casi tres años sin saber de la vida de su padre, si estaba sano o enfermo y ahora que podía perdonarle el haberla entregado a Alexander, estaba en condiciones de verlo sin ningún tipo de odio. Parte de su recapitulación se debía a su bebé porque comprendía que tenía todo el derecho de conocer a su abuelo y aunque a ella le pesara también tenía derecho a estar con su padre.

Esa fue la conclusión a la que llegó cuándo el coche se detuvo al frente de una posada ubicada muy cerca de Verleine House, dirigida por una amable señora que se esmeró en atenderlas.

Pasaron esa noche allí. A la mañana siguiente mientras desayunaban un sustancioso caldo de gallina, Isabelle optó en un descuido de sus acompañantes preguntar acerca del señor de Verleine House.

-Oh, señora me temo que él está muy mal. Mi sobrino Chretien, uno de sus lacayos me comentó lo preocupados que están por la salud del señor. No creen que viva mucho tiempo. Me han dicho que el pobre señor se la ha pasado gimiendo por su hija, dice que no quiere morir sin verla.

Isabelle la miró aterrada.

-Sí, eso es muy triste en realidad porque hace cosa de un poco más de dos años que la señorita Robillard desapareció y no se ha vuelto a saber de ella. Todos sabemos en Saint John que el señor Robillard la ha buscado afanosamente, se dice que ella está muerta.

Saber eso la decidió de inmediato y en compañía de Dorothy y Prudence se encaminó de inmediato a la mansión. Allí, los criados las recibieron con una contradictoria mezcla de alegría y tristeza, pero Isabelle sólo pudo comprender la inmensidad de la tragedia que se cernía sobre la casa cuando Morton, el fiel mayordomo le reveló el estado de la salud de su padre.

-Señora, ¡gracias a Dios que ha venido! Habíamos perdido las esperanzas de volverla a ver.

-He regresado Morton y he venido a quedarme. ¿Cómo está mi padre?

-Muy mal señora. Ha venido el médico y dijo que no durará más de tres días.

-¡Dime dónde está!- lo apremió ella consternada. Si su padre moría ella lo lamentaría el resto de sus días.

-Sígame señora.- Él la condujo hasta la habitación de su padre mientras Prudence e Isabelle la seguían.

Ella no esperó, ni escuchó a Dorothy decirle que se detuviera porque una impresión de esa índole podría ser fatal para Pierre. Únicamente era consciente de que debía llegar a su padre lo más rápido posible. Ni siquiera permitió que Morton abriera la puerta porque se precipitó a toda carrera, apartando de un empujón al mayordomo y entrando rápidamente a la habitación.

Pierre estaba acostado en su lecho, lucía mortalmente pálido a tal grado que su tez semejaba en color a las sábanas blancas de hilo sobre las que reposaba. Alrededor de sus ojos negros había un siniestro cerco violáceo que anunciaba la proximidad de la muerte, los labios estaban secos y la expresión de intenso sufrimiento le confería a su rostro un aspecto de mayor edad de la que realmente poseía.

Tenía los ojos cerrados, sumergido en un sueño inquieto.

-¿Por qué no está el médico con él?-siseó Isabelle enfurecida.

Morton estaba estupefacto por la agresividad de Isabelle.

-Señora cálmese. El doctor Bernard dijo que no había ninguna esperanza de que el señor Pierre se recuperara por lo que no tenía ningún sentido que él permaneciera viendo la agonía de su padre.

-Ese inepto. ¿No se les ocurrió llamar a al médico de cabecera de papá?

- Lo hicimos pero estaba fuera de la ciudad.

-A estas alturas ya debe haber regresado así que llámelo de inmediato.

-Como usted diga, señora.- asintió Morton antes de alejarse.

-No se vaya todavía. Cuénteme porque sucedió esto.

-Después de que usted se casó pasaron muchos meses sin noticias suyas. Cuando al fin llegó una carta suya, el señor estuvo muy aliviado por un corto tiempo y expresó muchas veces su deseo de que usted regresara. Varias veces enviamos cartas al Castillo de Aumont, pero sólo había una única respuesta: que usted se había marchado del lado de su esposo. Mi señor no lo creyó así y cansado de obtener respuesta fue a ver al conde, quien le informó que usted se había ido y que su paradero era desconocido para él. Eso fue el golpe que lo debilitó, porque hasta entonces nunca se había enfermado.

-Continúe.- ordenó Isabelle imperiosa.

-Si usted así lo quiere. El señor la recibió la noticia de su desaparición, exigió saber toda la verdad y el conde así se la dijo prometiéndole que la ayudaría a encontrarla. Sin embargo, su padre estaba muy abatido y sus fuerzas fueron disminuyendo día tras día. Hace dos meses sus pulmones se enfermaron, ese mal ha empeorado y amenaza con llevárselo. Señora, no pierdo la esperanza de que se recupere cuando sepa que usted está aquí.

Isabelle se acercó al lecho en donde yacía Pierre. La culpabilidad la atenazó como si fuera un carbón encendido. En ese momento todo odio, todo rastro de resentimiento que todavía pudiera albergar se desvaneció como si nunca hubiera existido. En silencio, arrodillada oró pidiendo la recuperación del hombre que le había dado su vida y estaba a punto de perder la suya.

-Padre, ojalá pudieras perdonar mi terquedad y mi orgullo.-rezó.

Como si la hubiera oído su muda plegaria, Pierre abrió los ojos, mirándola fijamente en silencio, tratando de convencerse de que era realmente ella.

-Papá.- comenzó a decir Isabelle.

-*Chérie*, estás aquí.- Pierre la contemplaba con infinito cariño.- Quédate conmigo, por favor.

-Nada podrá separarme de tu lado.-manifestó con candor, acariciando la blanca mejilla de su padre.

Él sonreía y ella correspondió a su sonrisa con otra de gratitud. No hubo más palabras entre ellos hasta que ella lo besó en la frente.

-Duerme papá que yo velaré tu sueño, padre.-musitó Isabelle. Pierre sonrió nuevamente y cerró los ojos.

-Gracias por estar conmigo. Gracias.-fue lo último que dijo.

La noche transcurrió apacible, todo permaneció en absoluto silencio pareciendo una muestra de respeto por la situación presente. Isabelle estaba rendida. Sostuvo el

candil y apagó la vela a punto de extinguirse, ya que los primeros rayos del sol comenzaban a iluminar la habitación. Descorrió las finas cortinas de brocado y observó detenidamente el ascenso del sol en el horizonte.

-Padre es el inicio de un nuevo día ¿Cómo te sientes?

-Mucho mejor, *ma chérie*.- fue la corta respuesta.

Una intensa satisfacción la invadió al ver la ligera coloración en las mejillas de su padre y la atenuación de las bolsas bajo sus párpados. Era innegable que su padre se estaba recuperando, sin poderlo evitar un suspiro de alivio se escapó de su boca.

Pierre la observaba con el semblante rebosando de profunda alegría.

-Si no fuera por ti, yo estaría muerto.- declaró él.- Isabelle, *ma file*, perdóname.

Ella colocó con suavidad un dedo en su boca.

-Shh, no te esfuerces . cuando estés mejor hablaremos, ya vengo voy a traerte algo de comer. Necesitas recuperar fuerzas.

-No tengo apetito.

-Vas a comer- dijo ella con dulzura.-No quiero ninguna queja.-le riñó ella con ternura.

El hombre hizo un gesto afectuoso.

-Seré obediente. Haré todo lo que esté a mi alcance para mejorarme.

-Papá soy tan feliz de oírte decir eso. No puedes dejarme ahora que más te necesito.

-*Ma petit*, yo no te dejaré nunca.

La antigua relación entre padre e hija tan afectuosa y estable pareció revivir con el mismo vigor con que una planta recupera energía al recibir la cálida caricia del sol. Ahora, ella tenía la certeza de que todos los recuerdos amargos quedarían atrás.

Dorothy, quien había recibido al médico y que junto a Prudence habían ayudado a Isabelle, sonrió viendo florecer el afecto entre los seres que más quería. Sin interrumpirlos los atisbó por última vez.

-Mi pequeña Adrienne, debes estar muy contenta donde quiera que estés. Estoy segura de que este es el inicio de una época venturosa-murmuró antes de retirarse discretamente.

Poco a poco, todo volvió a su curso normal algo que los moradores de Verleine agradecieron con todas sus fuerzas. La rapidez con la que pasó un mes no dejó de asombrar a Isabelle. Tantos cambios en un tiempo tan breve hubieran causado la misma reacción en otra persona que no fuera ella.

Estaba en el cuarto mes de gestación y apenas comenzaban a traslucirse cambios significativos en su cuerpo, su vientre ya mostraba una ligera ondulación y sus senos se dilataron un poco, dispuestos a prepararse para alimentar a la nueva vida. Puso

una mano en su estómago con la esperanza de poder sentir los primeros movimientos de su hijo mientras observaba el atardecer cayendo sobre los gloriosos campos verdes que no había dejado de extrañar.

Había tantas maravillas en el mundo y ella nunca había sido consciente de ellas. Ver a su padre despierto y totalmente recuperado, la emoción que la invadía de pensar que tendría a un bebé en sus brazos, el florecimiento de las rosas del jardín y la placidez que se sentía en Verleine House, una tranquilidad que nunca antes había existido.

Esos pequeños placeres no eran suficientes para Isabelle. La misma añoranza que la perturbó en años anteriores antes de reencontrarse con Alexander regresaba con mayor fuerza que antes. Se encontraba deseando poder verlo y abrazarlo diciéndole que el fruto de su amor por él crecía en sus entrañas.

Sabía perfectamente que eso no podía ser, no tenía ni la más mínima esperanza de que él compartiera sus sentimientos y ella no podía permitir que su afecto la controlara y dirigiera su vida. No, no podía.

Finalmente lo lograría, vencería aquel amor aunque le llevara todos los años de su existencia, aunque tuviera que combatirlo cada segundo que respirara en la tierra, su razón saldría victoriosa sobre su deseo. Era cuestión de esperar, ya que era consciente de que todas las pasiones son fuego que termina consumiéndose a sí mismo disipándose hasta desaparecer.

Una ligero movimiento del bebé la sacó de sus cavilaciones.

-Tienes razón, cariño. Me estoy poniendo muy trascendental.

Su bebé suyo y de Alexander, un vínculo que siempre la mantendría unida a él.

Después de un paseo por toda la mansión y de haber reflexionado bastante sobre el tema, Isabelle optó por hablar con su padre. Era imposible seguir posponiendo el momento de decirle que sería abuelo, dentro de poco comenzaría a notarse su embarazo y su padre podía llegar a la conclusión de que su nieto era fruto de una relación no permitida y el temor de que pudiera llegar a aborrecer a su nieto la decidieron de inmediato a hablar aunque sentía ciertos resquemores con respecto a la actitud de Pierre cuando lo supiera. No tenía ninguna otra opción, pero le preocupaba pensar cuánto afectaría a su padre su revelación.

Estaba buscando las palabras más adecuadas y el mejor momento para decírselo cuando una suave tos la hizo perder la concentración.

-Uhhm, Isabelle.- era Dorothy quien la llamaba.

-¿Pasó algo abuela?

-Te veo inquieta, por la cara que tienes veo que vas a decirle a tu padre que estás embarazada.

-En efecto, así es.

-También te da miedo contarle en que circunstancias concebiste.

Isabelle dejó escapar un suspiro. Era imposible ocultarle algo a Dorothy, podía leer en ella con facilidad.

-Tesoro, quiero que sepas que cuentas con todo mi apoyo y te digo que no debes preocuparte. Has juzgado muy duramente a tu padre, él sabrá entenderte. Es un hombre un poco orgulloso, pero es un ser humano como tú y como yo.-dijo Dorothy acariciando con ternura su mejilla.- Ya verás que le gustará muchísimo la idea de ser abuelo.

Isabelle comprendió que su abuela tenía razón. Ella respetaba profundamente la intuición de su abuela y esa convicción hizo desaparecer su temor pero no su vergüenza.

-Mi niña, debes saber que Pierre no está en condición moral de reprocharte nada, ya que el bebé es resultado de tu matrimonio, así que ya no te preocupes más. Creo que debería contarte algo. Nunca te dije en que circunstancias nació tu madre. En realidad otros problemas ocupaban nuestra cabeza. ¿No es así cielo?

Isabelle asintió.

-¿Y te gustaría saberlo? Tus ojos me dicen que sí. Yo era muy joven cuando me di cuenta que estaba enamorada de tu abuelo, la diferencia de clases hacía totalmente imposible que pudiéramos estar juntos. Cuando él desposó a la señora Elaine sufrí mucho, pero más cuando pasaban los años y ella no podía quedar en embarazo porque sabía cuánto quería Christopher un hijo. Así que una noche en la que estábamos solas me pidió que le ayudara a conseguir ese hijo que tanto anhelaba, yo le dije que no sabía como hacerlo y ella me propuso que la suplantara una noche en el lecho nupcial. Quedé aterrada, pero me di cuenta que esa mi única oportunidad de demostrarle a tu abuelo que lo amaría siempre. Sin embargo me preocupaba que ella pudiera sentir aborrecimiento por mí y así se lo hice saber. La señora Elaine me dijo que nunca había existido amor entre ella y Christopher, pero que se sentía en deuda con él y quería saldarla, sabía perfectamente mis sentimientos por él. Eso me hizo decidirme y acepté hacerlo aún sabiendo que si llegaba a quedar encinta tendría que separarme de mi hijo.

-Abuelita debiste haber sufrido mucho.

-No, porque cuando se ama se es capaz de cualquier sacrificio. Y esa es la lección que quería darte, querida mía.

REVELACIONES DEL PASADO Parte III

1.

La señora continuó con su relato.

-La señora Elaine me permitió usar un poco de su perfume y uno de sus camisones de noche. Esperamos el momento propicio que no tardó en presentarse y aprovechando la oscuridad me hice pasar por ella. Christopher no lo notó. Un mes más tarde me di cuenta que había logrado quedar encinta y así se lo hice saber a la señora Elaine, quien simuló estar en embarazo y le sugirió a su esposo que le permitiera marcharse una temporada mientras nacía el bebé. Él aceptó porque ella lo convenció de que quería estar con su tía abuela, que sin duda sabría como cuidar de ella, así que yo la acompañé. Regresamos unos diez meses después con Adrienne que estaba recién nacida. Christopher se puso muy feliz y yo supe que había hecho lo correcto. Elaine y yo criamos a mi hija haciéndole creer que ella era su verdadera madre y que yo era su niñera. Christopher jamás sospechó la verdad porque Adrienne era muy parecida a él y no tenía ningún rasgo físico que pudiera asemejarse a los míos.

-Abuela, ¿nunca te arrepentiste de tu decisión?

-No, porque siempre pude brindarle a tu madre todo mi amor y mis cuidados, aunque siempre quise que me llamara madre, pero ver a tu abuelo tan feliz compensó cualquier otro sentimiento que yo hubiera experimentado.

-Hay algo que nunca te he preguntado. ¿Mi padre sabe que tú eres mi abuela?

-No, cariño. Adrienne sólo se enteró de que yo era su madre en su lecho de muerte cuando me lo preguntó francamente y no pude mentirle. Temía su reacción pero ella sólo me dijo que había sido muy feliz por tener dos madres como Elaine y yo. Ambas sabíamos que era mejor seguir manteniendo el secreto por respeto a Elaine y a

Christopher por lo que hizo llamar a tu padre y le hizo prometer que permitiría que yo me encargara de ti.

-¿Papá no quiso saber el porqué de esa petición?

-No, estaba muy angustiado ante la idea de perder a tu madre como para pensar en los motivos que la habían impulsado a actuar así.

Isabelle meditó y recordó la amenaza que había proferido su padre si ella no se casaba. Así que todo era una mentira, urdida únicamente con el propósito de obligarla. Se alegraba de saber que su padre no había tenido la intención de cumplir con su ultimátum, sabía que su padre cumpliría la promesa hecha a su mamá y nunca se atrevería a actuar contrariamente a esta.

-Abuelita, siempre has estado conmigo como mi conciencia.- musitó ella.

-Cariño ve y habla con tu padre.- la apremió con dulzura la señora, antes de marcharse.

Ella se concentró y salió con paso decidido hacia la oficina de su padre. Golpeó con suavidad la puerta.

-*Entrez, ma petit.*- la voz de su padre rezumaba un profundo cariño y eso la conmovió.-Está abierto.

Isabelle recogió sus voluminosas falda y lentamente entró al despacho. Pierre tenía los lentes puestos y leía ávidamente un libro. Se lo quitó y los dejó encima de la mesa.

-¿Puedo hablar contigo?-preguntó cautelosamente.

Algo debió inquietar a Pierre porque enarcó una ceja, ligeramente inquieto.

-Te escucho.

La joven se sentó en el amplio diván tapizado de terciopelo color vino que contrastaba armoniosamente con la madera de los estantes y del escritorio de Pierre. Estaba ligeramente renuente a hablar por lo que Pierre se levantó del escritorio y se sentó al lado de ella.

-Papá, necesito que estés completamente tranquilo, porque lo que voy a decirte es algo muy serio. Primero prométeme que no vas a interrumpirme aunque lo que escuches sea abrumador para ti.

-Te lo prometo.

-Bien, papá.- ella tomó aire porque su voz sonó apagada.-Creo que estás enterado de que varios meses después de que me casé con el conde, decidí separarme de él.

-Lo sé, él mismo me lo dijo cuando fui a buscarte.

-Quiero saber si te dijo los motivos que me obligaron a tomar tal decisión.

-Me dijo que acababas de perder al hijo que estabas esperando y que lo culpabas a él de su pérdida.

-Veo que por lo menos fue honesto contigo.- repuso ella fríamente.

Pierre la estudió.

-Creo que ese incidente ya no te lastima tanto.-insinuó Pierre.

La confesión de Isabelle brotó con el mismo ímpetu de la corriente de un río. Le contó todo lo sucedido en esos tres años que llevaban sin verse omitiendo todo lo relacionado con Madeleine y la relación de esta con su esposo así como los detalles de su infidelidad.

Pierre la escuchaba horrorizado, cuando ella terminó de desahogarse divisó lágrimas en los ojos de su padre y se preguntó si no había ido demasiado lejos.

-Papá, no era mi intención hacerte sufrir.- dijo acongojada.

Él la abrazó.

-He sido el causante de todas tus desgracias, *ma fille*.

Ella lo estrechó con más fuerza.

-Eso no es cierto, papá. Quien debe cargar con toda la responsabilidad en este asunto soy yo.- dijo tratando de tranquilizarlo revelándole que ella conocía de antemano a Alexander. Luego, le comentó cómo se había ido a trabajar como institutriz y de lo amables que habían sido la familia Savage con ella. Sin hacer ninguna pausa, le habló de cómo había encontrado herido a Alexander así como de su amnesia y de los peligros que le habían acaecido así como de la farsa matrimonial.

-Siempre lo has querido y aún es así.- sentenció él.

Ella no respondió, pero dejó escapar un suspiro de impaciencia siguió relatándole detalladamente su experiencia hasta que percibió que su padre ardía de impaciencia.

-Papá, lo que te he contado no es importante con el motivo de esta conversación.- dijo decidida a ir al punto crucial.- Estoy esperando un bebé.

Pierre estuvo a punto de caerse de espaldas, por un minuto Isabelle creyó que había sufrido un ataque pero se tranquilizó cuando su padre se limitó a mirarla con los ojos dilatados completamente pálido. La reacción la asustó un poco.

-Tranquilízate, por favor. No quería ser tan brusca, si esto para ti es una vergüenza, me iré lo más pronto posible.- dijo con voz trémula.

-¿De verdad... estás encinta?- preguntó quedamente.

-Tengo casi cinco meses, no tengo ninguna duda al respecto. Ya comienza a notárseme- dijo con un leve acento de ternura.- ¿Me perdonarás?-inquirió entrecortadamente.

-*Ma chérie*, no tengo nada que perdonar. Sería un hipócrita si lo hiciera. Además estoy muy feliz por la noticia. ¡Un heredero de los Robillard en camino!

Isabelle sintió la más pura de las alegrías.

-¿No vas a rechazar al bebé?

-Claro que no. ¡Estoy seguro de que va a ser un niño! – exclamó entusiasmado ante

la perspectiva.- Por supuesto que si es una niña la querré igual. Seré como su padre si *monsieur* Fontenay no acepta su responsabilidad.

Ella enmudeció. ¿Cómo decirle a su papá que ella había sido una egoísta al no querer que Alexander se enterara de la existencia del niño? Por su parte Pierre estaba desconcertado.

-¿El conde no sabe que vas a tener un hijo suyo? ¿Piensas mantenerlo en secreto? Isabelle, no estoy de acuerdo con eso, tiene todo el derecho a saber que será padre. ¡*Mon Dieu!* Piensa en tu hijo.

Terror fue lo que sintió Isabelle, el más puro miedo de que él quisiera quitarle al niño.

-No papá, no quiero que él lo sepa.-calló abruptamente porque no quería hablar sobre el desenlace trágico de su primer embarazo ni la participación de Alexander en ello.

Pierre movió su cabeza en un gesto de desaprobación.

-Tarde o temprano va a enterarse de tu gestación y no creo que esté muy contento de que se lo hayas ocultado.- razonó.

Un destello de rebeldía fulguró en el rostro de la muchacha.

-Juro que si le dices algo ¡Le aseguraré que él no es el padre de mi hijo!-rebatía ella. Pierre sonrió.

-¿Y si llega a parecerse a él? Entonces tu apasionado alegato no tendrá ningún valor.

-Es más probable que tenga mis rasgos que los suyos.-dijo en un desesperado intento de convencerse a sí misma.

Pierre pareció darse por vencido. ¡Su hija era la mujer más terca del mundo!

-Piénsalo bien. Ten en cuenta qué es lo que le conviene a tu hijo y no a ti misma.- le advirtió, esperando que por lo menos Isabelle escuchará su consejo.

Para su sorpresa ella asintió y se retiró después de darle un beso en la frente a Pierre.

-*Et bon*, lo consideraré.- dijo usando por primera vez la mezcla de idiomas que empleaba Pierre.

Morton hizo su aparición.

-Señora, una dama la está esperando. Dice llamarse Lady Rosenthal. ¿La hago seguir a la sala privada?

-No, Morton.

El semblante de Isabelle se demudó. ¿Cuándo dejaría esa mujer de perseguirla? Dorothy escogió ese momento para entrar y Pierre estaba realmente curioso.

-¿Quién es esa señora?

-Una amiga de Alexander. Preferiría que te quedaras aquí papá.

-Como tú digas.- acató Pierre persuadido.

-Con permiso señor. ¿Mi niña puedo acompañarte?

-Sí, por favor no te separes de ti. No toleraré a esa mujer a solas. Pero, llama a Prudence y dile que se quede con papá- dijo ella tratando de no llamarla abuela delante de Pierre porque no sabía si Dorothy querría que su padre supiera el lazo de sangre que las unía.

Dorothy así lo hizo e Isabelle no se movió de su lugar hasta que llegó Prudence.

La señora y ella se dirigieron a enfrentar a Madeleine, a quien encontraron acomodada lánguidamente en uno de los sillones de la sala principal.

-¿Así que está es tu casa? Nada mal aunque le falta clase.

Isabelle no se molestó en tomar en cuenta la indirecta de la mujer. Optó por confrontarla directamente.

-¿En qué puedo ayudarle lady Rosenthal?- inquirió sin ninguna emoción en la voz.

-Me asombra tu hospitalidad, estimada condesa.

-Yo sólo acojo a quienes son mis amigos y usted, mylady no se cuenta dentro de ellos.

-Sí así están las cosas entonces iré directamente al grano, aunque exijo que esa sirvienta se marche de aquí.

-Dorothy no es una sirvienta y se queda aquí. ¿Entendido?

-Como quieras. Quiero que me digas dónde está Alexander.

Isabelle pensó que era la mayor de las descaradas.

-¿Acaso no lo sabe usted? Tenía entendido que tenían ustedes una “amistad” muy estrecha.

-¡No te burles de mí, mosquita muerta!- gritó histérica Madeleine.

-No me burlo, simplemente enuncio la verdad y ahora que le digo que no sé dónde está ese hombre y que no me interesa saberlo, puede marcharse de mi casa inmediatamente.

-Ya veo que no tengo nada que hacer aquí.- dijo con petulancia- Le advierto que él es mío y que es mejor que no se acerque a él si quiere permanecer con vida. Olvidaba decirle que no se confíe demasiado. La contienda aún no termina. Si me sigues retando puedes acelerar tu desaparición de este mundo.

Lo dicho por Madeleine hizo pensar a Isabelle y algo muy olvidado en su memoria tomó forma. Recordó con dolor que esa malvada mujer había intentado matarla y en vez de eso había asesinado a su hijo.

La rabia, el dolor y el deseo de venganza la impulsaron a dar un paso hacia la intrigante. La mano de Dorothy en la suya la detuvo.

-¡Lárguese inmediatamente de aquí y no vuelva!

La rubia la miró entre sus pestañas descoloridas y salió antes de que Isabelle pudiera tener el placer de hacerla echar.

Un hálito de paz pudo recibirse cuando la maldad de Madeleine se fue con ella.

2.

Todos los moradores de Verleine observaban con complacencia el ensanchamiento de las caderas y el vientre de Isabelle. Con siete meses, su agilidad había disminuido considerablemente, pero ella soportaba con alegría los pequeños malestares del embarazo sostenida por la confianza en que su bebé se estaba desarrollando saludablemente.

Prudence estaba impaciente por la llegada del bebé y para tranquilizarse había hecho un ajuar completo, algo que por supuesto agradaba mucho a Isabelle y a Dorothy. La señora por su parte, estaba muy contenta ante la perspectiva de tener en sus brazos a su primer bisnieto. Pierre también estaba muy feliz y se las arregló para reducir su ritmo de trabajo con el fin de compartir más tiempo con Isabelle y estar más pendiente del desarrollo de su embarazo.

Desde la siniestra visita de Madeleine, los ánimos estaban un poco decaídos en especial los de Isabelle quien estaba muy preocupada por evitar a que su hijo le sucediera algún peligro y trataba en lo más posible de evitar las escaleras. La inquietud en el ambiente también era percibida por la abuela y por Prudence, quien había logrado ganarse la buena voluntad del padre de Isabelle que la quería y estimaba como a otra hija.

A pesar de que nunca hablaban de ello, Dorothy sabía que su niña recordaba que Madeleine la había empujado por las escaleras del castillo de Aumont. El temor de que esa mujer pudiera intentar de nuevo contra la vida de Isabelle hizo que la señora prácticamente decidiera seguirla a todas partes. Además, eso la decidió a hablar con Pierre, quien asustado ordenó apostar vigilantes en toda la propiedad así como custodiar la habitación de Isabelle y la cocina, todo eso a escondidas de Isabelle.

Dorothy aprobó todas las medidas.

-Esa Madeleine es una mujer malvada y no dudaría que intentara matarla otra vez. Está obsesionada con la idea de que Alexander se case con ella que no dudo que hará cualquier cosa para lograrlo.- dijo convencida.

Pierre estaba asustado.

-Si hubiera sabido eso jamás hubiera dejado que Isabelle se casara con Alexander a pesar de mi honor.

- Señor ¿No entiendo lo que quiere decir?- se apresuró a preguntar Dorothy.

Ambos estaban en el despacho.

-Dorothy sé que puedo confiar en usted. Antes de decírselo quiero saber si mi hija me odió mucho cuando la obligué a casarse.

-No puedo mentirle, así fue. Ella creía, aunque nunca me lo dijo, que usted la prometió con el Conde por el hecho de que quería alcanzar un título nobiliario y más riquezas.

Pierre hizo un gesto de dolor con los labios.

-No, yo no lo hice por ninguno de esos dos motivos.

Dorothy dejó caer sus manos a su regazo, intrigada.

-Hace seis años, debía bajar a Saint John a verificar las mercancías llegadas del interior, tenía prisa así que tomé el camino más rápido y por cierto el más inseguro. Estaba a unos metros de llegar al pueblo cuando cinco asaltantes me interceptaron y dijeron que matarían si no les daba lo que tenía de valor. En ese momento, un joven acudió en mi auxilio y logró ahuyentar a mis atacantes aunque le disparó a dos y logró matarlos. En agradecimiento, le dije que podía pedirme lo que quisiera siempre que estuviera a mi alcance. Pensé que me pediría oro, una propiedad. Había juzgado mal al muchacho, porque se atrevió a pedirme la mano de mi hija en matrimonio. Le dije que eso era imposible porque Isabelle no tenía el menor deseo de hacerlo, él rió y dijo que no lo juzgara por su apariencia. Le dije que no lo hacía, que me había salvado de una muerte cierta y que por eso le estaba muy agradecido. Entonces, me recalcó que yo no tenía honor porque acababa de hacer una promesa y un segundo después rompía mi palabra. Comprendí que el muchacho tenía razón y le dije que lo aceptaba como yerno sin importar su condición social.

Pierre hizo una pausa y Dorothy se apresuró a insistirle que le siguiera contando.

-Me escuchó y se echó a reír. Repliqué algo molesto que no veía motivo de risa y agregué algo así como “muchacho, si mi hija te ve va a horrorizarse y dudo mucho que te acepte en matrimonio. Tendré que refinarte”. Recuerdo que me hizo seguirlo hasta llegar a una espléndida residencia que reconocí como el Castillo de Aumont y me sorprendí mucho al ver que todos los criados se inclinaban ante el muchacho.- Pierre dejó escapar una carcajada.- Quien me había salvado era el Conde de Aumont y ahora estaba más que obligado a darle a mi hija. Acordamos que se casaría con ella en dos años y me marché. Después mi hija decidió que quería ser religiosa y yo pude permitirselo.

-Lo comprendo, señor. Tenía que cumplir lo pactado.-dijo Dorothy comprensivamente.

-No respeté los deseos de mi hija y la coaccioné amenazándola con despedirla a usted si no accedía a casarse. Por supuesto no tenía la intención de hacerlo. Como

no cedía la encerré en su habitación. En ese momento, estaba convencido que en cuanto lo viera cambiaría de opinión pero lamentablemente el conde decidió celebrar la boda por poderes y ella comenzó su vida de casada odiándome. Dorothy, créame que me sorprendí al saber las razones por las cuales mi hija no quería casarse.

-Conozco bien la historia señor.

Isabelle estaba pálida, no pudo moverse de la impresión de escuchar semejante revelación de labios de su padre. El corazón le latía sin control y las sienes le palpitaban así que se obligó a mantenerse tranquila por el bien de su hijo.

-¿Papá por qué no me lo dijiste antes? Si hubiera sabido que era una deuda de honor, hubiera aceptado con resignación mi destino.

-Mi vida, fue por la misma razón que tú no le dijiste a tu padre que estabas enamorada. Pero, es un asunto que deben resolver solos.- dijo Dorothy retirándose.

Padre e hija quedaron solos. Isabelle se sentó en el sillón y Pierre tomó asiento al lado de ella.

-Papá, perdóname, en mi interior te acusé de algo de lo que eras completamente inocente.

-Yo no tengo que perdonarte. Eres tú quien debes hacerlo.- dijo Pierre abrazándola con ternura.- Estuvimos ocultándonos secretos y eso nos separó. Quiero que ahora en adelante podamos confiar uno en el otro.

-Así, será, papá-acordó ella emocionada.

-Sé que este no es el momento para que saquemos a colación ese tema, *cherie*. ¿Puedo saber si aún amas al conde?

-No lo sé, papá.- repuso ella escuetamente.

- Tal vez, lo que os separa es precisamente lo mismo que nos separó a nosotros. Piénsalo, tal vez algunas cosas comiencen a cobrar sentido.- aconsejó Pierre, besando a su hija en la frente.- Y ahora ve a descansar, *ma petit*.

3.

Isabelle pensó en las palabras de su padre una y otra vez, preguntándose si ella había juzgado mal a su esposo. Sabía debía estar resentido por su rechazo, pensando que ella no lo había aceptado por su condición social. Una leve pena se instaló en su corazón. Si tan solo ella hubiera tenido conocimiento de que su padre la había dejado en libertad de seguir sus inclinaciones, nada de eso habría pasado. Sonrió con tristeza al imaginar una vida en común con Alexander antes de que el odio se hubiera interpuesto en sus vidas.

Sin embargo no se arrepentía de lo vivido y menos cuando su bebé crecía en su vientre al igual como ella crecía como persona.

Dos tímidos golpes en la puerta la devolvieron a la realidad. Y sin esperar a ser

invitada entró Prudence, completamente demudada. Isabelle se asustó al verla así.

-Prue, siéntate.- dijo ella.- ¿Qué pasa?

Los ojos de Prudence más brillantes que de costumbre la miraron desconcertada.

-Estoy empezando a creer en los fantasmas.- murmuró.

-Prue, aquí no hay espíritus de ninguna clase.- dijo Isabelle, preocupada por la actitud de su amiga.- ¿Qué fue lo que viste?

-Había un hombre en los alrededores de Verleine. Me llamó mucho la atención.

A Isabelle le pareció demasiada coincidencia con su propia historia.

-¿Te interesa el desconocido?- preguntó abiertamente.

-Me impactó. Nunca había visto un hombre tan llamativo.

Isabelle rió ante la descripción.

-Entonces, te gusta.- manifestó, acertando de lleno. Se dio cuenta viendo como enrojecía Prudence. Se sintió muy superior a ella y pensó que Alexander debía sentir lo mismo cuando ella se sonrojaba. Tendría que dejar ese molesto hábito, así fuera solo para fastidiarlo.

-¿Tienes alguna idea de quién es?- preguntó sin mostrar excesivo interés, para que Prudence no se sintiera amenazada.

-No, pero pude verlo bien. Es alto, cabello oscuro, de hombros anchos, su piel es morena (aunque no mucho) y vestía elegantemente. Tiene apariencia de caballero.- terminó Prudence ligeramente desanimada.

La descripción indudablemente correspondía a Lord Thompson y una seria Isabelle comenzó a reír por dentro, pensando que indudablemente era el marido ideal para Prudence, aunque ni loca se lo haría saber.

-¿Por qué estás tan apagada?

-Yo... no. Claro que no.- declaró Prudence aunque era evidente que estaba mintiendo.

Era toda una sorpresa que su Prudence mostrara interés por un hombre, un empujoncito serviría de mucho y estaba más que segura que era preferible que Lord Thompson ni Prudence sospecharan nada.

Una leve movimiento del bebé la hizo sonreír. Su nené también estaba de acuerdo. La idea la hizo sonreír nuevamente. Prudence la observaba con suma atención.

-Isabelle, te ves tan hermosa cuando sonríes. Me gustaría estar en tu misma situación.- suspiró Prudence.- Estoy segura de me consideraría una mujer muy afortunada. Oh, perdóname, estoy manifestándote mi envidia.- dijo sinceramente arrepentida de su reacción.

Ella se limitó a reír.

-Eso no tiene nada de malo. Yo también sentí celos de Virginia cuando me enteré de

que había quedado embarazada. No te preocupes, ya verás que es cuestión de tiempo para que encontremos un buen hombre que te quiera y te respete, con el que puedas fundar una familia.

Prudence se entristeció.

-No creo que eso sea posible.

La frase era muy ambigua e Isabelle se preguntó por los motivos que hacían a Prudence decir eso y se dio cuenta que sabía muy poco de la vida de su mejor amiga. ¿Habría algo que le impidiera cumplir sus sueños?

-¿Puede saberse por qué no crees poder casarte?

-Ahora no puedo contestar esa pregunta, pero te prometo que muy pronto lo vas a saber.- dijo Prudence lacónicamente.- Es decir, si todo sale como lo pienso... Ah bueno, eso no importa. ¿Quieres que te traiga algo de comer?- preguntó apresuradamente.

Isabelle se dio perfecta cuenta de lo que pasaba pero optó por aceptar que Prudence había cambiado de tema.

-Tengo deseos de un pedazo de tarta de manzana. ¿Puedes traerme uno? Por favor.

Prudence asintió y la dejó sola en observando el atardecer.

Unos instantes después regresó, trayendo el postre. Isabelle lo comió con avidez.

-Come despacio, que te va a sentar mal.- replicó Prudence alarmada.

-¿No te he dicho que cada día más te pareces a mi abuela?- inquirió Isabelle traviesamente.

Prudence dejó escapar una risita e Isabelle se alegró sinceramente de ello. No podía concebir la idea que Prudence estuviera tan seria. En ese momento se propuso darle algo que pudiera llenarla de alegría. Tenía tiempo de sobra para pensar en ello.

La conversación entre ambas se prolongó hasta bien entrada la noche. Entonces, Dorothy entró con la cena de Isabelle y Prudence.

-Como las señoritas no se han dignado a bajar, me veo obligada a traerles la cena.

Prudence enrojeció pero Isabelle se llevó las manos al vientre y declaró que no tenía espacio en su estómago ni para un pequeño bocado.

Dorothy miró acusadoramente a Prudence.

-No, no digas nada. ¿Le diste otra golosina?- Dorothy se dio cuenta que había acertado por la expresión de culpabilidad de la muchacha.

-Vamos, abuela. Solo fue un pequeño pastelillo y me trajo porque yo se lo pedí.

-Isabelle.- comenzó la señora enfadada.- No comas tanto azúcar, no es bueno en tu condición.

-¿Ves por qué te decía que te pareces a ella?- cuchicheó Isabelle al oído de

Prudence quien estuvo a punto de prorrumpir en una sonora carcajada.

-Dejen de murmurar y coman. Es algo ligero así que no creo que vayan a quedar con sensación de llenura.- replicó Dorothy dirigiéndoles una mirada represiva lo que las hizo reír.

Ambas muchachas comieron con avidez y después de reposar adecuadamente, Isabelle fue a despedirse de su padre, quien estaba preocupado porque ella no hubiera bajado al comedor. Ella se encargó de tranquilizarlo y le dio un beso antes de volver a su habitación, en donde la esperaban Prudence y Dorothy.

-Mi niña, ya es hora de acostarse.- declaró Dorothy con cariño.

Prudence buscó la camisa de dormir de Isabelle y Dorothy le ayudó a quitarse el aparatoso aunque bonito traje de terciopelo. Isabelle se lo colocó y se introdujo en las frescas sábanas.

Dorothy y Prudence salieron de la habitación y cerraron la puerta con cuidado. Isabelle concilió el sueño de inmediato.

En lo más profundo de su sueño tuvo la impresión de que alguien abría la puerta. El leve chirrido la despertó.

-¿Quién está ahí?- levantó la voz incorporándose en la cama.

-No puedo creer que no me recuerdes, Adrienne Miller o debería decir Isabelle Robillard.

¡Esa voz! Se sintió sobrecogida de espanto cuando su cerebro identificó a su dueño. El timbre áspero y desagradable sólo podría corresponder a una sola persona: Peter Savage.

Instintivamente supo cuál era su motivo: Quería hacerle daño.

-Me tomó cierto tiempo saber dónde estabas. Y por fin vas a pagarme todo lo que me has hecho.

Isabelle sabía que Peter Savage era un maldito cobarde y se propuso evitar que él se diera cuenta de lo asustada que estaba.

-¿Y que piensas hacer?- preguntó tranquilamente.

Peter permaneció pensativo.

-¿Quieres saber mis planes? Estoy dispuesto a compartirlos contigo. Primero satisfaré las ganas que tengo de ti y después... Todo depende de tu colaboración.

-¿No podría ser un poco más explícito?- interrogó ella en un intento por ganar tiempo.

Él hizo un fruncimiento de ceño amenazante.

-Serás mi esclava dócil y sumisa en la cama. Si te opones te mataré.

Isabelle ardía de rabia. ¡Ese lujurioso no escarmentaba! Pero, contaba con dos puntos a favor: uno que él no se había dado cuenta de que estaba encinta, dos, que

debajo de su almohada había una pistola que la discreta Prudence había colocado por si llegaba a verse en un caso extremo.

La joven no lo pensó dos veces, con un rápido movimiento, extrajo el revolver y esperó a que el fementido Savage se hubiera despojado de su ropa.

-Prepárate mujer, porque hoy serás mía.- dijo jocosamente Peter recorriéndola hambriento.

Ella no respondió, se limitó a observarlo con dureza, mientras pensaba para sus adentros que Peter Savage sería hombre muerto si se atrevía a ponerle un dedo encima. Asimismo, Peter pensaba que ella se le entregaría sin protesta alguna.

Cuando Isabelle tuvo la seguridad de que la pistola de Peter estaba lo suficientemente lejos de su dueño, empuñó la suya en dirección a él.

-¿Recuerda lo que le dije la última vez que nos vimos? Si mi memoria no me falla le advertí que iba a matarlo si se interponía en mi camino. Así, que prepárese porque voy a cumplir mi ultimátum.- declaró esbozando una sonrisa malvada.

Isabelle no tenía el menor deseo de matarlo, pero quería verlo amedrentado y de paso llamar la atención de los habitantes del castillo. Con satisfacción vio a Peter Savage palideciendo. Era evidente que estaba muerto de miedo.

-Bah, esas son amenazas. No vas a atreverte a disparar, ni siquiera sabes como manejar esa cosa.

La carcajada de Isabelle retumbó en la habitación.

-Es un redomado idiota. ¿Cree que porque soy una mujer no puedo realizar ningún oficio catalogado como masculino? Ya que está decidido a probarme acepto su desafío. ¿Ve ese jarrón?- diciendo eso Isabelle disparó.

Peter contuvo una exclamación de estupor la maldita había acertado con el disparo. A Isabelle no le pasó desapercibido el gesto.

-Después de esto supongo que no le quedarán dudas de mis habilidades y por supuesto no querrá que las ponga en práctica con usted. Aunque después de todo no sería mala idea, castrarlo con un tiro para que así me deje en paz.- dijo fastidiada, dándole a entender que en efecto iba a lisiarlo. Un poco de terror psicológico no le sentaría mal, mientras esperaba a que se movilizaran los guardias.

Sus oraciones fueron escuchadas. La puerta se abrió estrepitosamente, todos los criados del castillo hicieron su aparición armados hasta los dientes.

-Saquen de aquí a este imbécil y manténgalo vigilado en el sótano, mientras decido que hacer con él.

La gente obedeció. Ella quedó sola con Dorothy y Prudence, quienes le hicieron compañía hasta el alba. Isabelle decidió entregarlo al alguacil del pueblo para que lo hiciera pasar una temporada en prisión.

Ella estaba alterada, la segunda visita había sido igual de mortificante que la primera, auspiciada por Madeleine. Pero, ninguna la afectó más que la tercera.

Isabelle estaba en el jardín resguardada tras la pérgola, sentada cómodamente tejiendo mitones y patines, dos meses después de que Virginia y Alden vinieran a llevarse a su sobrino.

Ella sintió una vivísima satisfacción al comprobar que los patines del bebé estaban completos.

-Prue, ven. Creo que ya puedo superarte en esto del tejido.- exclamó alborozada sin levantar su mirada.

La muchacha acudió de inmediato. Quedó petrificada al ver a un hombre apoyado en la entrada del jardín.

-¡Dios mío!

La exclamación de Prudence alarmó a Isabelle quien salió de su estado de concentración. Lo primero que notó fue un cuerpo que ella conocía bien, levantó los ojos al rostro de la figura. Era Alexander quien la contemplaba con indolencia. La impresión la dejó muda. Tontamente se miró las manos, le temblaban tanto que las agujas de tejer, el ovillo y la prenda que había terminado cayeron al suelo, seguidas por un ruido sordo al que ella no prestó ninguna atención. Sus pensamientos estaban con la causa de su zozobra.

-¿Qué estás haciendo aquí?- farfulló furiosa al sentir los nervios de punta.

Alexander se acercó con el mismo sigilo con que lo hubiera hecho un felino. La joven lo estudió cuidadosamente. Se le veía magnifico con ese traje negro que le otorgaba un aire siniestro y misterioso. Tragó saliva compulsivamente mientras maldecía su destino. ¿Por qué había tenido que venir precisamente en esos momentos? ¿Por qué?

-Querida mía, es un extraño recibimiento por parte de una mujer hacia su esposo, en especial todo el tiempo que hemos estado viviendo separados.

Isabelle agrandó los ojos y un temor visceral se apoderó de ella por unos instantes. Su peor pesadilla se había convertido en una espantosa realidad.

Ella estaba perpleja y asustada. Recuperada de su primera impresión sólo tenía una idea fija: hacer que se marchara lo antes posible. Antes de que notara su embarazo y comenzara a acosarla con sus preguntas.

Pensar en lo que podría pasar la hizo sentir un escalofrío de pánico y una profunda impotencia.

-¿Estás bromeando?- preguntó con frialdad y previendo el nacimiento de una violenta discusión ordenó a Prudence que se retirara.

Alexander permaneció en silencio hasta que la joven haciendo una reverencia salió

de la habitación.

-¡Respóndame! ¿Qué está haciendo aquí?- exigió furiosa, perdiendo la última pizca de pizca de compostura que le quedaba.

-¡Por amor de Dios! ¿Qué quieres que te responda?- declaró exasperado.- Que estoy indignado por el modo en que jugaste conmigo durante tantos meses, que creo que fuiste una maldita cobarde al no decirme la relación que nos unía, que soy incapaz de entender como odiándome tanto me ofreciste tu cuerpo tantas noches.- declaró incisivamente.

Ante sus palabras ella comprendió que él ya no tenía amnesia. Ahora venía dispuesto a atormentarla. Estaba atada de pies a manos, sin saber cómo saldría de semejante aprieto. El bebé escogió ese momento para moverse frenéticamente. Isabelle supo que su hijo o hija estaba tan ansioso como ella y en virtud de eso debía hacer un esfuerzo por calmarse.

Inspiró profundamente y contó lentamente hasta diez esperando que su rabia se disipara por completo.

-¿Lo sabes todo?- preguntó ya tranquila y sabiendo de antemano que no podría seguir mintiendo. Era hora de revelar la verdad. Su pregunta era estúpida pero le permitiría saber que tanto conocía Alexander.

-¿Qué significa “todo?” Hacerte pasar por una mujer viuda, creando una nueva identidad, cubriendo tus huellas para que no te descubriera. Todo estaba muy bien calculado. Tienes una gran capacidad para engañar ¿no es así, querida?

-Mi capacidad para mentir no se iguala a la tuya, querido maestro. Admito que me has descubierto pero no tengo la menor duda de que desconoces el motivo que me impulso a actuar así.- repuso sin levantarse. Si eso es todo lo que venías a decirme haz el favor de retirarte.

-Vine por una explicación y no me iré sin oírla, así tenga que obligarte a dármela.

-Amenazas, sarcasmos y ¿ahora viene la violencia? ¿Es así como quieres conocer mis razones?

-Debo reconocer que eres muy hábil. No te preocupes que no voy a agredirte, aunque esté en mi derecho. No pienso tocarte ningún rizo de tu adorable cabeza, sin embargo quiero toda la verdad.

-Por favor, conoces una gran parte de ella. Te lo dije todo en la última discusión que tuvimos, antes de marcharme de Aumont.- le recordó Isabelle con cierta impaciencia.

-Sí, sé tus motivos.- repuso él secamente.- Aunque si mal no recuerdo, dijiste que vendrías a menudo para aparentar que no había pasado nada entre nosotros.

-¿Eso es lo que te molesta? Simplemente, cambié de opinión. Después de todo lo que había sucedido, sólo quería olvidar y no lograría en Aumont. Sólo, te dije lo que

querías oír porque estaba convencida de que si sabías que mi adiós era definitivo, jamás me habrías dejado ser libre.

-Excelente deducción, Isabelle.- replicó con ironía.

-Piensa lo que quieras, no me interesa. No quería pensar en mi pasado, que tanto dolor me causaba, así que decidí comenzar de nuevo como una mujer sin riqueza con los mismo problemas y alegrías de cualquier otra. Conocí la libertad de estar alejada de un mundo tan aparente y banal- se sinceró ella.- Quería saber como era una existencia común y corriente, una vida que pudiera disfrutarla día tras día.

-No creo que eso sea excusa para tu imperdonable engaño.- replicó él mirándola fijamente.-Tus deseos de vivir tu vida no justifican que me hayas utilizado.

-Hablas como si fueras una víctima y no lo eres. No me hagas recordar todo lo que pasó entre nosotros. Además, no yo tengo la culpa de que te hayas cruzado de nuevo en mi camino.- le reprochó.

-¿Te arrepientes de haberme salvado? ¿No te parece un poco tarde para remordimientos?- planteó Alexander con una sonrisa burlona.

A ella le dolió su comentario, pero no supo exactamente porqué.

-Yo nunca hubiera querido que murieras. Mi resentimiento no llegaba a ese extremo.- se defendió con ardor.

-Claro, no te importaba porque ya tenías trazado un plan desde el momento en que me llevaste a tu casa.

-¿Y se puede saber que podía obtener de ti?

-Dinero no, es evidente. Placer físico podría ser, somos muy compatibles en ese aspecto.

-Cállate- dijo ella avergonzada, sin atreverse a mirarlo a la cara.

-Continuaré por supuesto. Asegurarte de mantener tu libertad seguramente.- remarcó él mientras la tomaba y la obligaba a levantarse. Para incomodidad de Isabelle, clavó su mirada azul en su vientre.

-Me usaste como semental y lo mejor del caso, ya que estamos hablando con total sinceridad, es que disfruté ejerciendo el cargo aunque desconocía que estaba fungiendo como tal.

A pesar de que había prometido no volver a sonrojarse, Isabelle no pudo evitar que un molesto rubor invadiera sus mejillas y no intentó defenderse de ese ataque.

-Al menos esta vez no afirmaste que mi bebé no es hijo tuyo.- dijo ella con veneno.- Respecto a usarte como “semental” eso no es cierto. Yo no esperaba quedar nuevamente embarazada (aunque no hice nada para evitarlo) y antes de que te atrevas a tergiversar mis palabras, quiero que sepas que lo quiero con todas mis fuerzas y tú no me separarás de él.- pronunció la última frase con tal convicción que

Alexander la observó sorprendido. Pero, eso no le impidió enarcar una ceja en un gesto de incredulidad.

-Me resulta tan difícil creerte.- su voz rezumaba sarcasmo. Ella no se inmutó.

-Me importa un soberano comino lo que pienses.- replicó enfadada, mientras volvía a sentarse. Ya no podía estar de pie mucho tiempo.

-Isabelle, esas no son palabras propias de una dama. Si te preocupa tanto que te quite al niño, permíteme cerciorarme de que eres la persona indicada para protegerlo.

-Tendrás que conformarte con mi palabra.

-Querida me temo que eso no es suficiente. Has dicho y hecho demasiadas cosas para que pueda tomarte en serio.

Isabelle permaneció muda. Su intuición le decía que él iba a proponerle algo que no iba a gustarle en lo más mínimo.

-No comprendo el porqué de tanta preocupación. Oh, eso. ¿Crees que soy una desalmada que se desharía de su hijo? Mi embarazo está lo suficientemente adelantado como para demostrar que yo no sería capaz de hacer algo tan horrendo.- alegó ella en un nuevo arranque de ira.

-Es evidente que no lo has intentado.- dijo él sin despegar los ojos de la silueta de Isabelle.- Sin embargo, eso no me convence sobre la seguridad del niño. Odias a su padre con todas tus fuerzas, así que ¿por qué no habrías de odiarlo también?

Isabelle creyó conveniente aclarar.

-Yo no te odio, me eres completamente indiferente y si en verdad te odiara, ese sentimiento no afectaría el amor que siento por mi hijo porque es un ser completamente inocente de lo que ha sucedido.

Alexander desplegó una adorable sonrisa que la deslumbró.

-Ese argumento no me convence. He decidido quedarme aquí hasta dos meses después de que el niño nazca.

4.

Isabelle apretó las manos con impotencia.

-¿Qué es lo que estás diciendo? ¿Quieres quedarte aquí cinco meses?- preguntó horrorizada.

-¿Con que tienes siete meses de gestación? Eso solo significa que lo sabías cuando nos separamos. ¿Cuánto tiempo pensabas ocultármelo?

-Para siempre.- dijo ella enojada.- Pero, esa ya no es la cuestión, quiero saber que harás al respecto.

-Te dije que vengo para quedarme. Tu padre ya está informado de esto.

-¿Cómo que papá ya lo sabe?- nueva conmoción.

-De hecho, Pierre fue quien me escribió contándome que tenía que venir para saber

la buena nueva.

-No tenía ningún derecho a hacerlo. Supongo que fue él quién te ayudó a burlar la vigilancia, no puedo creer que hayas podido evadir a toda la guardia que protege esta casa.

-Es evidente que Verleine está muy bien custodiado. ¿Cuál es el motivo de tantas medidas de seguridad?

La joven dudó. ¿Debería decirle que Peter Savage había intentado raptarla? Sí lo hacía, ¿cuál sería su reacción? Ateniéndose a su deseo de no mentir, decidió que lo mejor era decírselo de una vez, antes de que se enterara por boca de otra persona. Le relató en forma sucinta el episodio con Peter. Casi le agradó darse cuenta del disgusto que experimentó Alexander al oírla. Ese brillo furioso de sus ojos lo hacía verse tan humano que no podía evitar sentirse conmovida, sentir el nacimiento de una nueva ilusión. ¿Qué importaba que él estuviera a su lado por motivaciones que no tenían nada que ver con ella? Tan sólo deseaba convencerse de que él estaba con ella porque la quería.

Semejante anhelo la alarmó porque sabía de antemano que no existía la esperanza de hacerse realidad y era mejor que lo tuviera en cuenta, quizás teniéndolo presente fuera más fácil desterrarlo de su mente y corazón. Terminó su narración, hasta ese momento él la había escuchado sin interrumpirla.

-Es un miserable.- refunfuñó entre dientes Alexander de tal forma que ella no lo escuchó.

-Eso es todo.- repuso ella.- Por eso hay tantos vigilantes aquí.

-Desde ahora, tienes alguien más que te proteja.

-No te entiendo.- dijo ella en un murmullo.

-Naturalmente ese es otro motivo para quedarme contigo.

-¡Estás diciendo tonterías! Entre nosotros existe un abismo de desconfianza. Para dejar todo en claro, te diré que contigo aquí, estaría igual o más insegura.

Los ojos de Alexander brillaban con intensidad.

-Al margen de lo que creas sobre mí, te aseguro que no haría nada que pudiera perjudicar a mi hijo o a la madre de este.

Ella sólo existía para Alexander como la madre de su hijo. La noticia resultaba descorazonadora.

-Bonita frase, pero no es más que eso. No está respaldada por ninguna acción.- replicó en tono ácido.

-No me interesa lo que pienses. Aquí me quedo y no hay nada más que decir, así que ya puedes ir renunciando a tus deseos de arrojarme de tu casa.

-Quédate si lo deseas, no es de mi incumbencia. En ese caso seré yo quien se vaya

de Verleine. – rebatió Isabelle.

-Si pones un pie fuera de esta propiedad, ten por seguro que te demandaré frente a los tribunales.

Isabelle palideció.

-Tu cara me indica que sabes que sucederá. Los jueces me darán la custodia del bebé y podrían incluso obligarte a regresar conmigo. No creo que eso te guste.

Ante esa posibilidad ella tembló.

-En esta ocasión tu ganas. Pero no será siempre así. Te advierto que no pienso tolerar que te inmiscuyas en mi vida ni que hagas algo que pueda interferir de una u otra forma con ella.

-Tus asuntos me interesan muy poco. La vida de mi hijo es mi prioridad. Mi única prioridad.- remarcó él

Las palabras le dolieron en lo más profundo, pero se las arregló para mostrarse despreocupada.

-Infiero que eso significa que no pretenderás que te considere mi esposo.- dijo ella sonriendo.

Alexander dudó y eso le agradó a la joven.

-Nada más alejado de la realidad. Te lo repito: estoy aquí por mi hijo.- dijo él

-No puedo evitar preguntarme si actuarías de la misma manera si supieras que el bebé fuera una niña.- repuso de forma malévola.

-Mi amor es para él sin importar su sexo.- musitó lacónicamente.

Ella se enterneció.

-Gracias, mi hijo se sentirá feliz cuándo le cuente que tiene un padre que lo quiere.

Dorothy regresó.

-Mi niña, entra que ha comenzado a hacer sereno.

Los tres entraron en la casa, justo a tiempo porque ya era hora de la merienda.

Pierre los esperaba en el comedor.

-¿Cómo te sientes, papá?- Isabelle lo besó cariñosamente en la mejilla.

-Bien, *ma chérie*. Su excelencia le presento mis respetos.- dijo dirigiéndose a Alexander y haciendo una leve reverencia.

-Lo mismo digo señor Robillard.

-Suena demasiado serio, excelencia. Llámeme Pierre. De todas formas, usted es mi yerno. Sarah, por favor, comienza a servir.

La bonita morena inclinó su cabeza.

-Como usted guste señor.

La mesa estaba más adornada que de costumbre. Flores frescas por doquier en floreros de plata repujada, el mantel de encaje hecho por la madre de Isabelle, las

finas servilletas de lino blanco y los platos de porcelana decorada con oro. La comida estaba hecha con más esmero, siempre era deliciosa pero en esta ocasión se veía decidida sofisticada; todos los platillos eran una exposición gastronómica francesa. Pierre siempre decía que nada podía compararse a las cosas de su patria y tal vez tenía razón porque él cocinero se había lucido: sopa de ajo, le gigot au romarin con una guarnición de verduras, le ortolans en caissette y vino tinto en abundancia. Como postre crepes rellenas de manzanas, nueces y nata batida y una gran torta de chocolate.

Isabelle comió con gran apetito, debido a lo nerviosa que estaba pero degustó con placer las crepes. Trataba de no pensar en lo complacido que se veía Pierre en presencia de Alexander, porque eso no contribuía a tranquilizarla, al contrario la preocupaba aún más.

-Su excelencia, he escuchado que posee unos hermosos viñedos en su propiedad de Aumont.

-No solamente allí, sino en Springday y Greenheart. Le solicito que deje los formalismos y me llame Alexander.

-Lo haré así.

Esa muestra de confianza desagradó a Isabelle, que esperaba que no entraran en tanta familiaridad. Sintió náuseas. Dorothy la observó con preocupación.

-¿Te sientes bien?

-No, abuelita.- dijo en voz baja.

-Padre, ¿tengo tu permiso para retirarme?- preguntó con toda la cortesía de la que fue capaz.

-Sí, file. Puedes retirarte.

-Gracias, disculpen la molestia.- dijo levantándose de la mesa y haciendo la salida más airosa que podía imaginar.

Llegó a su habitación sofocada. Tomó un poco de agua de la palangana y se mojó la cara. Si esa era la primera noche que él iba a pasar allí no quería pensar en las demás. Una risa irónica escapó de sus labios, era una reacción típica de una colegiala, no de una mujer hecha y derecha de veintidós años.

Isabelle comenzó a desvestirse, aunque por la cantidad de botones de su traje era una tarea complicada y se observó desnuda en el gran espejo de su tocador. Su cuerpo había cambiado mucho con el embarazo, sus caderas estaban más anchas, los senos estaban aún más grandes al igual que los pezones, los cuales se habían oscurecido. Su vientre se veía tenso y su piel estaba un poco seca. Pero a ella le parecía que nunca se había visto más bonita, sabía que hacía años sus ojos no brillaban con el fuego de la alegría en ellos como ahora sucedía y que su boca no

sonreía con la misma facilidad con la que lo hacía ahora. Todo eso se debía a la ilusión de ser madre, sería aún más feliz el día, tan añorado, en que por fin tuviera a su hijo en brazos. Era desesperante que el tiempo no transcurriera más aprisa.

¡Tenía tanto deseo de ser madre! Nunca había deseado nada con tal vehemencia, con tal fuerza e intensidad como amaba a su hijo. Incluso había pensado en el nombre que le podría. Adrienne si era una niña y Alistair si era un varoncito. Ella se preguntaba si su corazón podía albergar más afecto maternal del que ahora sentía, cuando trajera al mundo a su hijo. No sabía, pero estaba segura de amaría a su bebé con toda su alma; lo que representaba un consuelo ante la certeza de que su marido no la amaría.

Sin embargo, eso ante la proximidad de su bebé no importaba en absoluto. No amaba al niño sólo por el hecho de que fuera hijo de Alexander y estuviera creciendo en sus entrañas. Era algo mucho más profundo e inexplicable. Sólo sabía que ese sentimiento la impelía a querer buscar lo mejor para él o para ella, pensándolo como una vida que dependía por completo de la suya, una dulce responsabilidad que llevaría con inmensa alegría. Isabelle creía que eso era su instinto maternal y experimentaba un gran alivio cuando pensaba que afortunadamente su destino no había sido permanecer en un convento y con alegría se decía que no se arrepentía de ello, ya que se habría privado de sentir ese gozo inefable e infinito y jamás cambiaría eso por nada en el mundo.

Tomó un poco de aceite de almendras dulces y lo frotó en sus manos. Se disponía a aplicarlo en la piel de su vientre cuando la puerta se abrió.

-Grace, por favor golpeeé antes de entrar.- dijo ligeramente irritada.

La sorprendió no escuchar una disculpa y giró para determinar a el o la causante de su interrupción. En ese momento, agradeció al cielo haber sido lo suficientemente rápida como para ponerse el camisón, porque era Alexander quién había irrumpido en el cuarto.

Él la miraba fijamente, lo que la hizo dolorosamente consciente de su aspecto: el cabello oscuro cayendo impetuoso sobre su espalda y el camisón que resaltaba su ya de por si prominente vientre.

-¿Qué estás haciendo aquí?- dijo airada.

Alexander acortó la distancia entre los dos, en tres zancadas.

-Creo que se me olvidó...

Isabelle se puso en estado de alerta. ¿Alexander olvidando cosas? Eso no era posible.

-... decirte que pienso quedarme en tu habitación mientras dure mi estadía aquí.

Ella quedó boquiabierta ante su descaro.

- ¿Y si me opongo? Por favor, nosotros no compartimos una habitación en Aumont.

-Querida fueron los deseos de tu padre. Tengo entendido que Pierre está muy delicado, no le gustará enterarse de que quieres echarme de tu cuarto.

Eso sonó a oídos de la joven como un chantaje. Él sabía perfectamente que un disgusto sería fatal en las condiciones de Pierre.

-Tú ganas.- Se estaba cansando de esperar para ganar ella.

Él dejó escapar un ronco sonido de satisfacción.

-Me alegra que seas razonable.

Ante ese sarcasmo la inconformidad de ella estalló.

-¡Maldito cerdo! Has estado manipulando a mi papá. No voy a perdonártelo.- luego más calmada o sería mejor decir, resignada.- Si no tengo otra opción, entonces, duerme aquí. Pero, no te garantizo que compartir el cuarto sea agradable.

-¿Se puede saber lo que estabas haciendo?- inquirió sin tomar en cuenta la amenaza de Isabelle.

-Vaya si que eres curioso. Demasiado para mi gusto.- repuso ella secamente.

Él tomó sus manos y las tanteó.

-Tienes las manos resbaladizas.- Alexander llevó las manos a su rostro y las olió.- Como lo suponía, aceite de almendras. ¿Te estabas haciendo masajes?

Alexander no esperó a que ella le respondiese, simplemente tomó el frasquito que albergaba el espeso líquido ambarino y vertió un poco de aceite en la palma de su mano.

-Veo que eres vanidosa, Isabelle. Pero me gustas así.

Ella se sintió atraída por esas palabras. Muy atraída, más de lo que era conveniente. El hombre se aproximó a ella y tocó sus brazos extendiendo la sustancia por sus brazos.

Isabelle se mantuvo quieta. Aunque no quería reconocerlo estaba disfrutando con el contacto de las manos masculinas. Alexander masajeó con las yemas de los dedos la piel femenina extendiéndose a sus hombros.

-¿Se mueve mucho el niño?

-Sí, mas que todo de noche.- ella estaba tan relajada que su respuesta fluyó con naturalidad, libre de cualquier aprensión que pudiera sentir

-¿Has sentido muchas molestias?

-Nada que no pueda soportar.- dijo soñolienta, completamente relajada; a tal grado que no notó como las tirantes de su camisola caían más debajo de sus hombros, descubriendo una gran parte de sus turgentes senos. Él deslizó sus manos sobre la espalda de Isabelle y bajó aún más la ligera tela hasta el inicio de sus caderas.

Una ráfaga de frío la estremeció y recobró la cordura. Miró hacia abajo y se encontró

semidesnuda.

-¿Qué estás haciendo?- preguntó débilmente, una pregunta que le pareció tonta.

-Pues dándote un masaje.-dijo él tocando la base de su espalda. Parecía saber exactamente dónde tocarla y ella se alegró más que nunca de que la luz de los candiles fuese tan tenue.

Cuando hubo frotado toda su espalda con aceite hasta que fue absorbido por su piel, Isabelle decidió detenerlo. Ya comenzaba a apartarse, pero, él fue más rápido y suavemente se apoderó de su cintura y la aferró contra su pecho. Ella quedó en suspenso en el momento en que Alexander la sentaba en sus piernas.

-¿Qué pretendes?- preguntó ella en un susurro. Él no dijo nada, apartó su cabello y comenzó a besarla en el cuello, ocasionándole temblores a la joven. De forma inconsciente, ella estiró su cuello hacia atrás, apoyando su cuerpo en el torso masculino. Las manos de Alexander rozaron sus clavículas y bajaron en dirección a sus senos henchidos. Él los abarcó con sus palmas mientras Isabelle se sorprendía al sentir el deseo de fundirse completamente en él. Se movió para acomodarse mejor y quedó estupefacta al notar la masculinidad erecta de Alexander. ¿Cómo era posible que él pudiera sentirse excitado si ella había perdido sus formas esbeltas?

Cualquier pensamiento racional murió en su mente mientras el hombre apretaba sus pezones arrancándole un gemido mientras se afanaba en besar su cuello. Por primera vez, ella adoptó una actitud pasiva, a disfrutar sin reservas ese instante. Comenzaba a sentir el deseo de entregarse completamente.

Dos suaves golpes y una suave voz los hicieron detenerse. Sintió el deseo de mandar al intruso a los mismos infiernos y con abrumadora certeza comprobó que a Alexander le sucedía lo mismo. Su razón se interpuso a sus instintos. Se levantó y se reacomodó la bata.

-¿Sucedió algo, Prue? Entra.- dijo avergonzada del pensamiento tan impropio que había tenido apenas momentos antes y cerciorándose de que ya estaba en condiciones de ser vista.

Le echó un vistazo a Alexander de reojo y se vio envuelta en una repentina sensación de bochorno: él estaba completamente vestido. ¿Acaso pensaba excitarla y dejarla en la estocada? Mientras las funciones mentales de ella estaban completamente nubladas por la lujuria, él la había seducido sin ni siquiera aflojarse la corbata.

Prudence entró llevando consigo una bandeja cargada con una tetera y un panecillo, totalmente ignorante de la tensión en el ambiente.

-Te lo manda la señora Dorothy. Dice que lo tomes mientras esté caliente.

-¿Qué es “eso”?- preguntó Alexander con desconfianza.

-Es una tisana de fresas, la señora Dorothy dice que es bueno para las mujeres encintas.- explicó Prudence sin mostrarse en absoluto asombrada por la presencia de Alexander en la alcoba de Isabelle.

La muchacha dejó la bebida encima de la mesa del tocador.

-Hasta mañana, que duerman bien.-dijo antes de retirarse.

Isabelle aprovechó la distracción brindada por Dorothy para introducirse debajo de las cobijas.

-¿No vas a tomarte la tisana?

-Por favor, tráemela.

Alexander le extendió la tasa humeante, ella se sentó en la cama y la recibió. La bebió lentamente y poco a poco un agradable sopor se extendió por su cuerpo.

-Hasta mañana.- alcanzó a decir antes de ser vencida por el sueño. Cerró los ojos y al instante quedó profundamente dormida ante la mirada atónita de Alexander.

Isabelle despertó con la sensación de no haber dormido tan bien en toda su vida. Se desperezó y con cierta torpeza se levantó del lecho. Tomó una gruesa bata y se la puso, dirigiendo sus ojos hacia Alexander, quien aún dormía. Tenía una expresión de tanta beatitud que complementaba sus rasgos faciales dándole la apariencia de un ángel, uno muy masculino y apuesto. Isabelle no pudo evitar pensar en lo hermoso que él era, lo recorrió ávidamente con su mirada deteniéndose en sus hombros anchos y en los músculos firmes bajo la piel dorada. Era tan hermoso e inalcanzable, su corazón se contrajo de pena al desear con todo su ser que la imagen que veía correspondiera al interior del alma de Alexander. Con gesto de desilusión, reconoció que eso no podría ser y menos después de todo lo que había pasado entre ellos.

Ella terminó de vestirse y dejó la habitación tratando de no quebrar el silencio que reinaba.

Más tarde, encontró a Prudence y a Dorothy en la sala de costura. Se había bañado en otro cuarto para no despertar a Alexander y porque se sentía apenada de que la viera bañarse. Suspiró y se fijó en las dos mujeres, ambas estaban ocupadas en arreglar la vieja cuna que había usado ella cuando era bebé, logrando un resultado realmente asombroso, dándole una apariencia totalmente diferente. La cunita brillaba de la misma forma en que lo habría hecho si estuviera recién construida. Estaba forrada en seda, algodón y batista de color azul claro.

-¿Qué te parece?- preguntó Dorothy exultante.

-La remodelamos para el bebito.- dijo Prudence entusiasmada.

Isabelle contempló la camita con la más profunda admiración.

-Quedó muy bonita.- tragó saliva con dificultad pensando que su madre habría sentido lo mismo que ella. -Gracias.- dijo emocionada.- Siempre actúan pensando en

mí y yo les ofrezco disculpas por todo lo que las he hecho pasar.

Pierre aprovechó ese momento para entrar en la soleada instancia.

-*Cherie*, yo también tengo algo para mi nieto.- manifestó mientras le extendía a Isabelle un delicado cofre tallado. Ella la abrió y en su interior forrado de terciopelo reposaba un sonajero de plata labrado con intrincados diseños, que la joven sostuvo en alto para que Dorothy y Prudence pudieran verlo.

-Es hermoso papá- exclamó Isabelle alborozada.

-También perteneció a tu madre al igual que la cuna. Pero eso no es todo. Sígueme, *ma file*.- indicó Pierre.

Ella obedeció de inmediato.

Una expresión de genuina sorpresa se vislumbró en su rostro cuando su padre la guió hacia el dormitorio contiguo al suyo y lo abrió.

Colgado en la pared más amplia estaba un retrato colgado de una mujer exactamente igual pero a la vez diferente a Isabelle. Eran los mismos rizos oscuros, la piel de alabastro, los delicados rasgos y la boca roja que tenía ella. Comprendió alegre que el óleo correspondía a su madre. Cada recuerdo había logrado evocar el espíritu de Adrienne de una forma tal que parecía estar presente en la habitación. Isabelle podía cerrar los ojos y evocar su perfume de jazmines en el ambiente.

-¿Dónde lo conseguiste papá?- preguntó Isabelle cuando la emoción la dejó hablar. Inconscientemente llevó la mano al relicario en donde estaba otro retrato de su madre y del que no se había separado desde que Dorothy se lo había entregado.

-Mi vida es a Alexander a quien debes darle las gracias. Fue él quien encontró el cuadro.

Las palabras de Pierre moderaron la felicidad de Isabelle. Su corazón se llenó de un horrible presentimiento.

Algo de las emociones turbulentas que la invadían se evidenciaron en su rostro porque casi de inmediato Pierre decidió justificarse.

-Me pidió que no te dijera nada... - dijo preocupado.

Alexander lo interrumpió.

-Pierre, señoras ¿podrían dejarme hablar con Isabelle a solas?

-Por supuesto. Vamos- ordenó Pierre apurado.

Las mujeres se alejaron resignadas, siguiendo a Pierre. Isabelle no despegó los labios-

-Así no digas nada, sé que estás deseando preguntar el porqué lo hice.

-La verdad es que no necesito cuestionarme puesto que tu única motivación es tu insufrible empeño en comprarme. No sé que es lo que esperas de mí ¡Pero no caeré en tu juego!

Él pareció ofendido por su apreciación.

-Me estás juzgando mal, Isabelle. No busqué deliberadamente este cuadro, este llegó a mí y lo adquirí porque la mujer del retrato es exactamente igual a ti. Se lo mostré a tu padre quien dijo que ella era Adrienne y que tú te sentirías feliz de tenerlo. Supuse que ibas a imaginar lo peor de mí, por lo que le dije a Pierre que te lo diera pero sin decirte que yo lo había conseguido.

Había un genuino pesar en los ojos de Alexander. Isabelle podía ver la tristeza en esas azules profundidades y se sintió enojada consigo misma.

-No quería ser tan dura, pero es que a veces mi desconfianza llega a grados insospechados incluso para mí misma. De verdad te agradezco mucho el presente.- dijo apresuradamente Isabelle.

-¿Podría besarte como un gesto de amistad?- repuso él con humildad.

-Puedes hacerlo.- dijo ella, pensando que se mostraba tan travieso como en los primeros días de haberlo conocido. La idea la hizo muy feliz más de lo que quería.

Alexander se acercó y juntó los labios con los de Isabelle. Ella sin darse cuenta de lo que hacía entreabrió la boca y él aprovechó para unirse más a ella, la abrazó envolviéndola cálidamente con su cuerpo infundiéndole una reconfortante sensación que la hizo sentirse segura en sus brazos, nada tenía que objetar mientras él estuviera a su lado.

Con delicadeza apartó su cara de la de él, permaneciendo en sus brazos.

-Soy consciente de que existe mucha desconfianza entre nosotros. Sin embargo, ¿me creerías si te dijera que quiero lo mejor para nuestro hijo?

Isabelle se sintió herida. Sólo estaba con ella por el bienestar de su hijo no nacido. Por eso y nada más. Había sido una ilusa creyendo en esos momentos que la intimidad de la noche anterior lo había cambiado todo, pensando que si al menos él no la amaba por lo menos la quería un poquito. Él mismo se había encargado de revelarle, o sería mejor decir, de confirmar su primera impresión, que sólo la veía como una yegua de cría y nada más. Era natural, ella llevaba en su vientre al heredero o heredera del título nobiliario de Alexander. ¿Y no era eso a lo que aspiraban los aristócratas? No creía que él hubiera renunciado a sus sueños dinásticos sólo porque se había casado por venganza.

-No lo sé.- dijo con suavidad, dispuesta a tragarse su desilusión a favor de su orgullo, prometiéndose que no volvería a lastimarla.

Él suspiró, era evidente que la respuesta no la había convencido.

-Estoy aquí porque quiero estar contigo cuando nazca, quiero que por el bien del niño podamos llevar una relación cordial basada en el respeto.

Escuchar eso terminó de confirmar las ideas de Isabelle aunque se cuidó de dejarlo

traslucir en su semblante.

-Tenemos las mismas metas.- dijo ella después de una pausa que pareció interminable.- Aceptaré que te quedes conmigo los primeros meses de mi hijo y que puedas verlo con la frecuencia que desees.- prosiguió de forma inexpresiva. No volvería a ser víctima de sus emociones. Sería fría e indiferente como él, su amor sería única y exclusivamente para la criatura que reposaba en sus entrañas.

-Hablaemos de eso a su debido momento.- ordenó él con la misma actitud de Isabelle.

La respuesta de él era demasiado ambigua y la desconfianza de la joven llegó a su máxima altura al igual que sus dudas. Ya no volvería a dejarse engañar. Si él quería una tregua, ella aceptaría pero no depondría las armas, las tendría listas en caso de un ataque por parte de él.

5.

Prudence experimentaba júbilo siguiendo día a día el embarazo de Isabelle y se dedicó con especial empeño a ayudarle a Isabelle y Alexander a decorar el cuarto del bebé, deseando con todas sus fuerzas estar presente cuando llegara el momento del alumbramiento. Tanta solicitud era evidente para todos los moradores de Verleine y en especial para Isabelle, quien comprendía el porqué del comportamiento de su amiga y percibió que era hora de buscarle un esposo decente a Prudence, incluso ya tenía un candidato, aunque se guardaría de imponérselo. No deseaba en absoluto que sintiera lo mismo que ella cuando se casó. Aunque no todo había sido malo en su matrimonio, se dijo pensando en su bebé.

Todo estaba muy tranquilo y eso la exasperaba un poco, aunque no tanto como el hecho de que era abrumada por las atenciones un tanto excesivas que su familia y sirvientes tenían para con ella. Varias veces debió morderse los labios para no gritar, estaba tan cansada de ser objeto de tanta solicitud que a veces creía que todos los que la rodeaban la creían una inválida. Para una mujer que había aprendido a hacer uso de su libertad y a valerse por si misma, esa situación era intolerable lo que sumado a sus ansias de tener pronto a su hijo creaba un clima de malhumor en ella.

Afortunadamente, ella olvidaba su hastío con la misma facilidad con que se emocionaba al pensar que iba a ser madre y eso sumado a que en Verleine siempre había mucho que hacer y a que podía burlar fácilmente la implacable vigilancia de sus guardianes, creaban alivio y paz en ella.

Ese día no podía ser la excepción. A escondidas de Dorothy, Prudence, Alexander y Pierre, Isabelle revisaba los libros de contabilidad en busca de un posible error que hubiera escapado a los penetrantes ojos de su padre y de su marido. Para su desánimo habría comprobado que todo se hallaba en correcto orden, pero la

tranquilizaba saber que recibiría a su hijo sin ningún problema.

Un molesto dolorcito hizo su aparición, haciéndola encogerse hasta que su intensidad remitió. Isabelle no le prestó ninguna atención y continuó con su tarea. Una media hora después, el dolor regresó con mayor fuerza, lo que la hizo comprender que ya era la hora del parto.

La invadió el pánico, creía que tenía dos semanas más prepararse. De inmediato se regañó por esa reacción, no era el momento para agobiarse por tonterías. Lo primero era pensar en su bebé, era consciente que lo que ella sentía su hijo también por eso era su obligación mantenerse serena, por lo que luchó para dominarse y buscar a su abuela. Ella sabría que hacer.

Aprovechando una nueva pausa en las contracciones, que se habían convertido en un intenso dolor en todo su cuerpo, caminó lo más rápidamente que pudo hasta llegar al dormitorio. Exhausta, se tendió en la cama cuando una nueva contracción hizo su aparición. No pudo contenerse y gritó. Fue consciente en ese momento que el bebé no iba a esperar ni un minuto más.

-¡Cielos! Prudence ve a hervir agua y manda a las doncellas conseguir lienzos limpios. Muévete muchacha.- oyó a Dorothy apremiando a Prudence. La voz de su abuela nunca le pareció tan grata como en ese momento.

Dorothy, Prudence y Muriel, una de las doncellas, le quitaron a Isabelle el vestido y la cubrieron con una camisola. También, retiraron las cobijas y cubrieron la cama con las sábanas más limpias y gruesas que había en la casa. Después de preparado el lecho, Isabelle se tendió allí.

Las contracciones se hicieron más fuertes y seguidas a medida que avanzaban las horas. En un determinado momento, una contracción más dolorosa que las anteriores llegó seguida de un torrente inagotable que corrió raudo por sus muslos.

-Has roto aguas, cariño. Ahora, puja con todas tus fuerzas.

Isabelle no podía escucharla, pero por instinto actuó mientras el tiempo se hacía eterno para ella y para los que la rodeaban.

Las tres mujeres habían trabajado incesantemente durante siete horas, lo cual a opinión de Dorothy era poco tiempo comparado con el parto de otras mujeres, pero a Isabelle le pareció eterno. Después con un último esfuerzo, Isabelle dio a luz. Escuchó un alarido y supo que todo había terminado. Dorothy sostuvo al recién nacido y se lo pasó a su madre, cansada pero feliz de que el parto hubiera tenido un buen término.

Isabelle miró con ojos radiantes al pequeño que se debatía en sus brazos, apoyado en su pecho. El niño había dejado de llorar. Le bastó mirarlo para comprender que amaba a dos hombres: a su hijo a Alexander. Pero, en ese momento supo que sería capaz de enfrentarse a lo que fuera, incluso al mismo Alexander por la vida de su hijo,

el fruto de sus entrañas.

-Mi amor bienvenido. Te prometo que trataré de ser la mejor madre para ti.- susurró dulcemente al oído del bebé.

El niño pareció escucharla porque fijo su mirada en Isabelle y se mantuvo tranquilo. La joven había descubierto una conexión entre ella y el bebé. Dorothy de inmediato se lo quitó y lo limpió cuidadosamente evitando que se enfriara.

Isabelle se sentía exhausta pero satisfecha. Logró ver a Alexander entrando en la habitación, antes de que el sueño la venciera.

Dorothy, con el bebé en brazos, ya vestido y dormido, se aproximó a Alexander quien parecía preocupado por su nieta.

-Señor, es normal que esté durmiendo. Todas las mujeres se comportan así después del alumbramiento. Su excelencia le presento a su hijo, es un varoncito, el orgullo de Robillard.- dijo Dorothy apresuradamente.

- Y de Aumont.- corrigió Alexander tomando al niño en sus brazos.

En ese momento, Pierre también entró. Dorothy le vio muy complacido con la llegada de su primer nieto y sonrió. Todos estaban unidos por el miembro más joven de la familia, un cuadro que hubiera enternecido a la persona más insensible. La señora pensó que era una verdadera lástima que Isabelle no estuviera despierta para contemplar el alegre cuadro. No obstante, tenía la firme convicción de que pronto Isabelle vería muchas imágenes como esa.

La joven no tuvo que esperar para verlos porque ligeramente somnolienta, se incorporó en el lecho.

-¿Te sientes bien, *ma file*?- preguntó Pierre inquieto.

-Bien, sólo estoy un poco cansada. Pero, estoy feliz, muy feliz.- aseveró con una sonrisa que iluminó su pálida tez, ligeramente demacrada.

Pierre pareció tranquilizarse.

-Dios, no recordaba haber estado tan desesperado cuando tú naciste.- suspiró.

Alexander aún tenía en sus brazos a su niño, quien dormía pacíficamente y permanecía en silencio.

Isabelle sintió el ímpetu de levantarse y de quitarle al bebé, pero más tranquila trató de controlar sus impulsos. De todas formas, era el padre y tenía tanto derecho a estar con su hijo el mismo tiempo que ella, aunque eso sí, después del parto había hecho méritos para que el niño no se separara de ella.

-Alexander, tráeme a Alistair, por favor.

-¿Alistair?- preguntaron cuatro voces en coro.

-Sí, ese es el nombre del bebé.- declaró ella tajantemente.

Ante la determinación de la madre y lo reciente del parto nadie se atrevió a

intervenir, aunque Alexander se veía enojado, por lo que Dorothy presagiando una pelea actuó.

-Señores, salgan.- ordenó.- Isabelle y el bebé deben descansar. Mañana tendrán tiempo de sobra para hablar con ella.

La orden de la señora fue inapelable y ambos hombres se retiraron de la habitación sin decir siquiera una sílaba.

6.

Isabelle se sintió desconcertada cuando comprobó que ser madre no era una labor fácil. Alistair no dormía la noche completa, tenía cólicos con frecuencia y ella como madre primeriza tendía a preocuparse en exceso por hechos usuales en la vida del niño. En los primeros días, las noches se convirtieron en un verdadero suplicio, sin embargo ella actuaba con resignación. Lo que en cambio le resultó bastante difícil fue amamantar al bebé. A veces la leche no fluía de inmediato y Alistair se desesperaba, otras, el niño la mordía por no acomodarlo debidamente.

Finalmente, después de estas pequeñas inconveniencias, Isabelle podía decir que ya era madre en todo el sentido de la palabra y empezaba a gozar las bondades ocultas de la maternidad.

Su familia le colaboró muchísimo e incluso Alexander atendía al bebé cuando ella estaba demasiado cansada para hacerlo, claro que solamente en el caso de tuviera cólicos o necesitara un cambio de pañal. Esa actitud, diferente a la que otro hombre habría tenido hizo que Isabelle nuevamente reconsiderara la posibilidad de acercarse a su esposo.

Verdaderamente Alistair había vuelto a unirlos. Cada momento que observaban el crecimiento de su hijo resultaba un lazo más que los unía, verlo comenzar a reír, ver como sus ojos negros se transformaban poco a poco, con el transcurrir del tiempo en dos réplicas exactas de los ojos de Alexander y como su cabello claro crecía para cubrir la antes cabecita calva así como la reacción exultante de ambos serían los más hermosos recuerdos que Isabelle atesoraría el resto de sus días.

Era feliz, reconoció sin poder creérselo, pero sabía que su felicidad crecería si tenía la posibilidad así fuera remota si Alexander deseara cumplir a cabalidad con su papel de padre, más allá de los dos meses que había decidido quedarse en Verleine. Ya no aspiraba al amor de él, tan solo quería que Alistair tuviera una vida plena, con el cariño de sus padres.

En ese momento, aceptando lo que en ese momento le ofrecía el destino, el bebé decidió despertar de su siesta matinal y reclamar su alimento con un fuerte sollozo.

-Eres tan pequeñito y frágil.- pensó Isabelle mirándolo arrobada.- Y sin embargo eres lo mejor que me ha pasado en la vida.- dijo mientras se desabotonaba la blusa y

apoyaba la carita del niño en su seno. El chiquito succionó ávidamente saciando su apetito, después Isabelle, siguiendo las sugerencias de Dorothy lo colocó en el otro pecho para evitar una eventual mastitis.

Ella se asombraba de lo mucho que el bebé comía, le desocupaba los senos por completo, pero se sentía satisfecha porque todo lo que Alistair comía se evidenciaba en su peso y talla.

Con sumo cuidado, depositó al niño en la cuna y lo arropó, cerciorándose que estuviera correctamente acomodado. Se inclinó y lo besó con suavidad en la mejilla. Se disponía a salir cuando la puerta se abrió.

-¿Cómo está el bebé?- Isabelle se sintió ligeramente molesta al comprobar que él no llamaba a su hijo por su nombre.

-Se llama Alistair y shh no hables tan fuerte.- susurró ella, reprendiéndolo con suavidad.

-No es mi intención despertarlo. – se disculpó él sin tomar en cuenta la observación hecha por Isabelle.

-¿Quieres verlo dormir?- dijo ella, generosa.- Es un verdadero angelito.- no esperó respuesta sino que lo tomó de la mano y lo condujo hacia la cunita. Complacida, vio que Alexander no despegaba su vista de Alistair y tampoco la soltaba. Parecía enternecido y a la vez tan orgulloso que ella trató de analizar cada una de las facetas conocidas de Alexander. Tras unos minutos, que ellos no percibieron, el caballero se inclinó y besó al niño dormido de la misma forma en que lo había hecho apenas unos segundos antes.

-Ven, Isabelle. Debemos hablar.- fue suave e implacable el tono que usó.

Isabelle tragó saliva, el momento más temido para ella había llegado. Le dirigió una mirada inquieta, que indicaba claramente la preocupación que habían despertado las palabras de él.

Él lo notó y dejó escapar un suspiro de impaciencia.

-¿No creerás que voy a abalanzarme encima de ti sabiendo que estás recién parida?

La tez de ella se tornó escarlata.

-Eso no era lo que yo estaba pensando.- alegó en su defensa.- Supuse que íbamos a tratar el tema que nos interesa: la custodia de Alistair.

Alexander se cruzó de brazos.

-Este no es el momento para empezar airear nuestras diferencias. Simplemente deseaba que le escogiéramos una fecha para el bautismo del bebé. Y también quiero decirte que no me gustó que le hubieras puesto a nuestro hijo Alistair.

Era suficientemente claro que estaba molesto, pero Isabelle no se molestó en

alterarse también, simplemente reflexionó.

-Creo que es conveniente que sea lo más pronto posible.

-La ceremonia se celebrará en Aumont. Todos los Fontenay han sido bautizados allí y naturalmente mi heredero no será la excepción.- replicó con fiereza.

Isabelle se sintió indignada ante su tono de voz. Sintió en la punta de la lengua el intenso deseo de decirle alguna palabra hiriente. Su intuición la contuvo, ella no debía iniciar una pelea.

-¿Harás la lista de invitados?

-Sí, naturalmente porque esto se constituye en el acontecimiento que hará que la aristocracia reconozca a mi hijo como el vizconde de Fourniere y mañana como el futuro conde de Aumont.

- Supongo que yo también estaré en facultad de elegir a mis invitados.-dijo fríamente ella.

-Por supuesto, haz la lista y luego la discutiremos.

-Gracias por su comprensión, excelencia. Tiene razón, esto debe hablarse en un momento más indicado.- dijo retirándose, ya ligeramente aplacada.

Prudence la encontró en el corredor y supo exactamente lo que Isabelle sentía.

-Vamos, Isabelle. Hablemos.

-Es tan evidente mi estado de ánimo.

-“Evidente” no es la palabra más adecuada. Sabes disimular ante los demás tus pensamientos, pero no ante Dorothy y yo. Sé que estás enojada. Anda, dime que te pasa, tal vez esté en capacidad de ayudarte.

La perspectiva de poder desahogarse y liberarse de las cargas que la agobiaban resultaba tentadora. Sin pensarlo dos veces, siguió a Prudence hacia la sala de costura y se sentaron en dos divanes. Allí, Isabelle le comentó su disgusto por la idea que Alistair fuera tratado como un heredero y no como un hijo.

-Isabelle, no es bueno que tomes únicamente en cuenta tus puntos de vista. Tienes que tener en cuenta la responsabilidad que implica tener un título nobiliario, así que es natural que el conde desee que su hijo sea reconocido como su sucesor y eso es, todo lo que un hombre busca, continuidad, la posibilidad de ser recordado por otros a través de su descendencia.- explicó Prudence pacientemente.

-No había pensado en eso- dijo Isabelle.- Simplemente no deseo que mi hijo sea criado en un ambiente restrictivo.

-Entiendo tu preocupación Isabelle, pero ¿qué te motiva a pensar que el conde va educar a Alistair con excesiva disciplina? No te dejes llevar por suposiciones. De verdad, que es una lástima que Dorothy no esté aquí para aconsejarte. Ella sería más imparcial que yo.- suspiró Prudence.- De todas formas, escúchame bien: piensa bien

antes de actuar. Mejor dicho, piensa en tu hijo antes de ponerte en contra de su padre.

Isabelle ante el tono solemne de Prudence no pudo evitar reír.

-Eres un caso, Prue. ¿Cómo puedes darme un consejo tan imparcial y sin embargo cohibirte cuando un hombre se te aproxima?

-Soy de las que son mejores aconsejando y no haciendo lo que sugieren.- dijo con una trémula sonrisa.

-Al menos lo admites. ¿Cómo vamos en materia de futuros prospectos?

Prudence elevó los ojos violetas al cielo.

-¿Cuándo abandonarás esa loca idea de querer casarme con el primero que aparezca?

-Prue, no es mi intención molestarte. Te he visto cuidando a Alistair y sé que serías una excelente madre. ¿Entonces porque no buscar un buen hombre que te ayude a convertirte en madre?

Prudence gimió.

-Primero, ¿Qué hombre va a querer casarse conmigo sin una dote? Soy una nulidad en los trabajos de campo, así que no soy la mujer más adecuada para un granjero. Un mayordomo necesita de una mujer que pueda desempeñarse como un ama de llaves y la eficiencia no es la más evidente de mis virtudes. ¿Podemos dejar este tema para después?- suplicó para terminar el sermón.

Isabelle la miró atentamente. Prudence aún desconocía su propia belleza. Era cuestión de tiempo para que la mariposa de alas violetas se diera cuenta en lo que se había convertido. Por ahora le convenía no molestarla, no iba a despertarle ninguna sospecha que pudiera dar al traste con los planes madurados durante su preñez y que ahora estaba decidida a poner en práctica.

7.

Pasaron dos semanas, en las cuales Isabelle se dedicó concienzudamente a elaborar su lista de los asistentes al bautismo de Alistair. En primer lugar, estaban la familia Savage, después sus amigas de infancia y por supuesto Lord Thompson, quien era el mejor hombre que ella había conocido.

Alistair ya había cumplido cuatro meses de nacido, Alexander y ella aún dormían juntos en la misma habitación, pero el no había tocado ni una sola vez desde el momento en que él había llegado, a pesar de que para esa época, Isabelle ya había recuperado su figura y peso originales, tan solo su busto se había agrandado un poco más, haciéndola verse sutilmente voluptuosa. Ella sabía que el embarazo la había favorecido pero la desesperaba la frialdad de Alexander. Ni un beso, las caricias se hicieron inexistentes. ¿Sería que su deseo por ella había desaparecido? O ¿su apatía

se debía a que había otra en quien había centrado sus atenciones? La idea la descompuso pero se las arregló para relegar tan desagradable pensamiento al interior de su cabeza.

Estaban en la alcoba cuando ella y Alexander decidieron que era hora de intercambiar los listados con los respectivos invitados. Eso había sido poco después del desayuno. Isabelle lo miró impaciente mientras él leía su lista. Un rictus de rabia se dibujó en la boca de Alexander. Ella asumió que se debía al hecho de que quisiera invitar a Robert. Para su estupefacción, Alexander no dijo nada.

Entonces bajó los ojos y los paseó por la superficie del papel de tono marfil. Allí, entre los Randall y los Sullivan figuraba Madeleine. Ella perdió toda compostura, su espíritu se llenó de sombras. Clavó una dura mirada en Alexander, no era consciente de que su enojo se hacía patente en cada músculo de su rostro.

-¡Primero muerta que permitir que esa maldita mujer se acerque a Alistair!- exclamó ella.

El hombre quedó apabullado por la vehemencia de Isabelle.

-Habla claro, mujer.- la apremió furioso.

Ella quedó petrificada de pavor ante la evidente rabia de él. Una oleada de pena la invadió, pero tuvo fuerzas para responder de forma airada.

- Seré clara, "querido esposo"- remarcó las dos últimas sílabas.- Acepto que Lady Rosenthal sea vuestra amante, pero esa mujer no estará en la misma habitación que mi hijo. He aceptado llegar a un acuerdo contigo por el bien de Alistair, pero si esa mujer pone un pie en Aumont, si nosotros estamos allí. ¡Ten por seguro que no volverás a verlo!

Alexander se expresó con el mismo furor que ella.

-¡Atrévete a intentar separarlo de mí y haré de tu vida un verdadero infierno!- dijo él aferrándola de los brazos de una forma tal que Isabelle pensó que iba a fracturárselos.

-¡Te prohíbo que vuelvas a tocarme!- gritó sofocada.

La soltó y taladrándola con la mirada dijo.

-¡Lo haré cuantas veces se me dé la gana! No me provoques si no quieres tener algo más en tu cuerpo que mis manos.

La agresividad en lo dicho por Alexander atemorizó a Isabelle.

-¡No serías capaz!- exclamó asustada.

-Agradece al cielo, que estés delicada para recibirme en tu cama porque nada ni nadie me detendría si decido ejercer mis derechos conyugales.

-¿Serías capaz de violarme?- preguntó incrédula.- Si tantos deseos tienes de estar con una mujer pídeselo a tu querida.- repuso Isabelle venenosamente, aunque no

pudo evitar un pinchazo de celos al pensar que podía hacerlo perfectamente.

Otro hombre se hubiera ofuscado, pero Alexander parecía tranquilo para desesperación de Isabelle.

-¿La odias porque ella es una dama y tú no?

Ella palideció ante el insulto.

-¡Que te costaba haberte casado con ella y a mí haberme dejado en paz! No, simplemente tenías que castigarme. Tu maldito orgullo no podía soportar que yo te hubiera rechazado. Puede ser que yo no sea una noble pero soy una persona decente no como tú o esa...

-Cállate. Se me está acabando la paciencia.- dijo él amenazante.

Su proximidad anunciaba peligro para Isabelle, pero no sofocó su furor y habló sin pensar en las consecuencias de sus actos.

-Eres un cerdo. Te aseguraste de humillarme como mujer y como esposa. No dudo que tu “querida” se prestó al juego de muy buena gana.

-Tienes una lengua peligrosa, pero puedo encontrarle un mejor uso.- la atrajo hacia él con brusquedad y juntó su boca con la de ella de manera brutal, lastimando a Isabelle. Ella intentó apartarse sin lograrlo y enardecida le asestó una sonora bofetada, quedando horrorizada al ver la marca roja en la mejilla. La única reacción de Alexander fue sujetarla más.

-¡Suéltame, bestia! ¡Me lastimas! Reserva tus asquerosos besos para tu ramera.

-Si crees que te estoy lastimando, espera a ver lo que viene a continuación.- dijo él rasgándole el corpiño. Isabelle le miró con ojos extraviados y trató de cubrirse pero sin conseguirlo. Él la tomó y la arrojó con furia hacia la cama. Isabelle trató de levantarse de inmediato, pero sin conseguirlo, porque las faldas de su vestido eran muy pesadas. Alexander no le dio tiempo para hacerlo porque se abalanzó sobre ella, terminando de romper por completo el vestido.

Isabelle lo pateó, lo golpeó con todas sus energías, pero él no cejó en su intento y ella no pudo impedirle que la despojara de su ropa y ni que se liberara de la suya.

-¡Por favor no!- suplicó ella.

Lo deseaba, pero no así, cuando ambos estaban siendo consumidos por la furia. Él se detuvo ante su ruego e Isabelle respiró, ya calmada, porque pensó que la liberaría. El alivio duró hasta cuando vio que él se inclinaba y mordisqueaba delicadamente sus labios.

Toda la fuerza de voluntad de la mujer se fue al traste con ese solo gesto. Sin ser consciente de ello, fue correspondiendo sus besos con la misma ansia. No era la mujer rencorosa sino la apasionada, la que nunca podría saciarse de él.

Él comenzó a acariciarla y ella perdió toda noción del presente mientras que él

bajaba de su cuello a las palpitantes carnosidades de sus senos, tocándolos con cierta rudeza que hizo aumentar más y más la lujuria que se había apoderado de ella. Isabelle pudo sentir como la tanteaba para saber si estaba lista para él. Sin ningún miramiento, Alexander se tendió encima de ella, abriéndole las piernas de forma ligeramente ruda y la penetró con toda la fuerza de la que fue capaz, ella se sintió empujada por una arrolladora ansia que la obligó a corresponderle con la misma violencia que él le manifestaba.

Isabelle estaba demasiado absorta como para darse cuenta de que le clavaba las uñas en la espalda a medida que él la acometía más y más fuerte. Finalmente, agotadas las fuerzas de ambos en ese duelo, se derrumbaron uno contra el otro.

Cuando todo terminó y ella recuperó la cordura, sintió deseos de llorar por su propia flaqueza y por el modo brutal en el que Alexander la había usado para satisfacer sus propios instintos. Lo vio vestirse y lo odió como se odiaba a sí misma en esos instantes.

Quedó sorprendida cuando vio arrepentimiento en los ojos celestes, pero esa expresión fue inmediatamente sustituida por la indiferencia. Apretó las sábanas contra su cuerpo. Apreció sólo hasta ese instante las marcas sangrantes en los hombros y la espalda de Alexander y se dio cuenta de que ella había sido tan salvaje como él.

-Te dije que no iba a violarte. Estamos a mano.- dijo él indicando los rasguños de los que manaba abundante sangre.

La mirada de Isabelle se oscureció aún más y se levantó de la cama. Demasiado ofendida para mostrarse pudorosa, sacó otro juego de ropa interior y se lo puso igual que otro vestido. Se lo puso como si fuera una autómatas, sin ser consciente de que él la miraba.

No pudo impedir decirle unas últimas palabras.

-Me imagino que serás más cuidadoso con tu fulana y espero no tener que presenciar otro espectáculo semejante al de la última vez.

Estaba desprovista de cualquier emoción, era casi como si su alma no estuviera presente en su cuerpo, como si este caminara movido por una fuerza ajena a él. No escuchó la puerta de la habitación cerrándose ni los pasos de Alexander alejándose de allí. Sólo podía contemplar el espejo, sin reparar en la desconocida de boca inflamada y cardenales en cuello que la miraba.

8.

Todo cambió desde esa mañana. Isabelle casi no salía del cuarto del bebé. Dejó de hablar con Dorothy y Prudence de la forma en que lo hacía y trató a Alexander con indiferencia. Casi no se dirigían la palabra como no fuera para saludarse o para hablar cuando era estrictamente necesario.

Toda la familia notó el cambio de actitud de ambos y no estuvieron contentos con la situación, en especial la abuela y Prue quienes se sumaron a la campaña de violento silencio que rompió con toda la paz que hasta ese momento en Verleine se respiraba. Tan solo la presencia de Alistair y sus alegres balbuceos alegraban la casa que permanecía carente de vida.

Isabelle estaba desconsolada y lo único que la mantenía en pie era su hijo. Sólo él y nadie más y por eso procuró cambiar su humor para que el niño no lo notara. Había olvidado sus propósitos de conseguir un partido aceptable para Prudence y de mantener una relación de cordialidad con Alexander. Simulaba no darse cuenta que él estaba presente, si se veía obligada a tratarlo lo hacía de la misma manera en que hubiera tratado a un extraño, con fría cortesía haciéndole saber que no era bienvenido.

Isabelle actuaba así simplemente porque no era capaz de admitir su propia debilidad y de hecho, era ella quien sufría por actuar precisamente así, por manifestar un desprecio que estaba lejos de sentir. Sin embargo ¿Qué podría hacer ahora? ¿Cómo podría superar la repulsión que sentía por ella, por ser una mujer que no se respetaba a si misma?

Sus desgarradores pensamientos fueron interrumpidos por Alexander. Desafortunadamente, ella no estaba en las mejores condiciones para recibirlo.

-¿En que puedo servirte?- inquirió con indiferencia, resuelta a mantener la distancia con él, a pesar que su fascinación estaba llegando a límites prohibidos. Se veía magnífico con esa chaqueta de terciopelo azul y los pantalones para montar del mismo color, que realzaban sus ojos y los hacían brillar con una fiereza desusada. Ella contuvo el aliento, emocionada.

-Simplemente vine a despedirme, señora. De usted y de mi hijo- dijo él utilizando el mismo tono que ella.- Vengo a agradecerle todas sus atenciones y pedirle encarecidamente que cuide al niño.

Se sintió golpeada con la misma fuerza con que habría podido hacerlo un puño. La sensación era tan intensa que se preguntó si no iba a desmayarse y una infinita tristeza la agobió.

-¿Eso significa que no volveremos a verte?- preguntó ella con una expresión neutra, que no dejaba traslucir lo mucho que estaba herida.

-Supongo que eso sería lo más conveniente para ti, pero no para nuestro hijo. Así que tendrás que seguirme soportando por mucho tiempo más.

-No me acuses de algo que no se me ha pasado por la cabeza.- susurró ella.

-Volveré en cuanto me sea posible. Quiero que te quede en claro que el niño se queda aquí. Si tu quieres irte adelante pero él no saldrá de Verlaine, a menos que

quieras que sea la guardia del tribunal quien te busque para otorgarme su custodia. – le recordó la antigua amenaza.

Ella palideció. Presentía que Alexander cumpliría su advertencia.

-No tengo ningún motivo por el cual irme y tampoco ningún interés en separarte de Alistair.- explicó tensa.- Nuestros conflictos no tienen porque involucrar a nuestro hijo.

-Pensamos de la misma manera. Aunque nuestro asunto no es precisamente un conflicto.

-Hemos terminado con esta conversación.- declaró la joven tajantemente. No quería profundizar más en el tema.- Que tengas un buen viaje.

Él giró y no miró hacia atrás. Ella tampoco lo miró porque no quería verlo partir. Aunque pensara en regresar nada sería igual y ella aunque lo quisiera con toda su alma, no estaba dispuesta a permitir que Alexander volviera a lastimarla y si eso implicaba tratar de mantenerse alejada de él, así lo haría.

Pierre se acercó a su hija y a su nieto.

-¿Cómo estás, *ma file*?

-Bien, como puedes ver.- respondió escuetamente ella, que no quería comentar su situación con nadie y menos con él.

Alistair comenzó a llorar como si supiera que su madre mentía. Pierre negó con la cabeza, era su desaprobación innegable para ella.

-Isabelle, no puedes pretender engañar a vuestro *père*. Te conozco tan bien como me conozco a mi mismo.- declaró el augusto señor- No intervendré en tus asuntos.- suspiró al ver la mirada suspicaz de Isabelle. – Sólo quiero decirte algo que debí manifestarte antes: te quiero y estoy aquí para apoyarte.

-Yo también, papá. Sé que puedo confiar en ti y espero que confíes en mí como yo lo hago contigo.

Pierre la miró con intenso afecto.

-No te defraudaré otra vez, Isabelle.

-Yo tampoco voy a hacerlo, papá.- dijo abrazándolo y llorando de alegría.

9.

El viaje de Alexander se prolongó más de lo que esperaba Isabelle porque duró más de dos meses, en los cuales ella se torturó pensando que algo podría pasarle. Al final, se resignó pensando que no iba a regresar. Eso le dolió como nadie pudiera llegar a imaginarse, porque únicamente podía significar que había olvidado a su hijo, lo cual dolía más que si sólo hubiera sido ella.

Era incapaz de entenderse a si misma, pensó con una sonrisa irónica en los labios, sin notar que su padre le daba un beso y se iba.

Ella se preguntaba que había sido de aquella, desesperada por ocultar su embarazo

de los ojos de su marido o de la otra que huyó con el fin de tener las riendas de su vida.

Ahora, no valía mirar la pasado. Debía continuar y su razón más importante reposaba en el más tranquilo de los sueños.

Una leve sonrisa flotó en su cara antes fría. En ese momento Alistair despertó y le dedicó una gran sonrisa que Isabelle interpretó como aprobación por parte de él. Ella lo tomó en brazos y lo mimó. Se sintió transportada al cielo cuando el niño, que ya tenía seis meses comenzó a jugar con sus rizos y a emitir ruiditos que la enternecían.

Inesperadamente, sintió una extraña sensación de ahogo y la piel de la espalda se le erizó. Siguiendo un secreto instinto, le entregó el niño a su abuela y se asomó corriendo a la ventana más próxima, que daba una visión de la entrada de la casa. Allí, observó como un jinete se detenía y le entregaba las riendas del caballo a un lacayo, luego de desmontar. No tuvo que mirar fijamente al visitante para saber que era Alexander. Entusiasmada tuvo el primer impulso de bajar y de arrojarle a sus brazos, pero se contuvo, recriminándose por semejante pensamiento. Por ello, optó por quedarse junto al niño, precisamente para evitar una situación como la que había imaginado.

Prudence entró emocionada:

-Isabelle, ¡Ha regresado!

-¿Quién?- preguntó sin interés.

-Tu ...- dijo la joven pero fue interrumpida por Alexander.

-Buenas tardes.- saludó en tono seco.

La respuesta de Isabelle fue igual de áspera, aunque se moría por arrojarle sobre él y no soltarlo jamás. Después de haber respondido a su saludo se concentró en Alistair y en su labor de cambiarle los pañales.

-Tenemos que hablar, Isabelle.

Ella desvió la atención que depositaba en el niño hacia él.

-Abuelita, toma a Alistair y llévalo a que tome el sol. Prudence por favor acompáñalos.

Ambas mujeres se apresuraron a obedecer.

Alexander acercó otra silla y se sentó al lado de ella. Parecía preocupado, tenso e Isabelle no pudo evitar sentirse preocupada por él, aunque se cuidó de exteriorizarlo.

-Te escucho.-le dijo ella para apremiarlo.

-Quiero que me digas de dónde sacaste la idea de que Madeleine y yo somos amantes.

Un rictus de amargura hizo su aparición en ella.

-Creo que fui suficientemente clara cuando te dije.- repuso ella con cautela, aunque

hervía de rabia por dentro. – Te vi en una situación íntima con ella.- declaró con tristeza.

Él pareció sorprendido de una forma desagradable. Isabelle se levantó e hizo amago de marcharse.

¡Es un descarado! ¡¿Cómo puede fingir tal aire de inocencia?! Ella hizo girar sus pies con dirección a la puerta.

-¡Detente! No saldrás de aquí hasta que hayamos aclarado todo.- dijo sujetándola con suavidad de la mano. El ligero toque la estremeció. Se volteó y lo miró a la cara viéndolo por primera vez más que como el hombre de apariencia de divinidad que avasallaba su voluntad, sino como un ser humano, con los mismos errores y fortalezas que ella misma.

-¿Qué quieres que te diga? ¿El sitio donde os vi a ambos apareándose como animales o que te refresque la memoria sobre las cosas que te decía?- preguntó suavemente con una entonación que demostraba que se estaba conteniendo para no dejar escapar su rabia.

Isabelle lo vio ponerse lívido y pensó que iba a agredirla por lo que retrocedió asustada.

-¿Ese fue uno de los motivos por los que te marchaste hace cuatro años?

-En realidad ese fue el más pequeño.- dijo con toda sinceridad.- Aún no puedo creer que no hayas recuperado todos tus recuerdos.-dijo afligida.

Tenía que irse de allí o no podría seguir conteniéndose, pero él la aferraba de su mano y decididamente la hizo sentarse en la silla que ocupaba antes.

-Nunca tuve relaciones con ella, Isabelle.

-¿Qué pretendes con eso? – le espetó furiosa. Luego, más calmada.-Lo sabía, quieres revivir mi humillación. No voy a permitirlo.

-¡Quieres por una vez en tu vida escucharme!- exclamó Alexander. Ella lo miró con incredulidad y no se atrevió a decir nada más.

-Soy inocente, no sé cómo demostrártelo.

Ella no se molestó en preguntar porque no lo había hecho antes.

-Ojalá pudiera creerte.- suspiró ella derrotada.-Una parte de mí desearía recuperar la confianza que tenía en ti.

-Entonces, hazle caso a tu corazón.

Ella negó.

-No me expondré otra vez.

Él suspiró.

-Sólo te pido que me dejes hablar contigo y que seas sincera conmigo como yo lo seré contigo.

-Supongo que querrás decirme porque te casaste conmigo y por qué me hiciste tan desgraciada.

-Isabelle, debes saber que los sentimientos que te manifesté en esa ocasión eran verdaderos. Te amaba y me dolió mucho que me rechazaras sólo por el hecho de que creías que era pobre.

-Te dolió el orgullo. Sólo eso.- comentó Isabelle. Ella no iba a defenderse de algo que era inocente.

-Traté de olvidarte pero no pude y concebí el proyecto de hacerte pagar por lo que me habías hecho. Pero, lo olvidé hasta el momento en que salvé a Pierre de que lo asesinaran. Estaba tan agradecido por ello que estaba dispuesto a ofrecerme lo que yo quisiera.

-Hace poco conocí la historia.

Él no le puso la mínima atención.

-Le exigí que te casara conmigo. Cuando te tuve en mis manos, descubrí que mi deseo de venganza lo superaba todo. Así, comencé a asustarte haciéndote saber quien tenía el control.

-¿Lo de la noche en el jardín también era parte de tu venganza?- dijo ella, roja de indignación y de vergüenza.

-Mentiría si te dijera que no es así.

-Como debiste haberte burlado de mí cuando te supliqué prácticamente que me dejarás partir.- dijo llena de odio. Ante el odio todo deseo de llorar se esfumó.

-Planeaba usarte y luego abandonarte. Por esa razón me había casado por poderes. No pude. Te deseaba con todas mis fuerzas y no quería compartirte con nadie.

¿Cómo se atrevió? Me ha tratado como si fuera una mercancía, fue él primer pensamiento de ella.

-Después en el baile de los marqueses, sentí celos al conocer a Lord Thompson. Sabía por tu padre que había pedido muchas veces tu mano en matrimonio y que tú le estimabas mucho.

-No necesito que me recuerdes lo mucho que me aplastaste allí.

-¡Por favor!, déjame continuar. Estaba subyugado por mi odio y no actuaba sino llevado por mi rencor. Por favor comprendeme.

-Espera si te entiendo bien. Soporté tu indiferencia, que te vanagloriaras en mi debilidad y ¿esperas que te lo perdone todo como si nada hubiera sucedido?- preguntó ella tan pálida como lo había estado él momentos antes.- Ya no importa. Continúa.- le instó.

-Me demostraste ampliamente que no eras la muchacha frívola e interesada que yo creía. Lo hiciste cuando me marché de Aumont y te dejé sola. Jamás hubiera creído

que te harías cargo del castillo. Fue horrible enterarme que habías intentado apagar el fuego de los viñedos.

-Claro, si yo hubiera muerto, hubiera sido muy difícil que te vengaras de mí.- su voz resultó clara e hiriente incluso a oídos de ella.

-¿Aún no lo has entendido?

-Simplemente te estoy escuchando porque me lo has pedido. Me imagino que aún no has terminado.- dijo como una autómatas.

-Había pensado en dejar todo atrás y recomenzar contigo, pero cambié de opinión cuando pasé por tu habitación, después de que el dolor de cabeza se me quitó y te escuché decir que estabas embarazada y no querías tenerlo.

Isabelle recordó su desesperación cuando se enteró que estaba embarazada por primera vez y lo que vino a continuación.

-Estaba como un loco y bebí como nunca antes lo había hecho. Luego fui a tu habitación a confrontarte y te golpeé. Es algo que nunca podré perdonarme. Después, temiendo que le hicieras daño al bebé y a ti misma, ordené que te encerraran en tu habitación durante todo el tiempo de gestación. Desesperado, me confié a Madeleine y ella me dijo que te había visto con Robert Thompson, encerrados en una habitación y loco de celos te dije que iba a separarte del bebé. Luego, sucedió el accidente y perdí al niño y por poco a ti. Dorothy me dijo el día que saliste de peligro que tú nunca hubieras deseado que el bebé se muriera y comprendí lo equivocado que estaba.

-No fue un accidente.- declaró Isabelle en voz baja, pero suficiente para que él la escuchara claramente.

Todo comenzaba a encajar, aunque no podía tener la seguridad que fuera cierto lo que Alexander le contaba.

-Cuando te recuperaste, me gritaste a la cara lo que pensabas de mí. Poco después, decidiste irte. Yo no estaba en condiciones de detenerte, te había besado con todo el sentimiento del que era capaz y tú no te inmutaste. Supe que no tenía nada para hacerte permanecer conmigo cuando me mostraste que estabas decidida incluso a asesinarme. Sé que no hablabas por hablar, estabas dispuesta a todo para recuperar tu libertad.

Isabelle no lo interrumpió. Estaba transida de asombro e cólera ante lo injusto del destino. Apenas podía dar crédito a sus oídos, sin embargo eso no le impidió permanecer quieta, oyendo la otra versión de su pasado.

-Pasó el tiempo y tú no diste señales de vida. Supuse que se trataba porque me odiabas con toda tu alma, pero cuando vino tu padre buscándote, pensé que algo malo te había pasado y decidí mandar a mis agentes a que te buscaran. Después de mucho tiempo encontraron una mujer con tu misma descripción que se hacía llamar

Adrienne Miller. Entonces, decidí buscarla. Estaba solo y de repente Titán se encabritó y fui incapaz de controlarlo. Caí y me desperté acostado en tus piernas, pero no te reconocí por las razones que ya conoces. Dorothy, Prudence y tú me cuidaron y yo comencé a sentirme atraído nuevamente por ti.

Isabelle estaba rígida, tensa en su silla escuchando a Alexander, dejando que él vertiera en sus oídos sus secretos.

-Luego de unos meses de felicidad, llegó Marc y me reveló la verdad, incluyendo el hecho de que estaba casado. Quedé horrorizado y supe que debía tomar mi identidad y visitar a mi tía, que sin duda me ayudaría a recuperar mis recuerdos perdidos. Te conté todo y tú me despediste asegurándome que estabas protegida y que nada te pasaría. Ese día todos mis sueños contigo murieron al menos hasta que no me recobré de mi amnesia. Después, me sentí furioso al darme cuenta que habías sido más astuta que yo y me habías usado como yo lo había hecho contigo. Me tomó meses dejar que mi ira se disipara; tu padre me escribió solicitándome que me reuniera con él en Verleine. No lo pensé dos veces y me encaminé hacia allí sólo para encontrarme contigo nuevamente encinta. Quedé impactado.

Ella lo miraba fijamente, estaba en estado de choque. Sabía que en cualquier momento iba a desmayarse. Pero no haría delante de él. Jamás.

-Siento haberte obligado a que estuvieras conmigo. No tengo ninguna excusa salvo que me dejé llevar por la rabia de que me acusaras de haber tenido algo con Madeleine.

La joven se sentía extrañamente tranquila por la última revelación, aunque no estaba dispuesta a decirle que ella también se había dejado llevar por su enojo y por su lujuria. Esperó a que él terminara de hablar.

-Creo que la confesión te sirvió. Ya no tienes un aspecto tan terrible.- dijo con seriedad, mientras contemplaba como la máscara de indiferencia caía del rostro de Alexander y caía al suelo.

Sus miradas se cruzaron sin que Isabelle pudiera evitarlo y quedó allí dejando que él la tocara sólo con su vista.

- Créeme, Isabelle.

Las palabras surgieron como si otra persona las hubiera pronunciado.

-Te creo, Alexander.

10.

Fue un alivio que Dorothy llegara con el bebé alegando que era hora de alimentarlo. Isabelle tomó a la criatura en sus manos, dirigiéndose al cuarto del bebé; allí se sentó en una cómoda mecedora, desabrochó con cuidado su vestido y lo acercó a su pecho descubierto. El niño se prendió a su seno con fuerza y no lo soltó hasta que estuvo

satisfecho.

Isabelle miró los ojos azules de su hijo cerrarse y lo observó orgullosa. Detalló con cuidado cada uno de los regordetes rasgos del bebé. A los seis meses, Alistair era idéntico a su padre, la única herencia que tenía de ella era los rizos, aunque estos también eran de color dorado del mismo tono del cabello lacio de Alexander. Se dijo risueña que tendría que estar ciego para negar que fuera su hijo.

Su humor había cambiado radicalmente, debido a la confesión de Alexander. Sin embargo, aún albergaba dudas y eso no le gustaba en absoluto. Si tuviera algún modo de comprobar que lo que había dicho él era cierto.

Era demasiado complicado y por eso descartó la idea.

-Isabelle- ella se sintió acariciada por la voz ronca que pronunciaba su nombre.

-¿Necesitas algo?- dijo sin mirarlo y aunque el tono era cortés, no demostraba interés.

-Aún no hemos terminado nuestra conversación.- dijo él.

-Este no es el momento ni el lugar.- dijo ella tarareando una vieja canción de cuna para dormir a Alistair quien se había despertado y los miraba alternativamente a ambos desde la cuna.

El niño volvió a cerrar sus ojos y se quedó profundamente dormido. Isabelle lo arrojó y luego llamó a Prudence para que se quedara con el niño.

-Ya que estás deseoso de mantener una conversación civilizada, es conveniente que respondas a una de mis preguntas ¿Por qué sacas a colación el pasado?

-Por el bien de nuestro hijo. Necesita unos padres que confíen en si mismos para brindarle la seguridad que necesita.

La respuesta no la complació, pero no se detuvo a analizar los motivos.

-Por primera vez estoy de acuerdo contigo. Mas tu confesión no basta para que yo pueda confiar en ti y estoy segura de que tú también sientes lo mismo. Al fin y al cabo nos hemos engañado mutuamente, aunque nuestras razones sean completamente distintas.

-Tienes razón, Isabelle. Por eso quiero escuchar de tus labios tu versión de la verdad.

Ella no se esperaba semejante petición y no iba aceptarla sobre todo si conllevaba hablar de sentimientos, los que se habían convertido en un tabú para ella.

-Y yo te digo que no quiero hablar de ello. Me basta con haber oído, no necesito ni deseo participar en un diálogo. Además, es innecesario. Fui totalmente sincera cuando me confrontaste.

Isabelle se dio cuenta de que él recordaba bien la ocasión.

-En vista que prefieres dejar las cosas así, retomo el punto en el que fuimos

convenientemente interrumpidos. ¿Crees todo lo que te he dicho?

-Me parece recordar que dije que sí.- dijo ella sarcásticamente.- ¿A que va todo esto?

Alexander le sostuvo el rostro con su mano.

-Regresé por ti.

Nada podría haberla dejado más atónita. No sabía que decir ni que hacer. Por primera vez en su día su razón se impuso a sus emociones. Él aprovechó su perplejidad para buscar su boca con la suya.

La joven no se resistió, no tenía ningún sentido hacerlo, pero se negó a corresponder al beso. La tomó por sorpresa porque él no se limitó a besarla pasionalmente sino a rozar sus labios, dejándola a la expectativa de más. La breve caricia la dejó queriendo más.

-Estamos hablando con sinceridad. ¿No es así Alexander? No tienes ninguna necesidad de convencerme para que permanezca a tu lado. Te he dado mi palabra que podrás visitar a Alistair cuando tú lo desees, por lo que no necesitas tratar de seducirme.- aclaró ella de una forma lógica.

Alexander no habría estado más sorprendido que si ella hubiera declarado que quería divorciarse.

-Comprendo, tus motivos, mujer. Cambiarás de opinión te lo aseguro.

-No te confíes demasiado.- le advirtió ella.-una idea no puede transformarse en otra de la noche a la mañana.

-Isabelle, te aconsejo que no me desafíes, perfectamente podría aceptarlo.

-Esa no es mi intención.- dijo ella nerviosa al descubrir un destello de deseo en las azules profundidades de los ojos de Alexander.

Él le sonrió y la dejó sola.

No lo vio sino hasta la hora de la cena cuando comprobó que era el único ocupante de la mesa, lo cual le pareció muy desagradable a Isabelle. Se preguntó dónde estaría Dorothy, Prudence y Pierre. ¿Acaso su familia había conspirado para que se quedara a solas con él?

Apartó ese desagradable pensamiento de su mente y comenzó comer despacio sin molestarse en hablar con Alexander.

Acababa de tomar el último bocado de la tarta de cerezas que habían comido como postre, cuando comenzó a sentir un indescriptible calor en su cuerpo. Comenzó a sudar y asustada se preguntó sobre lo que le estaba sucediendo.

Alexander pareció notar que estaba indispuesta porque se aproximó a ella y la cargó en sus brazos hacia la habitación, a pesar de las protestas de ella.

-¡Puedo caminar sola!- declaró Isabelle airadamente.

-No estás bien.- dijo él en tono conciliador.

-¡Suéltame! ¿O quieres que nos vean todos los criados?

-En ese caso les daremos un jugoso cotilleo que creo, sabrán disfrutar.

Isabelle pensó que estaba loca, porque no quería separarse de él. Al contrario, deseaba profundizar su cercanía. Se mordió los labios al comprender que era su lujuria la causante de su bochorno.

Él la dejó en el piso, de tal manera que su cuerpo quedó pegado al de ella. Ese gesto fue la perdición de Isabelle.

Era insoportable para ella, saber que sólo una barrera de tela los separaba. Apartó esos pensamientos de su cabeza, se conocía lo suficientemente bien como para saber que en efecto, con ellos estaba atizando más la hoguera que la consumía.

Él pareció captar su dilación porque recorrió un seno con su dedo, dejando el pezón erecto casi de inmediato ante la conmoción de la mujer.

Ella se apartó aterrada por la traicionera reacción de su cuerpo. Ni siquiera la estaba besando y ella ya estaba excitada.

Pensó en él con Madeleine, lo cual fue un excelente baldado de agua fría que calmó su calor.

-Hasta mañana.- dijo ella de forma que indicaba claramente que quería apartarlo de su vista.

Él se separó de ella, no sin antes robarle un beso antes de marcharse.

Ella cerró la puerta con seguro y se desvistió con furia y se acostó desnuda.

Despertó con una sensación de voracidad en el estómago y la piel sensible. No lo pensó dos veces, se puso una bata y se dirigió a la alcoba que ocupaba Alexander, abrió la puerta con cuidado y entró. El calor que la invadía había alcanzado grados inimaginables, sabía que sólo podía ser calmado por él. Se despojó de la bata y se deslizó por debajo de las sábanas. Quedó aterrada.

-¿Eres tú, Isabelle?- escuchó la voz ronca.

¡Dios! ¿Qué estaba haciendo? Él estaba profundamente dormido y ella loca de ansias por hacer el amor con él.

Alexander se incorporó en la cama y se inclinó hacia ella.

-Sabía que vendrías.

Eso era todo lo que ella necesitaba oír. Sin ningún ápice de timidez le ofreció su boca al hombre, que la aceptó mientras la recorría con una curiosa mezcla de aidez y devoción. Ella estaba impaciente, no quería esperar más. No podía hacerlo, tenía la curiosa sensación que fallecería si no se refugiaba en los brazos de él.

Pudo sentir las manos de él jugando con su pecho mientras recorría su cuello con la boca y se permitió explorar al hombre también. Estaban tan cerca que podía sentir el

intenso calor que despedía la entrepierna de Alexander. Él se apartó bruscamente cuando sintió que Isabelle deseaba tocarlo y se hundió suavemente en el punto en que se unían las piernas de ella.

Isabelle jadeó y movió sus caderas al compás que él marcaba, envuelta en esa maraña de sensaciones que estremecían su cuerpo al ritmo de la pasión. Finalmente, él derramó su simiente en ella, mientras sus corazones latían desbocados. Sólo una verdad se hizo presente en su mente: no quería separarse nunca más de él.

Cosa extraña, después de culminar su unión, él se negó a separarse de ella y ambos durmieron, el uno en brazos del otro.

Isabelle abrió un ojo, después el otro. Confundida se sentó en la cama notando que estaba sola en ella. Él se había ido.

Se envolvió mejor en las sábanas y comenzó a buscar su bata. Antes de poder encontrarla, Alexander abrió la puerta, llevando en sus manos una bandeja.

Las pupilas de Isabelle se dilataron. Alexander dejó la bandeja sobre la mesa de noche y le robó un beso, que Isabelle continuó profundizando y él aprovechó para transformarlo en arrebatadas caricias, así que el desayuno tuvo que esperar.

-Isabelle, quiero saber si todavía tengo una oportunidad para estar contigo.

Ella le miró repentinamente triste.

- Sabes bien, que no estaría aquí si no fuera así. Pienso que ya no tiene sentido que sigamos viviendo en el pasado.

-Soy consciente de ello.- dijo quedándose callado por unos momentos- Tal vez en el pasado hubo mucho que preferimos callar, pero ya no será así de ahora en adelante.

Ella asintió.

- Es el momento para que dejemos unas cosas en claro- declaró él.-Quiero que tú y él bebé vivan conmigo en Aumont.

-No pongo ninguna objeción siempre y cuando lady Rosenthal no se atravesara en mi camino y me permitas ver con frecuencia a mi padre.

-Por supuesto. No es mi intención separarte de él.

Ella le acarició el rostro y Alexander aprovechó para besarla. Una inmensa alegría se apoderó de Isabelle, pero no podía entregarse a ella como hubiera querido.

-Pero, antes de marcharme quiero saber si has renunciado a tus planes de venganza.

-Sí. Jamás le haría daño a la madre de mi hijo.

No eran esas las palabras que Isabelle había querido oír, por lo que intentó ocultar su decepción. Era una estúpida si quería escuchar una declaración de amor, lo único que la unía a Alexander era Alistair y si no fuera por su hijo era evidente que no

estaría al lado de ella.

Isabelle ¿cuándo aprenderás? Tal vez nunca decidió, al menos mientras exista ese sentimiento que los años ni su voluntad no han podido destruir. ¡Si tan sólo pudiera recobrar su corazón!

Ella le miró a hurtadillas, apesadumbrada, reconociendo con dolor que su rencor nunca sería más fuerte que su amor.

11.

Isabelle decidió de inmediato que no podía quedarse más tiempo en la habitación que ocupaba él. Tomó su bata y se la puso sin mostrarse avergonzada de su desnudez a pesar de que sentía la piel de gallina al pensar que la estaba recorriendo con su mirada.

-Isabelle, tienes el cuerpo más tentador que he visto.- dijo Alexander como si estuviera relamiéndose. Eso hizo que ella lo mirara y se sintió extrañamente complacida al ver la expresión de su rostro, de claro y manifiesto deseo.

Ya que no tenía su amor, por lo menos aún tenía algo de su atención, pensó con cierta resignación.

-Claro, como has conocido tantos.- dijo ella con descaro.

-Sí, he tenido oportunidad de paladear algunos, pero ninguno como el tuyo. Una diosa me observa y estoy tentado a arrojármele encima.

Ella se rió, frustrándolo.

-Pues este humano tendrá que esperar hasta la noche porque voy a mirar como está Alistair.

-¿No puedes cambiarle ese nombre?- preguntó, esperanzado. Su reacción sólo hizo reír más a Isabelle.

-Ni soñarlo. ¿Acaso querrías que lo llamara Pierre o Alexander?

-Es más aceptable para un niño llevar el nombre de su padre o de su abuelo. En tal caso creo que me incumbe a mí nombrarlo.

-Eso es una tontería machista. Que yo sepa no tuviste que sufrir más de seis horas para traerlo al mundo. En mi opinión, me asisten más derechos que a ti para tal fin.

Esperaba que él siguiera discutiendo, mas no ese cambio de actitud.

-Está bien. Se llamará Alistair Christian Fontenay.

-Bueno, reconozco que tú tienes el deber de imponerle los demás nombres.

-Por supuesto, marqués de la Ferriere, barón de Loren, etc...

-Creía que sólo iba a ser un vizconde.- dijo ella pícaramente.

-Aumont no es el único título que poseo. Además, Alistair es ahora el único heredero de mi tía, la duquesa de Milisante.

-¿Es por casualidad la misma tía que mandó a Marc Dawson por ti? Hay muchas

cosas que desconozco de ti, Alexander y pienso que eso no es bueno. Existe mucha desventaja entre nosotros por ello.

Él se incorporó en la cama y anudó una sábana alrededor de su cintura.

-Mi tía es mi única pariente viva. De hecho, fue ella quien me crió junto a su esposo, mi tío Henry que en paz descanse. Son la única familia que he conocido.

-¿Y tus padres?

Una expresión adusta se apoderó de él.

-Mi madre y mi padre murieron juntos en un mismo accidente. No lo sentí mucho, porque de todas formas nunca estuvieron presentes cuando los necesité. Mi tía Josephine es verdad la mejor mujer del mundo.

Ella trató de digerir la apreciación de él y súbitamente un leve sensación de decepción volvió a adueñarse de su alma.

-¿Por qué nunca la conocí?

Él no respondió de inmediato y entre líneas ella leyó la verdad. Le dolió en lo más profundo de su ser saberlo, pero se contuvo para no mostrarlo, aunque le escocía hondamente recordar que su casamiento con Alexander no era más que el medio que había usado para vengarse de ella. Por ello no había ninguna necesidad de que conociera a su tía, aunque tarde o temprano tendría que haberla conocido. A menos de que él no hubiera querido que su matrimonio fuera permanente.

Estaba irritada ante ese pensamiento, pero más fuerte era su orgullo, ni muerta iba a dejar que él se regodeara en su victoria.

-Olvidalo. No debí preguntar eso.-dijo con la mayor tranquilidad que se sintió capaz de aparentar. Ahora, voy a ver como está Alistair.- agregó esperando que no sonara como lo que era: un pretexto.

Él no intentó detenerla y ella no se molestó en mirar atrás. Iba a ser una labor titánica la de poder establecer una relación amistosa con el padre de su hijo.

Hizo que una de las doncellas la vistiera, por supuesto después de haber visitado al niño y haberse cerciorado que se encontraba bien.

Prudence ya no ocupaba el cargo de criada desde hacía mucho tiempo, a pesar de que había pedido ejercerlo nuevamente. Decía que se sentía mal de ser tratada como si fuera una señorita cuando no lo era.

Isabelle nunca había puesto la más mínima atención a las objeciones de Prudence, al contrario se complacía en decirle que esperaba que muriera de aburrimiento. La muchacha simplemente decía que siempre hacía falta una mano en la cocina y se iba hacia allá a pesar que ella adujera que era una señorita de la casa. Pero, Prudence replicaba que prefería ser tratada como la niñera de Alistair y de hecho, realizaba esa labor con igual dedicación que si hubiera sido la mamá del bebé.

Por su parte, la propia Isabelle podía entender el orgullo de Prudence, pero no las razones de éste, puesto que el orgullo era lo único que había impedido que se derrumbara en los momentos más difíciles de su existencia, como lo hacía en ese preciso instante, cuando más desilusionada estaba.

Pronto dejó de auto compadecerse. Todos sus motivos de congoja eran cosa del pasado, tenía que vivir el presente y así lo haría. De todas formas, estaba en ella ganarse el respeto de Alexander y quién sabía, tal vez su amor con el tiempo. Estaba segura de tener mucho tiempo para compartirlo con él.

Isabelle estaba equivocada porque un suceso desfavorable cambiaría totalmente el curso de los acontecimientos.

12.

Verleine parecía estar en calma. La tregua entre Alexander e Isabelle estaba dando los mejores resultados y tanto la familia de ella, como los criados que nunca perdían huella a la hora de investigar la vida de sus patrones estaban contentísimos, absortos por completo en una dicha que esperaban fuera permanente.

No lo fue. Al undécimo día, la víspera para partir hacia Aumont, Isabelle estaba canturreando una canción de cuna al bebé, que la observaba extasiado y se negaba a dormirse. Alistair parecía adivinar lo contenta que ella estaba, lo cual no la sorprendía porque el niño parecía tener una fuerte conexión espiritual con ella.

Mirando a su hijo, comprendía que no servía de nada negar que era feliz. Los últimos días había podido conocer mejor a Alexander y consideraba que aún tenía una posibilidad para tener un matrimonio normal. Pensó con alegría que si las circunstancias la seguían favoreciendo probablemente tendría una gran familia, más hijos cuando su pequeño estuviese un poco más grande.

Sabiamente, había decidido imponerse unos días de celibato para poder meditar sobre la situación, sin que influyera la sensualidad de por medio. Recordaba con una sonrisa la expresión de Alexander cuando ella se había atrevido a decirsele, porque eso no sería bueno para constituir las bases de una buena amistad entre los dos.

Él la había mirado sorprendido. No, sorprendido no era el adjetivo correcto. Sería mejor decir que estaba pasmado, evidentemente sus oídos no daban crédito a lo que ella le acababa de decir.

-¡No puedes estar hablando en serio!-fue la exclamación masculina.

-Por supuesto que sí. ¿Cómo quieres que te conozca si sólo no la pasamos en la cama y allí no conversamos en lo absoluto? Por favor, Alexander, somos completos extraños. ¿Por qué no dedicar unos días a conocernos mejor?

Él se había burlado.

-Creo que eso lo hicimos hace cinco años en nuestras citas en el bosque. ¡Créeme,

me costó mucho controlarme para no abalanzarme encima de ti allí!

-Te recuerdo que yo creía que eras un cazador y nunca hablamos de temas personales, al menos yo no lo recuerdo.- dijo ella ruborizada. ¡Así que él sentía lo mismo que ella! Seguramente si ella le hubiera permitido tocarla, Alexander la habría hecho suya en ese lugar.

Su respuesta la reconfortó muchísimo porque la pasión que la dominaba era recíproca y aún lo seguía siendo. Sentía deseos de reír pero se mantuvo seria, no iba a darse el lujo de permitir que él pensara que lo que le acababa de decir era una broma.

-No creas que vas a poder escapar por mucho tiempo de mí.-murmuró él.

Isabelle fingió no haber escuchado.

-¿Qué decías?

-Acepto. No te tocaré a menos que me lo pidas...

Ella experimentó una gran satisfacción.

-Estoy seguro que será muy pronto. Eres una mujer apasionada, Isabelle. Romperás tu promesa antes del tiempo previsto.

-¡Eso lo veremos!- refunfuñó ella, molesta porque su autocontrol había sido puesto en duda.

-No te enojés, querida. ¿O tal vez es que me estás dando la razón?

Ella no se molestó en contestar y se alejó de allí con un caminar altivo. Afortunadamente, no se molestó en mirar porque habría visto a Alexander respirando agitadamente.

Sí, había sido duro para Isabelle tener que mantener a raya su deseo de él, pero la táctica le estaba dando muy buenos resultados. Habían podido hablar de muchas cosas, expresar abiertamente sus emociones, confiar el uno en el otro, algo que nunca habrían podido hacer con la presencia casi permanente de la lujuria y del rencor entre ambos.

Isabelle sonrió mientras se miraba al espejo y contemplaba a la mujer dichosa que allí se reflejaba. Jamás había notado antes que la felicidad hacía brillar sus ojos oscuros y darle fulgor a su tez blanca iluminando tenuemente sus mejillas.

Sin embargo, se preguntaba si no estaría anticipándose a sus deseos. Decidida, apartó ese pensamiento de su cabeza, era demasiado negativo para su gusto, podía ser que ella no fuera amada por Alexander de la misma forma en que lo quería a él, pero por lo menos ya tenía cierto grado de confianza con él y quizás con un poco de paciencia podría conseguir que volviera a ser el mismo hombre que la había enamorado.

Estaba dispuesta a darle tiempo al tiempo para conseguirlo.

Lamentablemente no tenía tiempo para lograr el fin que tanto deseaba, como pudo comprobarse apenas unos minutos después, cuando estaba en la habitación de Alistair, después de haberlo alimentado. El niño sonreía feliz y comenzaba a conciliar el sueño, en el instante que una extraña sensación hizo su aparición sorpresiva en el ánimo de Isabelle, siguiendo el impulso asomó a la ventana, después de que el bebé quedara profundamente dormido.

Le había bastado mirar a la lejanía para darse cuenta que un coche que le pareció bastante familiar se detuviera justamente al frente de la mansión. Las figuras que descendieron de éste junto le parecieron vagamente conocidas, ese reconocimiento le causó una profunda inquietud que no sabía como explicar, en especial aquella mujer vestida con un traje violeta.

Isabelle contuvo el aliento, al comprobar horrorizada, que esa mujer era Madeleine.

¿Qué querrá esa mujer?- se preguntó fastidiada y temerosa. Dirigió una mirada alrededor suyo, como una medida de precaución, sabía por experiencia que esa mujer era muy peligrosa. Esa idea la estremeció cuando fijó su mirada en Alistair, acomodado en su cuna.

Se sintió recorrida por el pánico, tomó con cuidado a su hijo, envolviéndolo en varios cobertores con cuidado para no despertarlo. Con el bebé en brazos, presurosa entró en la cocina, agradeciendo al cielo al comprobar que Prudence estaba allí preparando una tetera. Allí, le solicitó a Prudence que se llevara al niño al bosque, para evitar que la malvada se diera cuenta de la presencia de Alistair. A pesar de que no había hablado con Alexander de ello, recordaba que ella había sido la culpable de la muerte de su primer hijo y estaba dispuesta a todo para proteger la vida del bebé y eso significaba mantener en secreto su existencia, entonces así lo haría.

Era consciente que esa mujer estaba obsesionada con Alexander, o mejor dicho con la idea de ser la condesa y por lo tanto no se detendría hasta conseguir su objetivo, considerando a su hijo como un obstáculo que le impediría cumplirlo.

Después de haber impartido las indicaciones pertinentes, corrió a buscar a Alexander, agitada y temblorosa. La presencia de esa mujer impartía un hálito siniestro, que estaba ansiosa por desterrar del aire que respiraba su niño y eso le ocasionaba la mayor preocupación que habría soñado experimentar.

Él la tomó en sus brazos y dijo:

-Cálmate, cariño. ¿Qué sucede? Supongo que tu imprevista llegada no es con el propósito de que te abrace y ...

-Eres un libertino.- declaró ella dividida entre la risa y el desespero porque la expresión de Alexander mostraba una cómica mezcla de ilusión y resignación al hecho de que la pasión no era uno de los motivos que la impulsaban a buscarlo.- Ojalá

fuera para eso- suspiró ella sin darse cuenta que la respuesta lo alegraba porque estaba demasiado perturbada para adivinarlo.- Ha llegado Madeleine y viene acompañada, según creo de los marqueses y varios guardias.- anunció lo más serenamente que pudo debido a que se negaba a mostrar las desagradables emociones que la presencia de Madeleine causaba en ella.

-Yo mismo iré a recibirlos.

Alexander aún la sostenía en sus brazos, transmitiendo una cálida sensación, totalmente diferente del deseo carnal al cuerpo de Isabelle. A ella le pareció una profunda paz y se hubiera quedado así eternamente sino fuera por la inesperada visita que debía estar esperándolos en la sala.

-En ese caso te acompañaré, pero espérame un momento. Le pediré a mi abuela que me ayude a arreglarme un poco.- era consciente que en ese momento, sus facciones y su apariencia distaban mucho de la que debería tener una dama.

Isabelle no se percató de lo sorprendido que estaba Alexander, porque se marchó tan rápidamente como pudo.

Al cabo de unos minutos bajaron, ella perfectamente compuesta; él sereno y serio como siempre. La tranquilidad de Alexander era pasmosa y contrastaba vivamente con los nervios que Isabelle pugnaba por ocultar.

En la sala, como lo había previsto ella, los esperaban Madeleine, los marqueses de Riverdell y el hijo de éstos acompañados por varios guardias y por el sacerdote que había casado a Isabelle y a Alexander. La presencia de éste último le causó a Isabelle un mal presagio.

Alexander les dio la bienvenida y los hizo sentarse.

-Me temo que esta no es una visita de cortesía.- afirmó el Marqués adustamente.- ¡Exijo se resarza el honor de mi sobrina!

-No le comprendo. Explíquese.-fue la respuesta de Alexander. Isabelle no fue capaz de articular ninguna palabra.

-Lo sabemos todo. Sabemos como le dio palabra de matrimonio a nuestra Madeleine, como se burló de ella y ...

-Basta querida, no es necesario que digas más.-dijo el Marqués refiriéndose a su esposa.-Hemos venido con el propósito de que cumpla su promesa.

-Lamento informarles que eso no es posible. Primero, porque yo ya estoy casado, como ustedes bien lo saben y segundo porque jamás he hecho un juramento de tal índole a su sobrina, ni soñaría jamás con hacerlo.- fue la respuesta calmada del conde.

-¡Hombre vil y canalla! ¿Cómo te atreves a hacer tal afirmación? ¿Te atreves a negar que prometiste casarte conmigo y que me convenciste de entregarme a ti?-

acusó airadamente Madeleine.

La reacción de Madeleine fue el perfecto ejemplo de una mujer humillada y profundamente ofendida, Isabelle quedó admirada de la perfecta actuación acabada de presenciar y simultáneamente, transida de asombro ante las pretensiones de esa malvada mujer y el modo tan convincente de exponerlas. Después analizando la última frase dicha por ella, sintió como algo se rompía en mil pedazos y trató de animarse pensando que eso no era posible.

-Es la palabra de Lady Rosenthal contra la mía.- manifestó el conde con una actitud que hizo acobardarse a la marquesa, al sacerdote y a los guardias.

-¡No admito que quiera acusar a mi sobrina de mentirosa!- se encolerizó el marqués.-Además, sabemos que usted no está casado legalmente con esa señora.- el tono claramente despreciativo con que el conde pronunció señora le causó una infinita rabia a Isabelle. Era cierto que ella no era ninguna aristócrata, pero si era una dama de buena cuna, algo que el marqués había olvidado.

Se recriminó semejante pensamiento, era más importante lo primero que había dicho el tío de Madeleine, la inquietud se apoderó del ánimo de Isabelle. Si no estaba casada con Alexander, entonces ¿ella que era de él?

Tragó saliva para despejar el nudo que tenía en la garganta, mientras sospechaba que en otros momentos de su vida se habría desmayado de la conmoción. Ahora, sólo una rabia irracional dirigida a Alexander y a los que la rodeaban había impedido que sucediera precisamente eso.

-¿Cómo se atreve a afirmar tal cosa?- preguntó tratando desesperadamente de mantener su frágil apariencia calma, con el mismo denuedo de un marinero que lucha contra la tempestad que amenaza con hacer naufragar su barco.

-Lo siento por usted señora, pero es cierto.-fueron las palabras dichas con mayor cortesía por el marqués, que daba la impresión de sentirse afectado por ellas o al menos eso pareció a ojos de Isabelle.

Ella aguardó, conteniendo la respiración. Miró, expectante al marqués, esperando a que sostuviera su afirmación.

-Usted se casó por poderes con el conde, pero éste jamás ratificó el poder, por lo tanto el matrimonio no existe.-fue la brusca respuesta recibida.

Un torbellino de sentimientos se apoderó de ella, quien no permitió que Madeleine registrara su profundo temor.

-¿Es eso cierto, padre?-preguntó confundida. Jamás habría imaginado estar inmersa en una situación semejante.

El sacerdote parecía tan afligido como Isabelle lo estaba en su interior y ella no pudo reprimir una leve conmiseración hacia el anciano, por verse obligado a presenciar una

situación semejante.

-Lo lamento hija pero así es.- el sacerdote pronunció la frase con toda la suavidad que pudo reunir.

“No estoy casada con Alexander. La boda no era sino una oportunidad para vengarse de mí” –fue su único y desgarrador pensamiento que la atravesó con las mismas fuerzas y consecuencias de un rayo.

Lo había logrado. Ya se había vengado de ella, porque lo había hecho en su hijo. Se preguntó como afectaría a Alistair el estigma de ser ilegítimo. Trató de apartar ese desgarrador pensamiento de la cabeza, no podía rendirse ante esa mujer. A pesar de su pública humillación, aún tenía orgullo y estaba dispuesta a no mostrar lo afectada que estaba por las circunstancias que vivía en esos instantes.

Los sueños que podría haber albergado se habían consumido por la decepción, ingenuamente había creído ciegamente que tenía una oportunidad, descubrir que no era más que un sueño sin fundamento, una vana ilusión dolía, más de lo que había llegado a creer. Pero no dejaría que eso la abatiese, ahora no importaba ninguno de sus sentimientos, tan sólo Alistair. En ese instante, la voz de su razón, sobreponiéndose a la de su corazón y a la de su orgullo le aconsejó que no se apresurara a juzgar a Alexander, porque no era posible que un hombre que amara a su hijo como lo hacía él quisiera perjudicarlo.

-¡Esta bien! Te daré el beneficio de la duda, pero sólo por esta vez.-dijo ella para sus adentros.

Con esa resolución, Isabelle se sintió más tranquila. Sabía que tendría la suficiente fuerza moral para sobreponerse a cualquier suceso desafortunado que pudiese acontecer.

-¿Eso que implica? ¿Qué soy soltera todavía?- dijo ella sin molestarse en aparentar estar enojada.- Padre, ¿no le parece que yo debería haberlo sabido antes que los demás?

El sacerdote la miraba atónito porque no esperaba esa reacción de ella.

-Me parece el colmo que en vez de haber hablado conmigo, que soy la afectada, haya preferido hablar con personas que no tienen ninguna relación conmigo. No puedo creer que ya que no existe un matrimonio entre el conde y yo, pretenda casarlo con lady Madeleine en mi propia casa.

El sacerdote se replegó con las últimas palabras de la joven y agachó avergonzado la cabeza.

-Isabelle, retírate.- ordenó imperiosamente Alexander, dirigiéndose a ella con el mismo tono que habría empleado con un criado díscolo.

Ella sintió el deseo de abofetearlo y la mano izquierda le cosquilleó. La cerró como

si con eso pudiera aminorar el impulso, hizo una reverencia a modo de despedida y salió sin mirar a los presentes.

Al principio se alejó lentamente, después, cuando supo que no podrían escucharla, corrió con toda la rapidez que sus piernas le permitieron mientras maldecía el día en que su destino se había unido al de Alexander. Finalmente, su furia aminoró y se convirtió en ardorosas lágrimas que resbalaron sobre sus mejillas cuando al fin se encontró en su dormitorio.

Estaba humillada, pero le dolía mil veces más saber que todos sus castillos se habían derrumbado nuevamente. Aunque, si era sincera consigo misma, era más cien veces duro y amargo pensar en lo que sería de su hijo. Sabía perfectamente que siempre se culpa a las mujeres por lo malo que puede sucederle y ella no sería la excepción. Al conde todo se le perdonaría, las lenguas maledicientes asegurarían que fue ella quien decidió vivir en público concubinato con un hombre, que estaba prometido a otra y además de inmoral sería una farsante por haber aceptado simular un casamiento que nunca iba a realizarse. Su reputación estaba destrozada y por ende la de su hijo, algo totalmente injusto, porque implicaba a un ser totalmente inocente.

-Hijo mío, ¿me perdonarás algún día el haberte traído a una sociedad que te mirará con desprecio?- se preguntó torturada.-¡Oh, Dios mío! No permitas que mi hijo sufra, por favor no lo permitas.-pidió con fervor.

Se secó las lágrimas y se juró a si misma que no lloraría más. Debía pensar sólo en proteger a Alistair, nada debía perturbar su vida.

La resolución la tranquilizó, aunque no logró desaparecer las marcas que había dejado el llanto en ella y que Alexander notó de inmediato.

-Isabelle.-musitó él mientras secaba con un pañuelo los ojos húmedos de la joven.

Ella se apartó, en una clara muestra de que no deseaba la compasión de nadie ni mucho menos del causante de sus penas.

-¿Qué quieres?

El suspiro del hombre ante su hosca respuesta fue audible para Isabelle.

-Grítame, insúltame si deseas hacerlo, pero no te quedes callada.

-¿Qué sentido tiene que te diga que eres un idiota, un maldito miserable que ha destrozado mi vida? No voy a hacerlo, porque mal que me pese, tú eres el padre de mi hijo y cuando él nació prometí que estaría por encima de todo.- esto no era exactamente cierto e Isabelle lo reconocía pero no estaba dispuesta a hacerlo delante de Alexander. —Me preocupa saber que le diré cuando sea mayor y me pregunte porque no estoy casada con su padre y yo deba explicarle que él está casado con otra. Mas, aparte de eso nada más me importa.

-No te engañes a ti misma.- reprendió dulcemente Alexander.- Tus lágrimas me indican que te intereso más de lo que quieres admitir.

¡Era portentosa la soberbia de ese hombre! Le molestaba profundamente su arrogancia en momentos como ese.

-¡No interesas en lo más mínimo!.- replicó ella airada- ¿Cómo puede interesarme un hombre comprometido con una víbora?

El ronco sonido de la risa de Alexander retumbó en sus oídos y eso exacerbó aún más la ira y la impotencia que sentía. Se dijo que daría cualquier cosa para quitarle la expresión de satisfacción de la cara y quitarle los ojos si era posible.

-Estas celosa, pero me gustas así, posesiva, apasionada.- subrayó el último adjetivo.

Isabelle le dirigió una mirada colérica. Parecía que a él le divertía el espectáculo de su ira y a ella no le agradaba en absoluto ser la causa de su diversión.

-Deberías estar atendiendo a tu prometida. No pensarás que voy a convertirme en tu amante.

-No menciones a esa víbora, como la llamas.

-¿Es así como designas a tu futura esposa?- se burló ella.

No vio el ceño en el rostro de Alexander, así como tampoco se dio cuenta que se acercaba a ella.

-Madeleine no es mía, tú sí y lo has sido desde siempre y así será hasta el día en que me muera.

Las palabras de él la sorprendieron por completo, más de que lo que podría haber imaginado.

-No has cambiado, Alexander. No puedo explicarme el porqué me consideras una cosa más de tu propiedad. Hazte a la idea de una vez por todas que yo soy únicamente la dueña de mi misma.

-Jamás podría creer esas palabras cuando tú has actuado conmigo con tanta pasión. No desmientas tus palabras con los hechos.- le aconsejó él.

Ella no supo que decir, todo pensamiento racional se desvaneció de su mente.

-Te doy mi palabra que no la he tocado. No habido ninguna otra en mi cama después de ti.

-¡Eres un embustero consumado!- exclamó ella.-¿Debo recordarte que te vi haciendo el amor con ella? ¿Quieres que te describa el instante para que puedas recordarlo?

-¡Me estás haciendo perder la paciencia! ¡He tratado de hacerte olvidar el pasado, es más que evidente que no he podido lograrlo!- toda la calma de Alexander se había ido al traste.

La joven sintió un temor primitivo, un miedo similar al que la había asolado esa noche en el jardín, el día en que había dejado de ser virgen. Ahora, su temor no se debía a perder la integridad de su cuerpo sino a perder su vida. Alexander se veía tan aterrador, tan extraño que ella fácilmente podía albergar el mayor terror, aunque no se lo demostraría.

Él se sentó en la cama, cruzando los brazos sobre el pecho, en apariencia tranquilo pero su mirada mostraba abiertamente la cólera que lo invadía.

-No te sigo infiel, Isabelle, pero si no quieres creerlo no voy a mover un dedo para hacerte cambiar de parecer. Tu misma te darás cuenta de ello y ojalá yo esté dispuesto a perdonarte.-hablaba como si su perdón fuera la merced que sería la salvación de Isabelle. ¡Que maldito arrogante!

La primera frase sonó extraña a oídos de la mujer, pero estaba demasiado herida y ofendida como para analizar las implicaciones de lo que él acababa de decir. La segunda creó un efecto devastador en ella. Toda moderación, el férreo control que había manejado sobre sus emociones se disipó en la niebla de su ira.

-¿Perdonarme? ¡Por favor! ¿Tengo que disculpar tu deseo de venganza? Nuevamente he sido deshonrada y no niegues que esa era tu intención desde el principio. ¡Aunque es de agradecer que no tengamos ningún vínculo que nos una!

Los ojos azules destellaron de rabia, pero Isabelle estaba demasiado afectada como para que le importase.

-¡Te olvidas del niño! Ten por seguro que si me dejas, él se quedará conmigo. Con matrimonio o sin matrimonio, yo tendré la custodia del niño.

-¡Ni hablar! ¿Crees que voy a permitir que esa mujer lo maltrate o algo peor? Primero muerta.- su voz fue vehemente y mostró lo que le sucedería a Alexander si se atrevía a quitarle a Alistair.-No es la primera vez que me amenazas de esa forma. No estás jugando limpio-declaró herida.

Una carcajada burlona se escapó de Alexander y eso la molestó aún más, si eso era posible.

-Estoy seguro que por estar al lado de tu hijo, estarás conmigo y harás lo que yo te diga.

Ella comprendió que él había dicho la última palabra cuando se oyó el portazo dado por él antes de salir.

13.

Prudence no desviaba sus ojos de Isabelle, estaba sinceramente preocupada a pesar que ella se había negado en rotundo a hacer alguna confesión a Dorothy o a ella. Le dolía mucho verla así tan callada y ausente, a pesar de que en presencia de Alistair trataba de mostrarse relajada y contenta.

-¿La visita de esa mujer te perturbó mucho?- inquirió directamente.

Isabelle dejó su labor de lado y asintió porque no deseaba hablar de ello. Sin embargo, era consciente que Prudence no se rendiría tan fácilmente y por eso se decidió a explicarle la situación.

Prudence la escuchó sin mostrar ninguna emoción, salvo por una leve perplejidad en sus ojos violetas.

-Eso no puede ser posible- dijo de forma casi inaudible.- Debe haber algo que podamos hacer.

-Ya quisiera yo que eso fuera cierto.

-Primero debes calmarte. Pronto se nos ocurrirá alguna manera de resolver las cosas.-dijo Prudence para consolarla.

-La verdad, creo que la única forma de evitar el escándalo es marcharme. Tendré que irme lejos y comenzar de nuevo para proteger a Alistair.-miró en derredor suyo y sintió que algo se rompía en ella.

-Eso no será necesario porque estoy dispuesto a casarme contigo.

La voz sobresaltó a ambas mujeres, en la entrada estaba Robert Thompson observando completamente deslumbrado a Isabelle, sin prestar la menor atención a Prudence, quien juzgó necesario desaparecer en ese instante. Y así lo hizo, discretamente, dejando a Robert y a Isabelle solos. Él no notó la presencia ni la airosa de Prudence absorto como estaba en observar a Isabelle, que lo miraba con los ojos dilatados por la sorpresa.

-¿Cómo es que no anunciaron tu llegada?-dijo lacónica. No la complació en absoluto que hubiera otra persona enterada de su problema, aunque fuera un amigo tan querido como lo era Robert.

-Isabelle, nos conocemos desde niños, por eso no deberías asombrarte.

La explicación no la satisfizo.

-No obstante, eso no te da derecho a oír conversaciones ajenas.- rebatió Isabelle ligeramente enfadada.

-En este momento, eso es lo menos que debería interesarte. Sé que te preocupa tu hijo y yo estoy dispuesto a casarme contigo (en un matrimonio de verdad, por supuesto) y a reconocerlo, cuidándolo como si fuera mi hijo.

La propuesta sincera y desprendida de Robert despertó un profundo sentimiento de gratitud en ella, pero por más que lo necesitara no podría jamás casarse con un hombre al que siempre había visto como su hermano. Además, sabía que lo haría profundamente desdichado si lo aceptaba. Pero, la tentación de ver a su hijo libre de toda maledicencia, de toda murmuración era muy fuerte.

-Conmigo tendrías todo. Un amigo, un padre, un esposo.-dijo eso con una profunda

emoción brillando en sus ojos grises.

Isabelle estaba a punto de darle su respuesta cuando una poderosa mano aferró a Robert de la corbata de su traje. Durante los primeros segundos no supo que era lo que había sucedido hasta que fijó su vista en Alexander. A juzgar por su rostro estaba muy enfadado y el corazón le dio un vuelco.

-Suéltalo.-dijo con voz clara y fría. No hizo lo que otra mujer habría hecho, abalanzarse hacia ellos para separarlos, sino solamente valerse de su influencia.

-No te metas en esto.-le advirtió él, rezumando furia por cada uno de los poros.

Para su estupefacción Alexander soltó a Robert, no sin antes decirle de forma agresiva que mantuviera las manos alejadas de su esposa, sino quería que su carita bonita fuera destruida.

-Lo que me pide, su excelencia es imposible, puesto que usted no está casado con Isabelle y yo si estoy en todas las condiciones de poder ofrecerle un hogar como el que ella se merece. Gozará de mis cuidados, de mi respeto y amor.- declaró lord Thompson vehementemente. En cada uno de sus rasgos se traslucía la sinceridad que animaban cada una de las cosas que decía.

La joven se mantuvo callada. Alexander, por su parte juntó las dos pobladas cejas en un gesto de innata rabia.

-Si Isabelle me acepta, podrás ver a tu hijo cuando lo desees. No es mi deseo apartarlo de ti, sino procurarle un hogar en el que sea amado y protegido como lo merece.

-¡Te estás precipitando!-declaró Isabelle a pesar que sentía en lo profundo del alma no quererlo como Robert lo merecía. Seguramente si en vez de enamorarse de Alexander lo hubiera estado de él, su situación sería muy diferente. Tendría estabilidad, tranquilidad, los días serían siempre llenos de sol...Sin embargo, no podía darle ninguna esperanza, sería traicionar su amistad de tantos años, el cariño que sentía por ella y por último y no menos importante significaría ir en contra de si misma.

-Ella está en lo correcto. Ve desistiendo de tus deseos, porque mi mujer ya tiene un marido. Y por cierto, no eres tú.

Robert le miró con cólera.

-¡Tú no te mereces una mujer como Isabelle! ¡La has hecho sufrir desde que tuvo la desventura de ser entregada a ti por su padre!

-Te estás buscando que te rompa la cara, idiota.

-Veremos quien le rompe la cara a quien.- declaró Robert muy tranquilo.

Isabelle levantó los ojos al cielo. ¡Esos dos estaban dispuestos a destrozarse!

-Creo, ustedes dos señores, no han tenido en cuenta mi opinión. Uno por creer que soy suya y otro por pensar que voy aceptarlo. He tomado una decisión: ni el uno ni el

otro. Si quieren matarse mutuamente, háganlo pero fuera de mi casa.

Ambos se miraron estupefactos entre sí y ella casi rió al ver la expresión de sus ojos. Ambos comprendieron que ella hablaba en serio. Para no arruinar el efecto de sus palabras se alejó sin mirar atrás. Ella sabía que había un trasfondo de verdad en lo que había dicho, así fuera libre como el viento no escogería a ninguno de los dos, a uno porque lo quería como el hermano que no había tenido y al otro porque lo amaba demasiado y ahora estaba fuera de su alcance.

Supo que había actuado correctamente cuando Dorothy llegó al lugar en el que se encontraba, presa de una fuerte excitación. Al principio, el primer pensamiento de Isabelle fue que algo malo había sucedido, pero después de analizar con mayor detenimiento a su abuela llegó a la tranquilizadora conclusión que todo se hallaba en la más absoluta calma.

-Tesoro, ¿a que no adivinas lo que están haciendo el conde y lord Thompson?

La expresión alborozada de Dorothy confirmó sus sospechas.

-No puedo imaginármelo.-dijo seria.

-Están bebiendo y conversando en el jardín.

-Vaya eso si que es una novedad.

-Y que lo digas porque esos dos no es que se quieran mucho.

-¿Sabes algo que yo no sepa?

-Por supuesto. Digo, es decir no.

-No es propio de ti ser inconsistente, abuela.

-Cariño, ¿no te das cuenta? En el momento en que llegó Lord Thompson, pensamos que correría sangre en esta casa, porque todos sabemos que él esta loquito por ti desde hace mucho tiempo y eso es algo que el conde no iba a tolerar. Por eso, nadie daba crédito a lo que veían nuestros ojos, ambos señores actuando como un par de amigos en vez de rivales.

Lo dicho por Dorothy dio mucho que pensar a Isabelle, no obstante prefirió no ahondar mucho en el tema. Cosas más relevantes ocupaban su atención.

Si era verdad lo que decía Alexander acerca de su relación con Madeleine ¿de qué forma descubriría la verdad? ¿cómo revelaría a la familia de ella y al propio Alexander el lado perverso de esa mujer?

Era posible que los marqueses de Riverdell pidieran la limpieza de su honor mediante un duelo si él no accedía a desposar a Madeleine. Si llegaba a perder... Isabelle prefirió no pensar en ello, era necesario evitar que se llegara a eso.

Tragó saliva, sospechaba que Madeleine tenía una mancha en su pasado. Intentó recordar lo que había oído decir a la marquesa en su conversación con la duquesa de Grosvenor, hacía tantos años atrás.

Claramente recordó que la duquesa había dicho que Alexander estaba interesado en Madeleine y que no se explicaban el motivo de su desinterés. Era probable que él hubiera descubierto algo, ¿de qué manera podría averiguarlo sin preguntarle directamente a Alexander?

Caviló sobre la necesidad de escribirle o visitar a la tía de su esposo. Él no es mi esposo- se corrigió mentalmente. Lo haría se pondría en contacto con Josephine, le rogaría pidiéndole su ayuda, si era preciso.

Se dispuso a escribir la nota.

14.

No habían vuelto a recibir noticias de Madeleine ni de su familia, la súbita desaparición preocupaba a Isabelle, porque era consciente que su rival estaba maquinando en contra suya.

Se paseaba nerviosa por la habitación rumiando esa posibilidad, cuando la puerta se abrió una alborozada Prudence entró, casi brincando de alegría.

-Isabelle ¡Te llegó una carta de la honorable Josephine Tremayne, duquesa de Milisante.

La joven recibió con mano temblorosa la misiva, hizo una fuerte inspiración y tomó el abrecartas. El momento crucial había llegado. Desplegó la carta y comenzó a leerla. Palpó con cuidado el fino papel de arroz y observó la fina y hermosa caligrafía antes de reparar en las palabras.

Querida Isabelle:

Me pareció sorprendente haber recibido un mensaje tuyo y más sorprendente aún la desesperación que vislumbré en tus líneas. Debes saber que aunque no he tenido la oportunidad de conocerte en persona te respeto por ser la esposa de mi sobrino aunque eso se ponga en duda. Si él te escogió lo hizo porque eres la más digna de ser la condesa de Aumont y porque alberga poderosos sentimientos hacia ti.

Ella no creyó que esas fueran las intenciones de Alexander pero de todas formas prosiguió con la lectura.

Pienso que existen muchas dudas entre tú y Alexander. Mal haría yo en inmiscuirme en el matrimonio de mi sobrino, pero me interesa mucho más su felicidad que cualquier conveniencia social, por ese motivo, haré una excepción contigo, porque soy plenamente consciente que tu representas la mayor alegría para él.

Creo que lo primero que debes saber es que yo me encargué de él, cuando mi hermano y su esposa tuvieron la desdicha de fallecer cuando Alexander apenas tenía diez años. Mi hermano Albert y su esposa Vivian no mostraron mucho afecto por él, preferían la vida social a la vida de hogar, así que lo dejaron en manos de criados y

de tutores. Era comprensible entonces que mi sobrino fuera rebelde. Me pareció terrible la carga que caía en mis manos: ejercer de madre aún cuando estaba soltera y apenas tenía más edad que mi sobrino, sin contar todas las quejas que recibía de su comportamiento. Poco a poco, logré a base de cariño y disciplina ganarme el afecto de aquel jovencito huraño de ojos azules y comenzamos una nueva vida él y yo. Sabía perfectamente como era mi hermano y me esforcé en tratar de darle lo que no había tenido: una familia. Lo primero que debí hacer fue buscar un hombre que tuviera las cualidades que mi sobrino debía tener para ser una valiosa persona. Reconozco que tuve suerte porque lo encontré en mi esposo Harry, que fue además de mi mejor amigo y el hombre de mi vida, un excelente padre para Alexander.

Lamentablemente Henry murió hace casi nueve años. Su fallecimiento fue un golpe muy duro para Alex y para mí. Desde ese día él se aisló por completo, todos los días se iba de caza. Pensé en esos momentos que era para estar más cerca de Henry, ya que era la afición favorita de ambos.

Es muy posible que a estas alturas de la carta, te muestres extrañada por las razones por las cuales te estoy contando estas intimidades, tan solo tengo el propósito de permitirte una vía que te permita conocer un poco más a Alexander. Estoy segura que algunas veces te preguntarás porqué actúa de determinada forma y tal vez algunos detalles de la vida de él te permitan comprenderlo y perdonarlo.

Isabelle hizo una pausa en su lectura conmovida, por el gesto de Josephine. Dejó que su mente divagara unos instantes era evidente que era una mujer muy intuitiva. Prosiguió en el punto en el que se había detenido.

Bien, continuó con mi relato. Llegó una tarde inusualmente alegre, supe al ver la ancha sonrisa en su rostro que algo maravilloso le había sucedido, deduje esto, debido a que no podía ocultar lo contento que estaba. No lo acosé a preguntas, sabía que debía ser paciente, porque pronto se sinceraría conmigo. Esa certeza frenó mi curiosidad.

Más o menos por esa época, los marqueses de Riverdell se empeñaron en un posible enlace entre Alexander y su sobrina. Yo me negué, no deseaba que estuviera atado a una criatura que no lo amaba y que sólo lo pretendía por el prestigio y la fortuna que él podía aportarle. Lady Madeleine hizo de todo para tratar de captar su interés, pero jamás se mostró interesado en ella. La trataba como una niña mimada, a la que no prestaba la menor atención.

A pesar de eso creo que Alexander la considera una mujer honesta, algo nada más lejos de la realidad. Aunque esto no trascendió, corrieron rumores de que había sido la amante de un poderoso lord, que por supuesto estaba casado, pero que lo soltó con la esperanza de poder atrapar a mi sobrino. Lo que te comento es un rumor, pero

si logras confirmar que es cierto desvirtuarías la primera acusación de Madeleine: que fue deshonrada por mi sobrino. Presumo, que el misterioso lord es el marqués de Daymoore, porque se les vio mucho tiempo juntos.

No podría terminar de contarte la cantidad de cosas que hizo para tratar de atrapar a Alexander, muchas de las cuales mi sobrino no se dio por enterado. Por ello, me sentí muy indignada cuando leí tu carta. Es evidente que esta es otra de sus sucias tretas para tratar de salirse con la suya.

Existe algo que quisiera decirte: por las épocas que precedieron a la muerte de mi esposo te conocí a ti. Le tomó algún tiempo decírmelo, pero ya ves que decidí confiar en mí y me contó como os habíais conocido, la estrecha amistad que sostenían, que tu desconocías que era el conde de Aumont y que se estaba enamorando de ti.

Me alegré muchísimo porque me enteré que eras la hija de mi mejor amiga Adrienne y yo siempre quise en el fondo que unierais vuestras vidas. Mi sueño se ha cumplido y lo digo con gran satisfacción.

Lamentablemente, una noche llegó profundamente afligido. Se negó a hablar sobre el tema, pero poco después supe de tu rechazo. Desde ese funesto día se tornó más duro, más insensible y frío. Temí que se casara con Madeleine por despecho, pero gracias a Dios que no fue así. Poco después, se hizo cargo de sus propiedades y se alejó un poco de mí. Lo entendí, porque necesitaba estar a solas para curar sus heridas.

Pasaron tres años. En una de sus poco frecuentes visitas, me comentó que iba a casarse, ¡estaba tan entusiasmado! Paradójicamente, también estaba muy serio y dijo que no me alegrara tanto que se casaba por venganza.

Yo no lo había reprendido desde que tenía dieciocho años, pero con veintiséis en su haber y con tan descabellada idea en la cabeza, le dije que dejara de actuar como un niño mimado, ¿o era acaso que pensaba que el matrimonio tenía como fin un propósito tan infame?

No me hizo ningún caso y yo me negué a acudir a la boda, por lo que te pido perdón. Antes de que se marchara le advertí que el tiro le saldría por la culata. Es evidente que no me equivoqué.

Pienso que tu ya debes saber de ello y te pido que perdones a mi sobrino, mi querida Isabelle, actuaba por ímpetus de su orgullo herido no de su corazón. Sé, perfectamente que habéis tenido muchos problemas y que los seguís teniendo, sin embargo confío en tu capacidad para sobrellevarlos.

Me enterado también que ambos tenéis un hijo. ¡Muero de ganas de conocerle! Por él y por tu amor (sí, también sé que estás enamorada de Alexander y te aseguro que

él te corresponde) lucha, querida mía. Si estáis juntos después de todo aquello por lo que ha pasado en sus vidas, es más que evidente que compartís un mismo destino. Ten fe, querida, algo dentro de mí me dice que lograrás superar cualquier obstáculo que se interpone entre los dos. No permitas que esa mujer te separe del hombre que amas. Lucha con todo lo que esté a tu alcance para poder estar con Alexander. Desde luego, la decisión es tuya.

Se despide con inefable cariño,

Tía Josephine.

P. D: Avísame de la fecha del bautismo de mi sobrino nieto. Estaré encantada de acompañaros y de conocer al pequeñín.

La carta de Josephine llenó de júbilo el corazón y de lágrimas de alegría los ojos de Isabelle. La epístola había reavivado sus esperanzas, había hecho renacer en ella un espíritu de lucha y le había brindado la primera pista de la que se valdría para luchar por el derecho de su hijo a tener a su padre y por su matrimonio. Ahora, sabía aunque él no lo dijera, lo cual era lo más probable que la quería. No se atrevía a ilusionarse con la idea de que estaba enamorado de ella, pero al menos la apreciaba. Además, ahora era consciente que si no albergara ningún sentimiento especial por ella no tendría ningún inconveniente en quitarle a su hijo.

Se quitaba la venda de los ojos con creciente placer y asumía con decisión el desafío. No iba a rendirse. Por primera vez, aceptaría la lucha sin reparos de ninguna índole.

Sin embargo, no pudo evitar estremecerse de remordimientos. Siempre había juzgado a Alexander adjudicándole motivos que realmente sólo existían en su imaginación. Tan sólo esperaba que ya no fuera demasiado tarde para los dos.

15.

Sólo varias semanas después, Isabelle se enteró que Madeleine regresaría para que Alexander cumpliera con su compromiso. Esos días no había hablado con Alexander, a duras penas lo veía en el cuarto de Alistair y en el comedor a la hora de las comidas. Ella lo veía tenso, preocupado y prefería no indagar por las razones, ya que estaba haciendo todo lo posible para poder resolver el problema que los separaba.

La investigación que había iniciado semanas atrás había comenzado a dar sus frutos: encontró alrededor de seis hombres involucrados con Madeleine, lo cual si sus sospechas y las de Josephine eran ciertas, esa mujer no tenía ninguna honra por la cual pedir reparación.

Pensó en lo complicado que había sido poder encontrar la dirección de la duquesa. Afortunadamente, Prudence era una mujer de recursos y le había facilitado la

información. Pero, ¿de dónde la había sacado Prue?

Una sospecha comenzó a tomar forma en la mente de Isabelle. ¿Se vería obligada a averiguar acerca de los orígenes de Prudence? Descartó tal idea de su mente, más tarde pensaría en la posibilidad.

Su prioridad ahora era comprobar si existía la promesa que habían alegado los marqueses. Y se dispuso a hacerlo, escribiendo sendas cartas a los amigos íntimos de Madeleine: Joseph Marshall, Benjamín O'Connell, George Robertson, Carl Berenguer, Edmund Donne, Gerald Blake y por supuesto a David Gessler, el marqués de Daymoore.

Ahora sólo le restaba esperar, pensó con cierta resignación.

Acto seguido, escuchó los sollozos de Alistair y corrió a la alcoba del niño. Isabelle lo sostuvo entre sus brazos y le cantó una canción de cuna. El pequeñín la miró completamente concentrado en ella y se durmió después de que Isabelle lo amamantó. Acababa de ponerlo en la cuna, cuando entró Alexander a la habitación.

-Me alegra verte Isabelle.

En tono burlón ella repuso.

-Nos vemos todos los días.

Él deslizó un dedo por la mandíbula de la joven.

-Casi nos comportamos como dos perfectos extraños y no me gusta eso.- murmuró al oído de Isabelle.

Ella se estremeció cuando el aliento cálido y perfumado de él le rozó la oreja.

-Eres tú, quien se comporta como un extraño, no yo. Confía en mí, Alexander.- soltó abruptamente.

Supo que lo había sorprendido.

-¿Cómo no voy a tener fe en ti si eres lo más importante del mundo para mí?

-¿Eso significa que podemos ser amigos?

-¿Amigos?- preguntó él con la incredulidad brotando en el tono que había empleado.

Ella lo miró a la cara e hizo un esfuerzo para que no temblara su voz.

-No somos marido y mujer ni mucho menos amantes, entonces deduzco que somos amigos.

-No te engañes, querida. Sé que hemos pasado por muchas cosas desagradables pero aún tenemos otras que nos unen.- asumió Alexander.-Salvo que desees darle una oportunidad a Lord Thompson, es evidente que está loquito por ti.-manifestó en tono desdeñoso.

-No podría aceptarlo. Sólo lo aceptaría si estuviera enamorada de él. Por esa razón y ninguna otra más- declaró ella molesta, pero suavizando su tono y volumen para no despertar al bebé.

Él sonreía y la sonrisa la golpeó con la fuerza de una ola. Se sentía innegablemente unida a él, por un lazo más fuerte de lo que podría haber imaginado, a pesar que no podía apartar de su mente el doloroso pensamiento de tener que apartarse de él. Era probable que esos fueran los últimos momentos que gozara de la compañía de Alexander y haría lo posible para disfrutarlos porque podrían convertirse en imágenes de lo que podría haber sido.

Salieron de la habitación de Alistair cogidos de la mano, como si estuvieran dispuestos a luchar contra cualquier adversidad, o al menos así lo sintió ella y eso hizo renovarse sus ansias por luchar por lo que pertenecía. Al menos, quería que Alexander tuviera la oportunidad de decidir si se quedaba o no a su lado.

Otra sería la historia si él hubiera decidido abandonarla por otra mujer, de seguro ella no habría movido un dedo para impedirlo, así su corazón estuviera rompiéndose, porque lo amaba tanto que respetaría su decisión fuese favorable o no para ella.

-¿En qué piensas?- preguntó él.

Ella se puso repentinamente seria.

-Hay algo que deseo saber.

-Te escucho.

-¿Quieres estar con Madeleine? Porque si es así me apartaré de tu camino.-dijo Isabelle sin poder reprimir un poco de temor.

Por un momento, pensó que él se enojaría, o que le reprocharía lo poco oportuna que era para el momento.

-Si quisiera estar con ella, la habría convertido en mi esposa. No, ella no me inspira ni siquiera afecto.- él la abrazó y dijo muy bajito con voz compungida.-No permitiré que me separe de ti, de todas formas no podrá hacerlo.

Isabelle se abstuvo de pedir que le aclararan lo dicho.

-Isabelle, aunque no puedas creerme, siento un gran aprecio por ti.

La frase sonó extraña a los oídos de la joven, se sintió profundamente desilusionada. Había esperado que él dijera cariño, pero aprecio. Era más que evidente que ella no despertaba en él más que un tibio e impersonal sentimiento. Ella se regañó interiormente por aspirar a un inspirarle algo mayor, debería estar contenta que por lo menos él había abandonado sus planes de venganza.

-Yo también siento lo mismo por ti.

Antes de que comenzara a notársele la decepción, se las compuso para arreglar una sonrisa y desviar el rostro.

-Sé que estas preocupada por lo que pueda maquinar Lady Rosenthal, pero te aseguro que no saldrá victoriosa.

Por extraño que parezca esas eran las palabras exactas que necesitaba escuchar

Isabelle y le pareció que era casi como si Alexander hubiera sabido en que momento pronunciarlas. No sabía porque pero le creía, aunque no existiera ninguna prueba de que lo que tanto temía ella no llegara a hacerse realidad. Podía aferrarse a esa sensación por el momento, antes que el mañana desplegara sus alas.

-¿Cómo puedes estar tan seguro?- inquirió ella.

Él enarcó una ceja.

-Me pediste que confiara en ti, yo te pido que hagas lo mismo por mí.

La joven calló, pero hizo un gesto de asentimiento.

La noche lucía magnífica y el canto de los grillos se dejó oír cuando ambos se mantuvieron en un agradable silencio, un silencio que no era hostil sino casi era la confirmación de una promesa y eso la alegró en lo profundo del alma.

Habían perdido la noción del tiempo como pudieron comprobar cuando Alistair pidió su cena con sollozos. Isabelle se liberó con cuidado de los musculosos brazos de Alexander y se dirigió con rapidez hacia donde estaba el niño. Había dejado de llorar y Prudence lo mecía con suavidad en los brazos. Ante eso, Isabelle optó por mantenerse quieta, observando a Prudence. Alexander se aproximó e iba decir algo, pero la joven lo acalló poniendo un dedo en su boca. Él comprendió que debía mantenerse en silencio, pero logró besar el delicado índice antes que ruborizada, Isabelle se apresurara a retirarlo.

Vieron a Prudence cantarle una canción al niño con una voz melodiosa, para el asombro de ambos era una conocida canción de cuna francesa, mientras le cambiaba los pañales al pequeño.

-Pequeñín, te aseguro que te protegeré. No voy a permitir que te arrebaten tu familia como a mí.-murmuró la joven en voz lo suficientemente alta como para que la oyeran claramente Alexander e Isabelle, lo que causó una profunda admiración en ellos. Se retiraron sigilosamente para que Prudence no se diera cuenta de que la estaban observando.

-Evidentemente, ella no es una criada.-dijo Alexander.

-Lo sé. Llevó sospechándolo durante mucho tiempo, la conozco de años y jamás nos ha hablado a mí o mi abuela de su familia.

-No es la única que tiene secretos.-manifestó Alexander mirándola ceñudo.-Conozco a otra damita que también los tiene.

Isabelle se puso en guardia.

-¿Quién? ¿Yo?-dijo aparentando inocencia.

Él sonrió.

-Eres una embustera. ¿Por qué no me dijiste que Dorothy es tu abuela?

-Por la misma razón que tú no me has presentado a tu tía.

-¿Es eso una insinuación?

-Tómalo como creas conveniente.- dijo ella dedicándole una sonrisa seductora.

-Me estás empujando a utilizar métodos más agresivos.

-¿Se puede saber cuáles?-dijo con una inocente curiosidad.

-Tengo que castigar esa lengua tan traviesa.-dijo tratando de capturar la boca de Isabelle en un beso posesivo.

-Me encanta ese castigo.-declaró ella siguiéndole la broma antes de que los labios de Alexander se posaran en su boca.

16.

Prudence y Dorothy observaron a Isabelle dar vueltas por la habitación rechinando los dientes de rabia. Ambas sabían perfectamente a que se debía el malhumor de la joven, aunque ella se hubiera negado en redondo a hacerles saber cuáles eran sus intenciones.

-Cálmate, muchacha.- dijo la nana, fastidiada del continuo ir y venir de Isabelle.-Me estás mareando con tantas vueltas.

Isabelle no reparó en las palabras de la señora y continuó cavilando. Finalmente, Prudence, que hasta ese momento se había mantenido callada intervino.

-¿Te traigo algo de tomar?- dijo en tono compasivo.

Isabelle dirigió su mirada a ella.

-Sí, por favor.- tomó asiento al lado de Dorothy, quien acarició con suavidad los rizos despeinados que se escapaban del moño de Isabelle.

-¡Esa mujer no vencerá!- murmuró Isabelle.-¿Cómo puedo evitarlo?

-Así a que a eso se debe tu actitud. Cariño, no me gusta nada cuando te encierras en ti misma, sólo logras aumentar tus penas y de paso las mías.

-Perdóname, abuelita, he sido muy egoísta- manifestó Isabelle en tono de disculpas, reclinando la cabeza sobre el regazo de Dorothy, como solía hacer cuando era pequeña y se sentía triste o enojada.

-No cariño. Sé que no has querido hablar de la visita de esa mujer para no preocuparnos a Prudence ni a mí. Anda, mueres de ganas por desahogarte. ¿Por qué no ahora?

La joven pugnó por desvanecer el nudo que tenía en la garganta, que amenazaba con cortarle la respiración y vertió su confesión en los oídos siempre atentos de Dorothy. Cuando Prudence, finalmente llegó con un vaso de vino semidulce y algunos bizcochos recién horneados, la tensión había desaparecido por completo, para satisfacción de todas. Isabelle sonrió, había sido una tonta. ¿Cómo era posible que pudiera dudar del afecto de su familia?

-No te preocupes, Isabelle, por lo que vendrá mañana. Estamos contigo para

defenderte de esa mujer y de sus infames pretensiones.- reiteró Prudence tomando su mano.-Ya verás que algo se nos ocurrirá para salir de este atolladero.

Isabelle sonreía. Podría dormir tranquila esa noche. No tenía sentido afanarse por el futuro, cuando debía vivir el presente, esa era la lección que Prudence había querido darle y que ella aceptaba con todo su corazón. Antes de dirigirse a su cuarto, visitaría primero a Alistair para cerciorarse que estaba durmiendo pacíficamente y tal vez hablaría con Alexander. Hacía días que no lo veía, a pesar que la convivencia entre ambos era más agradable con la confianza de por medio. Siempre se marchaba temprano y regresaba muy tarde en la noche, ella nunca se atrevería a interrogarlo para saber donde se encontraba, a veces se dormía envenenada por el pensamiento de que él estaba preparando Aumont para recibir a su nueva esposa y sentía el profundo deseo de arrancarle los ojos y el corazón a Madeleine. Jamás habría pensando que podía llegar a sentirse tan celosa y posesiva con él.

A pesar de todo, le amo.- pensó con cierta amargura.

-Isabelle ¿Estás aquí?

-Perdona, Prue. A veces me sucede esto. Es una vieja maña.

-Nadie puede afirmar que nunca ha soñado despierto.-dijo la muchacha filosóficamente.

Dorothy ya no estaba. Había ido al cuarto contiguo a cuidar al bebé para alivio de Isabelle, ya que deseaba unos momentos a solas con Prudence. Tenía mucha curiosidad por exponerle las sospechas que albergaban ella y Alexander, de esa manera podría corroborar si eran genuinas o por el contrario, no eran más que el producto de sus mentes. Algo en la expresión de Prudence la hizo callar, no se sintió capaz de exponerla al acecho de sus preguntas y dudas. Ya encontraría otra manera de conocer la verdad y se sintió tranquila, libre de todo atisbo de curiosidad. Los ojos de Prudence la miraban con asombro e Isabelle pudo ver en ella un ápice de desconfianza, inevitablemente vino a su cabeza, la idea que podría ser muy duro el pasado de Prudence como para que ella se permitiera revelarlo. Tal vez, ni siquiera podía soportar pensar en sus recuerdos.

-Vamos, Alistair nos espera.- dijo Isabelle en tono apremiante.

Ambas salieron lentamente de allí, hablando en voz baja. Abrieron con cuidado la habitación de Alistair, esperando encontrar ahí a Dorothy. La sorpresa fue enorme para ambas cuando vieron a Alexander arrullando al niño. Parecía que sus arrullos no surtían efecto en él, porque Alistair estaba complacido tirando y babeando de la ancha corbata de su padre y reía encantado con el juego.

-Será mejor que me vaya ya a descansar. Tienes derecho a disfrutar estos momentos. Hasta mañana.- sentenció Prudence, profundamente conmovida antes de

alejarse con la prisa la agilidad y el silencio como lo habría hecho un gato.

Ante la salida imprevista de Prudence, Isabelle no alcanzó a decir nada y tampoco podía hacerlo, tan profundamente enternecida estaba por presenciar una escena semejante, una muestra del amor que existía entre padre e hijo. No podía negar que estaba preocupada que Alexander casi no tuviera contacto con su hijo, pero agradecía al cielo darse cuenta que eso no era así.

La idea reafirmó su primer pensamiento, Alistair tenía todo el derecho a tener a su padre con él y ese derecho debía estar por encima de cualquier otro interés, incluyendo los de Alexander y ella, así como los de Madeleine y su familia. No permitiría que Madeleine le arrebatara la posibilidad de tener una familia cariñosa y estable a su hijo y lucharía contra cielo y tierra para impedirlo.

Ella no pareció notar que los dos hombres de su vida ya se habían percatado de su presencia. Alexander con el niño en brazos se levantó lentamente y avanzó unos cuantos pasos para llegar al umbral de la puerta que era donde ella estaba apoyada.

Alistair extendió sus bracitos regordetes hacia Isabelle, ella entendió el gesto del niño y lo alzó, alejándolo de los brazos de Isabelle.

-Jovencito, ¿con que prefieres la compañía de tu madre a la mía?- riñó amorosamente Alexander al bebé.

-Así parece. La mamá es quien le da de comer y lo cuida y parece que él valora eso. Especialmente cuando está mojado- dijo ella en tono burlón.- Es un cambio que no estés llorando para que te cambie el pañal, amor mío.-dijo dirigiéndose a Alistair.

Puso a Alistair en la cuna y buscó los pañales de tela en el cajón de la cómoda en donde se guardaban las cosas del bebé. Tomó uno y lo colocó sobre una mesa que estaba cubierta con un suave acolchado, lo dobló ágilmente, después tomó a Alistair y le quitó el pañal húmedo, lo secó con un suave pañito para posteriormente aplicarle una leve capa de almidón de maíz para absorber la humedad y evitar sarpullidos en la piel del bebé.

Estaba ya colocando los ganchos que sujetarían el pañal, cuando sintió un brazo que rodeaba su cintura. El aliento de él en su cuello la estremeció, le puso la piel del cuerpo como la de una gallina.

-Permíteme saludarte mujer.- dijo antes de mordisquearle el cuello.

-¡Quieto!- exclamó ella.-¡Deja que primero duerma a Alistair!

-Como quieras -concordó él.

Isabelle se bajó el tirante del vestido y acercó con cautela al bebé a su pecho. Debía hacerlo así, porque una mordida inflingida por los primeros dienteitos del bebé podía llegar a ser dolorosa. Alistair chupó un ratito antes de quedar profundamente dormido.

Una vez, lo hubieron arropado y vigilado un buen rato para cerciorarse que no iba a despertarse, ambos fueron a la habitación de Isabelle que estaba junto a la de Alistair.

Alexander no esperó, se apresuró a estrecharla entre sus brazos.

-Te extrañé todo el santo día.

Las palabras la sacudieron.

-¿Cómo puedes decir eso? Te marchas sin despedirte, regresas sin saludar.

-Siento la momentánea pérdida de mis buenos modales. Es que no consigo pensar si estoy contigo.

-Vaya, no tenía ni la menor idea que tenía ese efecto en ti.- susurró, esperando que eso fuera cierto.

-Así es.- corroboró él con una amplia sonrisa.

-Te ves muy feliz. ¿Se puede saber el porqué?

-Mañana, lo sabrás. Te lo prometo amor mío.

-Espero que seas bueno cumpliendo tus promesas.- dijo ella ácidamente.

-Bueno, eso lo verás mañana. Hoy no, porque tengo otras cosas más importantes que hacer.

La besó y ella perdió el sentido de todo lo que la rodeaba. Se separó un poquito.

-Esas cosas tan importantes ¿me incluyen a mí?

-La pregunta sobra, amor mío. Dios, no puedo dormir sabiendo que estás tan cerca de mí y no puedo tenerte. Me desvelo pensando en tus labios, en tu cuerpo.

Ella también sentía lo mismo, pero el pudor le impedía reconocerlo abiertamente ante él y ante si misma.

-Mi deseo por ti es tan fuerte, que no tengo la menor idea de cómo puedo controlarme.

Isabelle lo sabía, estaba tan cerca del cuerpo de él como para sentir el peso de su excitación en sus caderas. Se dejó llevar por esa corriente creciente que parecía fluir entre ambos, esa innegable atracción que se negaba a desaparecer. Cualquier reparo que ella hubiera podido tener se desvaneció, tal vez esa era su última noche juntos y quería algo que pudiera confortarla en esas frías noches sin la compañía de Alexander.

No hablaron más, permanecieron absortos en las sensaciones que atenazaban sus cuerpos mientras se besaban y acariciaban.

El último pensamiento racional de Isabelle fue la perspectiva en poner en marcha su plan a pesar que los antiguos amantes de Madeleine se habían negado a ayudarla.

17.

El día siguiente llegó con más premura de la que Isabelle habría deseado. Se sintió descorazonada al comprobar como los rayos del sol asomaban por entre las cortinas

de sutil y fino encaje. Un leve nerviosismo se apoderó de ella.

-No te preocupes, amor mío. Estamos juntos en esto.- oyó que decía Alexander antes de abrazarla, el contacto de sus pieles desnudas, tan solo separadas por la sábana que los cubría fue demasiado.

-Será mejor que me sueltes-le advirtió ella suavemente- O de lo contrario estaremos aquí todo el día.

-¿No es esa la idea, amor?- dijo él jugando con los largos rizos negros de Isabelle.

Ante esa mención, el semblante de Isabelle que hasta ese momento había estado risueño se tornó preocupado y serio.

-Es mejor que me levante ya.- dijo ella tomando el camisón arrojado al suelo y colocándose para después dirigirse al cuarto de baño, en donde la esperaba un baño tibio, preparado por Dorothy, quien simuló no haber visto nada.

Cuando regresó, ya limpia y arreglada, la habitación estaba vacía. Ella dejó escapar un suspiro de desesperación, era más que evidente que él se había marchado, sin importarle que pronto entraría en escena Madeleine.

Se había equivocado otra vez. Él estaba sentado en la mesa junto a su padre, Dorothy y Prudence, quien sostenía en su regazo a Alistair para darle un poco de papilla, debido a que con cinco meses y medio debía comenzar a comer alimentos sólidos.

-Buenos días.-saludó ella solemnemente y se acercó a Alistair para darle un beso en las rosadas mejillas. Alistair gimió para que ella lo tomara en brazos a lo que ella accedió.

-Eres un niño malo, Alistair. Deja que tu mamá desayune.- regañó Prudence al bebé.

Alistair le dirigió una sonrisa ante lo cual la muchacha calló.

-Es un pícaro. Sabe que sólo necesita sonreír para tenernos a todos a sus pies.- comentó Pierre complacido, mirando con ternura a su bisnieto, mientras Isabelle se las arreglaba para comer y para alimentar al bebé.

La atmósfera imperante en el desayuno fue festiva y durante la media hora que duró Isabelle pudo gozar de la compañía de sus seres queridos sin pensar en nada negativo. Su paz tuvo una duración muy corta, porque el mayordomo anunció, poco después de que habían terminado de desayunar que los marqueses de Riverdell los esperaban. Pierre, Alexander y ella les salieron al encuentro como si hubieran sido soldados, esperando a que se les indicara la hora para comenzar a luchar.

Los marqueses y su sobrina no estaban solos, los acompañaban otros personajes, el sacerdote, varios guardias y un hombrecillo de aspecto ridículo que Isabelle no conocía, pero que le dio muy mala espina.

-¡Vas a cumplir tu promesa, Aumont!- tronó el marqués.

-Calla, querido. No debemos rebajarnos a su nivel.- comentó la marquesa con el propósito de calmarlos.-No des pie a habladurías que podrían difundir nuestra deshonra.

El marqués se calmó, aunque observaba enfurecido a Alexander.

-Hemos venido porque tenemos otra razón para exigirte te cases con nuestra sobrina. Sal, querida y llévate a Madeleine, no es bueno que en su estado se enfrente a este tipo de cosas. Venga, doctor Rochambeau conmigo y usted también Aumont.

Alexander le dirigió una mirada hostil.

-¿Cuáles son sus planes?

La palabra estado le causó un desagradable presagio a Isabelle al igual que enterarse de que ese hombrecillo era médico.

-No creo que le guste que sus trapos sucios sean aireados frente a estas respetables personas.- dijo secamente el marqués.

¡Dios mío, dame paciencia! Isabelle estaba harta de la prepotencia del Marqués y de su esposa. Les dirigió una mirada glacial a los intrusos, que no se habían movido un ápice.

-Estoy harta de su irrupción grosera en mi casa y de sus modales prepotentes para conmigo y las personas que viven bajo el techo de mi padre. Parecen tener los modales de un mozo de cuadra y esto ya es el colmo. En cuanto a ustedes.- agregó ella, dirigiéndose a los marqueses y a Madeleine, investida con una dignidad que jamás había soñado poseer y que hacía fulgurar sus ojos aunque Isabelle no lo sabía.- Les aconsejo que arreglen sus asuntos y que no me involucren en ellos.- su voz fue tan suave y tranquila que causó diferentes efectos en las personas que la miraban.

Madeleine (quien todavía estaba presente) estaba furiosa, el sacerdote y los marqueses completamente azorados. Afortunadamente, los otros acompañantes no estaban presentes porque se habían alejado azorados por lo dicho antes por Isabelle. Ella daba gracias a Dios por ello.

-Supongo que mi reacción los asombrará notablemente. No me importa en lo absoluto si estoy casada o no con el conde. Sólo me interesa, que mi reputación no se dañe, porque después de todo, yo no tuve la culpa de que mi padre quisiera casarme con él.

Isabelle divisó placenteramente como se ruborizaban los marqueses y el sacerdote. Alexander la miraba como si no la conociera, completamente estupefacto. Así, comprendió que los parientes de Madeleine eran radicalmente distintos a ella. Era el momento ideal para aprovecharse de la situación.

-Ahora, si me lo permiten me gustaría hablar con lady Madeleine. Ella y yo tenemos algunos asuntos que arreglar.

-No tengo nada que hablar con usted. Sólo tengo algo en común con el conde y es que espero un hijo suyo.-dijo con una angustia que pareció casi auténtica.

Isabelle no le creyó. Esa mujer haría cualquier cosa para atraparlo hasta afirmar que estaba embarazada, sólo con el propósito de atar a Alexander más aún.

-Mi médico, el doctor Rochambeau puede afirmarlo.- dijo señalando al hombrecillo.

De repente escucharon un golpe seco. Pierre se había desmayado.

-¿Qué has hecho mala pécora?- le recriminó Isabelle a Madeleine mientras trataba con ayuda de Dorothy de reanimar a su padre. Miró con resentimiento a los presentes.

-Usted es médico, ayude al señor Robillard.- dijo Alexander, molesto, dirigiéndose a Rochambeau. El hombrecillo comenzó a frotarse nerviosamente las manos.

-¡Vamos, hombre apresúrese! – le apremió Alexander.- Si le sucede algo al señor Robillard, no querrá saber lo que voy a hacer con usted.- le advirtió significativamente.

Rochambeau se acercó tembloroso al sofá donde yacía Pierre. Era evidente para todos los presentes que no sabía por dónde comenzar, una actitud que inspiraba muchas dudas. Al fin, optó por tratar de tomarle el pulso al paciente sin mucho éxito.

Isabelle estaba confundida pero no tanto como para darse cuenta del nerviosismo de Madeleine. Por lo que ella sabía, esa mujer no eran de las que se alteraban por cualquier cosa. Pero, ahora no le importaba eso, sólo salvar de la muerte a su padre. Ella no esperó más sino que salió corriendo y llamó a uno de los lacayos para que trajera el médico de familia hasta la casa.

Los minutos que transcurrieron fueron interminables para ella y no contribuía mucho a calmarla la presencia de Madeleine y su familia, los marqueses parecían azorados y Madeleine se veía inquieta y furiosa, aunque hacía grandes esfuerzos para no dejarlo traslucir. Al fin, el médico se hizo presente, aunque a decir verdad, no se demoraron mucho en traerlo, porque vivía bastante cerca.

El doctor no se molestó en mirar a nadie. Por el contrario se dirigió directamente a la alcoba de Pierre y cerró la puerta. Dorothy puso una mano en el hombro de Isabelle y le indicó que era mejor que estuviera junto a su esposo, dándole su palabra de cuidar bien a Pierre y avisarle de cualquier acontecimiento que pudiera sobrevenir.

Más tranquila, ella volvió a la sala. Le molestó sobremanera ver las lágrimas de cocodrilo surcando el rostro de Madeleine, sin duda pretendía inclinar la balanza a su favor.

-Séquese las lágrimas. A usted no le importa la salud de mi padre en lo más mínimo.

Madeleine se sonó ruidosamente y la miró fugazmente con burla, por lo que nadie más se dio cuenta.

-No era mi intención que sucediera esto.

Isabelle sintió el imperioso deseo de agarrarla por el cabello y dejarla calva o mejor aún, usarla como escoba para limpiar el piso. ¡Que maldita hipócrita!

-No me molestaré en discutir eso.- aclaró Isabelle viendo como los marqueses asumían una posición de duda.

-Me parece muy bien.- manifestó Alexander.- Ahora, me interesa particularmente un tema: ¿Cómo pueden decir que lady Rosenthal está encinta, si el médico que la diagnosticó es incapaz de atender un desmayo?

Los marqueses se miraron asombrados, Madeleine asumió una posición de gata enfurecida.

-¡Una mujer no necesita de ninguna otra persona para saber que está embarazada!- replicó furiosa.

Isabelle detalló cuidadosamente y con disimulo el cuerpo de Madeleine. Su esbelta cintura y caderas no parecían haber sufrido ningún cambio.

-Lo del embarazo es lo de menos.- dijo lacónicamente Isabelle.- De todas formas, no les importará que converse unos momentos a solas con ella. Sígame, lady Rosenthal.

-No es necesario que mi sobrina converse a solas con usted, señora.-dijo la marquesa.- Estaré con ella.

-No, tía. Yo misma solucionaré esto.-dijo Madeleine mientras hacía un gesto de fastidio, pero indicó con la cabeza que estaba dispuesta a mantener una conversación con Isabelle. La siguió hasta el despacho de su padre.

-Muy bien. Ya ha conseguido lo que quería.- dijo burlona Madeleine.- ¿Qué pretende? ¿Hacerme olvidar mi idea de casarme con Alexander?

Isabelle clavó su mirada con determinación en ella. ¡Al fin tenía la oportunidad de decirle todo a esa pécora!

-Es usted una imbécil.- dijo tranquilamente.

-¡¿Qué?!

-Lo que oyó. Todo lo que ha hecho no ha sido más que para unirme al conde. Me sorprende saber que usted es una idiota.

Madeleine se irguió, roja de la rabia.

-Veo que no estás enterada. La noche en que me arrojó por las escaleras, usted impidió que yo abandonara a Alexander. Si no lo hubiera hecho, es probable que usted ocupara mi lugar como su esposa, ya que esa noche pensaba huir. ¡Nunca he amado a Alexander, así que me importa un comino su destino!

Madeleine apretaba con furia las manos.

-¡La idea era que usted muriera! ¡Usted y su maldito bastardo! ¡Eso era lo único que pretendía!

Lo que Isabelle iba a decir a continuación iba a lastimarla más de lo que jamás habría soñado pero debía continuar. Era increíblemente doloroso ver cómo por la ambición de su mujer, su hijo había muerto.

-Al contrario, le estoy agradecida por lo que hizo por mí. No soportaba ese maldito embarazo y usted me libró de la carga de criar a un niño que yo no quería! Era un obstáculo, usted muy generosamente me libró de él.- murmuró al oído de Madeleine, odiándose a sí misma por esas palabras.

La otra mujer trató de asestarle un bofetón, pero Isabelle lo esquivó hábilmente.

-¡Si tuviera la oportunidad te mataría aquí mismo! Lamentablemente hay demasiados testigos, de lo contrario lo haría con sumo placer.

-¡Ponme un dedo encima y verás como te va!- le advirtió significativamente Isabelle.- De todas formas te reuní aquí para que supieras que estoy dispuesta a hacer un trato contigo: con gusto me separo de Alexander y tú a cambio vas a dejarme en paz, sin esparcir rumores sobre mí.

Una sonrisa de satisfacción refulgió en el rostro de Madeleine.

-Es una propuesta que podría reflexionar.

-Ambas saldríamos beneficiadas. Muy pocas personas de tu clase saben sobre mi enlace con Alexander, la mayoría creen que yo era simplemente la prometida del conde. En ese caso ¿qué tendría de sorprendente que se casara con usted? Usted es un miembro de la alta aristocracia, yo sólo una plebeya.

Madeleine consideró cuidadosamente la propuesta.

-Además, lleva en su vientre al heredero del conde. Eso es un detalle que debe tener en cuenta.

Odiaba mentir en forma tan descarada, pero esperaba poder tener un poco más de tiempo para reunir las pruebas que impidieran que esa mujer pudiera quitarle a Alexander.

-No veo que ganaría usted con eso.

-Creo que ya le he dicho que me obligaron a casarme con el conde. Si quedo libre podré hacer lo que siempre he deseado tener las riendas de mi vida. Mi padre no me obligará a casarme con otro ni a ir a un convento puesto que la culpa de esto es suya.

Madeleine meditó unos instantes.

-Acepto.

-Ya que estamos siendo totalmente sinceras. ¿Puede decirme en qué época se dio la concepción del bebé?

-Tengo tres meses.

¡Que gran mentirosa era esa mujer!

-Entonces debemos apurarnos, ¿no querrá que todos se imaginen la razón de su

apresurado matrimonio?

Isabelle no alcanzó a decir más, porque la puerta del despacho se abrió abruptamente. Ambas mujeres quedaron petrificadas, pero por razones totalmente diferentes. Allí en el umbral estaba mirándolas con desprecio Alexander y pálidos de la sorpresa los marqueses.

-Pueden preguntarle a cualquier persona si salí de la plantación en estos últimos meses. Ahora la cuestión es saber si de verdad está embarazada. Afortunadamente, tenemos un verdadero médico con nosotros y no este falso doctor.- Alexander señaló a Rochambeau.- Por otra parte, supongo que todos saben lo que le espera a este embustero.

-La cárcel.- manifestó Isabelle de forma neutra.

-Exactamente, una larga estadía allí le espera, pero no sin que antes sienta mi puño en su rostro.- reiteró Alexander.

El hombrecillo tembló ante la amenaza. Isabelle pensó que un hombre de ese tamaño debía temer mucho un golpe de un hombre de la contextura de Alexander.

-¡No vayas a decir nada, idiota!- replicó Madeleine.

-¡Ella fue la de la idea de hacerme pasar por médico!- soltó Rochambeau, tembloroso. -Ella dijo que nadie se daría cuenta.

- Entonces es de suponer que ustedes estaban enterados de eso ¿No es así?- preguntó Alexander a los marqueses, que se encontraban totalmente pasmados, como Isabelle podía darse cuenta, aunque a juzgar por la cara de la marquesa, ésta estaba más que sorprendida, parecía haber sido hallada en falta.

En ese momento, Isabelle tuvo la impresión que tanto ella como Alexander acababan de llegar a la misma conclusión.

-Arreglaremos esto de inmediato. Quiero que Madeleine sea examinada por el doctor Frayne y por Dorothy. Si es verdad que está embarazada, sugiero que busquen en otro lado al padre de la criatura porque no está aquí.

-¡No me dejaré tocar ni un solo pelo por ese medicucho de quinta!- declaró Madeleine.- Rochambeau ha mentido. Yo no sabía que no era médico y no necesito que nadie corrobore mi estado.- dijo ella con un furioso mohín en sus labios.

-Vas a examinarte y tu tía estará presente.

Todos miraron al autor de las palabras. Era el marqués. Los ojos de Madeleine se dilataron por el enojo.

-No voy a permitir que me denigren de esa manera.

-Muchachita, calla y obedece.- ordenó el marqués furioso.-¿Es esa tu manera de confirmar las horribles acusaciones que pesan sobre ti?

-No necesito defenderme de esas calumnias.

-¡No me importa si es a las buenas o a las malas! ¡Vas a examinarte y esa es mi última palabra!

Alexander permaneció impasible, Isabelle no podía despegar sus ojos de él y se sentía dividida entre la preocupación por su padre y el temor que fuera verdad el embarazo de Madeleine. Ella sabía que Alexander no podía ser el padre de la criatura, pero lamentablemente no sabía como probarlo.

El doctor Frayne y el marqués sostuvieron a Madeleine y se la llevaron a la habitación más cercana. La marquesa y Dorothy los siguieron, dejando a Alexander y a Isabelle solos.

Era el momento que más temía. Isabelle tragó saliva y trató de salir de la habitación sin conseguirlo porque una mano la apretó con dureza.

-Suéltame, Alexander.- dijo ella muy bajito, acobardada por la cólera que se vislumbraba en el rostro de Alexander. -Si quieres pelear conmigo, hazlo cuando estemos a solas.

-Eres una mujer muy prudente, Isabelle. Dejaremos esta conversación para más tarde.-asintió soltándola. La joven se frotó el brazo lastimado por el brutal apretón y procuró alejarse lo más posible de Alexander, mientras se acercaban Dorothy y el médico.

-Hablen- ordenó Alexander, su malhumor era patente. Isabelle vio la reacción de los aludidos.

-Esta bien- declaró el doctor incómodo.- La paciente no se encuentra en estado de embarazo. Incluso encontré algo más: aún esta intacta.

Semejantes resultados justificaban la alegría en la cara de Dorothy, pensó Isabelle tratando de salir de su asombro. Ya no había necesidad de demostrar nada. Eso explicaba porque los supuestos amantes de Madeleine se negaban a hablar de su relación con ella. En definitiva eran hombres de honor. Súbitamente, se dio cuenta de algo: ella había acusado injustamente a Alexander, la virginidad de su rival sólo podía significar una cosa, jamás le había sido infiel a ella. Se reprochó interiormente por todo lo que su rabia la había hecho decir.

Alexander tomó la noticia sin mucho interés.

-¿Ya lo saben los marqueses?

-Se los dije en el momento.- declaró el doctor. Dorothy confirmó las palabras del facultativo.

Los marqueses entraron pesarosos, profundamente avergonzados. El marques trataba de hablar pero las palabras se negaban a fluir a sus labios. Finalmente pronunció:

-Siento mucho esta situación.

-Eso no la remedia en absoluto. La mentira de su sobrina me ha causado muchos problemas. Incluso podría llegar a retarlo a duelo.

-Soy consciente de ello, lord Fontenay. Esto dispuesto a enmendar mi falta. ¿Podríamos hablar mi esposa y yo a solas con usted?

-No tengo ningún inconveniente. Venga.-dijo con frialdad.

Isabelle quedó en compañía de Dorothy y del médico. Se sentía desfalleciente.

-¿Cómo está mi papá?

-Señora, su padre los engañó a todos. Se limitó a fingir el desmayo.

Eso sólo podía significar... Los ojos se inundaron de lágrimas.

-Discúlpenme.-alcanzó a decir antes salir precipitadamente de la sala. Una profunda angustia se apoderó de ella y la hizo prorrumpir en sollozos antes que pudiera entrar a su habitación, consciente que no podía reparar el daño que había causado.

Lloró largo rato, hasta que un golpe suave la sacó de sus dolorosas cavilaciones.

-Soy yo.- dijo Prudence.

-Entra.-dijo Isabelle tratando de secarse los párpados mojados por las lágrimas.

Prudence así lo hizo, llevando en brazos a Alistair, que tendía los brazos hacia su madre.

-Estaba muy inquieto y como no podía tranquilizarlo, decidí traértelo.- susurró la muchacha a modo de explicación.

-¿Ya se fueron los marqueses y su sobrina?

-No habría regresado de no ser así. Esperé en el bosque hasta que vi marcharse el carruaje.

Isabelle respiró aliviada. Su tranquilidad no duró mucho.

-Dime ¿qué hacía Prudence con el niño fuera de esta residencia?- exigió saber Alexander.

Hasta ahora comenzaba la confrontación.

-Por favor, Prudence. Llévate al niño.

La muchacha no dijo nada, se limitó a cumplir las ordenes de Alexander. Isabelle permaneció sentada en la cama, presa de un profundo e inexplicable temor, intentó tragar el nudo de su garganta que parecía ahogarla.

-Yo...- no tenía ni la menor idea como comenzar ni sabía que palabras emplear para aliviar la silenciosa furia que ardía como fuego en él.

-Bien, es hora de que aclaremos algunas cosas.

Ella permaneció callada. ¿Qué sentido tenía hablar cuando el daño ya estaba hecho?

Él se apoyó en la pared cruzando los fuertes brazos.

-Comencemos por el principio, hay algunas cosas que quiero saber y por supuesto

quiero la verdad.

-La tendrás.-aseguró ella con voz ronca. Se veía tan controlado en su rabia, que sin quererlo su temor se duplicó.

-Agradezco tu cooperación.

El sarcasmo hizo arder la cara de Isabelle, pero su voz se mantuvo imperturbable.

-Sé que he hecho y dicho algunas cosas, pero en ningún momento mi intención fue lastimar a alguien, deseo saber que hice para que estés así.

-¿Te parece poco? Te confabulaste con Madeleine, estabas más que dispuesta a darle toda la razón a ella, estabas realizando un negocio nada más y nada menos que con mi destino.- Isabelle iba a decir algo, pero él se acercó y selló su boca con un dedo. Ella le miró atónita.

-Primero hablaré yo y luego si quieres pondrás objeciones. ¿De acuerdo?

Ella asintió, deseando con todas sus fuerzas poder apartar ese dedo de su boca. Le causaba vibraciones que no eran convenientes en ese momento.

-Me pediste que confiara en ti, has demostrado sobradamente que no puedo hacerlo. Primero escribiéndole a escondidas a mi tía, segundo haciendo ese infame trato y tercero, haciendo investigaciones que me correspondían a mí no a ti.¿Acaso crees que soy incapaz de ocuparme de mis propios asuntos?

Ella tragó saliva. ¡Cielo santo! Su orgullo estaba herido por eso estaba actuando así.

-Sin embargo, eso no se compara a lo que por casualidad oí hace unos momentos. ¿Por qué no dijiste que Madeleine te había empujado por las escaleras y que por eso habías perdido a nuestro hijo? Claro no había necesidad de que supiera porque simplemente tú no ibas a estar mucho tiempo a mi lado y porque me despreciabas tanto en ese momento que la muerte del bebé fue una liberación. Ibas a permitir que uniera mi vida a la de una asesina.

Era obvio que había escuchado todo lo que le había dicho a Madeleine y lo había creído, la certeza la llenó de amargura; no tenía ni la menor idea de cómo lo convencería de lo contrario, ese deseo fue más fuerte que cualquier resquemor, lastimadura a su orgullo. Sentía la imperiosa necesidad de convencerlo de su inocencia, mas no sabía por donde empezar.

-¡¿Dime que otra cosa podía hacer?! Allí la tenía a ella proclamando que a veces que tú la habías comprometido. No me importaba ni un comino lo que pudiera pasar conmigo, pero si lo que pudiera sucederle a Alistair. Así, que opté por usar los medios a mi alcance para protegerlo.-intentó explicarle ella.

En los claros ojos que la observaban, Isabelle veía su condena, Alexander le reprochaba todo lo que había hecho. Un súbito pesar se apoderó de ella y no pudo evitar preguntarse lo que él haría, estando en el punto culminante de su ira. Para su

completo desconcierto, él pareció sosegar, justo cuando ella pensaba que comenzaría a gritar y amenazarla. Esa aparente calma la inquietó más que su rabia, lo conocía lo suficiente para saber que así era aún más peligroso. En esos instantes, llena de zozobra temió por su vida.

-¡Cálmate! No pienso tocarte ni un dedo, no voy a herirte como me has herido a mí.

Ella le creyó y sintió un genuino remordimiento al oírle pronunciar las palabras y el tono en que las había dicho.

-Tienes todo el derecho a estar furioso, puedo entenderlo perfectamente. Simplemente quiero saber si escucharás mi versión de los hechos.

-Te escucho.

Ella comenzó contándole su preocupación por Alistair. Terminó su relato, reiterando que le había dicho a Madeleine que le dejaba el camino libre con el único propósito de poder conseguir pruebas que demostraran la inocencia de Alexander, manifestándole que tenía la convicción que él nunca le creería si le decía que había sido esa mujer la que la había empujado por las escaleras.

-Es notable tu preocupación por mí, me convencería de ello si no fuera por un pequeñísimo detalle: ambos sabemos que no hay nada más que ansies en este mundo que librarte de mí.

La boca de Isabelle se entreabrió. ¿Cómo era posible que pensara eso? Casi un momento después se regañó por su estupidez, ella le había dicho muchas veces eso, incluso cuando estaba esperando a Alistair, así que no debía sorprenderse porque él se lo recordara.

Puso su mente a trabajar a toda velocidad para solucionar ese dilema, la solución brilló por su ausencia.

-Tu silencio me confirma todo.-declaró auténticamente herido.-Te reafirmo mi posición: seguirás siendo mi esposa aunque te pese.

Un vivo desagrado se apoderó de ella.

-¿Y se puede saber como pretendes hacerlo? Nuestro matrimonio, si es que eso puede llamarse así no tiene ninguna validez.

Él casi rió y ella sintió la imperiosa necesidad de preguntarle que era lo que le parecía tan gracioso. En trance, vio que le extendía un pergamino y ella lo tomó, lo abrió y leyó el documento consignado en él.

Isabelle palideció al asumir el contenido de lo previsto en el papel. Era una partida de matrimonio.

-¿Qué significa esto?-dijo tratando de llenar sus pulmones de aire, tenía la leve impresión de que iba a desmayarse.

-Es simple, aunque se haya dicho que yo no ratifiqué el poder que usé para casarme

contigo, en realidad, lo hice casándome contigo nuevamente.

En ese momento, Isabelle supo a que boda se refería.

-Pero, yo creía que en ese momento tu desconocías tu identidad.-dijo debilitada.

-En realidad, para ese momento ya había recuperado la memoria y sólo ansiaba atarte a mí para siempre.

La mirada de la joven se hizo condenatoria. Naturalmente, eso explicaba porque figuraba su nombre verdadero, así como los nombres y apellidos completos de él.

-¡Me engañaste de una manera miserable! ¡Yo creía que simplemente sería una boda ficticia! ¿Esto también es parte de tu venganza?

-No deberías sacar a flote el pasado mi querida Isabelle. En todo caso el ofendido aquí soy yo.

La muchacha se mordió la lengua para no decir nada de lo que pudiera en un futuro llegar arrepentirse.

-¿Por qué hiciste eso?

-¡Maldita sea! ¡Te amaba! ¿Cómo podía dejarte marchar una vez que te había encontrado?

La revelación de Alexander la dejó sin palabras, no sabía ni que hacer ni que decir. Cruzó las manos azorada sobre su regazo, jugueteando nerviosamente con los pliegues de su ancha falda. La había querido, ese uso del pasado sólo podía significar que en ese momento, ya no sentía nada por ella.

-En este momento me marcharía con gusto de aquí.

-No tengo ninguna objeción si quieres hacerlo. No voy a impedírtelo.-musitó con la voz quebrada.

Era lo mejor que podía hacer. Después de todo si no existía ningún sentimiento que los uniera, no podía obligarlo a quedarse, si lo en verdad lo amaba debía dejarlo partir, aunque sentía que su corazón se quebraba. Nunca dejaría de reprocharse el haber dejado escapar la felicidad de sus manos.

-Aunque quisiera irme no lo haré, ni voy a hacerlo aunque tú lo quieras.

Ella levantó la cabeza. No había captado el sentido de la última frase.

-Te lo dije antes y te lo repito. ¡Tendrás que resignarte a seguir teniéndome como marido, cariño!

Lo salvaje del tono de su voz hizo que Isabelle le mirara con los ojos rebosantes de lágrimas.

-Ya te dije que no te detendría. Te di mi palabra de que no intentaría separarte de Alistair y lo cumpliré.

-No voy a hacer un padre a medias, lo cual implica que me quedaré contigo.

Ella debía estar aliviada, después de todo el no pensaba marcharse, pero descubrió

con desespero que sólo podía experimentar algo sospechosamente parecido a la desilusión.

-Alexander, ¿me creerías si te dijera que a pesar de todo lo que ha pasado entre nosotros, nunca he querido lastimarte?

No llegó a exteriorizar su pensamiento, porque él ya se había marchado.

18.

Los días que siguieron a continuación fueron increíblemente melancólicos, la depresión amenazaba con apoderarse de todo ser viviente en la casa. Isabelle recordó que una vez había pensado que todos los habitantes de Verlaine, incluyendo animales y plantas, sabían cuando Alexander y ella discutían y parecían sentirse afectados por ello.

El bautismo de Alistair se aproximaba y ella se recriminaba muchas veces no haberle revelado sus sentimientos a Alexander, tal vez si lo hubiera hecho oportunamente aún tendría la posibilidad de tener un verdadero matrimonio y formar una familia. Resultaba duro para ella pensar en todas las ocasiones en que se había negado a reconocer su cariño por él y la promesa que había hecho de nunca decirlo.

Dorothy interrumpió las dolorosas reflexiones de Isabelle.

-Tesoro, estás muy ausente estos días. Debes involucrarte más en los preparativos del bautizo, ya que esta será la oportunidad para que sea conocido en Saint John.

-No tengo muchas ganas de ayudar.

Dorothy esbozó un gesto que decía lo sé.

-Cariño, ¿por qué no hablas con tu esposo y le dices la verdad?

Isabelle no dejaba de sorprenderse de la clarividencia que demostraba su abuela y jamás se explicaría como se las arreglaba para saber dónde estaba la raíz del problema.

-¿Y cómo podría hacerlo?

-Siempre funciona que una pareja esté sola, sería conveniente citarlo en un lugar en el cual nadie pueda interrumpirlos. Te dejo pequeña, debo ocuparme de las cosas de la casa.

Las palabras de Dorothy le dieron mucho en que pensar. No perdía nada con probar.

Meditó largo rato, mientras miraba el cielo. Repentinamente, recordó la vieja cabaña en la que tuvieron lugar sus viejas citas con Alexander, sin embargo dudaba, porque no sabía si sería conveniente citarlo allí, precisamente el lugar donde había iniciado su historia con él.

No lo pensaría más porque de lo contrario arruinaría ella misma el plan sugerido por Dorothy.

Alexander miró dudoso el delicado sobre que sostenía en una de sus manos. Parecía desconfiar lo cual intranquilizaba a Prudence que estaba convenientemente escondida, espiando cada uno de sus movimientos.

Prudence no podía verlo abriendo el sobre, pero si oír el papel rasgándose. Sonrió satisfecha: ¡La treta había funcionado!

Isabelle estaba vestida de manera sencilla y a la vez favorecedora: una blusa de seda color azul con una falda del mismo color, la cual estaba desprovista de la incómoda armazón de alambre que ayudaba a levantarla. Para mayor comodidad había prescindido del aparatoso corsé. Todas esas medidas las había tomado teniendo en cuenta que había planeado una excursión al campo con una ligera cena, todo estaba planeado para hacer fluir una conversación amena, que era la principal aspiración de la joven.

El clima también parecía favorecer los deseos de la joven, porque en el cielo brillaba un radiante sol y no se veía ni siquiera la más pequeña nube. Además, el lugar que había escogido era considerado el más bonito de Verleine House.

Pasaba el tiempo y él no llegaba. Isabelle comenzó a preocuparse, al final la intranquilidad fue sustituida por una cansancio que la hizo entrecerrar los ojos. Una voz la espabiló.

-¿A qué debo tu invitación?

Isabelle abrió los ojos de inmediato y guardó silencio unos instantes antes de comenzar.

-Esperaba que tu malhumor ya hubiera desaparecido.

Los ojos de él centellearon siniestramente.

-No me digas que pensabas seducirme para que volviera a confiar en ti.

Ella miró la ropa que vestía.

-Estoy perfectamente cubierta.

-¡Por Dios, mujer! Aunque no lo parezca, ese atuendo me inspira mucha curiosidad.

Un furioso rubor hizo su aparición en las mejillas de la joven cuando reparó en la curiosidad a la que él se refería y avergonzada, bajó la cabeza, de tal manera que Alexander sólo podía ver la copa del sombrero.

-¿En qué sentido?- preguntó, coqueta.

-En estos momentos desearía saber que tienes debajo.

Lo dijo en un tono tan provocativo que Isabelle sintió deseos de reír.

-No te cité aquí para que habláramos de mi ropa interior o de la falta de ella.-dijo suavemente.-De verdad desearía que tuviéramos una relación cordial por el bien de Alistair. Dices que no te apartarás de mí, pero si me detestas tanto como creo, pienso que semejante actitud sería perjudicial para el bebé.

-Yo no te odio, Isabelle. Nunca podría odiar a la madre de mi hijo. Simplemente me enoja tu actitud.

-Ya me he disculpado contigo. Si no quieres perdonarme es asunto tuyo.

-Mujer, me asombra tu actitud. Impones condiciones cuando no te corresponde hacerlo.

-Por favor, depongamos las armas. Por un momento disfrutemos de paz.

-Acepto la tregua.-dijo él, su rostro mostrando una sonrisa demoníacamente atractiva.

Isabelle le extendió un trozo de un apetitoso pavo cubierto con una deliciosa salsa. La comida estaba exquisita y la joven rezó una plegaria de agradecimiento por el excelente cocinero que había contratado su padre. Dorothy siempre decía que una buena comida podía doblegar al ánimo más belicoso y una vez más ella comprobaba que su abuela tenía la razón.

Un agradable sopor se apoderó de ella una vez que terminaron de cenar. Acomodó su falda y se sentó más cómodamente viendo la acompasada respiración de él que evidenciaba que estaba dormido. Su corazón se enterneció al verlo tan relajado, inconsciente de cualquier rencor. Isabelle no pudo resistirse y rozó suavemente los labios de Alexander con los suyos, lo que no había previsto es que su poderoso brazo la tomaría por la cintura y la acercaría más a él profundizando el beso, al que la joven correspondió con toda su pasión.

Una llamarada de placer la recorrió por entero y cualquier pensamiento racional que pudiera haber tenido se desvaneció ante las sensaciones que aumentaban cada vez más.

Isabelle estaba exhausta y satisfecha, había sentido en su carne el fuego de la pasión de él. Quiso que pudiera quererla con la misma vehemencia con la que le había hecho el amor, deseaba algo que no estaba segura de hacerse realidad.

Comenzó a vestirse y a ordenar sus rizos asegurándolos bajo el sombrero de ala ancha, sin apartar la vista de Alexander, quien sonreía satisfecho.

-Sabía que hoy vería el color de tu ropa interior y por supuesto algo más.

-Así que confiesas que viniste con otros propósitos diferentes a los míos.

-Puede que sea así. Después de todo llevaba cierto tiempo de abstinencia.

Ella no se molestó por las palabras, después de todo la idea de su abuela había surtido los resultados esperados. Él le ayudó a recoger todo y se encaminaron de nuevo a la residencia. Caminando, pudieron recordar el pasado, sin odios ni resentimientos de ninguna índole, comenzaron hablando de sus primeros encuentros en el bosque.

-Recuerdas que me enseñaste a disparar, gracias a ti tengo muy buena puntería.-
dijo ella con una sonrisa socarrona.

-Me alegra saberlo. Un día de estos veremos si el alumno aventajó al maestro.

-¿Puedo saber quien te enseñó a ti?- inquirió ella vivamente interesada.

-Mi tío. Era un excelente cazador, más que mi tío fue mi padre.

Alexander le contó la historia de su vida y ella le compartió la suya con la de él, luego terminaron hablando de los planes que ambos tenían para su hijo y del deseo de que el bautismo de Alistair fuera un acontecimiento memorable. Una nueva corriente de intimidad surgió entre ellos, más poderosa que la que habían compartido minutos antes y repentinamente ella quiso con todas sus fuerzas decirle que lo amaba. Su razón se interpuso ante su locura momentánea, si lo hacía en ese momento era posible que él pensara que estaba mintiendo o que era resultado de la lujuria que se había apoderado de ellos, pensar en esas posibilidades la decidió a buscar el momento más oportuno. Con infinito afecto, estrechó la mano de él, quien correspondió a este gesto, soltando su mano y enlazándola en la cintura de Isabelle en un gesto posesivo que la fascinó y la conmovió. En silencio, se hizo la promesa de no dejar que nada más se interpusiera entre ellos.

Epílogo

Isabelle vio a la distancia una mujer menuda y elegante que se acercaba presurosa al grupo familiar. Intuitivamente supo que era Josephine Fontenay, la tía de Alexander y que llegaría a tomarle mucho afecto.

-¿Eres Isabelle?-dijo la dama con una amplia sonrisa. Ella asintió, contenta.

-¿Y este caballerito es mi sobrino nieto? Es igualito a Alexander cuando era bebé.

-¿De veras?- preguntó ella vivamente interesada.- Alistair saluda a tu tía Josephine.- El bebé rió complacido y ambas mujeres rieron también.- Encantada de conocerla, duquesa.

-Isabelle, por favor deja los formalismos de lado, somos familia. Llámame tía Josie como lo hace Alexander.

-Gracias. A propósito te presento a mi padre Pierre Robillard, a mi abuelita Dorothy y a Prudence, mi mejor amiga o debería decir hermana.

La aludida se ruborizó y todos saludaron alegremente a la recién llegada. Isabelle notó que su padre y la tía Josephine se habían entendido muy bien, de hecho Pierre no apartaba sus ojos de la atractiva dama, rubia y de ojos azules, increíblemente hermosa.

Una maliciosa sonrisa se asomó en las bellas facciones de Isabelle y decidió que se tomaría su tiempo para estudiarlos mejor. Luego, desvió su atención hacia Prudence y

decidió que después de la breve luna de miel que tendría con Alexander se ocuparía de ella. Había notado cierto caballero mirándola con interés y estaba dispuesta a darles un empujoncito, claro que a su debido tiempo.

-¿Y dónde está Alexander?

-No demora.- respondió ella.- Fue a buscar personalmente el champán.

-Entonces, doy por sentado que se demorará un buen rato. ¡Es tan perfeccionista!- bromeó Josephine.

-No creo que sea así.- intervino Prudence con una sonrisa.-porque lo veo acercarse.

Todos giraron ante la indicación de la muchacha, quien se veía radiante con el vestido lila que armonizaba con sus bellos ojos y con su brillante cabello castaño.

-¡Josie!- Alexander dejó las botellas sobre la mesa y abrazó a su menuda tía hasta casi levantarla del suelo.

-¡Querido! ¡Cómo me alegra verte! ¡Te felicito por el gallardo vizconde que tienes la bendición de tener como hijo!

-Me alegra tía que hayas podido venir.

-Un acontecimiento de estos no se da todos los días. ¿Por qué no me acompañan y entramos a la capilla?- dijo la tía arrastrando con todos y dejando solos a Isabelle y Alexander. No lo estuvieron por mucho rato, porque radiantes de alegría se acercaron Alden y Virginia acompañados por sus hijos Anne, Aileen y claro, no podía faltar el miembro más importante de esa familia, el pequeño Ambrose, que de la mano de sus hermanas comenzaba a dar sus primeros pasos sin ayuda de nadie. Isabelle se llenó de gozo, en ese día tan especial para ella estaba rodeada de las personas a quienes más quería en el mundo.

Con una actitud tan protectora, que casi causó risas, Anne colocó el bebé en brazos de su madre para poder abrazar a Isabelle y a Alistair. Aileen hizo lo mismo. La joven recibió los abrazos de las niñas, que ya se estaban convirtiendo en señoritas, con verdadera emoción.

-¡Gracias a Dios, pudieron venir!

-No nos hubiéramos perdido esta oportunidad a pesar de lo sucedido.-dijo Virginia con una leve emoción que se traslucía en su voz.

Isabelle la comprendía. A pesar de todo, Peter Savage no merecía una muerte así. Hacía varios meses que había muerto en una riña en un bar de mala reputación, en su poder se había encontrado una carta dirigida a ella en la cual manifestaba su arrepentimiento por las malas acciones que había hecho en su vida, incluyendo los dos intentos de violación que había perpetrado en contra de ella en un mismo día cuando ella aún trabajaba para los Savage como institutriz.

Isabelle deseó que descansara en paz, hoy era un día para perdonar y comprendía

que se sentía recompensada por sus tristezas de antaño en la felicidad que estaba viviendo en el presente. También perdonaba a Madeleine. Al fin y al cabo ella estaba purgando por su crimen, pensó recordando de lo que se había enterado hacía unos días. Los marqueses de Riverdell habían prometido a su sobrina en matrimonio con un lord de edad madura, conocido por su rígida conducta y la habían casado en un lapso relativamente corto. Lo mejor era que el lord tenía su residencia al otro lado del mundo, así que Madeleine no tendría tiempo para hacerle mal a otros. Borró esos pensamientos de su mente y se concentró en atender a sus amigos.

-¡Virginia! ¡Tengo tanto que contarte!

-Yo también querida yo también.- manifestó dulcemente Virginia con la alegría brillando en toda su fisonomía

-Tiempo tendréis para hablar. Va a comenzar la ceremonia, debemos entrar a la iglesia.-dijo Alden en tono grave, aunque sus ojos brillaban con destellos burlones. La familia Alden, Isabelle, Alistair y Alexander atravesaron el portón de madera tallada de la capilla de Aumont, decorada con lujo para esa ocasión tan especial. Isabelle sonrió, el castillo de Aumont ya no contenía recuerdos dolorosos, todos sus demonios habían sido derrotados, por Alexander y ella y por el inmenso amor que sentía por él y que sabía que nunca se extinguiría.

La ceremonia fue bellísima y el bebé no lloró cuando el agua bendita tocó su cabeza. Entre susurros, Prudence, que actuaba como madrina dijo que Alistair sería un guerrero cuando creciera y Robert que era el padrino se mostró de acuerdo con ella.

La recepción que brindaron los condes de Aumont para su hijo fue de igual categoría que la ceremonia, Isabelle sabía que nunca olvidaría ese día, estaría guardado eternamente en su mente, así como el hecho de que Alistair embelesara a los invitados a tal grado que permitió que sus padres pudieran tener unos momentos de privacidad.

-Al fin solos amor mío.

-Así parece.-concordó ella con una gran sonrisa.

-Dios, estoy deseando que sea de noche.-suspiró Alexander.

-Contrólate un poquito.-lo reprendió ella con dulzura.

-Si tú lo dices amor. A propósito hay algo que quiero preguntarte.

Isabelle lo conocía tan bien que anticipó la pregunta antes de que él osara formularla.

-Dime porque decidiste llamarlo Alistair. ¿En memoria de un antiguo novio?- preguntó con picardía Alexander.

Isabelle lo miró con los ojos rebosantes de amor. Al fin era libre para dejar aflorar sus sentimientos. Era el momento que había estado esperando por tantos años.

-Así, es otra versión del nombre del caballero a quien le entregué mi corazón. El hombre que es el padre de mi hijo. Tú.- declaró, antes que Alexander tuviera alguna oportunidad de especular.

Alexander sonrió.

-Es hermoso saber que me amas como yo te amo a ti, amor mío.- dijo depositando un suave beso en los labios entreabiertos de su esposa.- Caminaremos juntos para siempre, muchas cosas hermosas nos aguardan.

Isabelle le acarició el cabello con suavidad. Ahora, su corazón tenía la certeza de que sus sentimientos eran correspondidos y quiso que las palabras de Alexander se hicieran realidad una realidad sublime que la despertaría todas las mañanas. Por primera vez, sabía que él tenía toda la razón, un resplandeciente futuro los esperaba.

Fin